VENTURA

LA MADRE DE DIOS

BT599
R3
1867
c.1

45345

008742

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080020991

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Tesoro de Predicadores Ilustres.

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN.
®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES,

Ó EXPLICACION

DEL MISTERIO DE LA SANTISIMA VIRGEN

AL PIÉ DE LA CRUZ,

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de los Teatinos, Consultor de la sagrada Congregacion de Ritos, y Examinador de los Obispos y Clero Romano;

OBRA TRADUCIDA POR EL PRESBÍTERO

D. ILDEFONSO J. NIETO,

Doctor en sagrada Teología y en Jurisprudencia, Capellan de honor honorario y predicador de S. M., dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, etc.

CUARTA EDICION.

Emeterio Valverde
PRESBÍTERO.

MADRID,

LIBRERÍA DE **D. LEOCADIO LOPEZ,** EDITOR,

calle del Cármen, número 13.

1867

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
45345

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT599
R3
1867

ALERE FLAMMAM VERITATIS

ES PROPIEDAD.

MADRID, 1867.—Imprenta de Fermin Martínez García,
calle del Oso, número 21.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
CIEGA

PRÓLOGO.

Es un sentimiento comun y una creencia universal entre nosotros los católicos, que todos somos hijos de María, y que la Madre de Dios es igualmente Madre nuestra. Todos en efecto la consideramos, la confesamos y la invocamos bajo este título. De aquí nace la tierna devocion que le profesamos, el amor que le tenemos, el gozo que experimentamos cuando la alabamos, la dulce confianza y la seguridad con que recurrimos á Ella é imploramos su proteccion.

Mas este sentimiento tan vivo, tan tierno y tan universal respecto á María; este sentimiento, que la doctrina de los Padres, las decisiones de los concilios y las prácticas de la Iglesia han confirmado, han acrecentado y propagado, pero que no han mandado ni inspirado; este sentimiento tan perpétuo y tan constante, que habiendo tenido su orígen entre los cristianos en la cuna misma del Cristianismo, ha atravesado diez y ocho siglos de contradicciones y de pruebas de todo género, y sin perder nada de su primitivo vigor, se ha conservado puro hasta nosotros; este sentimiento, repito, no puede ser efecto de un juicio erróneo ni de una idea exagerada que los cristianos hubieran formado de los títulos de María, de sus cualidades, de sus privilegios ó de su poder ante Dios y de su bondad para con los hombres. Debe, pues, ser efecto de esa especie de instinto maravilloso que guia

003742

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al pueblo cristiano en sus sentimientos comunes, lo mismo que en sus creencias universales en materia de religion, y en sus prácticas, que son la expresion, la manifestacion y la consecuencia de ellas. El debe tener una relacion secreta, pero necesaria, con alguna verdad religiosa que le sirva de apoyo y de la que reciba su fuerza y su vida, como la planta recibe de una raiz oculta el jugo que la conserva y le hace producir sus frutos.

Pero es necesario confesarlo: el conocimiento de esa verdad religiosa no es tan claro ni tan comun en los espíritus como el sentimiento de que hablamos lo es en los corazones. Todos creen, todos sienten que la Madre de Dios es tambien Madre de los hombres; pero son pocos los que pueden darse razon á sí mismos de este sentimiento y de esta creencia; son pocos los que comprenden las causas que dieron á María un título tan honorífico para Ella, y tan tierno, tan dulce y tan consolador para nosotros.

Existen indudablemente muchos libros de religion y de piedad muy apreciables, que enseñan á los fieles que la Santísima Vírgen nos engendró en sus penas y nos dió á luz en sus dolores; que el misterio de nuestra descendencia de María, lo mismo que el de nuestra descendencia de Dios, se cumplió en el Calvario; pero no hay uno de cuantos han escrito acerca de los privilegios, las grandezas, los títulos de María y los méritos de su vida, que no tome en sentido figurado y profético aquel pasaje tan tierno del Evangelio, en el que el Salvador, moribundo, llegado ya el término de sus sufrimientos y de sus angustias, designó á María desde la cruz por Madre de San Juan. No hay uno que no sostenga que en la persona de San Juan fuimos todos dados por hijos á María, y que Ella se hizo entónces nuestra verdadera Madre; pero no explican el modo con que el mismo pasaje del Evangelio que anuncia la maternidad personal de María con relacion á San Juan, puede contener tambien con la misma verdad el título de la maternidad de María con relacion á nosotros. De modo que la idea que nos hace mirar á San Juan como representante de todos los cristianos, y á éstos como participantes de su adopcion, es mirada por muchos como una idea ascética, como una piadosa interpretacion y como una explicacion feliz del texto sagrado, más bien que como una verdad teológica.

Cuando tratan de los dolores acerbos que María sufrió al pié de la cruz, los consideran generalmente más bien como dolores que sufrió con paciencia, que como dolores deseados y queridos por Ella; más bien como el efecto de la dura necesidad que le imponia su cualidad de Madre de Jesucristo, que como el objeto de sus votos ardientes y de su libre eleccion. De este modo se hace incomprensible cómo María nos engendró verdaderamente en su martirio, y cómo nuestra descendencia con respecto á Ella se halla fundada en una razon positiva, en un título real.

Si consideramos despues á María junto al patíbulo ignominioso y cruel de Jesucristo, sufriendo en su tierno corazon (y este es el sentimiento unánime de los Padres) todos los ultrajes y todos los tormentos que sufrió su Hijo en su delicado cuerpo, naturalmente nos inclinamos más bien á compadecerla que á concebir respecto á Ella sentimientos de una verdadera gratitud. La meditacion de sus dolores es más bien el homenage de una estéril compasion, ofrecido á la más desolada de todas las mujeres, que el tributo de sincero reconocimiento que le es debido como á la más tierna y generosa de todas las madres. El misterio de su martirio, así considerado, es más bien el misterio de su valor, de su constancia y de su firmeza, que le dió el título de *Reina de los mártires*, que el de su generoso amor y su ardiente caridad, por el que mereció ser llamada *Madre de los hombres*.

Es necesario confesar que este misterio se trata generalmente de una manera demasiado humana, por lo cual pierde mucho de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su dignidad y su importancia. No se teme atribuir á María al pié de la cruz sentimientos y afectos que pueden muy bien suponerse en el corazon de una madre que ve espirar á su hijo en medio de los más sangrientos ultrajes, pero que no son muy conformes al ministerio sublime de Corredentora del mundo, que María debia ejercer en el Calvario. Una pintura demasiado material de sus penas distrae el espíritu del espectáculo imponente, sobrenatural y divino que ofrece un corazon víctima de un dolor inmenso, y al mismo tiempo de un amor sin límites, que sumergido en un océano de aflicciones por la muerte de Jesucristo, lo ofrece, sin embargo, voluntariamente por la salvacion de los hombres, y que entregado á la más acerba agonía, se muere, segun la expresion de San Bernardo, en su Hijo y con su Hijo, y sufre este dolor, esta agonía y esta muerte con la dignidad, la sublimidad, la constancia y la grandeza de alma propias de una Madre que tiene á Dios por Hijo, del mismo modo que Jesucristo habia sufrido los padecimientos, la agonía y la muerte con todos los caractéres de independencia, de poder y de grandeza propios de un Hijo que tiene por Padre á Dios.

De esta consideracion, demasiado vaga, y por decirlo así, demasiado superficial y demasiado humana, resulta que el título de Madre, que damos á María, no le conviene sino en un sentido lato, en un sentido hiperbólico y figurado, y por una exageracion de las palabras y de los términos que una devocion afectuosa, pero exagerada, hubiera inspirado á los fieles.

Sin embargo, la Escritura Sagrada, los Santos Padres y los doctores de la Iglesia nos enseñan lo contrario. Nosotros hemos emprendido esta obra para hacer conocer su doctrina sobre una materia tan importante y tan consoladora al mismo tiempo. Nuestro objeto es demostrar que María en el Calvario se hizo nuestra Madre con los mismos títulos, guardada la debida proporcion, con

que Dios es nuestro Padre, y Jesucristo nuestro Hermano. Fundándose el misterio de la maternidad de María con respecto á nosotros en dos títulos principales, es decir, en la amorosa disposicion de Jesucristo, que nos legó á María como por un testamento inestimable, y nos la dejó para que nos sirviese de Madre, y en la libre y generosa cooperacion de María en este misterio que nos hizo renacer espiritualmente por el amor de Dios Padre, y por las llagas, la sangre y la muerte de Jesucristo, su Hijo, dividiremos por lo mismo este tratado en dos partes. En la primera explicaremos desde luégo en el sentido literal estas palabras de Jesucristo en la cruz: *Mujer, hé ahí tu hijo; hé ahí tu Madre.* Despues haremos ver la necesidad que hay de entenderlas en un sentido más elevado y más importante. Nosotros haremos ver la necesidad que teniamos, para nuestra salvacion eterna, de una madre en el órden espiritual, y cómo al darnos el Señor á María, la suya propia, proveyó á esta necesidad. Tambien hablaremos de la grandeza, del valor y de la importancia de tal legado, de los deberes que nos impone, de las esperanzas que nos hace concebir, del vínculo secreto que bajo un título tan dulce une el culto de María al espíritu de la verdadera religion, y forma uno de los caractéres propios de los verdaderos hijos de la Iglesia, á quienes ella distingue de los que están fuera de su seno; y finalmente, del modo de tributarle este culto para obtener los beneficios que están unidos á él.

En la segunda parte trataremos de la conformidad perfecta de la voluntad de María á la de Dios Padre al darnos su Hijo comun, y de su union con Jesucristo en la expiacion del pecado, por oposicion á Eva, que se unió á Adan para cometerlo. Nosotros procuraremos en esta segunda parte sondear el abismo de los dolores que María sufrió en el Calvario para darnos á luz espiritualmente, y medir la grandeza y la generosidad de su sacrificio. Tam-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien procuraremos introducir alguna variedad en un objeto tan grave, sirviéndonos para ello de algunos pasajes de los libros santos, susceptibles de ser aplicados á esta materia.

Por lo que respecta al uso de estos pasajes históricos, tomados en su mayor parte del Antiguo Testamento, lo mismo que á las citas frecuentes de los Santos Padres y al estilo de este libro, remitimos al lector á las advertencias que hicimos en el prólogo del libro titulado *Las bellezas de la Fe*, del cual forma éste parte y es una continuacion.

Hemos querido presentar á las almas piadosas una lectura útil y agradable, una instruccion sólida sobre uno de los misterios más tiernos del Calvario, una lectura capaz de reanimar la fe, de acrecentar la esperanza, de inflamar la caridad, de fortificar más y más el amor y el celo por la religion, de despertar en los corazones verdaderamente cristianos el sentimiento, cada vez más vivo, de un amor filial á María y de una tierna confianza en su maternal proteccion; pero de tal modo, que esta confianza y este amor respecto á María haga germinar y crecer la confianza y el amor respecto á Jesucristo, objeto esencial y regla absoluta de toda verdadera devocion.

¡Augusta y santa Madre de Dios y Madre tierna de los hombres! Dignaos echar una mirada de dulzura y de bondad sobre este escrito, y honrarlo con vuestra maternal aceptacion. El os es presentado por el más miserable de vuestros siervos, por el más indigno de vuestros hijos, el cual os lo ofrece y os lo consagra con todo su corazon, como un débil, pero sincero homenage de su respeto y de su amor. Haced con la eficacia de vuestras preces llover sobre esta obra el rocío celestial, sin el que la palabra del escritor cristiano, lo mismo que la del apóstol del Evangelio, queda estéril y sin fruto. Haced que las almas piadosas que lleguen á echar sobre ella una ojeada, crezcan cada vez más en amor

hácia vuestra Persona, en confianza en vuestros auxilios y en celo por vuestro culto, y que crezcan al mismo tiempo en amor y en confianza hácia la Persona de vuestro Hijo y en celo por su culto. Conceded, sobre todo, al que ha escrito este libro una parte de los frutos que ha querido proporcionar á los demas. Haced ¡ay! que nada le impida participar de los méritos infinitos del misterio de la cruz, en el que tuvisteis Vos una parte tan importante, y que reciba la única recompensa que espera de vuestra clemencia y de vuestro amor; ésta consiste ¡oh Madre misericordiosa y fiel! en que cumplais en él vuestra palabra y le alcanceis la salvacion eterna de su alma, coma lo habeis prometido á los que ensalzan vuestros privilegios y glorifican vuestro nombre: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* (*Eccli.*, XXIV, 31.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

El valor de las mujeres que acompañan á Jesus crucificado, es una prueba de su divino poder y de su autoridad. Actitud sublime de María y de San Juan al pié de la cruz. Palabras que les dirige Jesucristo.

El misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el judío obstinado, y un objeto de locura y de desprecio para el ciego gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fe, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios (1). Y en efecto, como observa San Agustin, en tanto que la humanidad visible sufria los tormentos más crueles en la Persona de Jesucristo crucificado, la divinidad, que estaba invisible y oculta,

(1) Jesum Christum crucifixum Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam; ipsis autem vocatis Judæis atque Græcis, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam. (I, *Cor.*, I, 23, 24.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obraba las más grandes maravillas. Jesus crucificado, colmado de ignominias y víctima de los más atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como Señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnímoda, y miéntras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan sólo de Dios (1).

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasion, se nota, dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo más frágil, queriendo manifestarnos de este modo que habia venido para reformarlo todo, así como lo habia criado todo. Este sexo, en efecto, tenido por el más tímido, el más delicado y el más débil, se mostró de repente el más intrépido, el más animoso y el más fuerte (2).

Los apóstoles, exceptuando uno solo, habian abandonado á su divino Maestro y habian huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos, como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como El habia alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por El. Aquel mismo Pedro, que al principio

(1) Patiebatur hæc omnia qui apparebat homo, et ipse idem hæc omnia faciebat qui latebat Deus. (*S. Aug.*)

(2) Imbecillior sexus tunc fortior apparuit: ita omnia reformavit. (*S. Joan. Crisost.*)

habia jurado sufrirlo todo por El y morir con El, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de comun con El.

Mas, por un trastorno del órden natural, digno de ser notado, en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eutimio, unas pocas mujeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesus (1). Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz ni de manifestar públicamente la más viva adhesion y la piedad más tierna respecto al Crucificado, previniendo así la constancia y la generosidad de los mártires que habian de confesar un dia á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la bajeza de esos cristianos que se ruborizan de El y le niegan, por decirlo así, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no las acobarda, el furor del pueblo no las detiene, el poder de los magistrados no las intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor, parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, vertiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado, y con esta manifestacion de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio à Lapide, puede arrancarlas de junto á El, nada es capaz de decidirlas á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos

(1) Vide ordinem conversum: discipuli siquidem fugerunt, discipulæ assistentes permanebant. (*Eut.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta la cima del Calvario no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas, le han seguido constantemente. Ved aquí que tambien quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios, y de recoger su último suspiro; prontas á sufrirlo todo por El, y aun á morir, si es necesario, con El (1).

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto Mediador que se interponia entre Dios y los hombres, estas mujeres intrépidas se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesus crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto (2), se pusieron, como observa Cornelio à Lapide, segun el texto griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasion y de dolor, de ternura y de piedad, los horrores de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos (3).

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba María, su santísima y amabilísima Madre.

(1) Ab eo intuendo, meditando et admirando, Judæorum metu et minis avelli non potuerunt. (*Corn. à Lap.*)

(2) Erant autem ibi mulieres multæ à longe aspicientes. (*Marc.*, xv, 40.)

(3) Addunt græca: spectantes et speculantes tum miram Jesu patientiam, tum prodigia quæ circa eum contingebant, hæcque omnia pia mente et meditatione revolventes. (*Corn. à Lap.*)

María es conducida al pié de la cruz, no sólo por su amor de Madre, sino tambien por su celo de Corredentora; no sólo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino tambien para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor al sér que Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; tambien entra Ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y por lo mismo, toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demas mujeres, que de acuerdo con María, esposa de Cleofás, María Magdalena y el discípulo amado de Jesucristo, le habian acompañado hasta el Calvario, y se acerca más al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvacion del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo (1).

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habian ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecucion de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa envidia, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debian haber hecho alejar de la cruz á la Madre, al discípulo y á las otras mujeres; y esto, ménos por compasion de estas almas fieles, que para quitar al Señor, moribundo aun, el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuo-

(1) Stabant autem juxta crucem Jesu Mater ejus, et soror Matris ejus, Maria Cleophæ, et Maria Magdalena.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas tomar parte en sus ignominias, afligirse y compadecerse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino, que triunfa de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Getsemaní provee á la seguridad de sus discípulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y en vez de un título de condenacion, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo, á quien él declara Rey de los judíos, es decir, el Mesías ó el Salvador del mundo; este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la licencia de los verdugos. El asegura á María y á San Juan el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Redentor crucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos (1).

María estaba en pié, segun la bella pintura que hace San Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplacion sublime. La posicion recta é inmóvil de su Persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazon. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignacion y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos, recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvacion de los hombres. Muy léjos de temer la rabia de los verdugos (miéntras que su Hijo se ofrece á la justi-

(1) Stabant juxta crucem Jesu.

cia de su Padre), Ella se adelanta á su furor para ser tambien inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heróico, esta constancia invencible de María, indemnizaban en cierto modo á Jesus de la pena y de la vergüenza que le habia causado el cobarde abandono de sus discípulos. El espectáculo que María ofrece de Sí misma es el que conviene á la elevacion de su rango. Sólo es propio de un Hijo que es á un tiempo mismo verdadero Dios y verdadero Hombre, morir como muere Jesus, y María asiste á esta muerte como una Madre que tiene á un Dios por Hijo (1).

Al otro lado de la cruz estaba San Juan igualmente de pié; Juan, el discípulo muy amado, á quien Jesus amaba más que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama San Cipriano, su íntimo confidente, su camarero fiel (2). Su espíritu está ocupado de los misterios más sublimes, su corazon está traspasado de dolor; y sin embargo, su actitud y su figura son dignas de un discípulo que tiene á un Dios por Maestro. La Madre y el discípulo están tan próximos á la cruz, que pueden oir fácilmente la voz amada de Jesus moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas, llenas de amor.

(1) Stabat juxta crucem Mater, et fugientibus viris, stabat intrepida. Spectabat piis oculis Filii vulnera, per quæ sciebat omnibus redemptionem futuram. Stabat non degeneri spectaculo Mater, quæ non metueret peremptorem. Pendebat in cruce Filius; Mater se persecutoribus offerebat. (*De Inst. Virg.*, c. 7.)

(2) Christi cubicularius. (*S. Cipr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas, en la actitud de la resignacion más perfecta, de la ternura más viva y del dolor más profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida, que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUJER, HÉ AHÍ TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HÉ AHÍ TU MADRE (1).

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvacion del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto Personaje que las pronuncia. Mas ántes de entrar á examinar su significacion, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato.

(1) Mulier, ecce Filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 26, 27.)

CAPÍTULO II.

Explicacion literal de estas palabras de Jesucristo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo;* y de estas otras á San Juan: *Hé ahí tu Madre.* Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José, figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado.

UNA tradicion antigua y constante, comun entre los padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasion de Jesucristo hacia ya muchos años que habia muerto el patriarca San José, esposo purísimo de María. Si entónces hubiera vivido, no hubiera abandonado, miéntras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus, á quien habia sustraido con tanta destreza de la persecucion de Heródes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo (1). Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María, para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos padres (2). *Este custodio fiel de su Señor*, á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenia relacion con la santa Familia de Na-

(1) Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. (*Luc.*, II, 48.)

(2) Neque abrogaretur uxor marito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas, en la actitud de la resignacion más perfecta, de la ternura más viva y del dolor más profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida, que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUJER, HÉ AHÍ TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HÉ AHÍ TU MADRE (1).

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvacion del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto Personaje que las pronuncia. Mas ántes de entrar á examinar su significacion, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato.

(1) Mulier, ecce Filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 26, 27.)

CAPÍTULO II.

Explicacion literal de estas palabras de Jesucristo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo;* y de estas otras á San Juan: *Hé ahí tu Madre.* Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José, figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado.

UNA tradicion antigua y constante, comun entre los padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasion de Jesucristo hacia ya muchos años que habia muerto el patriarca San José, esposo purísimo de María. Si entónces hubiera vivido, no hubiera abandonado, miéntras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus, á quien habia sustraido con tanta destreza de la persecucion de Heródes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo (1). Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María, para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos padres (2). *Este custodio fiel de su Señor*, á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenia relacion con la santa Familia de Na-

(1) Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. (*Luc.*, II, 48.)

(2) Neque abrogaretur uxor marito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zaret, hubiera tenido tambien la gloria de recibir de la boca del mismo Jesucristo sus últimas instrucciones acerca del cuidado que debia tener del objeto más amado y más precioso que el Hijo de Dios dejaba en la tierra.

María, pues, estaba viuda de su casto esposo, y debia quedar tambien privada por algun tiempo de su divino Hijo. Pero Jesucristo la da por Madre á San Juan, queriendo por este hecho, dice San Agustin, proporcionarle un apoyo y un sosten. Su esposo vírgen le faltaba, y El confia su custodia á un discípulo vírgen, indemnizándola del Hijo que pierde con el hijo que le otorga (1). El madero de la cruz, prosigue el mismo santo doctor, era un patíbulo infame, en el que su santa humanidad sufria una muerte cruel; pero era al mismo tiempo una cátedra gloriosa, desde la que la Sabiduría divina instruia al universo. Jesucristo en estas circunstancias quiso enseñarnos con su ejemplo la obligacion que tienen todos los hijos piadosos de cuidar de sus padres (2).

San Juan Crisóstomo insiste en la misma idea, y afirma que al asignar el Salvador del mundo á San Juan por hijo de María, quiso darnos una importante leccion, y enseñarnos que no hay circunstancia alguna en

(1) Matri quam relinquebat, alterum pro se filium providebat. (*S. Aug.*)

(2) Moralis igitur insinuatur locus, et exemplo suo instruit præceptor bonus, ut à filiis piis impendatur cura parentibus. Tanquam lignum illud, ubi erant fixa membra morientis, etiam cathedra fuerit magistri docentis. (*Ibid.*)

la vida que pueda dispensarnos de cuidar de los autores temporales de nuestros dias, y que este deber, que principia con la vida, no acaba sino con ella (1).

Este ilustre doctor añade que al manifestar Jesucristo tanto cuidado por María en aquel momento supremo, y al manifestar igualmente que no moria contento, por decirlo así, sino despues de haber provisto al consuelo y al apoyo de esta augusta Madre, hizo ver claramente que María era su verdadera Madre, y que El era, como hombre, su verdadero Hijo, confundiendo de antemano la imprudencia de aquellos herejes que debian poner en duda la maternidad real de María y la filiacion verdadera de Jesucristo segun la carne (2).

San Cipriano va todavía más léjos. El afirma que el Salvador, al morir, debió mostrarse pensativo é inquieto por la conservacion de María, porque Ella era, no sólo su verdadera Madre, sino tambien su verdadero Templo. La Divinidad, en efecto, habia habitado por espacio de nueve meses en el seno de María, como en el Santuario más augusto. Allí fué donde el Cordero de Dios encontró el tálamo purísimo, en el que celebró sus nupcias con la naturaleza humana. María, pues, era una reliquia viviente, la más santa y la más preciosa de todas las reliquias, digna del culto y de la

(1) Matrem Discipulo commendat; erudiens nos ad ultimum usque spiritum parentum curam habendam. (*S. Joan. Crisost.*)

(2) Etiam Martionis obstruxit inverecundiam. Si enim non genitus est secundum carnem, neque matrem habuit; cujus gratia, circa eam solam, facit providentiam? (*S. Joan. Crisost.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veneracion del universo. Y supuesto que todo lugar en que Dios ha puesto sus piés es digno de adoracion (1), ¿de qué homenage no será digno aquel seno purísimo, en el que reposó el mismo Dios? Aquel depósito sagrado, aquel tesoro inestimable no podia ser confiado sino á manos puras y fieles. Jesucristo encuentra en San Juan un confidente íntimo, un amigo tierno y un discípulo constante, en quien un valor lleno de celo y un afecto tierno se unen á la pureza de su corazon, y á éste es á quien confia á María por un acta auténtica. El asegura á la que es BENDITA ENTRE TODAS LAS MUJERES la asistencia, el apoyo y la veneracion del más fiel de todos los apóstoles. El deja este templo vivo de la Divinidad y su trono augusto en la tierra, este tabernáculo de pureza, la más pura de todas las madres á la custodia del más puro de todos los hombres (2).

¡Oh Providencia! Exclama San Ambrosio. ¡Eleccion verdaderamente digna del que la hace y de la que es el importante objeto de ella! San Juan es constituido heredero de Jesucristo. Pero sólo es el heredero de su amor porque ha sido el imitador fiel de su pureza, y porque ha guardado cuidadosamente su santa integridad. Sus afectos no se hallan divididos, su amor es sin tacha, su corazon es vírgen, así como su cuerpo es

(1) Adoravimus in loco ubi steterunt pedes ejus. (*Ps.*, CXXXI, 7.)

(2) Considero te in cruce pendentem de Matre sollicitum: nunc materno moveris affectu, et thalamum humanitatis tuæ Cubiculario dilecto commendas; et provides sedulo *benedictæ inter mulieres* apostolicam clientelam, et obsequium Virginis virgini Discipulo tradis. (*S. Cipr.*)

puro. La habitacion de María no era decente y tranquila sino á la sombra de la habitacion de Juan (1).

Mas observad, dice San Cirilo, que Jesucristo, no sólo confia María á San Juan porque la ama y la venera como á su Madre, sino que confia tambien San Juan á María porque le ama y le mira como á su hijo. Las palabras que usa para encomendarlos mútuamente son las mismas; hablando de María, dice á San Juan: *Hé ahí tu Madre;* y hablando de San Juan, dice á María: *Hé ahí tu hijo*. Pues bien, la identidad de expresiones indica una identidad de relaciones y de deberes. Si el amor maternal de María debe encontrar una correspondencia en los cuidados filiales de San Juan, los oficios filiales de San Juan deben encontrar igualmente una correspondencia en el amor maternal de María. Por consiguiente, Jesucristo, por esta disposicion amorosa, no sólo aseguró la asistencia de un hijo á María, sino tambien la ternura de una Madre á San Juan. El quiso, no solamente endulzar el desconsuelo de su Madre, sino tambien recompensar la virtud de su discípulo; para esto creó un parentesco de nueva especie entre estas dos personas; parentesco el más íntimo, el más estrecho y el más necesario, porque tiene por fundamento las relaciones de la madre con el hijo y del hijo con la madre; pero el más perfecto al mismo tiempo, porque forma su vínculo, no

(1) Cum quo Virgo habitare debebat, nisi cum eo quem filii hæredem integritatis, sciret esse custodem? (*S. Ambr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un amor carnal, sino una caridad celestial y divina (1).

Esta conducta generosa y privilegiada que Jesucristo moribundo usó con San Juan, recuerda la manera generosa con que Jacob moribundo quiso distinguir á José, y puede mirarse la una como figura de la otra. Apénas este último patriarca recibe la funesta noticia de la última enfermedad de su padre, cuando abandona al momento la ciudad y la corte, y vuela á su lado para tributarle los últimos oficios y recoger su último suspiro (2). José estaba más retirado de la habitacion de Jacob que todos sus hermanos, y sin embargo, él es el primero y aun el único que se apresura, el primero y el único que llega hasta su padre moribundo. El se coloca junto al lecho, y no le abandona más; sumergido en un profundo dolor, aguarda allí su fin. Este tierno cuidado, este rasgo de piedad filial penetra y conmueve el corazon de Jacob. Este se vuelve hácia su hijo, y con una voz balbuciente le dice: «José, un mérito particular merece una recompensa especial. Por esta causa, ademas de la porcion de mi herencia que recibirás como cada uno de mis hijos, te dejo otra como un recuerdo perpétuo de mi afecto especial. Ella será tu propiedad, ella no pertenecerá más que á tí, y

(1) Commendavit Discipulo, ut officia filii in eam observaret. Matrem similiter admonuit, ut parentis in Discipulum auctoritatem haberet; amore videlicet et charitate non minus conjungi voluit, quam si naturæ maxima propinquitate conjuncti essent. (*S. Ciril.*)

(2) Nuntiatum est Joseph quod ægrotaret pater suus: qui... re perrexit. (*Genes.*, XLVIII, 1.)

tus hermanos no tendrán derecho alguno á ella. Esta porcion de mi herencia que destino para tí y que te dejo por una donacion excepcional, es la más rica y al mismo tiempo la más querida porcion de mi patrimonio, porque es la tierra, tan fértil y tan fecunda, que el valor de mi brazo y la fuerza de mis armas conquistaron del Amorreo» (1).

Pero ¿qué títulos merecieron á José esta donacion particular, esta tierna distincion por parte del autor de sus dias? ¡Ay! La causa de esto fué que José era el más casto y al mismo tiempo el más afecto á su padre, el más piadoso y el más fiel de todos los hijos de Jacob. José amó la castidad hasta el punto de ser en cierto modo el mártir de ella, y hasta el fin dió á su padre pruebas de su amor, de su ternura y de su fidelidad, por la prisa con que procuró acercarse á su lecho de muerte, y por el constante amor con que le asistió.

Por estos mismos títulos, dicen los intérpretes, ademas de la porcion que pertenecia de derecho á San Juan como apóstol de Jesucristo, y que le era comun con los demas apóstoles, recibe tambien una porcion particular de su santa herencia; porcion que le es propia y peculiar, porque el Salvador moribundo no la ha dado más que á él; porcion la más noble y la más amada de Jesucristo, pues que esta porcion es María, su propia Madre, aquella tierra misteriosa que el Se-

(1) Ait ad Joseph filium suum: Do tibi partem unam extra fratres tuos, quam tuli de manu Amorrhæi in gladio et arcu meo. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñor bendijo y que conquistó del príncipe de las tinieblas por la fuerza de su poder divino, preservándola del pecado original, y sustrayéndola así á su funesto imperio y á la cautividad comun de todos los hijos de Jacob (1). San Juan adquirió una herencia tan rica y recibió un legado tan glorioso en la persona de María, que le fué dada por Madre, porque tuvo los mismos títulos, como hemos dicho, que llamaron á José á la porcion escogida de la herencia de su padre; es decir, su pureza y su fidelidad (2).

El obtuvo este privilegio, en primer lugar, por su pureza; porque, como asegura el venerable Beda, San Juan, á quien el Señor encontró puro y vírgen cuando le llamó al apostolado, se conservó vírgen y puro toda su vida, y el privilegio de la virginidad fué lo que le hizo merecer el del amor de Jesucristo (3). Lo que le agradó á Jesucristo en San Juan fué aquella virtud delicada, exquisita y sublime, que tanto le habia agradado en María. Y si este discípulo afortunado mereció tener por Madre á la propia Madre de Dios, sólo lo debió al mérito de una pureza santa, por la que, como observa San Juan Crisóstomo, habia merecido ya María tener por Hijo á un Dios (4).

(1) Benedixisti, Domine, terram tuam; avertisti captivitatem Jacob. (*Psal.*, LXXXV, 2.)

(2) Virginitate et proximitate crucis Mariæ maternitatem obtinuit.

(3) Propter privilegium castitatis à Domino amabatur, quoniam virgo ab eo vocatus, virgo in ævum permansit. (*Bed.*)

(4) Cum beata Maria super omnem humanam naturam castitatem servaret, propterea Christum Dominum in ventre concepit. (*S. Joan. Crisost.*)

¡Privilegio inestimable de la virginidad! ¡Valor singular de esa pureza santa, que eleva el corazon del hombre hasta Dios, que le hace singularmente amado, que le hace el objeto de sus complacencias, que atrae sus miradas, y que obtiene de El las bendiciones más abundantes y el amor más tierno!

En segundo lugar, San Juan recibió en María la recompensa de su valor, de su constancia y de su fidelidad. De todos los discípulos de Jesucristo fué el único que le acompañó hasta el Calvario, el único que, sin acobardarse por el odio y el furor de los judíos, tuvo el valor de confesarse públicamente su discípulo y de asistir á su muerte. El fué, por consiguiente, no sólo el más puro de los apóstoles, sino tambien el más generoso, el más afectuoso y el más fiel. ¿Qué extraño es, pues, que fuese el más ámpliamente recompensado en la distribucion que Jesucristo moribundo hizo de las riquezas de su amor? ¡Afortunado San Juan, exclama el obispo Teófilo, que tuvisteis la intrepidez, la constancia y la generosidad de acompañar á Jesus hasta el suplicio y de permanecer junto á su cruz! ¡La nobleza y la pureza de vuestros sentimientos os alcanzaron el honor de ser elegido por hermano de Jesucristo, y de ser dado por hijo, en lugar suyo, á María, su propia Madre! Tal es la ventura inestimable del que se une á la cruz, permanece en compañía de Jesus crucificado, y contempla en el Calvario los misterios del Hijo y las penas de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madre. Por estos medios se une á Jesucristo, no sólo por el amor, sino tambien por la amistad más íntima y por el parentesco más estrecho (1).

Pero ¡qué sabiduría y qué amor tan tierno se nota, dice el mismo padre, en esta eleccion y en esta disposicion! María y San Juan son los objetos más caros que Jesucristo deja en la tierra: María, que le engendró de su sustancia, y San Juan, que le ha imitado en su vida; María, que concibió al Verbo de Dios en su seno, y San Juan, que ha concebido de El la idea más clara en su espíritu; María, sobre cuyo pecho reposó Jesucristo, y San Juan, que ha reposado sobre el pecho de Jesucristo. El Señor quiso dejar á María un recuerdo de su Persona, y hacerle una donacion, y no tuvo otra cosa mejor que ofrecerle que aquel á quien amaba más que al resto de los hombres. El quiso dejar una herencia á San Juan, y no pudo dejarle otra cosa mejor que aquella á quien amaba sobre todas las mujeres. Aquella Madre, sumamente amada, no podia tener un hijo mejor que San Juan, objeto de la predileccion de Jesucristo, ni el discípulo amado podia encontrar una madre mejor que María, sumamente amada. Al recibir San Juan á María, á quien el mismo Jesucristo habia escogido por Madre, todo lo habia recibido con Ella. Y cuando María recibió á San Juan, á quien Jesucristo habia

(1) Dixit Matri: Hic meo loco erit tibi; tu eris ei pro me... Papæ! quomodo observat Discípulum, fratrem suum ipsum faciens! Usque adeo bonum est manere apud patientem Christum; nam in fraternitatem illius ducit! (*S. Teoph.*)

amado como á su hijo predilecto, nada más podia ya recibir. Por consiguiente, el Señor no podia dar al uno y al otro una herencia más rica, no podia hacerles una donacion más agradable, ni dejarles un recuerdo más precioso ni una prueba más convincente de su ternura y de su afecto (1). ¡Oh! ¡Cuán tierno es el corazon de Jesus! ¡En medio de los padecimientos terribles é inauditos, en medio de tantos oprobios y de tantas amarguras como afligieron á su humanidad santa, nada omite, nada olvida, nada deja sin recompensa!

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido y todo se lo lleva el viento, y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningun fruto ni recompensa alguna. Sólo siguiendo á Jesus, amando á Jesus y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningun riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los más pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazon. ¿Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor, que nos salva y nos recompensa, al ménos lo que hacemos por un mundo que sólo procura nuestra corrupcion, nuestra desgracia y nuestra perdicion?

(1) Commendat Discipulo, summe dilectam maxime dilecto, virginem virgini. (*S. Teoph.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Cualidades de una mujer, y en particular de una madre. Su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres, en el órden espiritual, no pueden existir sin una madre.

Ya es tiempo de principiar á explicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á San Juan, y esto en su sentido más noble, en el sentido que nos toca más de cerca y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta explicacion, observaremos desde luégo que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la Sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. No es bueno, dice, que el hombre esté solo en la tierra (1). Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él, no sólo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia (2). El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la mujer, por

(1) Non est bonum hominem esse solum. (*Genes.*, II, 18.)
(2) Faciamus ei adjutorium simile sibi. (*Ibid.*)

una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre (1).

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la mujer.

En primer lugar la mujer es un sér misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la mujer: ella reina por su propia debilidad, ella encanta por su timidez, ella impone por su pudor.

La mujer es como un sér múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque, con él y como él, es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta, lo mismo que él, al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reune en sí misma. Ella es, pues, el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reune los dos elementos más

(1) Et ædificavit... in mulierem... de viro sumpta est. (*Genesis*, II.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas, respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de séres racionales, la mision de la mujer es mucho más preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los séres inteligentes que el sér inferior, el sér débil no se aproxime ni se aficione al sér superior, al sér noble y fuerte, sino en tanto que éste se incline, por decirlo así, descienda hasta él y le manifieste préviamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado ántes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal excita igualmente su corazon y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazon tímido de un niño, y de inclinar al amor el corazon independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos séres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio, repito, es propio y exclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre, y la que hace gustar y saborear al padre

las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediacion, de esta industria de una madre (ó de la que está en lugar de madre), que empequeñecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraria siempre al hombre con miedo, y el hombre miraria siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es tambien la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que excusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignacion de éste, templa su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdon. La madre es la que hace valer los derechos, la razon y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumision de éste y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego miéntras no consigue una reconciliacion entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es, por lo mismo, en la familia la mediadora natural de la reconciliacion, la mensajera del perdon y el árbitro de la paz.

Ademas, al padre es á quien pertenece, como á una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

providencia, por decirlo así, general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus más pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las adivina, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las explica, y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomas, explica la denominacion latina del matrimonio (1). Denominacion formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen más bien á la madre que al padre; esta es una de las razones por que fué criada la mujer, y por esta causa tambien ella es la que naturalmente se dedica más al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la mujer son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios, al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su sér. En efecto, lo que

(1) Matrimonium dicitur quasi matris munium, id est officium quia mater magis pertinet ad rationem ejus quam pater, quia mulier principaliter facta est propter hoc, non autem vir, et mulier circa prolem magis est officiosa. (IV, *Distinct.*, 27, 9, 1.)

le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energía de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetracion; ella comprende ménos, pero siente más; ella obra mucho porque ama mucho y porque todo su ministerio se reduce á amar; ella es la ternura misma. Así es como el Criador ha dado á todos los séres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que los ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor más tierno y más enérgico al mismo tiempo, más firme y afectuoso, más contrariado y más constante, más combatido y más generoso que el de una madre. Cuantos más disgustos sufre por sus hijos, tanto más los ama; cuantos más dolores, más trabajos y más sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto más defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compasion le inspiran; cuanto más incómodas, más repugnantes y más contagiosas son sus enfermedades, más léjos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; sólo el amor maternal es el que no cede jamas, jamas se desalienta, jamas se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto más angustiado y afligido se encuentra, tanto más activo y más enérgico se hace.

Esta es, finalmente, la razon por qué no hay una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palabra más dulce, más agradable ni más tierna que la de *madre*. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque sólo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas, con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia, que pertenecen al padre, como al juez natural de la familia, de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio sólo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el símbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el órden natural y visible es en su realidad misma el símbolo y la figura del órden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres es llamada en la Escritura una creacion nueva (1). Y nuestra vocacion á la fe y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz, que nosotros hemos recibido de Dios (2).

Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es necesario que haya tambien semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los libros santos, que la vida y la gracia

(1) Emittes Spiritum tuum, et creabuntur. (*Psalm.*, CIII, 30.) Nova creatura. (II, *Cor.*, V, 17.)

(2) Genuit nos verbo veritatis. (*Jac.*, I, 18.) Qui ex Deo nati sunt. (*Joan.*, I, 13.)

se trasmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina, que nos hace nacer para el cielo, así como hay una generacion carnal, que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una mujer; por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un Hombre unido á una Mujer por Dios redentor. Es decir, que así como en el órden temporal, ademas del padre, principio de la vida, tuvimos una madre, por cuyo medio se nos trasmitió la vida; del mismo modo en el órden espiritual, ademas del Padre, autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una Madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta Madre es María.

El Dios lleno de bondad, que en el órden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, segun la carne, un vínculo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el órden espiritual, en el que ha esparcido con mucha más abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el órden espiritual, un lazo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. ¿Y cómo, sin ofender á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinita bondad de Dios, que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redencion (1), puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediacion de una Madre celestial?

(1) Copiosa apud eum redemptio. (*Psal.*, CXXIX, 7.)

CAPÍTULO IV.

Jesucristo debió comprendernos en la donacion que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida al parecer de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo cuando desde lo alto de la cruz dijo á San Juan, indicándole á María: Hé ahí tu Madre.

No es, pues, cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esa feliz adopcion. No es, pues, cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegacion, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo, á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será, pues, verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el órden espiritual de la gracia y de la salvacion otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida, y que nada tenemos de comun con Eva ino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinita bondad de Dios, que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redencion (1), puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediacion de una Madre celestial?

(1) Copiosa apud eum redemptio. (*Psal.*, CXXIX, 7.)

CAPÍTULO IV.

Jesucristo debió comprendernos en la donacion que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida al parecer de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo cuando desde lo alto de la cruz dijo á San Juan, indicándole á María: Hé ahí tu Madre.

No es, pues, cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esa feliz adopcion. No es, pues, cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegacion, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo, á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será, pues, verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el órden espiritual de la gracia y de la salvacion otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida, y que nada tenemos de comun con Eva ino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cente, con la *Madre verdadera de la vida*, de la dulzura, de la misericordia y de la bondad. No será, finalmente, cierto que, adoptados por hijos por el mismo Dios en el Calvario, no podamos jamas aspirar al honor de tener á María por Madre, y que habiéndonos hecho Jesucristo herederos de su gracia, de sus méritos, de su sangre y de su reino, no haya querido comprendernos en la herencia de su Madre, ó que haya olvidado y excluido á la Iglesia de esta porcion de su testamento. ¿Y quién podria jamas tener tales pensamientos, sin sentirlos rechazados por los remordimientos, sin agraviar á la inmensidad del amor de Jesucristo para con nosotros, á las riquezas de su redencion, á la generosidad y á la perfeccion de su sacrificio?

En efecto, segun observa San Leon, entre la muerte del Salvador y la de sus mártires existe, entre otras diferencias, la de que cada uno de éstos ha dado su vida separadamente, y que sus muertes son singulares y privadas (1), miéntras que Jesucristo dió su vida por todos, y su muerte es una muerte comun, pública y universal (2). El defendia entónces la causa de todo el género humano, cuya naturaleza representaba en Sí mismo sin tener su culpabilidad (3). De este modo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio augusto, pontífice universal, hostia pública de propiciacion, de reconciliacion y de paz, ofrecia en la cruz á Dios, su Padre, el sacrificio de los siglos por la salvacion del mundo. El se lo hacia agradable por sus profundas humillaciones, por la oblacion entera de todo lo que le era propio y personal, por su perfecta resignacion, y sobre todo, por la inmensa y tierna caridad con que la acompañaba. No es, pues, creible que El quisiese, ni aun por un solo instante, interrumpir esta accion sublime y perfecta, la ACCION por excelencia, para ocuparse de la recompensa debida á su discípulo y del consuelo temporal de su Madre. No es verosímil que, ni aun por un solo instante, quisiese apartar su pensamiento del negocio público de la salvacion del mundo, para ocuparse exclusivamente de afecciones y de intereses personales y privados.

(1) Singulares in singulis mortes sunt. (*S. Leo.*)

(2) Inter filios hominum solus Dominus noster, in quo omnes crucifixi et mortui sunt. (*Ibid.*)

(3) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (*Ibid.*)

Nada es ciertamente más justo, más religioso, más santo ni más piadoso, generalmente hablando, que ver un hijo en sus últimos momentos ocuparse de su tierna madre, y un maestro pensar en su discípulo fiel. Mas si se consideran las augustas funciones y el noble cargo que el Hijo de Dios iba á cumplir en el momento de su muerte, si se atiende al carácter especial y al objeto sublime de esta muerte, se comprenderá que no podia ocuparse un solo instante de su discípulo ni de su Madre sin descender en cierto modo de la altura de su rango, de su posicion sublime de persona pública, de víctima universal; sin alterar la perfeccion y la integridad de su ofrenda, en la que todo cuanto le era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propio y personal se sacrificaba, se ofrecia, se aplicaba y se trasmitia á nosotros.

Es verdad que en aquellos instantes misteriosos trató Jesus de asegurar el perdon á sus verdugos y el paraíso á un ladron. Mas entónces solicitó tambien el perdon para todos los pecadores á la vez, y prometió igualmente el paraíso á todos los verdaderos penitentes; por consiguiente, aquella súplica y aquella promesa, aunque expresadas en términos particulares y privados, tenian un objeto público y universal, y por lo mismo formaban parte del sacrificio universal y público que entónces se ofrecia. Luego la declaracion de la nueva maternidad de María y de la nueva filiacion de San Juan, aunque hecha en términos personales y privados, debió igualmente tener un objeto público y universal, á fin de que pudiese armonizarse y formar un todo con los sentimientos y los pensamientos de interes público de que Jesucristo se ocupaba únicamente en aquellos preciosos instantes.

El discípulo debió por lo mismo representar á todos los verdaderos creyentes, así como, segun la enérgica expresion de San Pablo, los verdugos representaban á todos los pecadores, y el buen ladron á todos los verdaderos penitentes. Así es como nosotros debimos hallarnos comprendidos en la adopcion de San Juan. Sólo así es como esta última disposicion se eleva, se engrandece, se extiende y se ennoblece. No es ella solamente un acto del Hijo único de María, del Maestro privado de San Juan, sino más bien un acto del Salvador universal del género humano, un acto digno del Personaje que lo ejecuta, y digno tambien del tiempo y del lugar en que se ejecuta.

Esto se confirma tambien por la conducta constante del Hijo de Dios con respecto á su Madre durante el curso de su vida mortal. Si María se queja á El por haberse sustraido á su ternura, y por haberla tenido durante el espacio de tres dias sumergida en el más doloroso temor y en las mayores angustias (1), Jesus le reconviene en cierto modo por su solicitud maternal, y condena, al parecer, sus investigaciones y su dolor (2). Si María en las bodas de Caná solicita por su parte un prodigio (3), Jesus la reprende en cierta manera porque se toma por sus comensales más inquietud y más cuidado del que convendria (4). Finalmente, si María procura verle y hablarle (5), Jesus lo rehusa, y protesta, al parecer, que no la conoce (6). Ademas, al llamarla constantemente *mujer*, parece que le rehusa hasta el nombre, el título y la cualidad de madre. Pero ¿cómo es esto? ¿Es posible que Jesus no amase á María? ¿Es posible que María no fuese

(1) Quid fecisti nobis sic? Dolentes quærebamus te. (*Lucæ*, II, 48.)
(2) Quid est quod me quærebatis? (*Ibid.*, II, 49.)
(3) Vinum non habent. (*Joan.*, II, 3.)
(4) Quid mihi et tibi est, mulier? (*Ibid.*, 4.)
(5) Mater tua et fratres tui foris estant volentes te videre. (*Lucæ*, VIII, 20.)
(6) Mater mea et fratres mei hi sunt qui verbum Dei audiunt. (*Ibid.*, 21.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más amada de El que todo objeto creado? ¿Es posible que María no fuese más que una mujer cualquiera, y no aquella Madre que El colmó de privilegios, aquella Madre más madre, por decirlo así, que las otras madres, supuesto que lo concibió doblemente, en su alma guardando fielmente la palabra de Dios, y en su seno vistiendo su Persona de una carne humana sin intervencion del hombre? ¿Por qué, pues, el Señor la trata con tan poco respeto? ¿Por qué le rehusa toda demostracion pública de su ternura filial? Las respuestas mismas de Jesucristo en las circunstancias que acabamos de indicar dan la solucion de este enigma, y descubren el misterio de esta indiferencia aparente del más santo de los hijos con la más digna de todas las madres. Cuando El rehusa un prodigio en las bodas de Caná, da por única razon que su hora no ha llegado aun (1). Cuando es hallado en el templo, declara como la única causa de su extravío voluntario, que El debe ante todo ocuparse de la mision que le ha encargado su Padre celestial, es decir, de los intereses de su gloria, y de la salvacion de los hombres (2). Cuando es llamado por María, protesta como la única razon por qué se niega á verla, que no reconoce por sus parientes más que á aquellos que son fieles en escuchar la palabra de Dios y en ponerla en práctica (3). Y bien,

(1) Nondum venit hora mea. (*Joan.*, II, 4.)

(2) Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt oportet me esse? (*Luc.*, II, 13.)

(3) Mater mea et fratres mei hi sunt qui verbum Dei audiunt et faciunt. (*Luc.*, VIII, 20.)

¿cuál es la significacion de todo esto, dice San Ambrosio, sino que Jesucristo cree deberse todo entero al ministerio de que le ha investido su Padre celestial, más bien que á los afectos de su Madre terrena? (1). Es decir, que El cree deber consagrar absolutamente todos sus instantes y todas sus acciones á la salvacion de los hombres; que este importante negocio es la regla de toda su conducta y de todos sus prodigios; que El se considera, se reconoce y obra siempre como el Mediador universal del mundo, y no como el Hijo especial de María; que en El las afecciones domésticas y los respetos personales están siempre subordinados y sometidos al carácter público de Salvador; que en todos sus discursos, lo mismo que en todas sus acciones, no pierde de vista ni un solo instante la redencion del mundo; que todo aquello que á primera vista sólo tiene un objeto particular, recibe de El una direccion que le hace entrar en el plan general de su mision; que El no sustrae jamas un solo pensamiento, un solo afecto ni un solo instante á esa obra sublime de la salvacion de los hombres, que Tertuliano llama la más digna de la grandeza de Dios (2), y que el mismo Jesucristo llama su alimento predilecto, su alimento escogido, su única ocupacion y la obra de Dios por excelencia (3).

(1) Non quod materna refutet pietatis obsequia; sed quia Patris se ministerio amplius, quam maternis affectibus, subesse cognoscat. (*S. Ambros.*)

(2) Nihil magis Deo dignum quam salus hominis. (*Tertul.*)

(3) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV, 34.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo no quiere sustraer un solo instante de su vida á nuestra salvacion. Mas ¿para qué es esta reserva extrema, esta delicadeza exquisita de su parte? Ved aquí la razon: aunque el Padre celestial, por un exceso de la más tierna caridad, nos haya dado á su Hijo único (1); aunque, por un exceso semejante de esta caridad, este mismo Hijo se haya ofrecido voluntariamente para ser víctima y el precio de nuestra salvacion (2), sin embargo, supuesto que el Padre nos ha dado generosamente á su propio Hijo, supuesto que este Hijo ha sido, digámoslo así, pródigo de Sí mismo para nosotros, Jesucristo por este mismo hecho ha venido á ser nuestra propiedad y nuestra riqueza. Nosotros no teniamos derecho ni mérito alguno; la donacion del uno y la ofrenda del otro fueron perfectamente libres en su principio; pero siendo las dos verdaderas y reales, se hacen necesarias é irrevocables en sus efectos. Ellas establecen en favor nuestro un derecho real y verdadero sobre la persona del Salvador; y nosotros podemos, rigorosamente hablando, llamarle nuestro bien y mirarle como nuestra propiedad. Ved aquí por qué, al anunciar Isaías su venida, se vale de estas tiernas expresiones: UN PEQUEÑO NIÑO NOS HA SIDO DADO; UN HIJO HA NACIDO PARA NOSOTROS (3). Los ángeles al anunciar su nacimiento usan las mismas palabras: «Re-

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.*, III, 17.)

(2) Oblatus est quia ipse voluit. (*Is.*, LIII, 7.)

(3) Parvulus datus est nobis; Filius natus est nobis. (*Is.*, IX, 6.)

gocijaos, dicen á los pastores, porque OS HA NACIDO UN SALVADOR» (1). Y San Pablo nos hace observar que el Padre eterno, no sólo nos ha dado á Jesucristo, sino que en El y con El nos ha dado tambien todo cuanto le pertenece (2). Ved aquí por qué, como dice San Leon, todo lo que Jesucristo es, todo lo que Jesucristo tiene, todo lo que concibió la virginidad de María, y la rabia infernal de los judíos clavó en la cruz, todo es propiedad nuestra (3). Todos los momentos preciosos de su vida, todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus afectos nos pertenecen; El no puede disponer de cosa alguna sin nosotros ni fuera de nosotros. Nosotros debemos necesariamente tener parte en todos sus designios y en todas sus obras. Si El hubiera dicho ó hecho cualquiera cosa que no hubiera tenido relacion alguna con nosotros, hubiera dejado de pertenecernos desde aquel momento; El hubiera sustraido algo á la universalidad, á la integridad, á la perfeccion de su ofrenda. Ved aquí por qué siempre nos tuvo presentes en todo. Por esta razon su vida entera, sin que le fuese permitido distraer un solo instante, fué un sacrificio contínuo, un sacrificio tan absoluto en su integridad como en su perfeccion, y como un solo pensamiento, una accion única y no interrumpida, cuyo objeto era la salvacion de los hombres.

(1) Evangelizo vobis gaudium magnum, quia natus est vobis Salvator. (*Luc.*, II, 10.)

(2) Cum illo omnia nobis donavit. (*Rom.*, VIII, 32.)

(3) Nostrum est quod concepit materna virginitas, nostrum est quod judaica crucifixit impietas. (*S. Leo.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, ¿será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó desmentirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? ¿Podrá creerse jamas que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la Víctima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa extraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, El no olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso, por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con San Juan. Jesucristo entónces pensó tambien en nosotros; El nos tuvo presentes, nos tuvo á la vista; entónces nos dió á María por Madre, y nos legó por hijos á María.

CAPÍTULO V.

Dificultad que hay para conciliar la realidad de la filiacion de San Juan con la nuestra. Se responde á esta dificultad con la regla más recibida sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos, y se confirma esta regla con varias interpretaciones de los Padres.

Mas si las palabras del Salvador contienen el misterio de nuestra comun adopcion, contienen de la misma manera el misterio de la adopcion de San Juan; luego este apóstol no se hizo hijo de María sino en el sentido y de la manera general con que nos hicimos todos igualmente. Sin embargo, el texto sagrado parece que se opone á esta consecuencia.

Es indudable que San Juan conocia mejor que otro cualquiera el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo. El se las habia oido pronunciar, y toda la fuerza divina de ellas se habia hecho sentir y comprender de su tierno corazon; por consiguiente, San Juan es el intérprete más legítimo, más natural y más fiel.

No parece que en esta disposicion de Jesucristo viese el discípulo otra cosa que una adopcion que le era propia, un nuevo nacimiento para él, un privilegio inherente á su persona, y una preciosa distincion de su divino Maestro. Efectivamente, él mismo escribió que, entendiendo como debia el honor inapreciable de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, ¿será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó desmentirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? ¿Podrá creerse jamas que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la Víctima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa extraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, El no olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso, por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con San Juan. Jesucristo entónces pensó tambien en nosotros; El nos tuvo presentes, nos tuvo á la vista; entónces nos dió á María por Madre, y nos legó por hijos á María.

CAPÍTULO V.

Dificultad que hay para conciliar la realidad de la filiacion de San Juan con la nuestra. Se responde á esta dificultad con la regla más recibida sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos, y se confirma esta regla con varias interpretaciones de los Padres.

Mas si las palabras del Salvador contienen el misterio de nuestra comun adopcion, contienen de la misma manera el misterio de la adopcion de San Juan; luego este apóstol no se hizo hijo de María sino en el sentido y de la manera general con que nos hicimos todos igualmente. Sin embargo, el texto sagrado parece que se opone á esta consecuencia.

Es indudable que San Juan conocia mejor que otro cualquiera el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo. El se las habia oido pronunciar, y toda la fuerza divina de ellas se habia hecho sentir y comprender de su tierno corazon; por consiguiente, San Juan es el intérprete más legítimo, más natural y más fiel.

No parece que en esta disposicion de Jesucristo viese el discípulo otra cosa que una adopcion que le era propia, un nuevo nacimiento para él, un privilegio inherente á su persona, y una preciosa distincion de su divino Maestro. Efectivamente, él mismo escribió que, entendiendo como debia el honor inapreciable de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verse legar á María por Madre, se consideró desde aquel instante como el poseedor de un tesoro inestimable, de la herencia más preciosa, la amó sobre toda expresion, le dió preferencia sobre todo, y le consagró, despues de Dios, el primer lugar en su corazon. Tal es en efecto la significacion de estas palabras, salidas de la pluma del mismo evangelista: Y RECIBIENDO EL DISCÍPULO DESDE AQUELLA HORA Á MARÍA, LE CONSAGRÓ TODO CUANTO TENIA (1). No sus bienes temporales, añade San Agustin, porque estaba desprovisto de ellos, sino todos los deberes de hijo y de custodio, los que cumplió con el mayor celo y con el amor más tierno (2).

Se sabe en efecto que desde aquel momento manifestó Juan por María todo el cuidado, la veneracion y la ternura de un hijo amante y respetuoso; que jamas se alejó de Ella, que siempre permaneció á su lado, que la llevó consigo á todas sus misiones apostólicas; que, como la carta sinodal del concilio de Efeso lo da á entender, estuvo acompañado de la Madre del Redentor en la fundacion de aquella iglesia, y que la miró siempre como la más bella recompensa de su fidelidad, y la gloria más sublime de su apostolado.

Esta conducta de San Juan con María no nos permite dudar que Jesucristo se la dió verdaderamente por Madre, y que las palabras divinas tuvieron respec-

(1) Et ex illa hora accepit eam Discipulus in sua. (*Joan.*, XIX, 7.)

(2) Accepit Discipulus in sua, non prædia quæ nulla possidebat, sed officia quæ propria dispensatione exequenda curabat. (*S. Aug.*)

to al díscipulo un sentido directo é inmediato. Luego nosotros no podemos ser incluidos en esta adopcion sino en un sentido lato, en un sentido místico, alegórico, y no en un sentido natural, verdadero y real. Ved aquí la dificultad que surge naturalmente de lo que hemos dicho hasta aquí. O Jesucristo tuvo presente entónces tan sólo la filiacion de San Juan, y en este caso, ¿cómo puede concebirse que en una circunstancia tan pública y tan solemne prescindiese de nosotros y nos olvidase? O por el contrario, Jesucristo tuvo presente únicamente nuestra filiacion, y entónces ¿cómo hubiera interpretado San Juan en su favor la declaracion del Señor, y se la hubiera apropiado como si no hubiera sido hecha más que para él solo? (1).

Mas esta dificultad sólo lo es en apariencia; ella se desvanece y desaparece desde el momento en que se reflexiona que no se trata aquí de la palabra de un hombre, sino de la de un Dios.

La palabra de Dios, contenida en la Escritura, tiene, dice Santo Tomas, una ventaja particular, que le es propia, á saber, que no es como los libros dados á luz por el espíritu y salidos de la pluma del hombre, en los que las palabras significan únicamente las cosas que representan. En los libros santos las cosas significadas por las palabras sirven á su vez para significar otras cosas (2). Las palabras de los hombres sólo

(1) Accepit eam Discipulus in sua. (*Joan.*, XIX, 17.)

(2) Cum in omnibus scientiis voces significat res, hoc habet

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienen un sentido material, inmediato é histórico, que resulta de la significacion gramatical de estas mismas palabras; miéntras que la palabra de Dios, ademas del sentido histórico, inmediato y material, indicado por las palabras, que se llama sentido literal, encierra otro sentido que sale de la significacion de las cosas, y se llama sentido espiritual (1).

El sentido histórico de la palabra de Dios es, pues, el sentido inmediato y próximo. El sentido espiritual, que nosotros llamamos *profético*, es el sentido mediato y remoto; este segundo sentido es el más elevado, y por lo mismo el más extenso, el más noble y el más perfecto. Los dos son verdaderos, los dos son reales, los dos son inspirados, y por lo mismo los dos son importantes; el primero porque sirve de ocasion y de velo, y el segundo porque contiene el misterio, lo descubre y lo explica. Es necesario, pues, dice San Agustin, tenerlos siempre presentes en la lectura de la Escritura Sagrada. Si nos atenemos únicamente al sentido más próximo, al sentido inmediato, á la letra, que es como la corteza y la superficie, no tendremos jamas sino una inteligencia truncada, material é imperfecta de los divinos oráculos, y las palabras de la Sagrada

proprium hæc scientia (*S. Scripturæ*) quod ipsæ res significatæ per voces, etiam significant aliquid. (1 p., q. 1 à 10.)

(1) Illa prima significatio, qua voces significant res, pertinet ad primum sensum, qui est sensus historicus et litteralis. Illa vero significatio, qua res significatæ per voces, iterum res alias significant, dicitur sensus spiritualis. (1 p., q. 1 à 10.)

Escritura contribuirán muy poco, ó tal vez nada, á nuestra edificacion (1).

Así, por ejemplo, es de fe que Abrahan tuvo dos hijos, Ismael de Agar, é Isaac de Sara. Al referir el historiador sagrado las sucesiones de estos dos hijos del padre de todos los creyentes, no cuenta una parábola, un apólogo ó una fábula, sino la historia verídica de un hecho ocurrido realmente. Es, por lo tanto, de fe, pues que San Pablo lo anuncia en términos muy claros, que esta historia de las esposas y de los hijos de Abrahan, aunque muy verdadera, es al mismo tiempo una figura y una profecía. Agar y Sara representan los dos testamentos, las dos alianzas, la Sinagoga y la Iglesia (2). El Espíritu Santo, al inspirar al escritor sagrado la composicion de su relato y la indicacion que hace de las circunstancias que en él vemos, tuvo, por consiguiente, presentes dos cosas: la primera, trasmitir á la posteridad la historia verdadera de la familia de Abrahan; la segunda, anunciar y figurar en ella y por ella las vicisitudes de la Iglesia de Jesucristo.

Por lo que respecta al Nuevo Testamento, la doctrina comun de los padres de la Iglesia es, que todo cuanto encierra es histórico y profético á un tiempo mismo, y que, segun la expresion de San Agustin, el

(1) Si hoc tantum volumus intelligere quod sonat littera, aut parvam aut nullam ædificationem de divinis lectionibus capiemus. (*S. Aug.*)

(2) Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit: unum de ancilla, et unum de libera... hæc enim sunt duo Testamenta. (*Galat.*, IV, 22, 24.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salvador quiso que todo cuanto hizo corporalmente fuese entendido tambien en un sentido espiritual (1). Ved aquí por qué el mismo santo doctor nos dice sobre el evangelio de la Magdalena: «¿Qué significa ese Simon el Fariseo, lleno de presuncion por su falsa santidad, sino el pueblo judío? Y esa mujer pecadora, que viene á prosternarse á los piés del Salvador, que baña con sus lágrimas, ¿qué significa, sino la gentilidad convertida á la fe?» (2). El mismo santo cree que en la resurrecion del jóven de Naim debemos ver la resurreccion de los pecadores, y que la alegría de la viuda, su madre, al recibirlo lleno de vida, es una figura del gozo de la Iglesia cuando ve á sus hijos volver á la gracia.

El papa San Gregorio establece lo mismo como regla general para todas las obras maravillosas del Salvador, diciendo que si por una parte debemos encontrar hechos realmente cumplidos, por la otra debemos encontrar tambien lecciones significativas, porque encierran á un tiempo mismo un prodigio del poder divino y un misterio de la divina sabiduría (3). Apli-

(1) Dominus noster Jesus Christus quæ faciebat corporaliter, etiam spiritualiter volebat intelligi. (*S. Aug.*, term. 44, *De verb. Domini.*)

(2) Quem Pharizæus, de falsa justitia præsumens, nisi judaicum populum; quem peccatrix mulier ad vestigia Domini veniens et plorans, nisi conversam gentilitatem designat? (*S. Aug.*, term. 44, *De verb. Domini.*)

(3) Miracula Salvatoris nostri sic accipienda sunt, ut et in veritate credantur facta; et tamen per significationem nobis aliquid

cando despues esta regla, entre otros hechos, al evangelio del ciego de nacimiento, dice: «Nosotros ignoramos quién fué este ciego, pero sabemos que tiene para nosotros una significacion misteriosa». Este ciego, en efecto, no es otro que el género humano, que habiéndose separado de la luz celestial en la persona de su primer padre, parecia envuelto en las tinieblas del pecado, arrastrado hácia la condenacion, y que se encuentra alumbrado milagrosamente por la presencia de su Redentor (1).

Así fué tambien como Jesucristo llamó á la vida natural los tres muertos de que nos hablan los evangelistas: la hija del jefe de la Sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro, hermano de Marta y de María. El resucitó á la primera sobre su lecho de muerte, al segundo cuando le llevaban al sepulcro, y al tercero despues de haber permanecido en el sepulcro por espacio de tres dias. Pero no es ménos cierto, supuesto que los Padres de la Iglesia, y en particular San Agustin, nos lo enseñan unánimemente, que las historias de estas tres resurrecciones son misteriosas y proféticas, y que nos representan la de las almas, llamadas de la muerte del

innuant. Opera ejus et per potentiam aliud ostendum, et per misterium aliud loquuntur. (*S. Greg.*)

(1) Quis juxta historiam hïc cæcus fuerit, ignoramus; sed tamen quid per misterium significat, novimus. Cæcus quippe est genus humanum, quod in parente primo claritatem super ne lucis ignorans, damnationis suæ tenebras patitur, sed tamen per redemptoris sui præsentiam iluminatur. (*S. Greg.*, hom. 2, *in Evang.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pecado á la vida de la gracia (1). Y el mismo santo observa (y esto confirma nuestra doctrina) que al buscar un sentido alegórico en un sentido histórico no debilitamos en lo más mínimo la autoridad del texto, y que la infalible verdad de la historia no nos impide en manera alguna encontrar en ella un sentido alegórico y tenerlo por verdadero (2). Al dictar el Espíritu Santo estas tres patéticas narraciones, quiso que estos tres prodigios admirables del poder y del amor de Jesucristo quedasen consignados como una prueba de la divinidad de su mision, y por otra parte quiso figurar proféticamente las operaciones de la gracia en la conversion de los pecadores; conversion que exige de parte del poder divino unos esfuerzos tanto mayores, cuanto más largo es el tiempo que ha trascurrido desde la muerte espiritual. Este es, segun San Gregorio, un prodigio más admirable aun que el de la resurreccion de un muerto (3). Así es, dice el mismo pontífice, que la jóven resucitada en su propia casa es una figura del hombre que ha caido y que vive secretamente en el pecado; el jóven vuelto á la vida fuera de su habitacion

(1) Omnis qui peccat moritur; sed Deus magna misericordia animas suscitat, ne moriantur in æternum. Intelligimus ergo tres mortuos, quos in corporibus suscitavit, aliquid significare de resurrectione animarum. (*S. Aug.*)

(2) Quamquam, secundum Evangelistæ historiam, resuscitatum Lazarum plena fide teneamus, tamen in allegoria aliquid significare non dubito; neque, quia res factæ allegorizantur, gestæ rei fidem amictum. (*S. Aug.*)

(3) Majus quippe miraculum est peccatorem convertere, quam mortuum suscitare. (*S. Greg.*)

significa el pecador que no teme aparecer tal públicamente; Lázaro, en fin, sacado de su sepulcro, es una figura del pecador abrumado como por un peso enorme, bajo el de los hábitos criminales que ha contraido en su pecado (1).

Con estas explicaciones se desvanece la dificultad que ofrece el pasaje de la Escritura de que vamos á tratar. Indudablemente hay en él, lo mismo que en los que acabamos de citar, un doble sentido y una doble significacion: el sentido histórico é inmediato, y el sentido mediato, misterioso y profético. El sentido histórico é inmediato es que Jesucristo dió á María por Madre de San Juan, y á San Juan por hijo de María. El sentido remoto y profético es que en la persona de San Juan nos dió tambien á nosotros por hijos á María y nos legó á María por Madre. Y estos dos sentidos, segun la regla que hemos indicado, son igualmente verdaderos, igualmente reales y ciertos, porque Jesucristo los tuvo igualmente presentes, y porque se hallan contenidos igualmente en sus divinas palabras.

La única diferencia consiste en que la filiacion de San Juan es el objeto ocasional más próximo, el objeto inmediato, y la nuestra el objeto final, mediato y remoto. La una es la figura y la profecía; la otra el

(1) Puellam in domo, adolescentem extra portam, in sepulcro autem Lazarum suscitavit. Adhuc quippe in domo mortuus jacet, qui jacet in peccato. Jam quasi extra portam ducitur, cujus iniquitas usque ad inverecundiam publicæ perpetrationis operatur. Sepultaræ vero aggere præmitur, qui in perpetratione nequitiæ etiam usu consuetudinis pressus gravatur. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
008742

objeto figurado, el término y el complemento. En el primer sentido, Jesucristo obró en su cualidad real de Hijo de María y de Maéstro de San Juan, y como tal, quiso consolar á Aquella y recompensar á éste. En el segundo sentido obró en su cualidad, tambien real, de Redentor y de Salvador de los hombres, y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la Persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como El habia sabido reunir en Sí estos dos caractéres y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio, y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es, por consiguiente, tan verdadera como la de San Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por Madre; pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solemne de nuestra adopcion.

CAPÍTULO VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos. Su aplicacion á las palabras que Jesucristo crucificado dirigió á María y á San Juan. Oscuridad de estas palabras cuando sólo se entienden en el sentido inmediato. No se comprenden bien, ni parece que tienen una exactitud rigorosa, sino en tanto que se descubre tambien en ellas el misterio de nuestra adopcion.

Hay tambien otra regla, dada por San Agustin, para la interpretacion de los libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las expresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan más que lo que expresan literalmente. Ellas sirven sólo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos, y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente, sólo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz; mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

objeto figurado, el término y el complemento. En el primer sentido, Jesucristo obró en su cualidad real de Hijo de María y de Maéstro de San Juan, y como tal, quiso consolar á Aquella y recompensar á éste. En el segundo sentido obró en su cualidad, tambien real, de Redentor y de Salvador de los hombres, y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la Persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como El habia sabido reunir en Sí estos dos caractéres y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio, y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es, por consiguiente, tan verdadera como la de San Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por Madre; pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solemne de nuestra adopcion.

CAPÍTULO VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos. Su aplicacion á las palabras que Jesucristo crucificado dirigió á María y á San Juan. Oscuridad de estas palabras cuando sólo se entienden en el sentido inmediato. No se comprenden bien, ni parece que tienen una exactitud rigorosa, sino en tanto que se descubre tambien en ellas el misterio de nuestra adopcion.

Hay tambien otra regla, dada por San Agustin, para la interpretacion de los libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las expresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan más que lo que expresan literalmente. Ellas sirven sólo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos, y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente, sólo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz; mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rias, sin embargo, para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos (1).

Mas ¿cómo se podrán distinguir los pasajes puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio à Lapide da una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasajes que, tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar, no ofrecen ninguna significacion plausible; porque contienen expresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno, ó que sólo convienen en un sentido hiperbólico, á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entónces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario, pues, suponer y buscar en el dicho pasaje el sentido misterioso y profético, pues que sólo en este sentido pueden las expresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los *Reyes*, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Así es que cuando un pasaje de la Escritura es profético, el texto sagrado lo anuncia por la

(1) Non sane omnia quæ gesta narrantur, *aliud* etiam significare putanda sunt; sed propter illa quæ *aliud* significant, ea quæ nihil significant attexuntur. Soli enim nervi in citharis aptantur ad cantum; sed ut aptari possint, insunt et cætera in compaginibus organorum, quæ non percutiuntur à canentibus, sed ea quæ percussa resonant his connectuntur. (*S. Aug.*)

oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato (1).

Se puede tambien, para mayor inteligencia de esta regla, citar el salmo XLIV. Este es un epitalamio compuesto con motivo de las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. El contiene expresiones sumamente elevadas, que tomadas literalmente, no convienen mejor á Salomon que á su esposa. En él se dice del Rey que es el más hermoso de los hijos de los hombres (2); que por lo mismo le bendijo Dios desde la eternidad (3); que el mismo Dios es su silla (4). Hablando despues de la Reina, se dice que su real esposo amó su belleza porque él es su Señor y su Dios, y que recibirá las adoraciones y los homenages (5); que toda la gloria de esta mujer está interior y oculta (6); que ella tendrá hijos que serán más ilustres que sus abuelos, y que ella los constituirá príncipes sobre toda la

(1) Scriptura sacra, maxime in Prophetis, subinde complectitur tipum et antitipum, hoc est rem quam proprie verba significant, et simul allegoriam quam res illa repræsentat; sed ita ut quædam magis tipo, quædam magis antitipo conveniant: tuncque duplex est illius locis sensus litteralis, prior historicus, secundus propheticus est II exemplo *Regum*, cap. VIII, ubi ad litteram loquitur de Salomone; sed tamen per hiperbolem quædam de eo dicit quæ *proprie* et *plene* ad litteram soli Christo competunt. (*Canon. in Pentateuc.*)

(2) Speciosos forma præ filiis hominum. (*Psal.*, XLIV.)

(3) Propterea benedixit te Deus in æternum. (*Ibid.*)

(4) Sedes tua Deus. (*Ibid.*)

(5) Concupivit Rex speciem tuam, quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. (*Ibid.*)

(6) Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tierra (1); que por lo mismo los pueblos la reconocerán por madre y le tributarán eternos homenages por los siglos de los siglos (2). Pues bien, todo esto es demasiado elevado; estas expresiones son demasiado sublimes, para que puedan entenderse de Salomon y de su esposa; y si nos queremos limitar al sentido inmediato, el salmo parecerá hiperbólico hasta el exceso, y no tendrá un sentido plausible. El Profeta nos advierte, pues, con tales expresiones que es necesario no limitarnos á la letra; que hay en ella un misterio; que esas bodas son la figura de una union mucho más noble y más augusta, es decir, de la union de Jesucristo con su Iglesia; porque sólo aplicando estas expresiones á la Iglesia y á Jesucristo se encuentra en ellas una verdad exacta y rigorosa, y la explicacion del salmo se hace natural, conveniente y perfecta.

Lo mismo sucede en el Nuevo Testamento, cuando Jesucristo, despues de haber curado espontáneamente y sin ser rogado á aquel paralítico que por espacio de treinta y ocho años padecia en el pórtico de la piscina, le dice: «Ya estás curado; guárdate de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor» (3). Esta circunstancia y estas expresiones del Señor, que parece no dar importancia á la enfermedad corporal con que aquel

(1) Pro patribus tuis nati sunt tibi filii: constitues eos principes super omnem terram. (*Ibid.*)

(2) Propterea populi confitebuntur tibi in æternum, et in seculum seculi. (*Psal.*, XLIV.)

(3) Ecce sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingant. (*Joan.*, v, 15.)

miserable se habia visto afligido por tan largo tiempo, nos dan á entender que este relato contiene, ademas de una historia verdadera, una figura y una profecía, y que la curacion real de la parálisis del cuerpo significa la curacion de las enfermedades del alma, que debemos esperar de la accion gratuita de la gracia.

Si aplicamos ahora esta doctrina al asunto de que tratamos, conoceremos á primera vista que el pasaje del Evangelio que contiene la adopcion de San Juan encierra ciertas expresiones y ciertos giros, que tomados únicamente en el sentido inmediato no se pueden explicar. Esto debe hacernos conocer que hay en él un misterio oculto, y que estas palabras: *Hé ahí tu Madre; hé ahí tu hijo*, ademas del sentido inmediato, encierran otro todavía más noble y más importante.

En efecto, en él vemos, en primer lugar, á Jesucristo dar á María el título de *Mujer*, y no el de *Madre*. Mas ¿por qué en unas circunstancias tan dolorosas, por qué la última vez que le habla como hombre pasible, no le da el título de Madre, que le es debido con tanta justicia? San Juan tampoco es designado por su propio nombre, sino por el nombre comun de discípulo amado de Jesus. ¿Es acaso San Juan el único discípulo de Jesucristo á quien El ama tiernamente? ¿No tenia el Señor otros discípulos que le fueron fieles hasta la muerte, que le amaron tiernamente y que fueron tiernamente amados?

En tercer lugar, el Señor no dice á María: Yo os destino, Yo os doy á Juan para que os sirva en ade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lante de hijo en lugar mio. Tampoco dice á San Juan: Yo os confio, Yo os concedo á María para que sea en adelante vuestra Madre. El dice simplemente á Aquella: *Hé ahí tu hijo;* y á éste: *Hé ahí tu Madre*. Pues bien, esta expresion *hé ahí*, en su significacion más comun y más natural, indica una cosa ocurrida ya y que ya existe, más bien que una cosa que debe suceder despues. Cuando dice: *Hé ahí tu hijo*, es como si dijera: *En este momento os habeis hecho Madre*, y ved ahí en la persona de Juan el hijo que habeis engendrado; como si hubiera dicho á San Juan: En este momento naceis á una vida nueva, y ved ahí en María la Madre que os ha dado á luz. Finalmente, la expresion de que el Señor se vale se parece más bien á la declaracion de un hecho que se cumple en María independientemente de todo concurso extraño, que á la de una donacion ó de una disposicion libre de Jesucristo. Pues bien, ¿cómo dió á luz María á San Juan al pié de la cruz, y cómo San Juan nació de María?

Por otra parte, la verdadera madre de San Juan, su madre segun la carne, no sólo vivia entónces, sino que, segun San Mateo, asistia tambien con las otras mujeres á la escena misteriosa del Calvario (1). Si, pues, en el momento en que María iba á perder á su propio Hijo necesitaba del auxilio de otro hijo, San Juan, cuya madre vivia todavía, no necesitaba de otra madre. Y si era justo que á María, que se encontraba

(1) Erant autem mulieres multæ à longe... inter quas erat... mater filiorum Zebedæi. (*Matth.*, XXVII, 56.)

viuda, se diese un hijo que pudiese reemplazar á Aquel de que iba á ser privada, no parecia justo que este hijo fuese arrebatado á su madre natural, y esto á sus propios ojos, para darlo á una madre adoptiva.

Tales son las dificultades que ofrece el texto sagrado que examinamos, cuando no quiere verse en él otra cosa que el acto de adopcion de San Juan. Entónces se encuentra en él oscuridad y confusion, y ciertas particularidades no pueden explicarse. Pues bien, segun la regla que hemos indicado, esta confusion, esta oscuridad, estas dificultades que se encuentran para explicarlo en el sentido histórico é inmediato, son una prueba de que este mismo texto contiene tambien un sentido misterioso y profético, y se nos da á entender, por lo mismo, que el hecho merece más atencion de la que parece á primera vista; que encierra en sí mucho más de lo que parece; que una figura profética está oculta bajo la superficie de la verdad histórica; que es necesario, segun Dionisio el Cartujo, buscar otro personaje bajo el velo del que se encuentra designado literalmente, y que las palabras dirigidas por Jesucristo desde lo alto de su cruz, á María y á San Juan, ademas del misterio de la filiacion de San Juan con respecto á María y de la maternidad de María con respecto á San Juan, encierran un misterio mucho más elevado y más importante. Misterio provechoso á un número mucho mayor, más glorioso para María, y digno sobre todo de la situacion en que se encontraba entónces el Salvador del mundo; en una palabra, el mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terio de nuestra filiacion con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á nosotros, que estábamos representados por San Juan y comprendidos en él (1).

Observad, en efecto, cómo atribuyendo este sentido á las palabras del Salvador, adquieren una significacion más literal y más completa; cómo todas las dificultades se desvanecen y todas las dudas se disipan, y cómo estas mismas expresiones, que á primera vista no ofrecen más que dificultades, se encuentran despues con una exactitud admirable y una rigorosa precision.

Examinemos en primer lugar, dice Cornelio à Lapide, por qué en estas circunstancias tan solemnes María es llamada *Mujer*, y no *Madre*. Al declararla Jesus nuestra Madre, obraba en su cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en su cualidad privada de Hijo de María. Debió, por consiguiente, valerse con respecto á María de una expresion que pudiese hacer comprender que en lo que iba á decir no miraba tanto á sus relaciones particulares con María, cuanto á sus relaciones generales con los hombres, cuya causa iba á sostener y cuya salvacion iba á obrar (2). No podia, por lo mismo, encontrar una expresion más conveniente que la de *Mujer*, con la que parece quiso decirle:

(1) Discipulus iste electus designat unumquemque fidelem. Cum ergo Christus dixit Joanni: Ecce mater tua, unicuique christiano dedit Matrem suam in matrem. (*In Joan.*)

(2) Ut ostenderet affectus humanus se erga parentes exuisse. (*Cornel. à Lapid.*)

En este momento, no tanto debo pensar en que soy vuestro Hijo, como ocuparme de la salvacion de los hombres, cuyo Redentor soy, y de quienes Vos sois conmigo la Corredentora; en esta cualidad Yo os los doy por hijos. La palabra *Madre* hubiera hecho más plausible el sentido inmediato, pero hubiera oscurecido el sentido misterioso y profético. La palabra *Mujer* lo descubre, lo indica y lo manifiesta en toda su grandeza y en toda su dignidad.

Examinemos tambien, en segundo lugar, por qué no dijo el Señor: *Yo te doy por hijo; Yo te otorgo por Madre;* sino solamente: *Hé ahí tu Madre; hé ahí tu hijo*. Si en esta declaracion solemne se hubiera tratado tan sólo de dar una recompensa á San Juan y un apoyo á María, la expresion, *Yo os otorgo por Madre, Yo os doy por hijo*, hubiera sido más adecuada y más oportuna, porque no habiendo María engendrado á San Juan corporal ni espiritualmente como hombre particular, éste no podia llegar á ser su hijo sino por una donacion de Jesucristo. Y suponiendo que se trate de todos los cristianos y aun de todos los hombres, la expresion *Yo os otorgo, Yo os doy*, hubiera ocultado en cierto modo la parte que María habia tenido en el nacimiento espiritual de ellos, y hubiera disminuido su gloria. Ella hubiera dado á entender, en efecto, que María se hizo nuestra Madre gratuitamente, por decirlo así, y no con un título de justicia. Es, por el contrario, cierto, como veremos en su lugar, que María, segun San Bernardino de Sena, nos dió á luz verdade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ramente en el Calvario á la vida de la gracia, por su cooperacion amorosa al misterio de la redencion; que en el órden de la salvacion los dolores de María, así como el amor del eterno Padre y los padecimientos de su Hijo, nos dieron el sér á todos, y que en aquellos preciosos momentos se hizo María rigorosamente nuestra Madre por la inmensidad de su amor y la generosidad de su martirio. Por consiguiente, queriendo el Señor manifestar que obraba este misterio en María y por María, en cuanto que Ella estaba unida con el espíritu y con el corazon al Redentor del mundo, se conoce que esta expresion, *Hé ahí tu hijo*, es la única adecuada y oportuna, porque equivale á decir: *Mujer, Vos acabais de dar á luz en este momento, y ved ahí ante Vos el hijo á quien habeis dado el sér* (1). Este hijo es el pueblo cristiano, del que San Juan es á un tiempo mismo las primicias y la figura. Este hijo es vuestro y verdaderamente vuestro, no sólo porque Yo os le doy liberalmente, sino tambien porque ha nacido verdaderamente de vuestro amor y de vuestros dolores. Yo no hago otra cosa que mostrárosle, declarando vuestra gloriosa fecundidad (2).

Por la misma razon examinemos tambien por qué en presencia de su propia madre segun la carne, dió á San Juan otra Madre en la Persona de María. Esto consiste en que cuando se trata de un nacimiento pu-

(1) Ecce filius tuus.

(2) In Joanne intelligimus omnes, quorum beata Virgo per dilectionem facta est mater. (*S. Bernardin. Senen.*)

ramente espiritual se puede muy bien tener una segunda madre, de la que se recibe, segun el texto sagrado, un nacimiento puramente divino, aun cuando se conserve tambien la madre que nos ha dado á luz por la concupiscencia y los deseos de la carne y de la sangre (1). Y así como la vida de la gracia es la verdadera vida, la vida completa y perfecta; así, la que nos ha engendrado á esta vida es mucho más que nuestra madre segun la carne, una verdadera Madre, una Madre por excelencia, en cuya comparacion nuestra madre por naturaleza, la que nos concibió y dió á luz en el pecado, ni aun merece ser nombrada. No hay, pues, cosa alguna más conveniente ni más exacta que esta expresion, *Hé ahí tu Madre*. Tomada en el sentido inmediato parece oscura; pero se hace clara, enérgica y de una exactitud sublime cuando se toma en el sentido profético y misterioso que Jesucristo tuvo presente más particularmente.

Finalmente, se comprende tambien por qué San Juan no es llamado por su propio nombre, sino por la palabra genérica de *discípulo amado de Jesus*, *discípulo muy amado de Jesus*. En efecto, suponiendo que San Juan entraba en participacion del misterio, no ya como hombre privado, sino como una persona pública, que representaba la Iglesia, nada más justo y más natural que verse designado por un nombre comun á todos los verdaderos hijos de la Iglesia, y que por lo

(1) Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, sed ex Deo nati sunt. (*Joan.*, I, 13.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo puede significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien, el nombre propio de alma fiel, de hijo de la Iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los *Cantares* se dice: *No desperteis á mi muy amada* (1). Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama será muy amado de mi Padre y de Mí* (2). San Juan, que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podia ser, pues, designado sino con el nombre de *discípulo muy amado de Jesucristo*. Esta sola expresion genérica con que es designado basta, como observa el docto Silveira, para hacer conocer que se trata aquí de un misterio universal, que comprende, no á un solo hombre, sino á todos los hombres, á los que conviene la calificacion de *discípulo muy amado de Jesus*. Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaracion más ámplia y solemne de que la Madre de Jesus se hizo la Madre de todos los cristianos (3).

Así pues, no sólo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierna declaracion; no sólo las funciones sublimes de sacerdote, de víctima y redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercia entónces, sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo sino en cuanto se refieren á un objeto más ámplio y más elevado, todo nos

(1) Ne evigilare faciatis dilectam.
(2) Qui diligit me, diligetur à Patre meo, et ego diligam eum.
(3) Joannes est nomen particulare, Discipulus commune: ut denotetur quod Maria omnibus detur in matrem. (*Silv.*)

demuestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopcion por hijos de María, y que, como dice San Agustin, María se hizo entónces la Madre de todos aquellos que viven segun el espíritu, ó como afirma San Ambrosio, la Madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *Mujer*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas en vez de la de *Madre*, nos descubre un misterio todavía mayor, que la palabra *Madre* hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los trasportes de una justa indignacion, excitada por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia (1).

Pues bien, esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasion del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adan, pronunciaba la sentencia que le condenaba á él y á toda su posteridad á la esclavitud, á la maldicion y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor, por el que debiamos ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. «Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre tí y la MUJER, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará

(1) Cum iratus fueris, misericordiæ recordaveris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tu cabeza, y en vano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el texto original, tú romperás su calcañal» (1).

Es muy cierto, dice San Agustin, que la *serpiente* á quien fueron dirigidas estas palabras era el demonio, y que la *Mujer* cuyo elogio se hace es María (2). No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la *Mujer* de quien habló á la serpiente, quisiese designar á *Eva*, que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que habia prestado tan fácilmente sus oidos, y mucho más aun su corazon, á sus mentirosas promesas. Existia, por lo mismo, una conformidad de pensamientos y de afectos entre Eva y la serpiente. Se habia establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelion, de elevacion y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debian á Dios. La obra del pecado habia establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la mujer y el demonio ha sido la de María. Ella tuvo con Eva una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de comun la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Extraña María al espíritu de la serpiente, y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quie-

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. (*Hebraic.*) Et tu conteres calcaneum ejus. (*Genes.*, III, 15.)

(2) Draconem illum diabolum significasse, nullus vestrum ignorat; mulierem vero illam, virginem Mariam, quæ caput nostrum integra integrum peperit. (*Ad Catech.*)

re, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho más humilde que Eva orgullosa, mucho más dócil, fiel y sumisa que Eva indócil, incrédula y desobediente. Jamas la vanidad envaneció su espíritu, jamas la curiosidad tuvo entrada en su corazon, y jamas la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. María, pues, fué verdaderamente aquella *Mujer* entre la cual y la serpiente reina la division más absoluta de intereses y de intenciones, la oposicion más directa de deseos y de conducta, y la enemistad más profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia, con que Dios la previno, y del Espíritu Santo, del que Dios la llenó; y por consiguiente, sólo en María se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tí y la Mujer* (1).

La debilidad, la temeridad y la malicia de Eva habian dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de Eva pecadora pertenecian al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de María la hicieron Madre de Jesucristo, y en Jesucristo, de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á Jesucristo por verdadero Padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores, los viciosos, los injustos, los que, como Eva, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem. (*Genes.*, III, 15.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perversidad. Los hijos de Jesucristo, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la *Mujer*, ó de María, que es la Madre de Jesucristo, son todos los que, como María, tienen la fe y el espíritu de Jesucristo, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos, á quienes San Agustin llama las dos ciudades Jerusalen y Babilonia, la ciudad del amor divino y la ciudad del amor de sí mismo, la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro, la ciudad de Dios y la ciudad del diablo, la Iglesia verdadera y el mundo condenado por Jesucristo y excluido de su oracion. Ved aquí por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposicion invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una guerra encarnizada é implacable, que durará hasta el fin del mundo, porque el odio recíproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separacion entre la familia elegida y escogida, y la familia culpable y reprobada, y de este modo es como se cumplen todavía estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya* (1).

(1) Inimicitias ponam inter... semen tuum et semen illius. (*Genes.*, III, 15.)

El demonio habia ensayado en vano contra María las asechanzas que le habian hecho triunfar de Eva; todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habian sido burlados. El sustituye, pues, el furor del leon á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su Hijo, que le inspiraba más inquietudes y más temores aun que su Madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido, lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra Mí* (1). El demonio se empeña entónces en maltratarle del modo más bárbaro, y como lo habia anunciado Isaías, en quebrantarle y molerle en su carne pasible y mortal (2), haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien, siendo la carne lo que habia de ménos noble, como el calcañal, por decirlo así, en la Persona de un Dios ancarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió tambien la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tú quebrantarás el calcañal de la Mujer* (3).

Mas ¿qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduría de Dios? Jesucristo habia ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo habia eclipsado su majestad sometiéndose á toda especie de

(1) Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum.
(2) Attritus est... et voluit conterere in infirmitate.
(3) Et tu conteres calcaneum ejus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tormentos y de oprobios, que parecian absolutamente incompatibles con su orígen divino, y María habia ocultado su dignidad, sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores, que parecian igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habian ocultado bajo las apariencias de una violencia exterior la libertad y el amor con que María ofrece á su Hijo, y Jesus se ofrece á Sí mismo por la salvacion del mundo. El demonio, por el contrario, calculando segun su orgullo la manera con que debiera mostrarse un Hijo que tenia al mismo Dios por Padre, y de una Madre que tenia un Dios por Hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, consentida y aceptada, y que tenia su raiz en un corazon abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza exterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San Leon, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguia á Jesucristo de todos los demas hombres; él creyó que el segundo Adan descenderia del primero, no sólo por la carne, sino tambien por las obras, y que heredaria su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado habia sujetado á su imperio (1). Por esta razon tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la Santidad misma, en la que no habia podido descu-

(1) Non vidit libertatem singularis innocentiæ, similitudinem persequendo naturæ: Adam enim primus et Adam secundus unum erant natura, non opere. (*S. Leo.*)

brir el menor vestigio de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inmolado á su crueldad á Aquel que nada le debia, al nuevo Adan, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adan le habia hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos (1). Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir, con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir, con sus piés, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la más distante de la cabeza y la más próxima á la tierra, y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente habia quebrantado, sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal, ó á la humanidad del Señor, más que heridas pasajeras, que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aquí que ella, á su vez, no sólo tiene herido el pié, sino quebrantada la cabeza, y esta herida le es comun con todos los príncipes de las tinieblas, cuyo imperio destruyó (2). Pero bien, siendo Jesucristo el verdadero Hijo de María, habiendo recibido de María la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece tambien á María; que en la Persona de su Hijo y por

(1) Ibi exactor ausus est esse debiti ubi nullum potuit vestigium invenire peccati. Omnium captivorum amisit servitutem, dum nihil sibi debentis persequitur libertatem. (*Ibid.*)

(2) Omnes principatus per abjectionem passibilis carnis elisit. (*S. Leo.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medio de su Hijo, clavado en la cruz, Ella tambien quebrantó la cabeza de la serpiente. Así se cumplió tambien la otra parte del divino oráculo, que anunciaba que la Mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habria quebrantado (1).

Por medio de Jesucristo, su Hijo, en cuyo sacrificio tomó María la parte más importante, no sólo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se explicará más latamente en la segunda parte, se hizo tambien, en todo el rigor de las palabras, la Madre de todos los hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia, de una posteridad que jamas le faltará hasta el fin del mundo.

En el dia de la anunciacion se hizo María Madre de Jesucristo ó de la cabeza; pero sólo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia, porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo. Jesucristo es Hijo de María; la Iglesia, que es la familia del uno, se hizo, por consiguiente, la familia y la posteridad de la otra. San Juan, aquel discípulo fiel y amado de Jesucristo, fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes expresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de María.

No puede, pues, dudarse que la profecía del *Génesis*, que anunciaba una enemistad entre la Mujer y la serpiente, y que la descendencia de María, unida á su cabeza, quebrantaria la cabeza de la serpiente y humillaria su orgullo; no puede dudarse, repito, que esta magnífica profecía, la más antigua de todas las profecías relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santísima Madre, tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduría divina, fué por lo que Jesucristo, en el Calvario, dió á María el título de MUJER, y no el de Madre, pues que con esta misma palabra habia Dios designado á María cuatro mil años ántes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta MUJER del Calvario es la misma MUJER de que habló en el paraíso terrenal, y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios, y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos ántes, recibe su cumplimiento. Despues añade Jesus: *Hé ahí tu hijo*. Como si le hubiera dicho: ¡Oh María! En este momento, en que estais unida á Mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos; en este momento, en que inmolais en Mí y conmigo, ved ahí que Vos sois la MUJER, la MUJER perfecta, la MUJER por excelencia, que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os haceis Madre de una posteridad santa, y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacerán, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor y por vuestros dolores, y esos hijos son verdaderamente vuestros.

(1) Ipsa conteret caput tuum, et tu conteres calcaneum ejus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por lo dicho se colige lo que debe pensarse de esos intérpretes que, apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *Mujer*, y no *Madre*, para no afligirla más ni desgarrar su corazon maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legítimo que perdia, y el hijo adoptivo que se le daba como en compensacion, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado más cruelmente su maternal corazon. Es decir, que esta interpretacion, aunque piadosa, no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Corredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios más sublimes que se cumplieron en el Calvario, y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los libros santos; que iba á cumplir todo lo que El mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura contínua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mútuamente una luz divina, que los explica, los prueba y los confirma; que son como dos columnas que se sostienen mútuamente y forman, como dice San Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera religion.

Despues de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aquí se deducen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

La nueva alianza fué celebrada, lo mismo que la antigua, en forma de testamento. Formalidades y sustancia del testamento de Jesucristo en el Calvario. El destino de María, para que sea nuestra Madre, forma parte de él y es su complemento.

Es doctrina comun de los libros santos que las dos alianzas, hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moises, al anunciar la primera, dijo á los hebreos: «Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor» (1); y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moises, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva. «Esta es mi sangre, dijo á los apóstoles, la sangre del Nuevo Testamento» (2). Ved aquí por qué la parte de los libros santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento, y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas, aunque semejantes en el nombre,

(1) Hic sanguis testamenti, quod mandavit ad vos Deus. (*Hebr.*, IX, 21.)

(2) Hic est sanguis meus Novi Testamenti. (*Marc.*, XIV, 24.)

se diferencian, sin embargo, tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imágen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer testamento fué concluido por el ministerio de Moises, que, aunque revestido de una mision y de un carácter divino, no era, sin embargo, más que un hombre, miéntras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios en Sí mismo, á quien San Pablo llama, por lo tanto, el Mediador del Nuevo Testamento (1). El primero, segun el mismo apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra, y el segundo ha sido escrito por el espíritu y por la gracia del Dios vivo en los corazones mismos de los hombres (2). El primero prometia un establecimiento, un reino, una herencia temporal y terrena; el segundo promete un establecimiento, un reino, una herencia incorruptible y pura, celestial y eterna (3). El espíritu del primer testamento fué un espíritu de temor servil, capaz tan sólo de engendrar esclavos; el espíritu del segundo es un espíritu de amor, capaz de formar hijos adoptivos, que invoquen á Dios como á su propio Padre (4). El primero fué confirmado por la muerte y por la sangre de vícti-

(1) Et ideo Novi Testamenti Mediator est. (*Hebr.*, IX, 15.)

(2) Scripta non atramento, sed Spiritu Dei vivi: non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis. (II, *Cor.*, III, 3.)

(3) In hæreditatem incorruptibilem et incontaminatam et immarcessibilem, conservatam in cœlis in vobis. (I, *Petr.*, I, 4.)

(4) Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas puramente carnales; el segundo lo fué por la muerte y por la sangre preciosa del Cordero divino, del Cordero santo, puro y sin mancha, esto es, del mismo Jesucristo (1). Finalmente, el primero se consumó y se publicó solemnemente en el monte Sinaí, y el segundo en el Calvario, cuando el divino Testador, ministro y víctima de su propio testamento, pronunció estas sublimes y misteriosas palabras: TODO ESTÁ YA CONSUMADO (2).

Y ¿qué hace Jesucristo en la cruz? ¿En qué piensa? ¿De qué se ocupa? ¡Ay! Inundado de oprobios, saciado de hiel, abrumado de dolores y colmado de aflicciones por los hijos de los hombres, hace en favor de ellos la declaracion de su última voluntad, y dispone de todo lo que su Padre ha puesto en su poder; El distribuye su herencia, El ordena, dicta solemnemente, dice San Ambrosio, su testamento público y privado (3).

Nada falta, en efecto, á la solemnidad y formalidades de un verdadero testamento. Ademas del Testador, los legatarios se hallan presentes y aceptan por medio de sus procuradores respectivos. Los soldados romanos representan á los gentiles; los habitantes de Jeru-

sed spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater. (*Rom.*, VIII, 15.)

(1) Pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi, et incontaminati. (I, *Petr.*, I, 19.)

(2) Consummatum est. (*Joan.*, XIX, 30.)

(3) Condebat Dominus non solum publicum, sed et domesticum testamentum. (*S. Ambros.*)

salen, al pueblo judío; las tres Marías, á las almas justas; los ladrones, á los pecadores. San Juan, dice San Ambrosio, ejercia las funciones de gran canciller, de notario público de la Iglesia, y al mismo tiempo de testigo digno de un testamento grande (1). Y porque, segun dice San Pablo, un testamento no es verdaderamente tal sino por la muerte del testador, porque no es válido ni da derecho á la sucesion ni á la herencia sino por la muerte de éste (2), por lo mismo Jesucristo murió verdadera y realmente pocos instantes despues de haber manifestado su última voluntad (3). El primer testamento habia sido confirmado, sellado y autorizado con sangre y agua, pues que Moises, despues de haber hecho su publicacion, roció, dice San Pablo, con sangre y con agua el libro que contenia aquella alianza divina, y al pueblo que la habia escuchado y aceptado solemnemente (4). Del mismo modo, despues de la muerte de Jesucristo, salió de su sacratísimo costado sangre y agua, con que fueron rociados los que se hallaban presentes (5). Finalmente, aunque todo el

(1) Condebat Dominus testamentum: et hoc testamentum signabat Joannes, dignus tanto testatore testis. (*S. Ambros.*)

(2) Ubi testamentum est, mors necesse est intercedat testatoris: testamentum enim in mortuis confirmatum est; alioquin nondum valet dum vivit qui testatus est. (*Hebr.*, IX, 16, 17.)

(3) Et hæc dicens expiravit. (*Luc.*, XXIII, 46.)

(4) Nec primum quidem (*testamentum*) sine sanguine dedicatum est. Lecto enim mandato legis à Moise universo populo, accipiens sanguinem vitulorum et hircorum, cum aqua, ipsum quoque librum et omnem populum aspersit. (*Hebr.*, XXIX, 19.)

(5) Et continuo exivit sanguis et aqua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo hebreo presenció las condiciones del primer testamento, dió, sin embargo, á Moises solo el cuidado de anunciarlo, de redactarlo y de escribirlo, como en efecto lo escribió en el *Exodo* y lo consignó con sus más pequeñas circunstancias. Del mismo modo en el segundo, aunque no solamente María y las otras piadosas mujeres, sino tambien los verdugos mismos y los enemigos de Jesucristo fueron testigos y partes interesadas, San Juan, sin embargo, recibió el encargo especial de notar todas las circunstancias que lo acompañaron, de reunir todas sus particularidades, y de consignarlo y publicarlo por medio de un acta auténtica, lo cual ejecutó fielmente en su Evangelio. Por esta razon, dice Cornelio à Lapide, se le puede considerar principalmente como el albacea y el ejecutor del testamento de Jesucristo (1). Y en efecto, San Juan es el único que hace mencion de la lanzada, última prueba de la muerte real del Testador, de la efusion de las últimas gotas de sangre que quedaban en sus venas, y del agua, que sin mezclarse ni confundirse salieron por la abertura hecha en su costado. El cuidó de todo, todo lo describió con exactitud, de todo dejó un acta pública, en la cual puso su firma, declarando con una especie de juramento que nada escribió que no hubiese visto con sus propios ojos, oido con sus oidos y palpado con sus manos, hasta la sepultura de su Señor y Maestro, y que su testimonio es sincero y verdadero (1).

(1) Hoc fuit Christi testamentum, cujus testamentarius et executor fuit Joannes. (*Corn. à Lap.*)

Mas en este testamento, que nuestro Padre hizo por un exceso de amor y de ternura para con nosotros, hay diversas cláusulas. En la súplica que Jesucristo hizo en favor de sus verdugos, aseguró la reconciliacion y el perdon á los pecadores culpables de los mayores excesos, con la única condicion de que quisiesen aprovecharse de ella; reconciliacion que da derecho á hacerse hijos de Dios, y á participar, por lo mismo, de su herencia como sus propios hijos (2). Era necesario que la primera condicion se expresase para que el testamento pudiese correspondernos y darnos derecho á entrar en participacion de los otros dones. En la promesa hecha al buen ladron, dispone el Hijo de Dios de su reino celestial en provecho nuestro, como lo habia prometido (3); El confiere el derecho y la investidura solemne, no sólo á los justos, sino tambien á todos los verdaderos penitentes. En la sed misteriosa de que se queja, manifiesta, dice San Cipriano, el ardor de su caridad por nuestra conversion y por nuestra salvacion (4). Por un efecto de esta misma sed, fué por lo que nuestro amoroso Salvador pedia de beber, durante

(1) Et qui vidit testimonium perhibuit; et verum est testimonium ejus. Quod vidimus, et audivimus, quod manus nostræ contrectaverunt, annuntiamus vobis. (*Joan.*, XIX, 35; I, *Joan.*, I, 1, 3.)

(2) Si filii, et hæredes. (*Rom.*, VIII, 17.)

(3) Ego dispono vobis... regnum. (*Luc.*, XXII, 29.)

(4) Sitis hæc est de ardore dilectionis. (*S. Cipr.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su vida, á la Samaritana (1). Estos deseos y esta sed del Hijo de Dios no pueden ser estériles ni vanos, porque van acompañados de la uncion de su gracia; ellos deben, pues, darnos la seguridad de sus auxilios celestiales, y los medios necesarios no faltarán jamas á ninguno para convertirse.

Cuando se queja de verse abandonado, pide que no suframos nosotros tal abandono ni aun en lo que concierne al cuerpo, y nos asegura que su resurreccion y su gloria se extenderán á todos sus escogidos. Al encomendar su espíritu á su Padre, encomienda tambien el de todos los elegidos, y les asegura, por parte de su mismo Padre, los cuidados más afectuosos y el amor más tierno. Finalmente, en esta misteriosa exclamacion, *Todo está consumado*, declara solemnemente la abolicion, la nulidad y la destruccion de todos los antiguos títulos de condenacion; El paga la deuda, satisface á la justicia y remueve para siempre los obstáculos que nos impedian llegar hasta Dios, nos asegura los medios, y acaba en todas sus partes, no sólo para el tiempo presente, sino para la eternidad, la obra de la santificacion y de la salvacion (2)

Pero no se limitan á eso sus amorosas disposiciones con respecto á nosotros. El se acuerda de que al morir deja en la tierra un objeto del mayor valor, del más alto mérito y que le es más amado que todos los demas. Este objeto es María, la más santa y la más ama-

(1) Mulier, da mihi bibere. (*Joan.*, IV, 7.)
(2) Consummavit in sempiternum sanctificatos. (*Hebr.*, X, 14.)

da de todas las madres. Para poner, pues, el sello á su liberalidad y á su amor para con nosotros, dispone tambien de María en nuestro favor, y dándonos á Ella en la persona de San Juan, la crea y la establece nuestra Madre, y nos la deja por tal.

¡Qué desinteres y qué generosidad, qué amor tan grande nos manifiesta Jesucristo al darnos su propia Madre en este precioso legado!

Toda la historia de los beneficios inestimables de la redencion se halla contenida en un bello pensamiento de San Leon. «Jesucristo, dice, rico negociante del cielo, vino á la tierra á establecer un comercio de salvacion, es decir, vino á ponerse en nuestro lugar y á colocarnos en el suyo; tomó de nosotros cuanto nos pertenecia, y lo trocó por lo que El poseia, cediéndonoslo en propiedad, y dándonos principalmente lo que le pertenecia por derechos sagrados é inviolables, procedentes de una venta verdadera y de una verdadera permuta» (1). ¡Cambio precioso, que sólo una caridad sin límites puede sugerir y sólo un poder infinito puede llevar á efecto! Permuta afortunada, en la que, como dice San Agustin, todos los sacrificios, todas las humillaciones y todas las penas son para El, y todo el provecho, toda la utilidad y todas las ventajas son para nosotros. Y en efecto, El nada recibió de nosotros, ni podia recibir otra cosa que los males de que éramos

(1) Venit negotiator cœli, et permutatione mirabili nobiscum comercium iniit salutare, venit nostra accipiens et sua retribuens. (*S. Leo.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

víctimas; El nos ha dado todos los bienes, de los que El mismo es una fuente inagotable y un tesoro precioso (1).

Entre las cosas que le pertenecen hay dos que son propias suyas de una manera, por decirlo así, peculiar y absoluta: quiero decir, su Padre celestial y su Madre terrena. Su Padre celestial, que de su propia sustancia le engendró Dios desde toda la eternidad, y su Madre terrena, que de su propia sustancia le engendró Hombre en el tiempo. Su Padre celestial, que le comunicó de una manera perfecta la naturaleza divina; su Madre terrena, que le dió de una manera perfecta la naturaleza humana. El no tiene, por consiguiente, cosa alguna más amada en el cielo ni en la tierra, ni existe cosa alguna tan preciosa para El como su Padre celestial, que es Dios, y su Madre terrena, que, por lo mismo, es Madre tambien de Dios. Sin embargo, al permutar todas sus riquezas divinas por nuestras miserias, su generosa caridad, su liberalidad sin límites nos hizo donacion de los dos. El quiso que en el órden espiritual y divino tuviésemos el mismo Padre y la misma Madre que El, así como en el órden temporal y terreno se habia El dignado tener el mismo padre y la misma madre que nosotros, descendiendo, como verdadero hombre, de Adan y Eva (2).

El no se contentó con hacernos participantes de su sabiduría, enseñándonos todo cuanto habia aprendido

(1) Suscepit mala nostra, ut retribueret bona sua. (*S. Aug.*)
(2) Venit nostra accipiens et sua retribuens (*S. Leo.*)

en el seno de su Padre (1). El no se contentó con darnos todas sus gracias y todas sus riquezas para hacernos gozar de una vida nueva, de una vida rica y abundante en el órden espiritual (2). El no se contentó, finalmente, con dársenos todo entero, con dar su sangre y su vida para redimirnos y salvarnos (3). Todo esto era más que suficiente para nuestro rescate, pero no bastaba á su amor. A fin de que nuestra redencion fuese bajo todos aspectos abundante para hacer íntima y perfecta nuestra union con Dios, á fin de que la permuta de todo cuanto El tenia por todo lo que teniamos nosotros fuese completa y perfecta, nos trasmite tambien sus derechos de Hijo, que parecian incomunicables, haciéndonos en El y con El hijos de un mismo Padre, que es Dios, y de una misma Madre, que es María (4).

(1) Omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota fecit vobis. (*Joan.*, xv, 15.)
(2) Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant. (*Ibid.*, x, 10.)
(3) Filius hominis venit... ut daret animam suam in redemptionem pro multis. (*Marc.*, x, 45.)
(4) Venit nostra accipiens et sua retribuens. (*S. Leo.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

El amor que Jesucristo nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su Madre. Con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos, y pone el sello á la obra de la redencion.

Puede decirse, en vista de esta accion de Jesucristo, que, aunque era muy rico, no tuvo más que darnos (1). Clavado en un madero cruel, en el momento de exhalar el último suspiro de una vida empleada toda en favor nuestro, ¿qué más puede El hacer por nosotros ó qué más nos puede dar? Nada absolutamente, pues que nada posee, despues de habérnoslo dado todo en El y con El (2). Así lo hubiéramos creido nosotros; porque ¿quién podria haber pensado jamas en María? ¿Quién hubiera imaginado nunca que El hubiera hecho tambien que su Madre se convirtiese en nuestro provecho, y la hubiera puesto en estado de que nos consolase y nos socorriese? Mas esto, que excedia nuestros pensamientos y nuestros deseos, se lo inspira su sabiduría infinita, y su amor se lo hace llevar á efecto. El ve al pié de la cruz á esta tierna Madre, que se asocia á sus sacrificios y á sus padecimientos por la salvacion del mundo. El ve la generosidad con que esta Mujer

(1) Cum esset ditissimus plus dare non habuit.
(2) Cum illo omnia nobis donavit.

fuerte ofrece y sacrifica su propio Hijo por la redencion de los hombres. El la ve animada de la caridad más viva y de la compasion más tierna por nuestra suerte.

El ve los beneficios que los hombres, por quienes muere, podrán reportar de la seguridad que les da, de los amorosos cuidados y de los tiernos movimientos de este corazon tan noble, tan sublime, tan heróico, y al mismo tiempo tan dulce, tan compasivo, tan sensible y tan afectuoso para con nosotros; seguridad que El nos garantiza con un título sagrado, inviolable y perpétuo, cuando crea, establece y proclama á esta Mujer heróica nuestra verdadera Madre (1).

San Agustin, refiriéndose á estas palabras tiernas del Señor á sus apóstoles, «Yo no os dejaré huérfanos,» nos dice: «Aunque el Hijo de Dios nos hizo hijos adoptivos de su propio Padre, y de este modo tenemos por gracia el mismo Padre que El tiene por naturaleza, y aunque El mismo se hizo, por consiguiente, nuestro Hermano, quiso, ademas de esto, mostrarnos que tenia para con nosotros las entrañas y el amor de un padre, cuando nos dijo: Yo no os dejaré huérfanos» (2). Ahora ha cumplido esta promesa que entónces nos hizo y que es el fruto de su afecto paternal; y esta seguridad que nos dió de no dejarnos huérfanos la confirmó, no sólo cuando despues de su resurreccion visitó á sus discípulos y cuando despues de su ascension envió al

(1) Ecce filius tuus.
(2) Non relinquam vos horphanos. (*Joan.*, XIV, 18.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Espíritu consolador, sino tambien de una manera más especial, como dice San Efren, cuando al morir nos dejó á María por Madre; y esta es la razon por qué el mismo Padre llama á María el asilo y el refugio de los huérfanos (1).

Es admirable, en efecto, la relacion que existe entre estos dos pasajes del Evangelio de Jesucristo. En el primero dice: «Yo no os dejaré huérfanos; Yo os lo prometo» (2). En el segundo instituye á María nuestra Madre, y nos da á Ella por hijos. En seguida se vuelve á sus discípulos, á quienes habia prometido no dejar huérfanos, y les dice, en persona de San Juan: «Ved ahí vuestra Madre». Como si les hubiera dicho: Yo os he prometido no dejaros huérfanos, y ya os he dado á mi propio Padre; pero esto no basta á mi amor: Yo he hecho cesar la privacion en que os encontrábais de un Padre que os volviese á la vida, y reemplazase á Adan, que murió y os dió á vosotros la muerte; pero todavía sois huerfanos de Madre, supuesto que no podeis considerar como tal á Eva, que murió igualmente á la gracia y á la vida. Yo he hecho cesar tambien ahora esa privacion, á fin de que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos, y que no podais consideraros en manera alguna como huérfanos. Ved aquí, pues, á Ma-

(1) Quamvis Filius Dei nos suo Patri adoptaverit filios, et eumdem Patrem nos habere voluerit per gratiam qui ejus Pater est per naturam, tamen paternum affectum ipse circa nos demonstravit, cum dicit: Non relinquam vos horphanos. (*S. Aug.*)

(2) Susceptio horphanorum. (*S. Ephren.*)

ría, á quien he nombrado vuestra Madre; ésta es la Madre que os faltaba, la Madre que os he prometido implícitamente, la Madre que Yo os doy, á la que os confio y en la que serán reparados ámpliamente los males que os causó la madre que perdísteis (1). Por Ella y en Ella nada os faltará. Vosotros habeis tenido un padre y una madre en el órden de la naturaleza: un Padre y una Madre se os han dado igualmente en el órden de la gracia. Nada teneis ya que envidiar á vuestro primer nacimiento. Ya no sois huérfanos de Madre, pues ahí teneis la que os faltaba, pero que no hubiérais pensado jamas pedirme, ni la hubiérais obtenido jamas, si mi amor no me hubiera obligado á dárosla. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorreros. Ya no me queda, por consiguiente, nada que daros, que proporcionaros ni que alcanzaros. Ya he provisto abundantemente, no sólo á vuestras necesidades, sino tambien á vuestro consuelo. Yo me despojo absolutamente de todo cuanto tenia, en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta más sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el exceso de mi amor (2).

¡Oh! ¡Cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida, nada omite, no sólo de lo que es necesario, sino tampoco de

(1) Ecce mater tua. (*Joan.*, XIX, 27.)

(2) Ecce mater tua... hæc dicens expiravit. (*Luc.*, XXIII, 46.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia exceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; El nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose El mismo nuestro Hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad de Dios Hijo, una base más ámplia, un nuevo título, un centro, un vínculo más sensible; para facilitar á nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á El con más seguridad y más confianza, y para darnos, en fin, en su divina presencia una mediadora, un guia y un motivo de esperanza, quiere que su propia Madre sea tambien la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que lo pidiésemos; ella nos previno y nos salió al encuentro, segun la profecía de David (1). Para hacernos apreciar todavía más un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado ó de donacion por causa de muerte; El nos lo dió pocos instantes ántes de morir, como la última señal de ternura que podia darnos, como el último recuerdo de su amor.

¡Oh dulce idea! ¡Pensamiento lleno de encanto! ¡Recuerdo precioso! ¡La Madre de Dios es tambien mi verdadera Madre! Yo no puedo dudar de ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes ántes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por Madre. ¿Qué nuevo título, diré yo, con San Anselmo, qué

(1) Deus meus, misericordia ejus præveniet me. (*Ps.*, LVIII, 11.)

nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi Padre y á Jesucristo como mi Hermano, ahora que tengo á su Madre por guia, por abogada y por defensora? ¡Qué asilo tan seguro, qué refugio tan ámplio no encontraré en María! ¿Quién podrá en adelante intimidarme ó hacerme vacilar en el deseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un Hermano tan bueno y una Madre tan tierna y tan compasiva, que cuidan de ella (1)? ¡Oh alma mia! Me diré á mí mismo, con San Buenaventura. Aun cuando seas pecadora, debes reanimar tu confianza y alegrarte, porque el exámen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdon dependen de la sentencia de un Dios, que es tu Hermano, y de la Madre de Dios, que es tambien tu Madre (2).

(1) O beata fiducia! O totum refugium! Mater Dei est mater mea! Qua certitudine debemus sperare, quoniam salus nostra de boni fratris et piæ matris pendet imperio?

(2) Dic, anima mea, cum magna fiducia: Exultabo et lætabor, quia quidquid de me judicatur, pendet ex sententia fratris et matris meæ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IX.

Pasaje importante de Orígenes sobre estas palabras: *Mujer, hé ahí tu hijo*. Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesucristo, y esta union principió en el Calvario. Siendo Jesucristo Hijo de María, los fieles unidos á El se hicieron en el Calvario, en El y con El, hijos de María. Ni los judíos ni los herejes conocen este misterio; y ¡cuán desgraciados son por esto! Privilegio de los católicos que, formando ellos solos la verdadera Iglesia, tienen á María por verdadera Madre.

Es un dogma fundamental de la fe católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdon y la reconciliacion, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos y los expió, que ninguno fué excluido de la generosidad de su ofrenda ni de los méritos de sus sacrificios (1). Es, sin embargo, indudable que, á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente, no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Sólo aquellos lo son que, una vez incorporados á El por el bautismo, permanecen unidos á El por los lazos de la fe en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

(1) Pro omnibus mortuus est Christus. (II, *Cor.*, v, 15.)

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando, por su cooperacion á la redencion, al nacimiento espiritual de todos, se hiciese Madre de todos, como veremos más adelante, así como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo, en realidad sólo es Madre de aquellos que tienen á Dios por Padre y á Jesucristo por Maestro y por Hermano, es decir, de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es El, quiero decir, la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad, tan preciosa como consoladora para nosotros, que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María, mostrándole á San Juan: HÉ AHÍ TU HIJO; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiera declarado que los verdaderos hijos de María serian los que tuviesen los caractéres distintivos de San Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su tierno amor (1). En muchos lugares del capítulo anterior, como tambien en éste, hemos consignado ya esta doctrina, á saber: que sólo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir, en la verdadera Iglesia, nos es dado participar de esta porcion de la herencia de Jesucristo, por la que recibimos á María por Madre. Mas este es lugar á propósito para hablar con más extension, procurando penetrar cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Orígenes, en su comentario sobre estas palabras del

(1) Discipulus quem diligebat Jesus. (*Joan.*, XIII, 23.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salvador crucificado, MUJER, HÉ AHÍ TU HIJO, hace una bella observacion, que derrama mucha luz sobre la verdad que explicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de San Juan, ni penetrar en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por Madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de Ella están plenamente convencidos de que no tuvo más Hijo que Jesucristo, y por consiguiente, que cuando Jesucristo dijo á su Madre, hablando de San Juan: *Hé ahí tu hijo;* y no: *Hé ahí que tienes en la persona de Juan otro hijo;* fué como si le hubiera dicho: *Ese es Jesus, de quien eres Madre;* porque el que es perfecto no vive ya El, sino que en él vive Jesucristo (1).

Estas palabras son profundas, y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fe, y que San Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes Epístolas, á saber: que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con

(1) Evangelii á Joanne traditi sensum percipere nemo potest, nisi qui supra pectus Jesu recubuerit, vel acceperit à Jesu Mariam, quæ ipsius etiam mater fiat... Si nullus est Mariæ filius judicio eorum qui de ipsa bene senserunt, præterquam Jesum; dixitque Jesus Matri: Ecce filius tuus, et non: Ecce etiam hic est filius tuus; perinde est ac si dixisset: Ecce hic est Jesus quem genuisti; etenim quisquis perfectus est, non amplius vivit ipse, sed in ipso vivit Christus. (*Orig.. in Joan.*)

Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo habia ya manifestado esta grande y consoladora doctrina cuando, pocos momentos ántes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella á su Padre esta súplica: «Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como Vos y Yo ¡oh Padre mio! somos una misma cosa» (1).

Para explicar San Pablo esta misteriosa unidad recurre al símil del cuerpo humano. «Así como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros, y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo cuerpo» (2). Volviendo el apóstol en otro lugar á este mismo símil, explica cómo se obra esta union; es decir, por el bautismo, que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo y nos hace una misma cosa con El, porque no hay en ella más que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman más que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque, despues de haber sido bau-

(1) Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum sicut et nos unum sumus. (*Joan.*, XVII, 22.)

(2) Sicut in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eumdem actum habent: ita multi unum corpus sumus in Christo. (*Rom.*, XII, 4, 5.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tizados por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo más que un solo cuerpo, es decir, la Iglesia. Vosotros, pues, oh cristianos, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo (1). Pues bien, aunque la cabeza y los miembros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son, sin embargo, de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma sustancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo, participamos de su naturaleza, como afirma San Pedro (2), de tal manera, que todos sus títulos, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes, así como los miembros de un cuerpo humano participan de la condicion de la cabeza. Por esta razon, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con El una misma cosa, nos hacemos, en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separamos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; así como, unidos á El, todo lo tenemos en El y con El, todo lo merecemos, y somos todo lo que El es (1).

(1) Sicut corpus unum est, et membra habet multa; omnia autem membra corporis, cum sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus. Etenim in uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus... Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro. (I, *Cor.*, XII, 12, 13, 27.)

(2) Divinæ consortes naturæ. (II, *Petr.*, I, 4.)

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á El por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con El, como el ingerto se hace una misma cosa, dice San Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos tambien hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra union con Jesucristo; si somos sus hijos en El y con El, formamos en El y con El un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en El y con El formamos una misma cosa, un solo compuesto físico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta union con Jesucristo, como nuestra cabeza, se verifica por medio de los sacramentos, èn los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas así como esta sangre, que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumó en la cruz; así tambien en la cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta union misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué tambien donde, en la perso-

(1) In quo omnia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na de San Juan, que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salia á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en experimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presenció; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra union en la persona de San Juan.

Con estas explicaciones se comprende bien el pasaje de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como veremos en su lugar, Ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; así como Jesus es el Padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con El, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de El. No formando con El más que un solo cuerpo, no formamos tampoco más que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este título tenga María tantos hijos cuantos son los verdaderos fieles, es cierto, sin embargo, que no tiene más que un solo Hijo, que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á El verdaderamente, y que todos los fieles no forman con El más que un solo Jesucristo, de quien María es verdadera Madre, y por consiguiente, tambien nuestra.

Ved aquí, pues, por qué, segun Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á San Juan, no le dijo: Hé ahí en la persona de Juan *otro hijo* diferente de Mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de Tí en mi ausencia; sino que se contentó con decir: *Mujer, hé ahí tu hijo;* que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Mujer,* Tú no tienes más que un solo hijo, y Yo lo soy en ese que te presento. Por el misterio que voy á consumar en este momento, Juan se une y se incorpora á Mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en Mí, así como Yo viviré en él. Tú tienes, pues, *oh Mujer,* en la persona de Juan, que está al pié de la cruz, el mismo Hijo que está en la cruz, tu Jesus, á quien engendraste, y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros, á que está unida. Reconoce en él los efectos de mi redencion, los vestigios de mi sangre, la comunicacion inefable de mi gracia, y hasta la participacion misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro Yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que Yo soy tu Hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en Mí y conmigo, tu hijo único (1).

(1) Dicit matri: Ecce filius tuus, et non: Ecce etiam hic est filius, perinde ac si dixisset: Ecce hic est Jesus quem genuisti: etenim quisque perfectus est, non amplius vivit ipse, sed in ipso vivit Christus. (*Orig.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el Padre eterno engendra su Verbo de su sola sustancia. Este Verbo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad; es, por consiguiente, Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generacion eterna. Mas este mismo Verbo, esta Persona divina, engendrada desde la eternidad, nacida de solo Dios, y Dios en Sí, tomó un cuerpo humano, que formó de la purísima sangre de María, y unió á Sí este cuerpo por una union hipostática ó personal; union íntima, sustancial é indisoluble, que, sin confundir las dos sustancias, forma de Dios y del Hombre una sola Persona (1). De modo que Jesucristo Dios es verdadero Hombre, y Jesucristo Hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, segun todo el rigor del lenguaje teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice y debe decirse que María engendró al Verbo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo crió y que es verdadera Madre de Dios. María se llama y es verdaderamente la Madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porcion de su sangre para formar la humanidad que Dios tomó y unió á Sí de una manera tan íntima, y ved aquí por qué Dios se unió sustancialmente á esta humanidad. Lo mismo

(1) Non confusione substantiæ, sed unitate personæ. (*Simbol. S. Athanas.*)

debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporcion): aunque María no haya engendrado más que á Jesucristo, sin embargo, habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente, que todos nosotros con El formamos un solo cuerpo, cuya cabeza es El mismo, María, en virtud de esta union tan íntima de su propio Hijo con nosotros, se hace tambien nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre, unidos en Jesucristo en una sola persona, por medio de la union hipostática, no forman dos Jesucristos ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos: unidos con El en un mismo cuerpo, no son más que un solo hijo de María. Nuestra union con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo.*

San Pablo insistia en esta verdad cuando decia: «Recordad que las promesas fueron hechas á Abrahan y á su hijo. Dios no dijo: *Y á tus hijos*, como si se hubiera tratado de muchos; sino *A tu Hijo*, y este Hijo es Jesucristo» (1).

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo

(1) Abrahæ factæ sunt promissiones et semini ejus. Et non dicit: Et seminibus, quasi in multis; sed, quasi in uno: Et semini tuo, quod est Christus. (*Galat.*, III, 16.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es tambien allí el Hermano, el Redentor y la Víctima de todos los hombres, no sólo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana y es, como ellos, el verdadero Hijo de Adan, sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo son respecto á todos los hombres una paternidad y una fraternidad en un sentido muy extenso, una paternidad y una fraternidad de compasion, de misericordia, y por decirlo así, de disposicion. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su verdadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á El, y que miéntras permanecen en este estado participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en Sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María: por su cooperacion á la obra de nuestra salvacion, á nuestro nacimiento nuevo, se hizo Madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que habia dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposicion, de compasion y de amor; porque en realidad los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los

hermanos de Jesucristo, que forman con El una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los herejes, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia, ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo extiende aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fe ó á la vida de la gracia; si intercede contínuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman San Juan y San Pablo, mostrándose así Hermano de todos, María igualmente coopera con su intercesion y sus súplicas á la propagacion de la fe y á la conversion de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud más viva, manifiesta tambien para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella es su Madre para compadecerlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; Ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Mas esto no impide que sus hijos en toda justicia, sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Jesucristo, no sean aquellos en quienes, segun la expresion de San Pablo, vive Jesucristo (1) y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En El, por El y con El son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos, pues, verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Igle-

(1) Vivit vero in me Christus. (*Galat.*, II, 20.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia es la que, con Jesucristo, su cabeza, y los hombres, sus miembros, forma ese cuerpo, del que María es la Madre. Esos son, ó más bien, ese es el verdadero hijo, cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de San Juan, su discípulo.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la materia precedente. El testamento de Abrahan. Los hijos de Agar y de Cétura fueron una figura de los judios y de los herejes. Isaac fué una figura de la Iglesia. La conducta de Abrahan fué una figura de la de Jesucristo.

Tenemos tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se lee que Abrahan, despues de la muerte de Sara, su esposa, se casó con otra mujer, llamada Cétura (1), y que, por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy avanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes, é hizo su testamento de tal modo, que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En cuanto á Ismael, que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, sólo les dejó donaciones considerables (2). Hecha esta distribucion, separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara, y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos (3).

(1) Abraham vero aliam duxit uxorem nomine Ceturam. (*Génesis*, xxv, 1.)

(2) Deditque Abraham cuncta quæ possideret Isaac; filiis autem concubinarum largitus est munera. (*Ibid.*, v, 6.)

(3) Et separavit eos ab Isaac filio suo. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia es la que, con Jesucristo, su cabeza, y los hombres, sus miembros, forma ese cuerpo, del que María es la Madre. Esos son, ó más bien, ese es el verdadero hijo, cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de San Juan, su discípulo.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la materia precedente. El testamento de Abrahan. Los hijos de Agar y de Cétura fueron una figura de los judios y de los herejes. Isaac fué una figura de la Iglesia. La conducta de Abrahan fué una figura de la de Jesucristo.

Tenemos tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se lee que Abrahan, despues de la muerte de Sara, su esposa, se casó con otra mujer, llamada Cétura (1), y que, por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy avanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes, é hizo su testamento de tal modo, que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En cuanto á Ismael, que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, sólo les dejó donaciones considerables (2). Hecha esta distribucion, separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara, y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos (3).

(1) Abraham vero aliam duxit uxorem nomine Ceturam. (*Génesis*, xxv, 1.)

(2) Deditque Abraham cuncta quæ possideret Isaac; filiis autem concubinarum largitus est munera. (*Ibid.*, v, 6.)

(3) Et separavit eos ab Isaac filio suo. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Más ¿por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si queria favorecer á su hijo primogénito, conformándose á una costumbre general, fundada, en cierto modo, en una conveniencia natural, ¿no habia nacido Ismael ántes que Isaac? Mas la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abrahan, pues que, como observa Cornelio à Lapide en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abrahan (1).

Pero, siendo ellas siervas ó esclavas, eran mujeres de un órden inferior y ménos nobles, mujeres que se desposaban sin ceremonias públicas y sin dote, que permanecian en la condicion de siervas y eran llamadas concubinas (2). Ellas eran, con poca diferencia, como esas mujeres que se casan en secreto á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara, por el contrario, era una mujer de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abrahan, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la mujer verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La mujer en quien se reunian todas estas condiciones era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo; era la directora, la matrona y la señora

(1) Accepit aliam uxorem. (*Genes.*, v, 6.)
(2) Filii concubinarum. (*Ibid.*)

de la casa, y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abrahan no dió más que á Sara el nombre de Saraí, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que habia tenido de ella; recibiendo tan sólo los hijos de las esclavas ricas donaciones, en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legítima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero, independientemente de estas razones, tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró tambien Abrahan con arreglo al misterio que debia ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada explica en un lugar lo que habia ocultado en otro bajo el velo del misterio. Si no nos aprovechamos de lo que ella dice en este lugar para comprender lo que dice en otro; si en el caso presente no oimos á San Pablo, que descorre el velo y nos descubre un misterio y una profecía en lo que la Escritura nos dice de las siervas de Abrahan, la conducta de este patriarca podrá parecer, dice San Agustin, demasiado humana, ó tal vez contra el deber y la justicia (1).

Los dos primeros matrimonios de Abrahan, el uno con la esclava Agar y el otro con Sara, la mujer libre, son en efecto una figura y una alegoría, como hemos

(1) Sic possent accipere homines etiam quod de Agar factum est, nisi Apostolus admoneret illa fuisse facta prophetiæ. (*S. Aug.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dicho ya, refiriéndonos á San Pablo, y la verdad de la historia queda intacta. Ellos representan los dos testamentos, las dos alianzas, celebrada la una en el monte Sinaí, y la otra en el monte Sion, cerca de Jerusalen, ó en el Calvario; la una con la Sinagoga y la otra con la Iglesia (1).

Ismael, hijo de Agar, es la figura del pueblo hebreo; Isaac, hijo de Sara, es la figura del pueblo cristiano. La primera, pues, es la alianza de la servidumbre y del temor (2), y la otra es el pacto del amor y de la santa libertad de espíritu de los hijos de Dios (3).

Pero, ademas de estos dos hijos, el uno de Agar y el otro de Sara, que figuran los dos testamentos, tuvo tambien Abrahan otros hijos de Cétura, con quien se casó despues de la muerte de Sara. Estos hijos que dió á Abrahan su fecundidad milagrosa, participaban de su fe y de su esperanza, y sin embargo, no fueron llamados á su herencia. Ellos nacieron en su casa, y sin embargo, no quedaron en ella; ellos se vieron separados, no sólo de la herencia, sino tambien de la familia y de la casa de Isaac (4). Mas ellos hicieron poco aprecio de esta separacion; ellos no se afligieron, sino que se creyeron bastante dichosos y bastante ricos con las

(1) Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit: unum de ancilla, et unum de libera... quæ sunt per allegoriam dicta. Hæc enim sunt duo testamenta. (*Galat.*, IV, 22, 24.)

(2) In servitutem generans: quæ est Agar.

(3) Non sumus ancillæ filii, sed liberæ: qua libertate Christus nos liberavit. (*Ibid.*, 24, 31.)

(4) Et separavit eos ab Isaac filio suo. (*Genes.*, XXV, 6.)

donaciones que Abrahan les hizo, y fueron á establecerse tranquilamente en diversas comarcas.

Si la Sinagoga es figurada por Ismael, y la Iglesia por Isaac, estos hijos de Cétura, procedentes tambien de Abrahan, y que salen sin pena de la casa que los vió nacer, son la figura de los herejes, de quienes nos dice San Juan que salieron de entre nosotros, pero que no eran de los nuestros; porque si hubiesen sido de los nuestros, hubiesen quedado con nosotros (1).

Los herejes son tambien hijos de Jesucristo; ellos nacieron en su casa, es decir, en su Iglesia, supuesto que recibieron el bautismo; y el bautismo conferido por los herejes es un verdadero bautismo, por el cual nace el hombre á Jesucristo y á la Iglesia, con tal que concurran la materia, la forma y la intencion que prescribe Jesucristo. Mas siéndoles conferido este bautismo por ministros que no pertenecen á la Iglesia, que no son la Iglesia, aun cuando ellos son hijos del verdadero Abrahan, no lo son de Sara, su verdadera esposa, sino de Cétura. Y siguiendo despues, cuando llega á la edad de la razon, á esos mismos ministros, á esos mismos pastores que están fuera de la Iglesia, salen ellos tambien voluntariamente de esta Iglesia, en la que nacieron por el bautismo. Salen de la casa del verdadero Abrahan, se separan de Isaac, y no tienen parte alguna en su herencia.

(1) Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, permansissent nobiscum. (I, *Joan.*, II, 19.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abrahan, dejando á los hijos de Agar y de Cétura donaciones ricas y preciosas, pero excluyéndolos de su legítimo patrimonio, que reserva íntegro á Isaac, es la figura de Jesucristo, que deja igualmente á los judíos y á los herejes el tesoro de la Escritura Sagrada y las gracias necesarias para poder entrar en la Iglesia ó volver á ella; pero sólo al verdadero Isaac, al hijo de Sara, es decir, á los verdaderos fieles, á los hijos de la verdadera Iglesia, es á quienes deja la filiacion divina, la confraternidad con El, el título real de hijos de María, sus gracias especiales, su amor, su resurreccion y su gloria, que constituyen su verdadera herencia, su verdadero patrimonio (1).

Y los judíos y los herejes se creen muy dichosos y muy ricos con la donacion particular que les hace de la Escritura Sagrada. Con estos libros en la mano se glorían de ser los hijos, los herederos de Abrahan, miéntras que se han hecho extraños de todo punto al verdadero Abrahan y á su herencia. Ellos dicen que pertenecen todavía á su casa, la cual abandonaron; y no sólo no miran como una desgracia ni experimentan disgusto alguno al verse separados de Isaac, con el que se participa de la herencia de Abrahan, sino que se consideran aun más ilustrados y más ricos que él, se mofan de la sencillez de su fe y de la práctica de su piedad, y aun le persiguen, le odian y le detestan.

(1) Deditque Abraham cuncta quæ possederat Isaac. (*Genes.*, xxv, 5.)

Tales son, en efecto, los sentimientos de los judíos y de los herejes con respecto á los católicos. Pero ¡doblemente desgraciados, porque lo son en efecto y porque no creen serlo! ¿De qué les sirve tener en las manos el pan de la palabra de Dios, es decir, de la Escritura, si no tienen una Madre, esto es, la Iglesia, que se lo divida y se lo parta, ó lo que es lo mismo, que se lo aplique y se lo ponga al alcance de cada uno de ellos? Ellos son esos hijos desgraciados, anunciados por Jeremías, que con el pan á la vista se afligen y perecen de hambre como si no lo tuviesen, porque no tienen la fuerza necesaria para partirlo, y les falta una Madre que se lo parta (1). Solos los católicos tienen esta Madre. Invisiblemente esta Madre es María, que nos alcanza, nos divide y nos parte el pan cotidiano de la gracia, el pan vivo bajado del cielo, que no se encuentra más que en Belen ó en la *casa del pan*, es decir, en María y con María, que lo llevó en su seno. Visiblemente esta Madre es la Iglesia, que nos administra los sacramentos para fortificar nuestros corazones, nos enseña y nos explica la palabra de Dios y la verdadera doctrina de los libros santos para ilustrar nuestras almas.

Aprendamos por esto, hermanos mios, nos dice San Pablo, á apreciar la singular prerogativa que se nos concede de tener por Madre á la verdadera Sara, á la esposa libre y celestial del verdadero Abrahan, es de-

(1) Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis. (*Jerem.*, iv, 4.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cir, á la verdadera Iglesia de Jesucristo (1). Aprendamos á apreciar la dicha que se nos concede de ser los hijos únicos de la promesa, los únicos herederos de Abrahan, los únicos verdaderos descendientes de Isaac (2).

Los judíos, en la Escritura que veneran, tienen contínuamente ante los ojos este gran misterio, pero no lo entienden. Los verdaderos hijos, los herederos de Abrahan, los que participan de las bendiciones prometidas á este patriarca, no son, por consiguiente, los que descienden de él segun la carne, sino los que descienden en virtud de la promesa (3); no son los que tienen su carne y su sangre, sino los que tienen su espíritu y su fe. Así, pues, aunque segun la carne los judíos sean, por Isaac, los descendientes de Abrahan y de Sara, segun el espíritu lo son de Abrahan y de Agar por Ismael, como lo enseña San Pablo (4).

Por el contrario, nosotros los católicos no descendemos, segun la carne, de Abrahan, de Sara ni de Agar. Mas por nuestra vocacion milagrosa á la fe, figurada por el nacimiento de Isaac, nacimiento milagroso tambien y fuera del órden natural, y porque en nosotros se ha cumplido la promesa, hecha á Abrahan, de que *todas las naciones serian benditas en él*, somos los hijos del prodigio, los hijos de la promesa. Y supuesto que segun el espíritu somos los verdaderos hijos de Abrahan, somos tambien el verdadero Isaac, porque Isaac es el verdadero hijo de Abrahan en cuanto que es el hijo del milagro y de la promesa, y por lo mismo la herencia de Jesucristo, verdadero Abrahan, nos pertenece toda entera. Tal es el contenido de las sublimes palabras de San Pablo que hemos citado (1).

(1) Illa quæ sursum est Jerusalem libera est, quæ est mater nostra. (*Galat.*, IV, 26.)

(2) Nos autem, fratres, secundum Isaac promissionis filii sumus. (*Ibid.*, 28.)

(3) Filii promissionis. (*Galat.*, IV, 26.)

(4) Unum... in servitutem generans, quæ est Agar. (*Ibid.*, 24.)

Mas si los judíos no entienden este misterio, los herejes lo entienden mal. Ellos piensan que basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo y venerar la Escritura para pertenecer á su familia, para ser contado en el número de sus hijos y participar de su divina herencia. Pero San Pablo les confunde altamente cuando dice: «No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni todos los que han nacido de la sangre de Abrahan son sus hijos. Solos los hijos de Isaac son los verdaderos y legítimos descendientes de Abrahan; es decir, que solos los hijos de la promesa son sus verdaderos hijos y componen su familia (2). Pero ¿cuál es esta promesa, que nos hace distinguir los verdaderos hijos de los que no lo son más que de nombre? Escuchemos al apóstol, pues en esto consiste todo el misterio, toda la importancia y el punto esen-

(1) Nos autem, fratres, secundum Isaac promissionis filii sumus. (*Galat.*, IV, 28.)

(2) Non omnes qui ex Israel sunt, ii sunt Israëlitæ; neque qui semen sunt Abrahaæ, omnes filii: sed in Isaac vocabitur tibi semen; id est... qui filii sunt promissionis æstimantur in semine. (*Rom.*, IX, 6, 7.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cial de esta preciosa doctrina. La palabra de la promesa, añade San Pablo, es esta: YO VOLVERÉ POR ESTE TIEMPO, Y SARA TENDRÁ UN HIJO (1). Es decir, que el verdadero hijo de Abrahan es sólo el que tendrá milagrosamente de Sara, que será criado por Sara y que crecerá bajo la custodia de Sara, la esposa legítima, la señora de la casa, para tener derecho á la herencia de Abrahan. ¿Y cuál es la significacion de esto? Es que no basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo y conservar su doctrina, ó la que se imagina ser suya: sino que es necesario tambien haber nacido en su Iglesia ó renacer en ella, ó volver á ella si se ha salido de ella; que es necesario vivir en la Iglesia, escucharla y obedecerla, supuesto que la herencia de Jesucristo sólo se ha dividido entre los que están en su casa y pertenecen á su familia, entre los que son de su Iglesia y están en su Iglesia.

¡Cuán consoladora es esta doctrina para nosotros los católicos! Solos nosotros estamos en la verdadera Iglesia, y por lo mismo la herencia que Jesucristo nos dejó por su testamento, hecho y estipulado en el Calvario, no sólo nos pertenece, sino que no pertenece más que á nosotros; ninguno de los que están fuera de la Iglesia puede pretender la más pequeña parte miéntras permanezca en tal estado. Y como una de las más preciosas cláusulas de este patrimonio es la de ser hijos de María, solos nosotros los católicos somos hijos

(1) Promissionis verbum, hoc est: secundum hoc tempus veniam, et erit Saræ filius. (*Ibid.*, 9.)

de esta tierna Madre. Nosotros solos vivimos en familia con Ella, con Dios, nuestro Padre, y con Jesucristo, nuestro Hermano. Aun cuando tengamos la desgracia de caer en el pecado (á no ser en el de la herejía), no por eso saldremos de la Iglesia, no por eso seremos arrojados de la verdadera casa de Jesucristo, en la que María tiene por hijos á todos aquellos que lo son de la Iglesia. Aun cuando en este estado seamos un objeto de odio para nuestro Padre y de aversion para nuestro Hermano, no por eso perdemos nuestros derechos á la compasion y al cuidado de nuestra Madre, que continúa siéndolo miéntras pertenezcamos á la Iglesia. La division que existe entónces entre Dios y nosotros, entre Jesucristo y nosotros, es una division como entre padre é hijo, entre hermano y hermano; es una division, una discordia doméstica, una discordia de familia, que los tiernos cuidados y el amor ingenioso de María, nuesta Madre comun, procura hacer cesar cuanto ántes con sus súplicas y su intercesion, como nos lo enseña San Bernardo. María es la Madre de Jesucristo y la nuestra; su corazon maternal no podrá sufrir que la discordia reine en su familia, que divida los hermanos y perpetúe la guerra entre sus propios hijos (1). ¡Qué ventura tan inestimable es la nuestra, por hallarnos en la Iglesia, como en una casa en la que tenemos una Madre tan tierna y tan cariñosa por la salvacion de sus hijos! Si el hijo pródigo, dice

(1) Cum sis mater utriusque, discordias inter tuos filios nequis sustinere. (*S. Bernard., in deprecat. ad Virg.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el abad Ruperto, hubiera tenido su madre viva, ó no se hubiera decidido jamas á alejarse de la casa paterna, ó hubiera vuelto á ella al momento (1). Esta ventaja, que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á María, que, como dice San Antonino, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no sólo ejerce en ella el cargo de Protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre (2). Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero Hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de María sobre El (3), y San Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprender á María porque exigia de El un prodigio ántes del tiempo señalado, le dió, sin embargo, á conocer que respetaba sus derechos maternales, supuesto que accedió prontamente á su peticion (4). Pues bien, si El respetó su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerla en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede Ella por sus hijos; Ella los salva, dice San Juan

(1) Si prodigus filius matrem habuisset, vel à paterna domo nunquam recessisset, vel forte citius rediisset. (*Rupert. Abb.*)

(2) Ecclesia est non tantum sub Virginis patrocinio, verum etiam sub dominatione et potestate. (*S. Anton.*, part. 4.ª, tít. xv, cap. 20.)

(3) Et erat subditus illis. (*Luc.*, II, 51.)

(4) Licet ita responderit, maternis tamen precibus obtemperavit. (*S. Joan. Chrisost.*)

Damasceno, por el derecho que este título de *Madre comun* le da para interceder por nosotros y alcanzarlo todo de Jesucristo (1).

¡Ah! Decia el devoto y sabio Belarmino. ¿Qué bien podrá faltarnos jamas en la Iglesia católica, y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconozcamos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia Madre de Dios. No necesitamos más que recurrir á su proteccion y colocar en Ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencernos, no hay desgracia que pueda abatirnos ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer (2).

(1) Potest quidem omnes salvare ut Dei Altissimi Mater, precibus materna auctoritate pollentibus. (*S. Joan. Damasc.*)

(2) Quam bene nobis erit sub præsidio tantæ Matris! Quis detrahere audebit de sinu ejus? Quæ nos tentatio aut turbatio superare poteris confidentes in patrocinio Matris Dei nostræ? (*Bellarm., De Sept. Dom. verb.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI.

Dios, á diferencia de los hombres, cuando elige á una persona para un cargo cualquiera, la hace por lo mismo apta para desempeñarlo. Al conferir á María la dignidad de Madre de los hombres, le dió tambien el corazon y el afecto de madre.

En los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo, *Mujer, hé ahí tu hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un Hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir, y produjo realmente, en el espíritu de María y en el de San Juan la declaracion solemne que el Testador divino hizo en él.

Observemos, en primer lugar, que, entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una, que la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia, que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma, que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en

sí misma autoridad alguna si no la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionarse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende ménos de las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y producir. Toda la creacion no es, por su parte, más que el efecto de una palabra, de un precepto general, que El pronunció con una especie de indiferencia (1), pues que á este precepto de Dios las cosas que no existen le oyen, y dóciles, le responden como las que ya existen (2). La palabra divina no permanece jamas vana; ella no queda jamas frustrada del efecto que se propone y del fin para que se pronuncia (3).

Así pues, cuando un hombre elige, designa ó nombra á otro hombre para cualquier empleo, para un destino cualquiera, puede muy bien conferirle el título, el grado y el derecho para este destino, pero no puede darle los talentos, los conocimientos, la habilidad ni la fuerza necesaria para desempeñarlo, si la persona elegida ó nombrada no las posee ya. Es, pues, una ley,

(1) Ipse dixit et facta sunt; ipse mandavit et creata sunt.
(2) Vocat ea quæ non sunt tanquam ea quæ sunt.
(3) Verbum meum non revertetur ad me vacuum.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es un deber imperioso, mandado por la prudencia á todos los que confieren los cargos y distribuyen los empleos, procurar cuidadosamente que en las personas que eligen concurran, ademas del mérito por que son llamadas al cargo que se les designa, los talentos necesarios para desempeñarlo. Porque ni su eleccion ni su palabra pueden por sí mismas suplir la falta de habilidad, de virtudes ó de talentos.

No sucede lo mismo en las elecciones divinas. Por grande que sea el estado, por alta que sea la dignidad, por difícil que sea el cargo á que Dios destina una criatura racional, la eleccion divina, como lo observa San Bernardino de Sena, confiere por sí misma las gracias, los auxilios, los medios y las disposiciones necesarias para desempeñarlo dignamente. Es, por consiguiente, una regla general en la eleccion de Dios, que la aptitud de la persona corresponde siempre al cargo para que ha sido elegida (1).

Si, mediante ciertas condiciones, un hombre poderoso y rico dejase en su testamento á un extraño por hijo de su propia madre, esta disposicion podria, segun las leyes, dar al uno derechos sobre el otro, é imponerle obligaciones para con él; mas no podria mudar sus

(1) Omnium singularum gratiarum alicui rationabili creaturæ communicatarum generalis regula est, quod quandocumque divina gratia eligit aliquem ad aliquam gratiam singularem, seu ad aliquem sublimem statum, omnia charismata donet, quæ illi personæ electæ, et ejus officio necessaria sunt, atque illam copiose decorant. (*S. Bernard. Senen., De S. Joseph.*)

corazones, ni hacer nacer en ellos afecciones que proceden de la naturaleza, y que ninguna ley puede imponer ni la voluntad humana puede dar.

No debe, sin embargo, discurrirse así cuando se trata de María, llamada á ser nuestra Madre. Este legado nos viene del testamento y de la voluntad de Dios, que crea todo aquello cuyo nombre pronuncia, y que hace y ejecuta todo cuanto quiere. Así, pues, estas palabras de Jesucristo moribundo: *Hé ahí tu hijo; hé ahí tu Madre*, no sólo declaran á María nuestra Madre, sino que la hacen tal en aquel momento; no sólo le dan el título y la cualidad, sino tambien el corazon y el afecto de una madre; no sólo le confieren la dignidad de Madre de la Iglesia, tan honorífica para Ella como preciosa para nosotros, sino que tambien le confieren todas las gracias, todas las disposiciones, todos los sentimientos, toda la inteligencia y todo el poder necesario para sostenerla dignamente y para desempeñarla de la manera más conforme á los designios de misericordia que el Dios testador se propuso en esta eleccion.

Ved aquí por qué Jesucristo no dijo á María: *Tú serás su Madre*, ni á San Juan: *Tú serás su hijo*. Un testador humano se hubiera expresado de esta suerte, y no hubiera podido hacerlo de otro modo; pero un Dios testador debia expresarse de un modo muy diferente. El debia manifestar que su palabra, llena por sí misma de poder y de autoridad, no espera su efecto del concurso de las circunstancias, sino que por sola

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la fuerza que le es natural crea y realiza las cosas que ella nombra, y dispone del porvenir como si estuviera ya presente. Y bien, ¿qué expresion más propia para probar esto que aquella de que Jesucristo se valió, al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Mujer, hé ahí tu hijo; discípulo, hé ahí tu Madre?*

Esto es como si hubiera dicho: Mujer, Yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que Tú seas la Madre de la Iglesia, y que tú, discípulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun ántes de haberlos manifestado. Tú, Mujer, sólo porque Yo lo he dicho, eres ya la Madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu hija. Sólo me resta mostrarte la Iglesia, de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia, que por lo mismo se ha hecho tu hija (1). No fué, por consiguiente, despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; Ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no habia acabado, por decirlo así, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmoverse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado, y abrirse su corazon á

(1) Ecce filius tuus; ecce Mater tua.

todo el afecto y á toda la ternura de una Madre por la Iglesia. Oirse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercitarla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fué para Ella obra de un solo instante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesucristo le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresion profunda que las palabras de Jesucristo hicieron en su corazon, animado por tales disposiciones. Amor que hicieron nacer en él para con nosotros.

Para conocer mejor y admirar cada vez más la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heróica que hemos ya indicado (cap. I). Inmóvil en su resignacion y en su éxtaxis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; Ella ve su sangre, que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; Ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exhalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y de crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseido de una rabia infernal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos excesos de una

barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo, que, pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso, que tiene el corazon abierto y los brazos extendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con un orgulloso desden á las tiernas invitaciones de amor con que le llamaba á la reconciliacion y al perdon (1).

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasion y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y del crímen más atroz que se ha cometido jamas debajo del sol. Ella está atónita y fuera de Sí misma; todas sus falcultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebata su Hijo; toda su atencion se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido (2) por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime,

(1) Expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem. (*Rom.*, x, 21.)

(2) Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem. (*Cant.*, VIII, 7.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuya profundidad misteriosa y cuya extension sin límites jamas podrá medir el pensamiento (1). Jamas su Hijo le pareció más Dios que en este instante, en que los hombres le tratan más indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamas su Dios le pareció más digno de amor que en este instante, en que es objeto del odio universal. Ella se siente, pues, atraida á El; su corazon es arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama más y más á vista de una ternura tan grande y de una bondad tan excesiva; él se hace todavía más tierno, más enérgico y más fuerte, y se eleva, por decirlo así, al más alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolase en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazon generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa conoce entónces más que nunca.

En aquel momento es cuando el corazon de María, enternecido, atormentado y derretido por el amor, no

(1) Quæ sit latitudo... et sublimitas et profundum. (*Ephes.*, III, 18.)

sabe otra cosa sino amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las más dulces emociones, á los más tiernos afectos y á los trasportes más violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene, y destinándola á ser nuestra Madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que Ella estaba como poseida y arrebatada por El (1). Es como si le hubiera dicho: ¡Oh Mujer! Tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito. ¡Oh Mujer, á quien veo poseida del afecto más tierno y más vivo hácia Mí! Ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo y tan vehemente, que se despierta en Tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles, que estás viendo en la persona de Juan, pues que Yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero como lo soy Yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu Hijo y que te hicieron mi Madre, porque Yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en Mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos, pero tambien te impongo con respecto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto á Mí. En adelante debes ver en ellos tu Jesus, tu Hijo; debes amarlo en ellos, y volver hácia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que Yo.

(1) Ecce filius tuus; ecce Mater tua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tú no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre é hijos no existen, por consiguiente, entre Tí y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando Yo te declaro su Madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado (1).

¡Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! ¡Ah! Si ellas halagaron sus oidos, ¡cuán eficaces y activas no fueron tambien en su tierno corazon! Ellas se grabaron en él con caractéres indelebles, ellas lo conmovieron extraordinariamente, ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron, por decirlo así, lo recompusieron y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente, desde aquel instante mismo experimenta Ella el ser nuestra verdadera Madre, no sólo por deber y por eleccion, sino por inclinacion y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entónces fué cuando Ella apareció tal como la describió despues el mismo San Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando; es decir, la Mujer vestida del sol (2). Porque, así como en el momento de la encarnacion, como dice San Bernardo, el Sol de justicia, el Verbo eterno habia vesti-

(1) Consummatum est.
(2) Mulier amicta sole. (*Apoc.*, XII, 1.)

do y cubierto, como una nube purísima, su carne inmaculada, en el Calvario la penetró tambien este mismo Sol, y la vistió con las llamas de su caridad (1).

Jesucristo, en aquellos últimos instantes, era todo amor para los hombres, en los que no encontraba más que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningun poder más que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debia morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia más intenso y más vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo más sin sucumbir (2). Al pronunciar estas tiernas palabras, que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazon abrasado, y hace salir de él una llama celestial de la más tierna y más generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz desciende esta llama celestial sobre María, que estaba á sus piés, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente Ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres, que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvacion, domina y manda su dolor; no sólo consiente en que su Hijo muera por un fin tan misericordioso, sino que, como dice un intérprete, se manifiesta impaciente y arrebatada por un deseo ar-

(1) Vestis solem, nube, et sole ipsa vestiris.
(2) Cum dilexisset suos... in finem dilexit eos. (*Joan.*, XIII, 1.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diente de morir con El por la salvacion de esos hijos de quienes experimenta ya el ser Madre (1).

¡Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto más se sondean con el pensamiento, tanto más se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos, pues, maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es decir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamas las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María y nos confió á Ella, se borraron de su alma; pero jamas se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazon; y lo que San Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su Madre, todo cuanto poseia, puede entenderse con mucha más razon de María, que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto Ella tiene de más precioso (2).

(1) Flagrabat beata Virgo charitate, ut cum prole pro humani generis salute vitam profunderet.

(2) Et ex illa hora accepit in sua. (*Joan.*, XIX, 27.)

CAPÍTULO XIII.

Cómo ejerció Maria en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce contínuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de misericordia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título.

Acontece algunas veces entre los hombres que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda, su madre, y ésta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo, nuestro Hermano mayor, que tanto nos ama (1), no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendacion, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y la ternura de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendacion pasajera, sino la expresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donacion irrevocable, una disposicion de su providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (cap. IV), Jesucristo llamó entónces á María *Mujer*, y no *Madre*, queriéndole manifestar que en

(1) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diente de morir con El por la salvacion de esos hijos de quienes experimenta ya el ser Madre (1).

¡Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto más se sondean con el pensamiento, tanto más se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos, pues, maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es decir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamas las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María y nos confió á Ella, se borraron de su alma; pero jamas se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazon; y lo que San Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su Madre, todo cuanto poseia, puede entenderse con mucha más razon de María, que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto Ella tiene de más precioso (2).

(1) Flagrabat beata Virgo charitate, ut cum prole pro humani generis salute vitam profunderet.

(2) Et ex illa hora accepit in sua. (*Joan.*, XIX, 27.)

CAPÍTULO XIII.

Cómo ejerció Maria en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce contínuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de misericordia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título.

Acontece algunas veces entre los hombres que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda, su madre, y ésta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo, nuestro Hermano mayor, que tanto nos ama (1), no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendacion, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y la ternura de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendacion pasajera, sino la expresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donacion irrevocable, una disposicion de su providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (cap. IV), Jesucristo llamó entónces á María *Mujer*, y no *Madre*, queriéndole manifestar que en

(1) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel acto no hablaba como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como Hombre, sino como Dios. Y ¿cómo podria olvidar María una eleccion, una dignidad, un ministerio que se le conferia en términos tan enérgicos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, espirando en una cruz por la salvacion del mundo? Y no pudiéndola olvidar, ¿cómo podria dejar de ejercer sus funciones y cumplir sus deberes?

Así es que aun no habia exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso á ejercer el ministerio de una tierna Madre para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le habia sido dada por hija. Ved aquí cómo describe un intérprete tan piadoso como sabio, Cornelio à Lapide, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Vírgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz á ser la Madre especial de los apóstoles y de los fieles, así como el mismo Jesucristo habia sido su amoroso Padre, á fin de que su mano misericordiosa levantase á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijase á los que titubearan; y finalmente, para que los dirigiese á todos con prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor (1). Es indudable que María desempeñó todas es-

(1) Virgo relicta fuit à Christo post se, ut illa Apostolorum et fidelium esset Mater, lapsos colligeret, afflictos solaretur, titubantes solidaret, dubiis et anxiis consuleret, eosque per omnia dirigeret, instrueret, animaret. (*Corn. à Lap.*)

tas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prision de Jesucristo. Ella fué quien animó el valor de San Pedro, abatido por el recuerdo de la culpa que habia cometido negando á su Maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdon. Ella fué, finalmente, quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazon de todos los fieles, á quienes la muerte de Jesucristo habia turbado y consternado, y los confirmó en la fe de su próxima resurreccion (1).

Mas no es esto todo. A medida que crecian los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veia crecer el celo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los judíos se arma con todo el poder de los príncipes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan á los apóstoles y á los discípulos, los azotan cruelmente y los condenan á muerte. El amor maternal de María le hace experimentar, como si se ejecutasen en Ella, todos los tormentos de que es víctima su amada hija. Todo cuanto sufren los discípulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazon; el amor reune todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entónces sobre Sí misma, y haciéndose más fuerte y más magnánima á medida que

(1) Unde ipsa Apostolos à Christo capto diffugientes collegit; Patrum ob negationem Christi pusillanimem spe veniæ erexit; omnesque morte Christi turbatos fide resurrectionis Christi mox futuræ confirmavit. (*Corn. à Lap.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más, triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los apóstoles, los sostiene con su ejemplo, y los enseña á vencer sus propias aflicciones (1).

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le da á María por Madre. El prevé estos resultados cuando llama á María *Mujer*, que es como si le dijera: ¡Oh Madre! Desde este momento sois la Mujer verdadera, la Mujer generosa y fuerte, la Mujer perfecta; Vos sereis en lugar mio la base visible, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendreis con la fuerza y el vigor de vuestro ánimo, y esto no sólo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo sereis la defensa y el amparo de esta Iglesia, que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesion y vuestras preces reprimireis sus enemigos, disipareis las tempestades que puedan asaltarla, y alejareis de ella los peligros y las tentaciones (2).

María, conformándose con las intenciones de Jesu-

(1) Cum autem principes Judæorum Apostolos incarcerarent, flagellarent, occiderent, ipsa omnes has persecutiones, quasi sibi illatas vive sentiebat; sed excelso animo superabat, et Apostolos superare verbo et exemplo docebat. (*Corn. à Lap.*)

(2) Hæc omnia prævidens Christus dixit: Mulier! O Mater! esto deinceps Mulier fortis et generosa, quæ mei loco sis basis, petra et columna Ecclesiæ, ut eam robore tuo fulcias, omnes tentationum procellas tua constantia, consilio, oratione, elidas et disipes, non tantum nunc, sed et omnibus deinceps sæculis usque ad finam mundi. (*Ibid.*)

cristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estuvo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor; porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan sólo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumacion de los siglos (1). Y así como es cierto, dice San Bernardo, que María estuvo animada en la tierra de la más tierna solicitud por la salvacion del mundo (2), tambien lo es, dice San German, que nadie en el cielo, excepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María (3).

Pero ¿qué hace en el cielo esta tierna Madre? ¡Ay! Ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta contínuamente nuestras oraciones en el trono de la Majestad divina, dice el beato Raimundo; Ella expone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, así como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, Ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal, el gran negocio de nuestra sal-

(1) Omnibus deinceps sæculis usque ad finem mundi. (*Corn. à Lap.*)

(2) Constat pro universo genere humano fuisse sollicitam. (Hom. 2, *super Miss.*)

(3) Quis, post filium tuum, curam gerit humani generis sicut et tu?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padece vacion (1). Y así como Jesucristo muestra contínuamente sus llagas á su Padre, así tambien María, para mover á su Hijo á compasion, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y ¿qué extraño es esto? Ella es Madre; esta tierna palabra lo dice todo, lo explica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. ¿Será posible, dice Isaías, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interes, la compasion más viva y el amor más tierno por el fruto de sus entrañas (2)? Mas, aun cuando esto pudiera suceder en el corazon de una madre terrena, podemos añadir, con el mismo profeta, que María no podrá jamas olvidarnos (3). Y la razon de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demas, sino que es la Madre por excelencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, así como se la llama la Vírgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas (4). Es una Madre que Jesucristo nos la dió expresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se da á Sí misma el título tan dulce de Madre del

(1) Ipsa preces servorum representat in conspectu divinæ Majestatis; quia ea ipsa est advocata nostra apud Filium, sicut Filius apud Patrem: imo apud Patrem et Filium procurat negotia nostra. (*In Præfat. in Cant.*)

(2) Numquid oblivisci poterit Mater infantem suum, non misereatur filio uteris sui? (*Is.*, XLIX, 15.)

(3) Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. (*Ibid.*)

(4) Mater matrum, Stella stellarum, Virgo virginum.

bello amor (1) y de la santa esperanza; una Madre que se da á Sí misma este título, y forma de él, como dice un padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que Ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros, á quienes recibió y aceptó por hijos al pié de la cruz (2). Ved aquí por qué, sea cualquiera la condicion de nuestra vida y el estado de nuestro corazon, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos, y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos (3).

Para darnos á conocer la Escritura que Ella es siempre amorosa y tierna para con nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la aurora naciente, la luna creciente, el sol que ilumina y fecundiza (4). En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado, es aurora para los que principian á nacer á la luz de la gracia, y es sol para los que caminan en el medio dia de la santidad y de la virtud (5). Por esta razon llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Vírgen Ma-

(1) Ego Mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.

(2) Se dilectionis esse Matrem gloriatur, quia tota est amor erga nos, quos in filios recepit.

(3) Omnibus aperit misericordiæ suæ sinum.

(4) Quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol. (*Cant.*, VI, 9.)

(5) Luna in nocte, aurora in diluculo, sol in meridie.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría (1); pues, como dice San Bernardo, Ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman (2); clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los que se dirigen por los caminos de la perfeccion, y dulce para las almas elevadas y perfectas (3); clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias, y dulce para darse toda á nosotros (4). Si Ella prefiere alguno de sus hijos, es á los más miserables y á los más infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que más atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y excitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba más grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moria por ellos. Ella fué nombrada nuestra Madre, por decirlo así, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entónces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdon; por esta razon la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad (5). Pero ¿qué significa la palabra *misericordia?* Me parece que es un

(1) O clemens, o pia, o dulcis Virgo María!
(2) Clemens indigentibus, pia exorantibus, dulcis diligentibus.
(3) Clemens pœnitentibus, pia proficientibus, dulcis contemplantibus.
(4) Clemens liberando, pia largiendo, dulcis se donando.
(5) Salve, Regina, Mater misericordiæ.

bello compuesto de tres palabras latinas (1), cuya significacion es *corazon entregado á la miseria*, así como la palabra *cadáver* está compuesta de tres palabras latinas (2), cuyo sentido es *carne entregada á los gusanos*. El título, pues, de *Madre de misericordia*, bajo el que la Iglesia ha invocado siempre á María, significa una madre cuyo corazon está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos; á una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasion más viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y en efecto, como dice muy bien Ricardo de San Lorenzo, si María no consagrase todos sus cuidados y toda su solicitud al alivio de los más miserables de sus hijos, es decir, los pecadores, ¿cómo le habia de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni seria misericordiosa ni seria madre? No seria madre, porque una madre no se reduce por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enternece tanto más sobre su suerte, cuanto más infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco seria misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria no

(1) Miseriæ cor datum.
(2) Caro data vermibus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede ejercerse la misericordia, así como donde no hay ofensa tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdon.

Y bien, ¿qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama á ser pobre y miserable por excelencia (1)? María, por consiguiente, no puede desechar al pecador sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad (2).

Nosotros no podemos, segun el pensamiento del mismo doctor, presentarnos siquiera á María é invocarla bajo el dulce título de madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la Persona de quien lo recibió por primera vez (3). El título de madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oidos y triunfa siempre del tierno corazon de la mujer á quien se dirige. Y ¿cuál es la mujer que al oirse llamar *madre* por su hijo no siente conmoverse su corazon y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores, de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo; le recuerda que su Hijo moribundo reunió en sus lábios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazon le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazon y le hacen experimentar ese sentimiento de deliciosa ternura y de amor generoso, que Ella experimentó entónces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como sobre los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos ve reunidos en torno suyo, invocándola con este nombre, lleno de dulzura, «¡Ay! se dice á Sí misma en los trasportes de su emocion y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió ántes de morir en la cruz; yo los reconozco en el caractér de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y Yo no puedo rehusarles ese amor y esa ternura que Jesus, al dármelos, me impuso, y de que Yo, al aceptarlos, me formé un título de gloria (1).

No podemos, pues, dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la más tierna de las madres, con tal que recurramos á Ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos.

(1) Nescis quia tu es miser et miserabilis et pauper? (*Apoc.*, III, 17.)

(2) Non dedignatur peccatorem; propter hoc enim factam se recolit misericordiæ genitricem; ubi enim non est miseria, misericordia non habet locum. (*Richard. à S. Laurent.*)

(3) Recolit se factam misericordiæ genitricem. (*Ibid.*)

(1) Parvuli sunt, quos donavit mihi Deus. (*Genes.*, XXXIII, 5.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIV.

Al decir Jesucristo á María: *Hé ahí tu hijo*, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una Madre. Del mismo modo, al decir á San Juan: *Hé ahí tu Madre*, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial respecto á María. Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y su veneracion á María. Esta conformidad no puede ser efecto sino de la palabra omnipotente de Jesucristo, de la infusion y de la permanencia de su espíritu en la verdadera Iglesia.

La declaracion solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia (1); por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María (2). Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaracion fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma Persona, y que las dos forman uno de los más preciosos é importantes artículos del testamento de Jesucristo en la cruz, las dos tienen, por consiguiente, la misma fuerza, y deben producir los mismos efectos en las personas á quienes se dirigen. Ya hemos visto que por estas palabras, *Hé ahí tu hijo*, dirigidas á María, no sólo le dió Jesucristo el título, sino la cualidad misma, el co-

(1) Dicit Matri suæ... Ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)
(2) Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Ibid.*, 27.)

razon y el afecto de una Madre para con nosotros. Luégo, por las palabras dirigidas á San Juan, *Hé ahí tu Madre*, dió el Señor igualmente á la Iglesia y á los verdaderos fieles, no sólo el título, sino la cualidad real, un corazon y un afecto de hijos para con María. En efecto, estas últimas palabras fueron pronunciadas por Dios como las otras; ellas forman parte de la expresion de su última voluntad, lo mismo que las otras; como las otras, son palabras cuya eficacia obra y cumple lo que significan, y en el momento mismo en que lo indican; finalmente, ellas hicieron, lo mismo que las otras, una impresion profunda é indeleble, y despertaron sentimientos y afectos análogos en el alma de la Persona á quien fueron dirigidas.

Por un efecto de la palabra poderosa del Hombre-Dios, en aquellos instantes misteriosos é inefables, experimentaron, no sólo María, sino tambien San Juan ó la Iglesia, una revolucion verdadera en sus propios corazones; les sintieron cambiarse repentinamente, elevarse y nacer en ellos las dulces afecciones que convenian á los nuevos cargos que se les habian conferido. Por consiguiente, así como el amor tierno y maternal de María á la Iglesia data precisamente del Calvario y de la muerte de Jesucristo, el amor tierno y filial de la Iglesia á María data del mismo tiempo y del mismo lugar. Y para que no quedase duda alguna sobre la igualdad de los efectos maravillosos de las palabras del Salvador, tanto á María respecto á la Iglesia como á la Iglesia respecto á María, se valió el Se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñor de las mismas expresiones y de la misma frase, tanto para dar la Madre al discípulo, cuanto para dar el discípulo á la Madre, diciendo á Aquella: *Hé ahí tu hijo*, y á éste: *Hé ahí tu Madre*. La palabra *hé ahí*, cuya fuerza y cuyo misterio hemos explicado, se encuentra igualmente en las dos, y el giro de la frase es el mismo. Pues bien, expresiones semejantes indican ideas semejantes, intenciones semejantes, derechos y obligaciones semejantes. Esta es la razon de ese amor tan universal, tan constante, tan tierno y tan solícito de la verdadera Iglesia á María. Los soberanos pontífices y los obispos, los concilios generales y particulares, los padres y los doctores, las órdenes religiosas y militares, las universidades y las academias han celebrado siempre sus alabanzas á porfía, han favorecido su culto, han extendido su devocion, han defendido y vengado de la temeridad de los herejes sus altas prerogativas y los títulos de su grandeza. Los padres y los doctores, especialmente cuando hablan de María, parecen arrebatados por los sentimientos del afecto más profundo y del amor más tierno. Su entusiasmo se despierta, su elocuencia se anima, sus palabras son más felices y más enérgicas, sus miras y sus pensamientos se elevan lo mismo que sus sentimientos. Su elocuencia se hace entónces la elocuencia del corazon más bien que la del espíritu, y si la fe y la razon los guian, el amor es quien los hace elocuentes. Y en tanto que ciertos frios teólogos, extraños al verdadero espíritu de la religion, bajo el manto de un celo insensato é hipócrita por la gloria del Hijo, acusan á los fieles de dar títulos demasiado elevados á la Madre, vemos que todos los padres se sirven para hablar de Ella, dice Señeri, de expresiones tales, que muchas veces es necesario interpretarlas prudencialmente, porque parecen demasiado exageradas. Y lo más singular es, que los padres de los primeros siglos de la Iglesia, los padres apostólicos, los que por lo mismo se hallan más cercanos á la tradicion cristiana, los Dionisios, los Ignacios, los Ireneos, los Epifanios y los Cirilos, son los más exaltados en las alabanzas que dan á María.

¡Ved cuántas festividades ha establecido la Iglesia para honrar á María, cuántas prácticas ha adoptado y permitido, cuántas preces magníficas ha compuesto, cuántos títulos pomposos le ha dado al celebrar sus grandezas y al implorar su proteccion en todas sus necesidades! ¡Ved cómo su nombre, el más dulce despues del de Jesus, ha sido introducido por la Iglesia en todos sus ritos, en todas sus ceremonias y en todas las prácticas de su culto! ¡Ved cuántas veces la honra durante el año, cuántas la celebra en el mes, cuántas la implora en la semana y la invoca en el dia, y con qué uncion, con qué confianza, con qué ternura y con qué alegría!

Y en todo esto nada hay de extraño. Desde que la palabra omnipotente de Jesucristo estableció á la Iglesia hija de María, y dió á los miembros de esta Iglesia el título y el corazon de hijos de María y el sentimiento profundo é indeleble de esta filiacion, lo mismo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió á María el de la maternidad; desde entónces, repito, no ha podido conducirse la Iglesia respecto á María ni ha podido hablar de Ella de otra manera, que como se ha conducido y hablado. Ella es hija, é hija verdadera, establecida y formada por Jesucristo, Hijo de Dios. Esta palabra lo dice todo y lo explica todo; ¿qué prueba de ternura y de amor podrá parecer excesiva cuando se trata de una hija respecto á su madre?

Ademas, la Iglesia es una hija abrasada de amor, mas de un amor tan puro, tan santo y tan tierno como el amor de Jesucristo, de donde dimana. Jesucristo, como ya hemos dicho, en aquellas circunstancias solemnes se colocó en nuestro lugar, y nos hizo pasar al suyo, ó más bien nos hizo una misma cosa con El. Por lo cual, no sólo dió á María el mismo corazon que El tiene para con nosotros, sino que tambien nos dió á nosotros el mismo corazon que El tiene para con Ella. La llama de la caridad divina, descendiendo de la cruz y saliendo del corazon del Redentor, en tanto que unas palabras tan suaves salian de su boca, abrasan á María y á San Juan, y hacen nacer en los dos el sentimiento de que estaba penetrado entónces aquel divino corazon. Entónces amaba como un tierno padre á los hijos de la Iglesia, representados por San Juan, y como el hijo más cariñoso á María, su generosa Madre; por consiguiente, esta caridad despierta en María el amor maternal más tierno respecto á nosotros, y en nosotros el amor más tierno respecto á María.

Observemos tambien, con San Pablo, que Jesucristo,

no sólo nos hizo hijos de su Padre celestial, que es Dios, sino que nos comunicó tambien su espíritu y su corazon, para que pudiésemos mirar y amar á este Dios como á nuestro verdadero Padre por gracia, á pesar de la distancia infinita que nos separa de El por naturaleza. Con el título, dice el apóstol, recibimos tambien el espíritu de esta adopcion sublime, de tal modo, que nuestro corazon se ha elevado hasta el punto de llamar á Dios, con un sentimiento profundo de confianza y de amor, nuestro Padre (1). El mismo apóstol añade que una de las operaciones interiores y secretas del Espíritu Santo es la de persuadirnos íntimamente que somos hijos de Dios, penetrarnos de los sentimientos correspondientes á esta filiacion, y conservarlos siempre vivos y eficaces (2).

Pues bien, lo que El hizo en nosotros respecto á su Padre, pudo hacerlo tambien respecto á su Madre. Por consiguiente, lo mismo respecto á Ella que respecto á su Padre, nos hizo participantes de su propio espíritu, de su propio corazon y de su propio amor. De ahí nace que todos estamos penetrados de la verdad de esta adopcion, y que nos sentimos inclinados á mirar, á amar y á invocar á María como á nuestra verdadera Madre.

Esta doctrina explica tambien el fervor y el entu-

(1) Accepistis spiritum adoptionis... in quo clamamus: Abba, Pater. (*Rom.*, VIII, 15.)

(2) Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. (*Ibid.*, 16.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siasmo de la devocion de todos los pueblos cristianos á María. Nosotros hemos visitado la mayor parte de Italia; por todas partes se nos ha dicho: *¡Oh! Nuestra poblacion es sumamente devota de María;* y el exámen nos ha convencido de la verdad del hecho. Pero tambien nos hemos convencido de otra cosa, y es, que la devocion á María es una devocion tan tierna, tan extraordinaria y tan afectuosa, que cada pueblo se cree el más devoto, y que esta devocion tan grande, tan afectuosa y tan tierna, que cada ciudad y cada pueblo cree practicarla él solo, es, sin embargo, la de todas las ciudades y la de todos los pueblos de Italia.

La misma observacion se presentará á todo el que quiera comparar una nacion con otra, aun fuera de Italia. Tomemos por ejemplo las dos naciones de Europa más apartadas por la distancia de los lugares, por el lenguaje, el gobierno y las costumbres, la España y la Polonia, al ménos ántes de los acontecimientos deplorables de estos últimos tiempos. Si se considera la España bajo el aspecto de que aquí tratamos, se creerá que no hay en la tierra un pueblo más fervoroso ni más devoto de María que el pueblo español; no sólo hay en él altares, santuarios, iglesias y establecimientos piadosos consagrados á la gloria de este dulce nombre, sino tambien instituciones puramente literarias, civiles, políticas y militares que le están dedicadas. Si se echa una ojeada sobre Polonia, se tendrá que hacer la misma confesion, porque se verá allí á María honrada, como en España, con toda clase de títulos y de home-

nages, y ademas invocada bajo el título especial de Reina de Polonia. Se convendrá sin duda en el mismo hecho si se compara la Francia á la Alemania, la Hungría á la Bohemia, la Baviera al Austria, la Irlanda á la Inglaterra católica, los latinos á los griegos, los armenios á los etíopes, el nuevo mundo al antiguo, los pueblos cristianos de muchos siglos á los nuevamente ilustrados por la fe. Por todas partes se verán los títulos de respeto más pomposos prodigados á María, fiestas multiplicadas en su honor, unas prácticas tan fervientes y un afecto tan particular, que cada uno de esos pueblos ó cada una de esas comarcas podrá creerse consagrado especialmente á María, y su pueblo privilegiado. Si esto puede decirse de cada pueblo en particular, es claro que se podrá decir de todos en general, y concluir que todas las naciones católicas tienen un mismo sentimiento y un mismo corazon respecto á María.

En todas sus necesidades se ve á los hijos recurrir á su madre. Del mismo modo, en las calamidades públicas y en las aflicciones privadas, en las necesidades del alma y en las miserias del cuerpo, en el tiempo de los azotes de Dios como en el de las persecuciones de los hombres, el clero y el pueblo, los príncipes y los súbditos, las ciudades y las provincias, todas las condiciones, todas las clases y todos los estados recurren siempre y en todas partes á María. El marinero la invoca en la tempestad, el enfermo en la enfermedad, el pobre en la indigencia, el afligido en la tribulacion, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guerrero en el campo de batalla, y lo que es más, el pecador, en las miserias de sus hábitos y de su pecado, se vuelve á María, y no hay un cristiano tan degenerado y tan corrompido, que aun en el seno mismo de la licencia de las pasiones no conserve en el fondo de su corazon un resto de amor á María, que de tiempo en tiempo no vuelva hácia Ella la vista para implorar su piedad, y que no conserve una confianza secreta en su maternal proteccion. Los que ejercen el santo ministerio saben por experiencia que estas disposiciones remotas del pecador son muchas veces el canal por donde penetra la gracia en su corazon y se apodera de él.

Es una cosa muy singular que, habiéndose debilitado y entibiado con el trascurso de los siglos la piedad, el fervor y la santidad del cristiano, tomado individualmente, de tal manera, que la mayor parte de los cristianos modernos son, con respecto á los antiguos, lo que una pintura muerta al lado del original vivo, el culto de María, sin embargo, léjos de debilitarse, crece, se consolida y se extiende de dia en dia.

¿Cuál es la fiesta de María que no se celebre en todas partes con demostraciones de un gozo sincero y de una verdadera piedad? ¿Qué devocion, qué práctica nueva se establece en su honor, que al momento no se arraigue, se propague y se perpetúe, á pesar de las blasfemias de la incredulidad, los delirios de la herejía y los sarcasmos de la indiferencia? ¿Qué libro se imprime en su alabanza, que no sea buscado al momento con avidez y leido con entusiasmo? El culto de María es, pues, superior á las pruebas del tiempo, que todo lo debilita, todo lo deteriora y todo lo destruye.

Un sentimiento tan unánime, tan universal, tan profundo, tan constante y tan tierno de los católicos respecto á María, no puede ser efecto del celo de un individuo ó de una corporacion, por más influyente que sea y por más que se empeñe en propagarla; porque jamas una causa particular y privada ha podido producir un efecto tan comun y tan general.

Es necesario, pues, recurrir á una causa más elevada y más poderosa, á una causa que obra en los corazones é imprime en ellos instintos religiosos, cuya razon no puede designarse; sentimientos que no se prescriben, inclinaciones tan constantes al traves de las más tristes vicisitudes, y tan universales entre pueblos diferentes en caractéres y en costumbres, que no pueden obtenerse jamas por medios puramente humanos. Es necesario, pues, atribuirlo á ese espíritu de catolicismo que guia á la Iglesia y es como su alma, al espíritu mismo de Jesucristo, que permanece en la Iglesia hasta el fin del mundo para inspirarle la armonía de la fe en la creencia de las mismas verdades, y la armonía del amor en la práctica de las mismas obras de religion y de piedad.

Es necesario reconocer en esto el efecto de la palabra maravillosa de Jesucristo, que al dar á María un amor sagrado, un corazon de madre para con los verdaderos fieles, dió á éstos un amor y un corazon de hijos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para con María. Y ¿qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticias de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que, sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fe, les inspira y les persuade estos sentimientos?

CAPÍTULO XV.

El culto de María, la devocion á la Madre de Dios es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor; al blasfemar de las prácticas católicas respecto á María, se creen sabios, y no son otra cosa que insensatos; se dicen ilustrados, y viven en tinieblas.

Esta es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado, por boca de un profeta, que al tiempo de la redencion las escribiria El mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres (1); porque, en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á María, y de confianza en su intercesion y en su proteccion, se encuentra, más ó ménos tierno, más ó ménos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él, y sin embargo, no podemos desprendernos de él miéntras permanezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazon. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto á María; indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devocion de María, ni verdadera devocion de María fuera del catolicismo.

(1) Legem meam... in corde eorum scribam. (*Jerem.*, xxxi, 33.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para con María. Y ¿qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticias de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que, sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fe, les inspira y les persuade estos sentimientos?

CAPÍTULO XV.

El culto de María, la devocion á la Madre de Dios es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor; al blasfemar de las prácticas católicas respecto á María, se creen sabios, y no son otra cosa que insensatos; se dicen ilustrados, y viven en tinieblas.

Esta es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado, por boca de un profeta, que al tiempo de la redencion las escribiria El mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres (1); porque, en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á María, y de confianza en su intercesion y en su proteccion, se encuentra, más ó ménos tierno, más ó ménos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él, y sin embargo, no podemos desprendernos de él miéntras permanezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazon. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto á María; indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devocion de María, ni verdadera devocion de María fuera del catolicismo.

(1) Legem meam... in corde eorum scribam. (*Jerem.*, xxxi, 33.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por consiguiente, la devocion de María (y esta reflexion es muy consoladora para las almas piadosas y fieles) es uno de los indicios y de los signos ménos equívocos y más ciertos de la verdadera fe. La razon de esto es muy clara despues de lo que hemos dicho ya.

San Juan no es dado por hijo á María, porque es Juan hijo del Zebedeo, ni porque tiene méritos personales que le son propios, sino porque es el discípulo, y el discípulo amado de Jesucristo (1); es decir, porque tiene las dos cualidades propias de todos los verdaderos fieles, de todos los hijos de la Iglesia; por esta razon los representa á todos, como ya hemos dicho con Silveira.

María, pues, es particularmente Madre de todos los verdaderos creyentes, y éstos son particularmente sus hijos. De aquí se sigue que, así como no hay un verdadero creyente ó un verdadero *discípulo amado de Jesucristo* que no sea tambien hijo de María, tampoco hay un verdadero hijo de María que no sea *discípulo amado de Jesucristo;* y así como es una condicion necesaria ser discípulo amado de Jesucristo y verdadero creyente para ser hijo de María y tener respecto á Ella el corazon y el afecto de un hijo, así tambien el que es hijo de María y tiene respecto á Ella un corazon y un afecto filial, tiene una señal segura de que es verdadero creyente y *discípulo amado de Jesucristo*, porque el Hijo de Dios no ha dado el nombre, la

(1) Discipulus quem diligebat Jesus. (*Joan.*, XIII, 23.)

cualidad ni el corazon de hijos de María sino á sus discípulos verdaderos y amados, á los verdaderos creyentes, á los verdaderos hijos de la Iglesia.

Se lee en la vida de San Ignacio que, atravesando la Suiza con sus compañeros, cuando aquel país estaba ya infestado por la herejía, para ir á Italia, encontraron una mujer que salió á su encuentro, poseida del más vivo entusiasmo. Derramando lágrimas de gozo y de ternura, se prosterna á sus piés y no cesa de bendecir á Dios y de besar sus hábitos con las señales más grandes de devocion. Los viajeros le preguntan la causa de aquellas demostraciones extraordinarias de gozo cristiano, y ella les dice: «Yo soy católica, yo soy la única católica que ha quedado en esta tierra desgraciada. Los predicadores de Calvino han hecho todos los esfuerzos posibles para hacerme apostatar, y para conseguirlo han querido persuadirme, entre otras cosas, que el catolicismo habia muerto y que no quedaban ya católicos en el mundo. Yo no les he creido; pero hoy experimenta mi alma una alegría indecible, porque veo con mis ojos que esos nuevos maestros del error son unos impostores. No, no es cierto que no existen ya católicos, pues que vosotros lo sois, y estoy segura de que lo sois, porque veo que llevais todos al cuello el rosario de María, que la herejía ha proscrito en estos países, y que por lo mismo es una señal cierta del catolicismo.» Es necesario convenir que aquella mujer mostró entónces una inteligencia de la verdadera religion mayor que la de un teólogo profundo, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, con la ayuda de su instinto religioso y del tacto de su verdadera piedad, se formó un juicio más cierto y más seguro que el que hubiera podido formar por la más docta controversia ó por una demostracion teológica. Y en efecto, honrar á María con una ternura filial es ser discípulo de Jesucristo, y por consiguiente hijo de la Iglesia; por la misma razon la devocion á María es una de las señales más ciertas de la verdadera religion.

Muchos siglos ántes habia hecho San German un raciocinio semejante, diciendo que, así como la respiracion es al mismo tiempo una causa y una señal de que el hombre está vivo en el órden natural, de la misma manera la invocacion del nombre de María y la práctica de su culto son una prueba de que los que se ejercitan en ella viven en el órden espiritual; esta práctica es el gérmen que produce esa vida, y el alimento que la conserva (1); y así como la verdadera fe es el principio de la vida espiritual de los justos (2), así tambien la invocacion y el culto de María son un argumento implícito y una prueba de la verdadera religion, de la verdadera fe. Por esta razon en los países donde los católicos viven mezclados con los herejes, las ciudades en cuyas calles se encuentran imágenes de María son

(1) Sicut respiratio non solum est signum vitæ, sed etiam causa; ita Mariæ nomen quod in servorum Dei ore versatur, simul argumentum est quod vivant, et simul etiam hanc vitam efficit et conservat. (*S. German., Orat. de Virg.*)

(2) Justus autem ex fide vivit. (*Rom.*, I, 17.)

reconocidas de todos por ciudades católicas, y las familias á quienes se oye recitar las alabanzas de María, por esta sola señal son reconocidas por familias católicas. De ahí nace el sentimiento delicioso y la santa complacencia que experimentan las personas animadas de un celo verdaderamente religioso cuando, ya en público ó en particular, ya de dia ó en el silencio de la noche, oyen resonar los aires con las alabanzas de María. No queremos decir por esto que una familia que no frecuenta estas prácticas deba ser considerada como sospechosa en la religion. Pero si la mision de las prácticas de piedad respecto á María no siempre es una señal de incredulidad ó de herejía, lo contrario es, sin embargo, generalmente cierto; la invocacion y el culto de María son la señal de la verdadera religion. En la opinion comun este es el signo distintivo de las familias verdaderamente cristianas.

Sí, el que cree en las prácticas de piedad, mucho más creerá en los dogmas de la verdadera religion, y esto no puede ser contrario á la doctrina ni á las máximas de un hijo que se complace en honrar á su madre. Este sentimiento innato de ternura filial respecto á María tiene su raiz en la verdadera fe; este es uno de los frutos que ella produce, uno de los efectos que causa y uno de los sentimientos que inspira, porque el Hijo de Dios no dió á María por hijo sino al que es su discípulo amado, al verdadero fiel, y este es el único que conoce su parentesco y cumple los deberes que le impone. Por consiguiente, aquellos que, por su desgra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, se han separado de la unidad de la Iglesia para lanzarse en el cisma ó en la herejía, como no son los verdaderos discípulos, los discípulos amados de Jesus, supuesto que están fuera de la Iglesia, no tienen tampoco la cualidad, el corazon ni el afecto filial respecto á María, porque esta herencia no pertenece más que á los hijos de Jesus, á sus discípulos amados. Esta ley del amor filial no está escrita en sus corazones, porque esta ley, ó el sentimiento que ella produce, tiene su orígen en la ternura filial de Jesucristo respecto á María, de que hace participantes á los que forman un mismo cuerpo con El, ó á sus miembros, que son los verdaderos hijos de la Iglesia. Por consiguiente, los que no pertenecen á la Iglesia ni forman un mismo cuerpo con Jesucristo, como que no participan, miéntras permanecen en ese estado, de sus privilegios ni de sus derechos, tampoco participan de sus sentimientos ni de sus afectos. Por esta razon nada sienten de tierno, de dulce ni de afectuoso respecto á María. Su corazon está frio é indiferente respecto á Ella. María es para ellos una *Mujer*, y no una *Madre*. Si tienen algun aprccio á esta *Mujer fuerte*, no sienten movimiento alguno de afecto hácia esta *Madre* llena de ternura. Si ellos la veneran y la honran á su modo, su culto es el culto del espíritu y de la razon, pero no el del afecto y del corazon; es un culto árido y frio, un culto que no puede llamarse tal. Una práctica cualquiera de religion á la que el corazon es extraño, es un homenage estéril, filosófico y abstracto del espíritu; un homenage

tal sale de la esfera de los actos religiosos, y ni aun siquiera merece el nombre de culto.

Los herejes, extraños á los sentimientos que los católicos experimentan respecto á María, nada entienden de cuanto hacemos por Ella ni de cuanto le decimos. No comprenden que el culto que le tributamos, culto particular, culto inferior al que tributamos á Dios, y superior al que tributamos á los santos, es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazon; no comprenden que este culto es un efecto de las relaciones filiales que la palabra divina estableció entre nosotros y María, unido á las relaciones de fraternidad que la misma palabra divina estableció entre nosotros y Jesucristo, y que es tan natural que experimentemos un placer interior en honrar á María, en recurrir á Ella y en invocarla, como ver á un hijo experimentar el mismo sentimiento al cumplir los mismos deberes para con su madre.

De ahí nace que en nuestras prácticas de devocion respecto á María, prácticas arregladas y encerradas en sus justos límites por la autoridad de la Iglesia, no ven ellos otra cosa que prácticas supersticiosas, homenages desmesurados é injuriosos á Dios, que no convienen á María, y que respecto á nosotros son vanos é inútiles. Por esa causa nos critican, nos injurian y nos ponen en ridículo; ellos se jactan y se glorían de no hacer nada de esto, es decir, que pretenden sacar ventaja de una cosa sobre la que deberian gemir; porque, si no se dedican á semejantes prácticas, es porque no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienen el sentimiento de ellas ni conocen su necesidad. De este modo son extraños á la fuente de los mayores consuelos y de los más importantes auxilios, que nosotros los católicos encontramos, en las tristes vicisitudes de esta vida, al honrar á María y al recurrir á Ella, y que nos salvan con preferencia de los excesos de la desesperacion y de los horrores del suicidio.

Mas, si sucede, como se ve cada dia en estos últimos tiempos, que alguno de nuestros hermanos separados de la verdadera religion la abrace de nuevo y vuelva á entrar en el seno de la verdadera Iglesia, experimenta al momento en su corazon una mutacion sorprendente é instantánea respecto al particular de que tratamos. Sin que nadie le imponga como ley la devocion á María, principia al momento á sentirse inclinado á ella y á experimentar su necesidad. Su corazon se abre por sí mismo al amor filial respecto á María; las prevenciones desaparecen en él con los errores, y su corazon se muda, lo mismo que su espíritu. Con una regla segura de creencia, recibe tambien una regla segura de amor; y como se observa con frecuencia, los protestantes, sinceramente convertidos al catolicismo, aun cuando no estén acostumbrados desde su nacimiento, como nosotros, á las prácticas de devocion, se hacen, como por encanto, singularmente devotos de María, y manifiestan en esto un fervor y una complacencia capaces de avergonzar á los que han mamado con la leche esta devocion.

Por el contrario, apénas un cristiano (y lo mismo

puede decirse de una nacion) ha salido del círculo de la unidad católica y ha abandonado la Iglesia, cuando, perdiendo la cualidad de hijo de María (porque no es ya hijo de María el que no es miembro del cuerpo de Jesucristo), pierde tambien el instinto y el sentimiento, y abandona todas las prácticas piadosas respecto á la que, de Madre que era, se ha hecho para El una extraña. El se cree de repente esclarecido por una nueva luz, y se imagina ver excesos, supersticion y escándalo donde ántes no veia más que una práctica de religion justa y edificante. Mas lo que él cree una nueva luz no es para él otra cosa que un aumento de tinieblas (1). Cuando la verdadera fe se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el órden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta (2). Así, pues, envanecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de sí mismo por lo que deberia hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion, que ha perdido, con la verdadera fe, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con más facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de

(1) Lumen quod in te est, tenebræ sunt. (*Matth.*, VI, 23.)
(2) Diminutæ sunt veritates à filiis hominum. (*Psal.*, XI, 1.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María, que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de herejía, ó al ménos de una religion sospechosa, la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre y á las prácticas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros, que nos encontramos en la verdadera Iglesia, en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto y en nuestra devocion á Ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre.

CAPÍTULO XVI.

Las palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu hijo*, recuerdan naturalmente estas palabras de Pilatos: *Ved ahí el Hombre, ved ahí vuestro Rey*. Circunstancias de esta declaracion de Pilatos. Su significacion, y la relacion que tiene con el título de la cruz. Explicacion de este título, y su armonía con las palabras de Jesucristo. Todo el Cristianismo está contenido en este título y en estas palabras. Cuáles deben ser los verdaderos hijos de María.

Despues de varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo, *Hé ahí tu hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto más se considera y se medita, tanto mayores son y más importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho más de lo que pensábamos, en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer más y más su profundidad, y nos suministrará materia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María, que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de herejía, ó al ménos de una religion sospechosa, la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre y á las prácticas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros, que nos encontramos en la verdadera Iglesia, en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto y en nuestra devocion á Ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre.

CAPÍTULO XVI.

Las palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu hijo*, recuerdan naturalmente estas palabras de Pilatos: *Ved ahí el Hombre, ved ahí vuestro Rey*. Circunstancias de esta declaracion de Pilatos. Su significacion, y la relacion que tiene con el título de la cruz. Explicacion de este título, y su armonía con las palabras de Jesucristo. Todo el Cristianismo está contenido en este título y en estas palabras. Cuáles deben ser los verdaderos hijos de María.

Despues de varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo, *Hé ahí tu hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto más se considera y se medita, tanto mayores son y más importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho más de lo que pensábamos, en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer más y más su profundidad, y nos suministrará materia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor, y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran extension, y encerrar por sí sola un misterio importante.

En efecto, ¿cómo pueden articularse ó leerse estas palabras, pronunciadas por Jesucristo y relativas á María, *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras, no ménos tiernas, no ménos patéticas, que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre, ved ahí el Rey?* (1).

Los judíos habian hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos más crueles, los suplicios más atroces, los ultrajes más sangrientos que se han hecho sufrir jamas en el mundo, no diremos á un hombre, sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habian despedazado á azotes, le habian herido con varas, le habian abofeteado bárbaramente y le habian manchado con salivas; y para que el Hombre del dolor se hiciese el Hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habian clavado en su cabeza una horrible corona de agudas espinas, habian echado sobre sus hombros un vil andrajo de escarlata, habian puesto en sus manos una

(1) Ecce Mater tua, ecce filius tuus. Ecce Homo, ecce Rex vester. (*Joan.*, XIX, 26, 27; V, 14.)

caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrision, como á un rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasion, se presenta Pilatos á los judíos y les dice: VED AHÍ EL HOMBRE. Pero ¡ay! este espectáculo de Jesus cubierto de heridas de los piés á la cabeza y bañado en su sangre, léjos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo más que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdone la vida, piden su muerte con gritos salvajes (1). Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su peticion injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelion del pueblo y con la cólera del César. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se abstuviese de dar título alguno á Jesucristo, y reconocer en El ningun carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo, no fué así. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios, que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista que, haciendo comparecer de nuevo á Jesus ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Lithostrotos* en griego, y *Gabbatha* en hebreo, en un viérnes, como á la hora sexta; y presentando desde allí á Jesus al inmenso populacho que se encontraba presente, les dice con una voz fuerte y un aire misterioso y profético: JUDÍOS, VED AHÍ VUESTRO

(1) Crucifige, crucifige.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rey (1). Todas estas circunstancias de la persona, del dia, de la hora y del lugar, así como del título de la cruz, que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaracion tal y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaracion es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el título de Rey de los judíos equivale al de Mesías, como los judíos han designado siempre al Mesías con este nombre, bajo el cual le esperan todavía, la declaracion de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesías, por el Salvador del mundo, y esto en el dia de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al imperio romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que experimentan los judíos al ver que su presidente les impone por Rey un Hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen más Rey que el César; Pilatos, firme en su resolucion, confirma su declaracion, añadiendo: «Sin embargo, El es vuestro Rey, ¿y cómo quereis que yo condene á vuestro Rey?» (2). Y no contento

(1) Adduxit foras Jesum, et sedit pro tribunali, in loco qui dicitur Lithostrotos, hebraice autem Gabbatha. Erat autem Parasceve Paschæ, hora quasi sexta, et dicit Judæis: *Ecce Rex vester.* (*Joan.*, xix, 13, 14.)

(2) Regem vestrum crucifigam? (*Joan.*, xix, 15.)

con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite tambien por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposicion y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso título: Jesus de Nazaret, Rey de los judíos. Título misterioso y sublime, que reune en sí los títulos que Pilatos le habia dado poco ántes de viva voz, cuando dijo con relacion á El: Ved ahí el Hombre, ved ahí el Rey.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos, cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, así como su lengua fué tambien movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan extraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre Eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y de grandeza, es decir, que era el Rey de los judíos, el Mesías y el Salvador; que era Hombre y era Dios (1).

Mas en tanto que por esta inscripcion misteriosa, colocada sobre la cruz, proclama el Padre Eterno á la faz del universo y revela al verdadero Mesías en la Persona de Jesucristo, este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones, que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María, y la otra sobre la de San Juan, cuando dice de María: Hé ahí tu Madre, y de San Juan: Hé ahí tu hijo.

(1) Ecce Homo, ecce Rex. Jesus Nazarenus Rex Judæorum. (*Joan.*, xix, 5, 15, 19.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la religion está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el texto griego y en el hebreo dice la inscripcion: Este es Jesus de Nazaret, ó Ved ahí á Jesus de Nazaret (1). Esta es, como lo hemos hecho observar, una repeticion de las palabras de Pilatos, *Ved ahí el Hombre* (2), pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesus, es decir, el Salvador del hombre, debe ser Hombre ante todo, dice San Agustin (3). ¡Cuán grandes son, pues, y cuán sublimes estas palabras: Ved ahí el Nazareno, ved ahí el Hombre! Ellas significan: Ved ahí el Hombre, ese Hombre verdadero, en quien la imágen de Dios es perfecta. Ved ahí el Hombre á quien Dios se refirió particularmente cuando dijo al principio del mundo: *Hagamos el Hombre á nuestra imágen y semejanza;* en El era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinita, formaba el hombre del limo de la tierra (4). Ved ahí el Hombre que se dignó llamarse á Sí mismo *el Hijo del hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una Vírgen, verdadera

(1) Hic est Jesus Nazarenus, ecce Jesus Nazarenus. (*Joan.*, xix, 19.)
(2) Ecce Homo. (*Ibid.*, 6.)
(3) Nisi ille esset Homo, non liberaretur Homo. (*S. Aug.*)
(4) Quidquid limo exprimebatur, Christus cogitabatur Homo futurus. (*Tert.*)

hija del hombre (1); que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; Aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfeccion primitiva, en quien todo es órden, armonía y perfeccion; el Hombre completo, el Hombre perfecto, el Hombre por antonomasia, el Hombre en un sentido general y absoluto, el Hombre por excelencia, que representaba verdaderamente en Sí mismo toda la humanidad, y que debia salvarla toda entera; el Hombre, por consiguiente, á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un dia en su juicio. Mas este Hombre no es solamente hombre, sino que es tambien Hombre-Jesus, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado reinará sobre todos los hombres (2). Su reino será fundado por medio de los judíos, porque los apóstoles y los primeros fieles serán judíos; y el universo se unirá á la raiz del pueblo judío, á la casa de Jacob, á la raza de David, cuyo reino no tendrá fin (3); y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño (4); por el amor, y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su orígen de los demas reinos, tambien lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tier-

(1) Homo natus est in ea.
(2) Regnavit à ligno Deus.
(3) Sedem David; domus Jacob; et regni ejus non erit finis.
(4) Non ferro, sed ligno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra, sino un reino del cielo (1); no es el reino del hombre, sino el reino de Dios (2). Este Hombre, pues, es Rey, es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *ved ahí el Hombre, ved ahí el Rey de los judíos*, quiere decir: VED AHÍ EL HOMBRE-DIOS. Esta doctrina, de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre*, es la doctrina verdadera, la verdera fe, la fe divina, la fe santa y la fe pura que nos justifica y nos salva (3). Ella contiene todo el Cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su símbolo. ¡Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caractéres y en las lenguas más conocidas y más usadas entónces, sobre el madero de la cruz!

Esta inscripcion, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el Hombre perfecto, María es la Mujer perfecta, la Mujer por excelencia, la Mujer grande, la Mujer en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama la *Mujer*, sin otro título (4), así como Jesucristo es el *Hombre*, sin

(1) Regnum meum non est de hoc mundo. (*Joan.*, XVIII, 36.)
(2) Regnavit à ligno Deus.
(3) Est fides recta, ut credamus et confiteamur, quia Dominus noster Jesus Christus Dei Filius, Deus et Homo es. (*Simbol. S. Athan.*)
(4) Mulier. (*Joan.*, XIX, 26.)

otra calificacion (1); la Mujer sola bendita entre todas las mujeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad (2). Mujer simplemente, y por lo mismo Reina, es decir, Corredentora, así como Jesucristo es Rey, es decir, Redentor. Vírgen y Madre, como Jesucristo es Hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adan. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y María para el cielo; aquella para el cuerpo, y Esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. María, por consiguiente, como dice San Epifanio, es, en un sentido propio, literal, completo y perfecto, la Madre de los vivientes (3).

Cuando Jesucristo designó á María con estas breves palabras: HÉ AHÍ TU MADRE, es como si hubiera dicho: Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, despues de haber reconocido en Mí el Padre que os ha engendrado, reconoced tambien en María la Madre por cuyo medio habeis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en Mí la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola Persona, reconoced tambien en Ella la union de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es ménos importante que el primero; los dos se unen y se armonizan entre sí. Si Yo no fuera verdadero Hombre, no

(1) Ecce Homo. (*Ibid.*, 4.)
(2) *Mulier:* benedicta in mulieribus; gratia plena...
(3) Beata Virgo est Mater viventium, non temporali, sed spirituali et æterna vita in cœlo. (*S. Epiphan.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

podria sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podria dar á Dios una satisfaccion cumplida y reconciliaros con El. Mas Yo no seria Dios si María no fuera Vírgen, ni seria verdadero Hombre si Ella no fuese mi verdadera Madre. Como Hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como Vírgen y Madre, Ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí, pues, esa Madre, á la que, despues de Mí, debeis todo cuanto sois y todo cuanto teneis en el órden de la salvacion (1). Ved ahí vuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariño con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazon, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mi muerte. Ved ahí esa Madre heróica, esa Madre magnánima, esa Madre santa, pura y bendita; esa Madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa Madre excelente, esa Madre sublime, esa Madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á María nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á San Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de San Juan: HÉ AHÍ TU HIJO, despues de haber dicho de María: HÉ AHÍ TU MADRE, quiso indicar los deberes filiales con respecto á María, así como habia indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

(1) Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 27.)

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea, por lo mismo, el Padre verdadero de todos, sin embargo, no todos los hombres son en realidad sus dicípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María, al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la Madre de todos, sin embargo, no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. ¿Y quereis saber cuáles son estas condiciones? Añade Jesucristo desde lo alto de la cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo, el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María (1). Tenemos, por consiguiente, en el Calvario ejemplos y modelos de toda clase de perfeccion. ¿Queremos conocer al Hombre verdadero, al Hombre padre, al Hombre rey, que tiene entrañas de verdadera ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo, que da su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos (2). ¿Queremos saber cuál es nuestra verdadera Madre? Miremos á María, que sacrifica el Hijo más amado para salvar á los hijos más necesitados (3). ¿Deseamos tambien co-

(1) Ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)
(2) Ecce Homo, ecce Rex. (*Ibid.*, 5, 15.)
(3) Ecce Mater. (*Ibid.*, 27.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocer cuál es el verdadero discípulo de Jesus y el verdadero hijo de María? Miremos á San Juan, de corazon puro, de alma fuerte, de afectos tiernos, inseparable de Jesus y de María; él asiste á la muerte de Aquel y á las angustias de Esta, para aplicarse el fruto de ellas (1). Si, pues, Jesucristo expresa en Sí mismo la perfeccion del hombre, si El es el Hombre por excelencia (2), si María expresa la perfeccion de la Madre, si Ella es la Madre por excelencia (3), San Juan expresa la perfeccion de los hijos; él es por excelencia el discípulo de Jesucristo (4) y el hijo de María (5).

¡Oh Hombre! ¡Oh Madre! ¡Oh Hijo! ¡Quién me diera que estas preciosas palabras, *Hé ahí el Hombre, hé ahí la Madre, hé ahí el hijo*, resonasen contínuamente en mis oidos, estuviesen siempre ante mis ojos, y quedasen grabadas eternamente en mi corazon, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal Hombre y por tal Madre, retratando en mi conducta la virtud de tal Hijo! Yo me diria entónces á mí mismo: ¡HÉ AQUÍ EL HOMBRE, HÉ AQUÍ EL REY! Hé aquí el Hombre-Dios, el Rey dulce y pacífico, pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que cuando quiere, lo atrae todo á Sí. Reinad tambien, oh Señor y Dios mio, en mi espíritu y en mi co-

(1) Ecce filius. (*Joan.*, 26.)
(2) Ecce Homo. (*Ibid.*, XIX, 5.)
(3) Ecce Mater. (*Ibid.*, 27.)
(4) Discipulus ille quem diligebat Jesus. (*Ibid.*, 7.)
(5) Ecce filius tuus. (*Ibid.*, 26.)

razon, reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor.

Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diria: HÉ AQUÍ Á JESUS DE NAZARET, HÉ AQUI EL HOMBRE; es decir, el Dios-Hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre, para salvar al hombre. Yo me acercaria, pues, sin temor, yo le hablaria con confianza y con familiaridad como á un igual, yo le invocaria con amor, yo trataria con El del gran negocio de mi salvacion, del gran negocio por el cual El vivió y murió como hombre (1).

Si, á pesar de la naturaleza humana, me intimida en El la naturaleza divina; si, á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un Juez cuya justicia he provocado; para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una Madre (2), una Madre verdadera, una Madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una Madre de misericordia, de bondad y de dul-

(1) Ecce Deus Salvator meus, fiducialiter agam, et non timebo. (*Is.*, XII, 2.)
(2) Ecce Mater. (*Joan.*, XIX, 27.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zura, que desea mi salvacion mucho más que yo mismo; una Madre cuya proteccion, cuya intercesion y cuyo auxilio, cuyo corazon y cuyo amor son para mí una defensa segura contra la cólera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna Madre al pié de la cruz de su divino Hijo. ¡Oh! ¡Cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazon! En este asilo, en este lugar de refugio, la cólera de Dios, que yo he provocado con mis pecados, no podrá llegar hasta mí; Ella me facilitará la entrada en el corazon de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aquí la Madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte, y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me diré tambien á mí mismo: Hé aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesion de la gracia del Hombre-Dios, y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de San Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazon; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la más frágil, la más delicada y la más preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba más cuidadosa que por todas las demas, aquella por la que San Juan agradó á Jesucristo, y la única, por consiguiente, que podrá hacerme agradable á Jesus y á María.

A ejemplo de San Juan, no temeré los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo para seguir á Jesus al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien exclusivo; yo me creeré demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvacion, la resurreccion y la vida, que proceden de este árbol precioso (1).

A ejemplo de San Juan, amaré á Jesus y á María sobre todo lo demas. Yo les consagraré mis afectos, mi corazon, mi vida y todo mi sér. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de más amado y de más precioso será de María (2). Dichoso yo entónces, porque podrá decirse de mí: Ved aquí el discípulo amado de Jesucristo (3), ved aquí el verdadero hijo de María (4); y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré tambien al de sus dichosos herederos en el cielo. Así sea.

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-christi, in qu est salus, et resurrectio nostra. (*Galat.*, VI, 14.)
(2) Accepit eum Discipulus in sua. (*Joan.*, XIX, 27.)
(3) Discipulus ille quem diligebat Jesus. (*Ibid.*, 7.)
(4) Ecce filius tuus. (*Ibid.*, 27.)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopcion. Las dos pertenecen á Dios, que por naturaleza es Padre de su Verbo, y por adopcion es Padre de los hombres. El Padre eterno asoció á María á la una y á la otra.

Las leyes divinas y humanas reconocen y admiten dos especies de paternidad: la paternidad de *naturaleza*, y la paternidad de *adopcion*. La paternidad de naturaleza tiene su principio en la fecundidad natural del sér; la paternidad de adopcion tiene el suyo en la fecundidad del amor. La caridad es tambien fecunda, dice San Agustin, la caridad es tambien madre, y cuando la naturaleza no puede ya dar hijos, la caridad los produce por la adopcion. Ella los lleva, por decirlo así, en sus entrañas, los cria y los alimenta en su seno, y el amor que adopta, acude entónces á socorrer la naturaleza que flaquea (1).

(1) Claritas mater est, charitas nutrix est. (*S. Aug.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas dos especies de paternidad se encuentran en Dios como en su principio; porque, como dice San Pablo, EN EL CIELO Y EN LA TIERRA TODA PATERNIDAD PROCEDE DE Dios (1). El es por naturaleza el Padre de su Verbo, que engendra de su sustancia desde la eternidad. El es por adopcion el Padre de todos los hombres, á quienes ha hecho y hace nacer de su amor (2). Es tanto más cierto que los hijos adoptivos de Dios nacen de su amor, cuanto que El no tiene necesidad de buscar padres como los de este mundo, una paternidad de adopcion para suplir el defecto de la paternidad de naturaleza. El es, en efecto, desde la eternidad Padre por naturaleza de un Hijo semejante á El, esplendor de su gloria é imágen de su sustancia. Por consiguiente, sólo procura la paternidad con el objeto de comunicar las riquezas de su bondad.

La naturaleza divina es fecunda, y por esta razon tiene Dios por naturaleza un Hijo consustancial y perfecto. Mas el amor divino es fecundo tambien, y por esta causa tiene Dios igualmente hijos adoptivos. Ved aquí por qué, dice el apóstol San Juan, somos deudores al amor infinito de Dios del privilegio que tenemos, no sólo de ser llamados, sino de ser realmente sus hijos (3).

(1) Ex quo omnis paternitas in cœlis et in terra nominatur. (*Ephess.*, III, 15.)

(2) Dedit eis potestatem filios Dei fieri... qui ex Deo nati sunt. (*Joan.*, I, 12, 13.)

(3) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei denominemur et simus. (I, *Joan.*, III, 1.)

Nuestro título de hijos adoptivos no es, con respecto á Dios, una idea ascética, un título hiperbólico ó un nombre vano, sino un hecho verdadero y real, un hecho que Dios anunció en la Escritura con palabras claras, precisas y enérgicas (1). En efecto, ántes de verificarse esta adopcion tan útil y tan gloriosa para nosotros, la hizo anunciar al mundo por su profeta Jeremías en términos pomposos. Ved aquí, dice, las palabras de Dios todopoderoso: Llegará un dia en que Yo seré vuestro verdadero Padre, y vosotros sereis mis verdaderos hijos (2). Cuando este fausto misterio de amor tuvo su cumplimiento, nos hizo decir, por boca de su apóstol San Pablo, que nuestra adopcion por hijos de Dios, por medio de Jesucristo, es el efecto de un decreto de predestinacion, que El formuló desde la eternidad (3); que para llevarlo á efecto y darnos la solemne investidura de El, envió al mundo su Hijo único (4); que nadie está excluido de esta adopcion, sino que todos los que tienen una fe verdadera en Jesucristo se hallan comprendidos en ella (5); que ella no consiste sólo en palabras, sino que nos da unos títulos auténticos, unos derechos reales, y nos instituye, en

(1) Filii Dei nominemur et simus. (*Joan.*, III, 1.)

(2) Ego ero vobis in patrem, et vos eritis mihi in filios... Dicit Dominus omnipotens. (II, *Cor.*, VI, 18.)

(3) Qui prædestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum. (*Ephess.*, I, 5.)

(4) Misit Filium suum... ut adoptionem filiorum Dei reciperemus. (*Galat.*, IV, 4, 5.)

(5) Omnes enim filii Dei estis per fidem, quæ est in Christo Jesu. (*Ibid.*, III, 26.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cualidad de verdaderos hijos, herederos de Dios y coherederos de Jesucristo (1); que para convencernos de la verdad de nuestra adopcion, el Espíritu Santo da testimonio de ella á nuestro espíritu, y la recuerda sin cesar á nuestro corazon (2); y finalmente, que no sólo nos ha dado Dios el título y los derechos de hijos suyos, sino que ha infundido tambien en nuestras almas este sentimiento por una comunicacion del espíritu mismo de su Hijo, á fin de que le invoquemos como á nuestro Padre, animados de la misma confianza y del mismo amor con que Jesucristo le llama su Padre (3). Es indudable, pues, que nosotros somos, en union con Jesucristo, verdaderos hijos de Dios. Jesucristo lo es por naturaleza, nosotros lo somos por adopcion. El título y el orígen son diferentes, mas los derechos, los privilegios y las consecuencias son los mismos.

Despues de haber reflexionado sériamente sobre la materia de que tratamos, es cuando hemos procurado establecer la realidad de nuestra adopcion por hijos de Dios, supuesto que esta adopcion es precisamente el fundamento, el modelo y la regla de nuestra adopcion por hijos de María.

En efecto, si se examina la economía del misterio de la redencion, se ve claramente que el Padre eterno

(1) Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. (*Rom.*, VII, 17.)

(2) Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritu nostro, quod sumus filii Dei. (*Ibid.*, 16.)

(3) Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Abba, Pater. (*Galat.*, IV, 6.)

quiso asociar á María á todo aquello que conducia al cumplimiento de esta obra inefable de su misericordia y de su amor. Por esta razon, Alberto el Grande llama á María LA COOPERADORA DE LA REDENCION (1). El cardenal Hugo la llama igualmente LA COMPAÑERA DEL ALTÍSIMO EN LA GRANDE OBRA DE NUESTRA SALVACION (2). San Lorenzo Justiniano la llama REPARADORA DEL SIGLO (3), y un gran número de padres dan con frecuencia á María, como observa Arnobio, unos títulos que, rigorosamente hablando, no convienen más que á Jesucristo considerado como Redentor (4).

Pues bien, una vez establecido este libre designio de la sabiduría y de la caridad de Dios, de asociarse una Mujer en la reparacion del hombre, como el demonio se habia asociado otra para su ruina, es claro que el Padre eterno, para hacerla concurrir con El á un fin tan precioso, debió elevarla hasta Sí, y hacerla, cuanto podia sufrirlo la capacidad de una criatura, participante de la fecundidad de su amor lo mismo que de la fecundidad de su Sér, y asociarla á su paternidad de *adopcion* respecto á los hombres, como la habia asociado á su paternidad de *naturaleza* respecto al Verbo divino.

Es evidente que la asoció á su paternidad de *naturaleza* respecto al Verbo divino, porque María no po-

(1) Adjutrix redemptionis. (*Albert. Mag.*)

(2) Adjutorium Altissimi, causa salutis. (*Hugo Card.*)

(3) Reparatio sæculi. (*S. Laurent. Justinian.*)

(4) Eadem vocabula, quæ Christo alioqui debentur, Matri nonnunquam adscribuntur. (*Arnob.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia ser su Madre por una fecundidad propia y natural de la mujer. Y bajo este aspecto se habia Ella consagrado á una venturosa esterilidad por el voto que habia hecho de conservar intacta su pureza virginal. ¿Cómo podré Yo tener un Hijo cuando he prometido permanecer Vírgen? ¿Ignora el Señor lo que Yo soy y lo que le he prometido (1)? Segun las expresiones sublimes y enérgicas del mismo ángel, María no fué Madre del Verbo sino porque participó, en cuanto es posible á una simple criatura, de la fecundidad de la naturaleza divina; porque, en efecto, una simple criatura no puede hacerse Madre de Dios sino por la virtud de Dios. No temais, le responde el mensajero celestial; la virginidad que habeis prometido á Dios no será obstáculo para que seais su Madre. Vos concebireis por una operacion milagrosa del Espíritu Santo, que os cubrirá con su sombra y hará de vuestro seno su habitacion. Vos tendreis á Dios por Esposo, porque estais destinada á tener á Dios por Hijo. No se trata, pues, aquí de ser Madre por una fecundidad puramente humana, como las demas mujeres, sino por una virtud divina, propia sólo del Altísimo, de que sereis llena y rodeada misteriosamente. Así es como tendreis por Hijo al que reconoce por Padre al mismo Dios (2). Palabras sublimes y enérgicas, repito, por las

(1) Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? (*Luc.*, I, 34.)

(2) Ne timeas, Maria... Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. (*Luc.*, I, 30, 35.)

que el Espíritu Santo quiso manifestar que, no perteneciendo la fecundidad de María á la tierra, sino al cielo, no es del hombre, sino de Dios; que no procede de las leyes de la naturaleza humana, sino del poder de la naturaleza divina, el modo con que María se hace Madre, semejante, en cierto modo, á la manera con que el Padre eterno es Padre de su Verbo. Y en efecto, María engendra sin padre, de su propia sustancia en el tiempo, un Hombre verdadero, que es el mismo Verbo divino, que el Padre eterno, sin madre, engendra Dios verdadero, de su propia sustancia desde la eternidad, como dicen San Cirilo y San Agustin (1).

No es posible creer que despues de haber hecho Dios participar á María de la fecundidad de su naturaleza, no la hiciese participar de la fecundidad de su amor, y que despues de haberla elevado por un honor insigne á la maternidad real del Verbo divino, no la llamase tambien á participar de este acto de su inmensa bondad, que le hace adoptar á los hombres por hijos. Cuando para realizar su obra quiso asociar á María á su doble generacion y á su doble paternidad, la hizo, en cuanto es posible, Madre por los mismos títulos con que El es Padre, es decir, por naturaleza y por adopcion. Y así como para hacer á María Madre del Verbo

(1) Verbum illud quod superne ex æterno genitum est à Patre, idem in tempore ex Virgine Maria interne genitum est. (*S. Cirylus.*) Ille singulariter natus de patre sine matre, de matre sine patre: sine matre Deus, sine patre Homo. (*Apud Petav. Dogmat. Theolog.*, tom. IV, lib. V, cap. 15, § 4; et cap. 4, § 11.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infundió en su seno una virtud divina, así tambien para hacer á María Madre adoptiva de los hombres que El engendró por su amor, infundió en su corazon la ternura de su misericordia y los sentimientos de su bondad divina. Por consiguiente, supuesto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y de María, porque fué engendrado de la sustancia de Dios en la eternidad y de la sustancia de María en el tiempo, los hombres son tambien verdaderos hijos adoptivos de Dios y de María, porque el amor de Dios y el de María les hicieron renacer á una nueva vida. Así, pues, el amor es el primer principio y el primer título de nuestra filiacion con respecto á Dios. San Juan nos dice: «Ved los trasportes de amor con que el Padre celestial nos previno; El quiso, no sólo que fuésemos sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad» (1). El primer principio y el primer título de nuestra filiacion con respecto á María es tambien el amor. San Agustin dice: «María, segun el espíritu, no es Madre del Salvador, que es nuestra cabeza. Ella recibió de El un sér espiritual; por consiguiente, es más bien su Hija, supuesto que todos los que creen en El (y María es ciertamente de este número) se llaman con justo título los hijos del Esposo.» Mas en cuanto á nosotros, que somos miembros de Jesucristo, María es nuestra verdadera Madre segun el espíritu, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Segun la carne, es verdadera Ma-

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur et simus. (I, *Joan.*, III, 1.)

dre de la cabeza cuyos miembros somos nosotros (1).

Este santo doctor reconoce, por consiguiente, una doble maternidad en María: la maternidad de la carne y la maternidad del amor. Por su carne purísima es Madre de Jesucristo, nuestra cabeza, y por el amor es Madre de los hombres, que están unidos á esta cabeza como sus miembros. El corazon de María fué fecundo, así como su seno lo fué tambien milagrosamente; su sangre engendró á Jesucristo, y su amor concurrió á dar hijos á la Iglesia. De este modo, dice San Bernardino de Sena, se hizo María por amor la verdadera Madre de todos aquellos á quienes San Juan representaba y figuraba (2).

(1) Maria Mater quidem spiritu non capitis nostri, quod est ipse Salvator, ex quo illa magis spiritualiter nata est, quia omnes qui in eum crediderunt, in quibus et ipsa est, recte filii sponsi appellantur. Sed plane Mater membrorum ejus, quod nos sumus quia cooperata est charitate, ut fideles in Ecclesia nascerentur, qui illius capitis membra sunt: corpore vero Mater ipsius capitis. (*Aug., De Sancta Virginitate.*)

(2) In Joanne intelligimus omnes, quorum beata Virgo per charitatem effecta est Mater. (*S. Bernardin. Senen.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II.

Sólo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. El sacrificio de su Hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion. Dios consintió en él, y de este modo se hizo rigorosamente nuestro Padre. María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion del mundo, y de este modo se hizo rigorosamente nuestra Madre.

Es necesario explicar el modo con que el amor de Dios nos hizo sus hijos adoptivos. Porque si la manera inefable con que Dios, sin el auxilio de una madre, engendra de su propia sustancia su Hijo único, es el modelo y el tipo segun el que María, sin el auxilio de un padre, engendra este mismo Hijo de su propia sustancia; el amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios es y debe ser igualmente el modelo del amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de María.

Dios Padre tiene desde la eternidad un Hijo igual á El, que satisface toda la actividad de su amor, así como absorbe toda su sustancia, que el Padre le comunica enteramente. Mas no satisface su misericordia, porque siendo el Verbo eterno santo con la santidad misma de su Padre, perfecto con todas sus perfecciones, y Dios con su misma divinidad, no puede ser un objeto de indulgencia, de compasion ni de misericordia. Estos atributos divinos no se pueden manifestar sino sobre séres

imperfectos, inferiores, débiles y enfermos, que nada tienen, que nada merecen, y á los que nada puede dar Dios, ni aun acordarse siquiera de ellos, sin hacer brillar, como dice San Bernardo, todo el esplendor de su bondad y de su misericordia (1). Esta es la razon por qué, ademas del Hijo que engendró de su sustancia, quiso tambien Dios crear hijos en las entrañas de su misericordia y en la inmensidad de su caridad.

Mas estos hijos de adopcion que El quiso hacer nacer de la fecundidad de su amor, y que dió por hermanos á su Hijo primogénito, engendrado por la fecundidad de su naturaleza; estos hijos han podido perderse por sí solos, mas no pueden salvarse solos; ellos han podido venderse á sí mismos, pero no pueden rescatarse (2). Ellos son esclavos, y es necesario rescatarlos; ellos son enemigos, y es necesario reconciliarlos; ellos son culpables, y es necesario perdonarlos; ellos están corrompidos, y es necesario santificarlos; ellos están manchados, y es necesario purificarlos; ellos, en fin, están muertos, y es necesario volverlos á la vida. Pero se necesita un sacrificio para esto, se necesita una satisfaccion, una expiacion; esta satisfaccion debe ser humana en su ejecucion, porque, como dice San Agustin, debe ser ofrecida por el hombre y para el hombre; pero debe ser divina por su valor, por su mérito y por

(1) Ubi non est miseria, misericordia non habet locum. (*S. Bernardus.*)

(2) Vendere se potuerunt, sed redimere se non potuerunt. (*S. Aug.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su excelencia, porque se trata de hacerla agradable á Dios y digna de El (1). Para esto es necesario que el mismo Hijo de Dios se una al hombre, que se vista de su naturaleza, que sea lo que nosotros somos, sin dejar por eso de ser lo que es; que sea Dios y Hombre, á fin de que pueda sufrir como Hombre y por el hombre, como verdadero Hijo del hombre, y elevar al mismo tiempo, en su cualidad de Hijo de Dios, el mérito de los sufrimientos del hombre, hasta hacerlos satisfactorios ante la Majestad divina.

¡Oh Padre eterno, Padre justo, Padre santo! ¿Consentireis Vos en esta condicion que el hombre, no sólo no hubiera esperado, sino ni aun siquiera hubiera creido posible? ¿Abandonareis á las ignominias, á los tormentos y á la muerte ese Hijo único, objeto de vuestras delicias y de vuestra ternura, esa imágen de vuestras perfecciones, y esto para rescatar á esos hombres que por el pecado se hicieron vuestros enemigos y el objeto de vuestro odio? ¿Consentireis en entregar vuestro propio Hijo para hacer de El el rescate de vuestros hijos adoptivos? El puso á su propio Hijo, dice San Pablo, en paralelo con nosotros, y para salvarnos á todos, no lo perdonó, sino que lo ofreció y lo dió voluntariamente (2). Ese Hijo divino, nos dice el mismo en el Evangelio, que el Dios omnipotente, criador de

(1) Peccatum Adæ tantum fuit, ut illum non deberet solvere nisi homo, sed non posset nisi Deus. (*S. Aug.*)

(2) Proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.*. VIII. 32.)

todo, que de nada necesita, cuya perfeccion, cuya gloria y cuya felicidad nadie puede aumentar, fué llevado á un exceso tal de conmiseracion y de bondad, y que este arrebato de amor fué tan generoso, tan tierno y tan vehemente para un mundo manchado y corrompido, para un mundo digno de todo el furor de su indignacion y de toda la severidad de sus castigos eternos (1), que sin otro mérito de nuestra parte que nuestra profunda malicia, sin otro motivo que el tesoro y el fondo inagotable de su bondad, nos dió, no un hombre á quien amaba, no tampoco un ángel de los que rodean su trono, sino el Hijo que engendró en su seno, su mismo Hijo único. Y nos le dió, no para reinar, sino para morir; no para el triunfo, sino para la cruz (2). El nos dió, prosigue San Pablo, á fin de que nosotros, pobres criaturas, pasásemos del oprobio á la gloria, de la muerte á la vida, de la servidumbre á la libertad, y del abandono á la adopcion, y para que, de enemigos que éramos, nos hiciésemos verdaderos hijos (3).

Algunas veces sucede en el mundo que un hombre lleno de compasion y de amor por un niño pobre, abandonado y desgraciado, lo recibe en su casa, lo admite á los derechos de hijo, y de este modo se hace su padre adoptivo. Del mismo modo el Dios Padre se com-

(1) Sic Deus dilexit mundum. (*Joan.*, III, 16.)

(2) Ut Filium suum unigenitum daret. (*Ibid.*)

(3) Misit Deus Filium suum... ut eos qui sub lege erant redimeret; ut adoptionem filiorum reciperemus. (*Galat.*, IV, 4, 5.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padeció del estado de abyeccion, de miseria y abandono en que habiamos caido, y nos hizo participantes de los derechos y de los privilegios comunicables de su Hijo. El nos adoptó verdaderamente, y nosotros nos hicimos, no sólo de derecho, sino tambien de hecho, sus verdaderos hijos, y El se hizo nuestro verdadero Padre (1).

Mas lo que hace inefable y sorprendente su bondad y su misericordia para con nosotros es, que si sucede alguna vez que un hombre generoso y caritativo adopte á un desgraciado, no sucede jamas que adopte á un enemigo; y que si se ve alguna vez á un extraño participar de los derechos de hijo, jamas se ve á este extraño sustituyendo á un hijo legítimo. Mucho ménos sucede ver al hijo legítimo humillarse y sacrificarse por el hijo adoptivo. Mas la bondad divina traspasó todos los límites con respecto á nosotros, como dice San Pablo, pues que nos adoptó cuando éramos para ella objetos de enemistad y de odio; ella nos sustituyó á su propio Hijo, y quiso que su muerte sirviese de remedio á nuestros males y fuese el título mismo de nuestra adopcion (2).

¡Oh caridad superabundante, exclama San Bernardo; caridad que excede todos los límites y toda medida! Por salvar al esclavo, no perdonó Dios Padre á su

(1) Ut Filii Dei nominemur et simus. (*Joan.*, III, 1.)

(2) Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam, dum adhuc peccatores essemus... Christum pro nobis mortuus est. (*Rom.*, v, 8, 9.)

propio Hijo, y este Hijo tampoco se perdonó á Sí mismo (1).

¡Oh grande, oh sublime é incomprensible misterio! El espíritu humano se siente abrumado por la grandeza de tanta bondad, por el exceso de un amor tan tierno. Las expresiones faltan, porque las ideas desaparecen, y el pensamiento se detiene abatido y confuso como en un éxtasis de tiernos sentimientos y de profundo estupor.

Mas este prodigio del cielo se renovó tambien en la tierra, y desde el seno de Dios se repitió en el corazon de María.

Escribiendo San Agustin sobre el pasaje del Evangelio donde Jesucristo dice: «El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, esa es mi madre,» afirma que María fué más bienaventurada por haber practicado esta grande leccion de Jesucristo que por haberle concebido segun la carne, y que su consanguinidad y su título de Madre de Jesucristo de nada le hubieran servido si no le hubiera llevado en su corazon mucho mejor aun que en su carne (2).

Mas supuesto que la santidad inefable de esta sublime Criatura, que la perfeccion de su alma y el prodi-

(1) Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos, ut servum redimeret, nec Pater Filio, nec sibi Filius ipse pepercit. (*S. Bernard.*)

(2) Beatior Maria percipiendo fidem Christi, quam concipiendo carnem Christi. Et materna propinquitas nihil Mariæ profuisset, nisi felicius Christum corde quam carne gestasset. (*S. Aug., De Sanct. Virginit.*, 3.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gio de su virtud consistieron principalmente en la conformidad entera, absoluta y perfecta de su voluntad, de sus deseos y de sus sentimientos con los sentimientos, los deseos y la voluntad de Dios, es indudable, dice San Buenaventura, que María dividió con Dios mismo estos prodigios de generosidad y de misericordia para con los hombres, y que al consentir en esta obra sublime de la bondad divina, y al conformarse al acto generoso por el que Dios nos dió su Hijo único, se ofreció Ella misma y se dió con este mismo Hijo para ser la víctima y el precio de nuestra salvacion. Ella lo cede, lo da y lo ofrece para este fin misericordioso, con una generosidad, una prontitud y un amor tal, que nada puede imaginarse de más perfecto ni de más grande, á no ser el amor, la prontitud y la generosidad de Dios, que le sirve de motivo y de ejemplo. Del mismo modo que Dios Padre, tenia María por Hijo á Jesucristo; Ella debia, pues, participar de su caridad para con los hombres, y la conformidad entre el Padre celestial y la Madre terrena debia, en lo posible, ser en todo y por todo entera y perfecta (1).

Ved aquí por qué, prosigue el santo doctor, despues del amor del Padre celestial, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con

(1) Nullo modo dubitandum est quia Mariæ animus voluerit etiam Filium tradere, propter salutem generis humani, ut Mater per omnia conformis fieret Patri et Filio. (*S. Bonavent.*)

nosotros. Su alma santísima fué penetrada é inundada de ellas, segun su capacidad, y su corazon fué abrasado por los ardores de este fuego celestial. La obra de nuestra salvacion se le hizo más amada que la vida preciosa de su propio Hijo. Imitadora del Padre celestial, no solamente consintió, sino que deseó plenamente, y eficazmente quiso que la santidad y la inocencia misma de su Hijo cargase con nuestros pecados para hacernos participantes de su justicia; que sufriese las penas y los castigos que habiamos merecido, para que nos comunicase sus derechos y sus privilegios; que fuese tratado como un criminal, á fin de que fuésemos perdonados como inocentes; que muriese con una muerte afrentosa y cruel, para que nos hiciese nacer á la gloria y á la felicidad; que fuese puesto en nuestro lugar, para que nos hiciese entrar en posesion del suyo; que sufriese todo el peso de la cólera divina, para que nos hiciese experimentar todos los efectos de la divina misericordia. Ese divino Hijo le era más amado que su existencia propia; y sin embargo, nosotros le fuimos más amados que su Hijo santísimo, supuesto que Ella lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros (1).

Por consiguiente, todo cuanto hemos dicho respecto al don que el Padre eterno nos hizo de su propio Hijo, puede decirse tambien proporcionalmente de María.

(1) Nulla post eam creatura ita per amorem nostrum exardescet, quæ Filium suum, quem multo plus se amavit, pro nobis dedit, et pro nobis obtulit. (*S. Bernard.*, I.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En efecto, el santo doctor que acabamos de citar, no tiene dificultad alguna en aplicar á María las tiernas y sublimes palabras con que Jesucristo, y despues de El su apóstol San Pablo, nos manifestaron el prodigio del amor de Dios en la donacion que nos hizo de su Hijo único; porque, despues de las palabras que hemos citado, añade que puede decirse tambien de María: Tal fué la vehemencia de su amor y la ternura de su cariño para el mundo, que dió á su Hijo único por salvarlo (1); y que puede decirse igualmente de María que, debiendo elegir entre la muerte ignominiosa de su Hijo y nuestra salvacion, no vaciló un momento; que no perdonó á su propio Hijo para adquirir hijos extraños; que lo dió espontáneamente para curarnos y salvarnos (2).

¿Por qué admirarse? Dice San Bernardo. Si el seno de María es parecido al seno de Dios en la generacion, su corazon es parecido tambien en el amor al corazon de Dios. Ella engendró en el tiempo á su Hijo único con una fecundidad semejante á aquella por la que Dios lo engendró desde la eternidad, y como El lo dió, con el mismo sentimiento de desinteres y con el mismo amor. La donacion que Dios nos hizo de El es el efecto de una caridad que excede la imaginacion y que no podria ser mayor, y la donacion de María es

(1) Sic Maria dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*S. Bonav.*)

(2) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Ibid.*)

igualmente el efecto de una caridad que la imaginacion no puede alcanzar, y que no cede más que á la de Dios (1).

De todo esto se deduce naturalmente la consecuencia siguiente: así como Dios Padre, al darnos el Hijo que engendró de su propia sustancia, se hizo, segun todo el rigor de los términos, nuestro Padre; así tambien María, habiéndonos dado ese mismo Hijo que Ella engendró de su propia sangre, se hizo tambien, en todo el rigor de la palabra, nuestra Madre. Nosotros somos hijos del uno y del otro, por efecto de una justicia rigorosa, fundada en el prodigio de una infinita misericordia; porque los dos nos adquirieron por un acto de la más sublime generosidad, por el cambio de lo más amado y más precioso que tenian: por el cambio de su propio Hijo.

María es, pues, nuestra Madre, bajo este aspecto, por el mismo título y por las mismas razones por que Dios es nuestro Padre. Nuestra filiacion con respecto á María es tan sagrada, tan auténtica y tan legal como nuestra filiacion con respecto á Dios. El precio es el mismo: la donacion y la muerte de su Hijo comun. El fin es el mismo: nuestra salvacion. El principio es el mismo: la compasion, la misericordia y el amor. Nosotros, por consiguiente, podemos decir, con San Buenaventura, lo que San Juan dijo de Dios: Ved con

(1) Fecit illud charitas, qua majorem nemo habuit; fecit et hoc charitas, cui post illam altera similis non fiat. (*S. Bernardus.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuánto amor nos amó María; Ella quiso, no sólo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios de hijos (1).

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Maria, ut filii ejus nominemur et simus. (*S. Bonav.*)

CAPÍTULO III.

La ofrenda que María hace de su Hijo debe ser considerada en todas sus circunstancias particulares del tiempo y del lugar. Principiada esta ofrenda en secreto en el momento de la Encarnacion, se manifiesta en público el dia de la Purificacion. Profecía de Simeon, y generosidad de la aceptacion de María. Desde este momento comienza á ser nuestra Madre.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donacion generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, como lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al ménos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopcion por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo tambien de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condicion, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario, pero ya habian pasado treinta y tres años desde el dia en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependia la salvacion del mundo; en el momento en que la Vírgen pronun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuánto amor nos amó María; Ella quiso, no sólo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios de hijos (1).

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Maria, ut filii ejus nominemur et simus. (*S. Bonav.*)

CAPÍTULO III.

La ofrenda que María hace de su Hijo debe ser considerada en todas sus circunstancias particulares del tiempo y del lugar. Principiada esta ofrenda en secreto en el momento de la Encarnacion, se manifiesta en público el dia de la Purificacion. Profecía de Simeon, y generosidad de la aceptacion de María. Desde este momento comienza á ser nuestra Madre.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donacion generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, como lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al ménos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopcion por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo tambien de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condicion, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario, pero ya habian pasado treinta y tres años desde el dia en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependia la salvacion del mundo; en el momento en que la Vírgen pronun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia aquel omnipotente *fiat*, HÁGASE, por el que debia ser reparado todo lo que habia producido otro *fiat;* ilustrada María en aquel momento por la clara inteligencia que tiene de las profecías, y mucho más por la abundancia de las luces celestiales de que está inundado su espíritu, ve, como en un cuadro, la serie de acontecimientos y de misterios que deben sucederse durante la vida del Hijo que concibe. Ella tiene un conocimiento exacto y una certeza infalible de que el Hijo de Dios, de quien se hace Madre, no se dispone á la gloria de un trono terreno, sino á la ignominia de la cruz. En el instante mismo en que concebia un crucificado en su seno, dice San Bernardino de Sena, fué crucificada Ella misma en su corazon; y para señal de la suerte sangrienta que esperaba al Hijo que engendraba entónces de su sangre purísima por la virtud del Espíritu Santo, por una disposion divina concibió el 25 de Marzo, dia en que este divino Hijo terminó en el Calvario, treinta y tres años despues, su carrera mortal en medio de los mayores tormentos (1).

Pues bien, ni el conocimiento tan claro de este misterio que debe cumplirse en el Hijo, ni la conviccion profunda del sacrificio doloroso que habia de sufrir la Madre son bastantes para hacer vacilar su ánimo. Su prontitud para dar un consentimiento que le abria una carrera tan larga de padecimientos no se entibia. Por

(1) In signum quo crucifixa crucifixum concepit, ordinavit summa sapientia Deus, quod eadem die virgo Christum concepit, qua Christus passus fuit. (*S. Bernardin. Senen.*)

el contrario, su corazon se inflama, dice San Anselmo, con los trasportes más vehementes, con los más ardientes deseos; Ella se enardece al ver consumarse por tales medios la obra de la salvacion de los hombres. Doblemente inundada y llena de la caridad divina, que abrasa su tierno corazon, y de la virtud de Dios, que reside en su seno purísimo, se hace dos veces Madre: por el doble consentimiento que da para que su propia sangre sirva para formar un cuerpo á la persona del Verbo, y para que la sangre de su Hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvacion. Ella concibe dos hijos, el uno con su sangre y el otro con su amor, y Madre del uno por naturaleza y del otro por adopcion, principia desde aquel momento á llevar y alimentar á los hijos de los hombres en su corazon lleno de amor, lo mismo que principia á llevar y á nutrir en su seno el Verbo mismo de Dios (1).

Mas estos sentimientos sublimes, estas disposiciones magnánimas que María alimenta interiormente respecto á los hijos de los hombres desde el momento en que fué Madre de Dios, no tardaron mucho en manifestarse exteriormente y en verse confirmados por las obras. En el dia de su purificacion renueva Ella en el santuario de Jerusalen, de una manera pública y solemne, la ofrenda generosa de su propio Hijo por nuestra sal-

(1) Per hunc consensum in Incarnationem Filii, omnium salutem rigorosissime expetiit, et procuravit; ita ut ex tunc omnes in suis visceribus bajulat, sicut verissima Mater filios suos. (*S. Anselm.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vacion; ofrenda que ha hecho ya secretamente en el santuario de su corazon. Jesucristo se presenta desde entónces en el templo, como dice San Pablo, en cualidad de víctima, y María se asocia á estos sentimientos de misericordia, y se presenta, segun San Epifanio, en cualidad de sacrificador (1). Jesus renueva de una manera más perfecta la docilidad de Isaac, y María la generosidad de Abrahan. El viejo Simeon representaba, dice San Ambrosio, la humanidad entera en los inveterados desórdenes del pecado. María, al depositar su Hijo entre sus brazos, lo da al género humano entero, lo ofrece por la salvacion de todos, así como lo habia dado á luz por la salvacion de todos. Ella renuncia, por decirlo así, á tenerlo por Hijo, á fin de dárnosle por Redentor (2).

Su resolucion, pues, estaba ya tomada, su voluntad determinada, su espíritu pronto y su corazon dispuesto y resignado, cuando Simeon, tomando la actitud de un profeta, y con un tono misterioso y solemne, que anuncia toda la majestad de una inspiracion divina, dice á María: «Mujer, desde este momento este Hijo que acabais de ofrecer no es ya vuestro; El pertenece á los demas. El está establecido para la salvacion, la resurreccion y la vida de muchos; sin embargo, El será para otros muchos en Israel un motivo de escándalo y de

(1) Virginem appello veluti sacerdotem. (*S. Epiphan.*)
(2) Omnibus Maria ofert, quem pro omnibus eumdem peperit Salvatorem. (*S. Ambros.*)

ruina (1). El será como una señal de contradiccion, á cuyo alrededor se agruparán las pasiones para combatirlo. El será objeto de una persecucion y de un odio general (2). Entónces se manifestarán respecto á El los sentimientos más ocultos, los pensamientos más secretos de baja traicion, de envidia y de furor de parte de sus enemigos, y de valor, de fidelidad y de amor por parte de sus amigos (3). Mas ¡ay! ¡Oh mujer! Todo lo que El ha de sufrir en su cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma. La vista de su muerte dolorosa será para Vos como una espada de acerbo dolor, que, sin quitaros la vida, atravesará vuestro corazon de parte á parte. Entónces serán inmoladas dos víctimas de un solo golpe. Los tormentos del Hijo serán al mismo tiempo el martirio de su Madre. Su muerte será la vuestra, sus padecimientos serán los vuestros» (4).

¡Oh prediccion desgarradora para el corazon de una Madre! ¡Oh profecía cruel! ¡Qué tempestad de afectos contrarios, qué tumulto de funestos temores debieran levantar en su corazon estas lúgubres palabras! Sin embargo, aun cuando ellas sean pronunciadas por Simeon, reconoce María que Dios las inspira. No son, pues, para Ella los acentos de un hombre, sino la ma-

(1) Et dixit Simeon ad Matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum in Israel. (*Luc.*, II, 34, 35.)
(2) Et in signum cui contradicetur. (*Ibid.*)
(3) Ut revellentur ex multis cordibus cogitationes. (*Ibid.*)
(4) Et tuam impium animam doloris gladius pertransivit. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nifestacion de los decretos del cielo. Ella domina su ternura maternal, aterrada y turbada por esta profecía; Ella hace callar todas sus afecciones para conformarse á las disposiciones de lo alto. Ella entra en las disposiciones y en los sentimientos que el apóstol San Pablo atribuye á Jesucristo en estas mismas circunstancias; en el secreto de su corazon responde á Dios, que le habla por boca de su profeta: «Supuesto que Vos lo quereis, ¡oh Dios santo! ¡oh Dios justo! cúmplase vuestra voluntad. La primera ley que Yo me he impuesto, mi primer deber es el de aceptar todas vuestras disposiciones y todos vuestros designios, y someterme absolutamente á vuestra voluntad (1). Es muy doloroso para Mí que, habiéndome dado tal Hijo, me lo pidais tan pronto. Mas, supuesto que lo exigis para reemplazar las víctimas carnales, que jamas han podido seros agradables, y que el cuerpo con que le vestisteis debe ser sacrificado por la salvacion de los hombres, Yo vengo á ofrecéroslo voluntariamente (2). Esta obra de vuestra inmensa misericordia endulza la amargura de mi ofrenda. La salvacion del mundo merece que Yo os sacrifique mi corazon, supuesto que mi Hijo os ofrece su sangre y su vida. Yo consiento en privarme del fruto de mis entrañas para dar á los hombres el Redentor que vuestra misericordia les ha prometi-

(1) In capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (*Hebr.*, 7.)

(2) Holocaustomata... noluisti... corpus autem aptasti... Tunc dixi, Ecce venio. (*Ibid.*, 5, 7, 8.)

do. Disponed del Hijo sin mirar los dolores de la Madre. Cúmplanse vuestros misericordiosos designios, hágase vuestra voluntad. Mi corazon estará siempre dispuesto á escucharlos, y mi voluntad dispuesta á conformarse con ellos» (1).

María se pone absolutamente de acuerdo con el Padre eterno y con su Verbo encarnado, y de concierto estipulan el gran contrato de nuestra salvacion. En esta grande ceremonia, anunciada y celebrada mucho tiempo ántes por Malaquías, como el sacrificio más agradable á Dios, el más sublime y el más perfecto de los sacrificios de Judá y de Jerusalen (2), María ofrece, Jesucristo se somete y el Padre eterno acepta. María promete su voluntad y su corazon, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Padre eterno su misericordia y su perdon. Así fué como se estipuló en el templo y se concluyó el gran tratado de reconciliacion entre el cielo y la tierra; tratado que debia consumarse un dia en el Calvario. Tratado, contrato y alianza misteriosa, que tienen por garantías la bondad del Padre, la obediencia del Hijo y la generosidad de la Madre, cuyas condiciones son el sacrificio de Jesus y el de María, y cuyos frutos serán la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

¡Cuán grande y cuán sublime es todo en esta ofren-

(1) In capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (*Hebr.*, 7.)

(2) Et placebit Domino sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies sæculi. (*Malach.*, III, 4.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada ménos que una misericordia como la del Padre celestial, que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo, que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvacion de otros, se necesitaba una generosidad y un heroismo como el de María, que es Madre de Dios.

Pues bien, así como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, así tambien María comenzó desde entónces á ser nuestra verdadera Madre adoptiva; porque desde entónces consintió en la condicion dolorosa que debia llevar á efecto nuestra adopcion, entónces puso las bases y aceptó los términos, las cargas y las consecuencias de ella.

CAPÍTULO IV.

Historia de la madre de Moises, figura y profecía de las disposiciones con que María vuelve con su Hijo del templo. Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de Jesucristo. Generosidad y constancia de su ofrenda y de su amor para con nosotros. Nuevos títulos de su maternidad respecto á los hombres.

María recibió su Hijo de los brazos de Simeon poco tiempo despues de haberlo puesto en ellos; mas ¡cuán diferentemente lo recibió que lo habia entregado!

Se lee en los libros santos que queriendo Faraon, rey de Egipto, exterminar enteramente la nacion de los hebreos, que se habia hecho odiosa para él, habia mandado, bajo graves penas, exponer y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moises, despues de haberle tenido oculto en su casa tres meses despues de su nacimiento, se vió obligada á exponerle á la muerte, en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaucion de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde léjos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Sucedió, pues, que la misma hija del rey divisó por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del rio. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como lo dice la Escritura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada ménos que una misericordia como la del Padre celestial, que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo, que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvacion de otros, se necesitaba una generosidad y un heroismo como el de María, que es Madre de Dios.

Pues bien, así como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, así tambien María comenzó desde entónces á ser nuestra verdadera Madre adoptiva; porque desde entónces consintió en la condicion dolorosa que debia llevar á efecto nuestra adopcion, entónces puso las bases y aceptó los términos, las cargas y las consecuencias de ella.

CAPÍTULO IV.

Historia de la madre de Moises, figura y profecía de las disposiciones con que María vuelve con su Hijo del templo. Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de Jesucristo. Generosidad y constancia de su ofrenda y de su amor para con nosotros. Nuevos títulos de su maternidad respecto á los hombres.

María recibió su Hijo de los brazos de Simeon poco tiempo despues de haberlo puesto en ellos; mas ¡cuán diferentemente lo recibió que lo habia entregado!

Se lee en los libros santos que queriendo Faraon, rey de Egipto, exterminar enteramente la nacion de los hebreos, que se habia hecho odiosa para él, habia mandado, bajo graves penas, exponer y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moises, despues de haberle tenido oculto en su casa tres meses despues de su nacimiento, se vió obligada á exponerle á la muerte, en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaucion de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde léjos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Sucedió, pues, que la misma hija del rey divisó por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del rio. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como lo dice la Escritura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se compadece de él. Ella lo toma en sus brazos, lo estrecha contra su seno, le llena de caricias y se resuelve á librarle de la suerte cruel que le espera. La hermana del niño se acerca entónces y le dice: «¿Quereis, princesa, que os traiga aquí una mujer hebrea, para que crie este niño que os inspira un interes tan vivo y una ternura tan grande?» Habiendo oido la respuesta afirmativa de la princesa, corre á advertir á su madre lo que pasaba, la conduce y la presenta en cualidad de nodriza á la hija generosa de Faraon. No sospechando ésta que pudiese ser su verdadera madre, le dice: «Mujer, toma este niño, yo te lo confío como cosa mia; tú le alimentarás y le criarás para mí, y yo te recompensaré con generosidad» (1). No puede confiarse á ésta un encargo más dulce ni más agradable que el de alimentar y criar á su propio hijo. Entre todas las madres israelitas de aquella época, ella fué sin duda la más afortunada, pues que fué la única que vió el fruto de sus entrañas salvo de un naufragio inevitable y vuelto á su ternura maternal. Pero su dicha no fué completa, su gozo no careció de dolor. Ella era la verdadera madre de Moises, y sin embargo, en la opinion pública debia pasar por su nodriza. Ella le habia parido, y debia manifestarse extraña á él. El era su verdadero hijo, y sin embargo, ella debia alimentarle, criarle y verle crecer para otra. En efecto, cuando el niño hubo crecido, tuvo ella que separarse de él enteramente, y volverlo á la princesa que se lo habia confiado y que lo habia adoptado por hijo (1).

(1) Accipe, ait puerum istum et nutri mihi; ego dabo tibi mercedem tuam. (*Exod.*, II, 9.)

Este pasaje, en su verdad histórica, encierra evidentemente un misterio, y, segun la regla dada por San Agustin, es una profecía verdadera, como los demas hechos históricos de la Escritura. Pero ¿quién es este Niño, de una belleza rara y agradable á Dios (2), sino Jesucristo, de quien está escrito que es el más hermoso de los hijos de los hombres, que la gracia sale en abundancia de sus labios... y que, siendo Niño, crecia en gracia delante de Dios (3)? Y esta Nodriza, que, á pesar de ser la verdadera Madre del Niño, sólo se designa con el título de MUJER (4), ¿quién es, sino María, que, siendo Madre por naturaleza, siendo verdadera Madre del Hombre-Dios, recibe constantemente de su Hijo el nombre de MUJER (5)? ¿Quién es esta Princesa real, cuya bondad acoge al Niño, se lo apropia, lo estrecha contra su seno y lo colma de caricias y de bendiciones, sino la Iglesia de los gentiles, que en la Escritura es llamada la *Hija del Rey* (6), y que

(1) Suscepit mulier et nutrivit puerum, adultumque tradidit filiæ Pharaonis. Quem illa adoptavit in locum filii. (*Exod.*, II, 9, 10.)

(2) Elegantem, Deo gratus. (*Ibid.*, 2; *Act.*, VII, 38.)

(3) Speciosus forma præ filii hominum, diffusa est gratia in labiis tuis. Puer autem crescebat... et gratia Dei erat in illo. (*Psal.*, XLIV, 3; *Luc.*, II, 40.)

(4) Suscepit mulier. (*Exod.*, II, 9.)

(5) Quid mihi et tibi est, mulier? — Mulier ecce filius tuus. (*Joan.*, II, 4; XIX, 26.)

(6) Filia regis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por medio del viejo Simeon, que la representa, recibe al Niño Jesus en sus brazos, se lo apropia como un tesoro, lo acaricia, y bendice por ello al Señor (1), y le proclama su Salvador, la Esperanza de todos los pueblos y la Luz de los gentiles (2)?

La ley de Dios prescribia que todos los primogénitos de Israel le fuesen ofrecidos en su templo, y el Hombre-Dios debia serlo especialmente, supuesto que estaba destinado al sacrificio. Para obedecer á esta ley le presenta María á los cuarenta dias de su nacimiento, y le expone al torrente de la cólera divina, á la que debe satisfacer. La Iglesia, representada en Simeon, le acoge y se le apropia, y aunque, como la princesa egipcia, se lo vuelve á su Madre, no se lo vuelve como á una *madre*, sino como á una *nodriza;* no para que lo crie para Sí, sino á fin de que lo crie para nosotros (3), y para que lo considere, no ya como á su Hijo, sino como al Redentor de todos (4). Como si le hubiera dicho: María, tomad este Niño, mas yo os lo devuelvo muy diferente de como estaba cuando me lo disteis; Vos lo habeis traido al templo como á vuestro propio Hijo, y lo volveis como una víctima destinada y consagrada á la salvacion del mundo. Vos lo habeis traido como una cosa que os pertenecia, y os lo llevais

(1) Accepit eum in ulnas suas, et benedixit Deum. (*Luc.*, II, 28.)
(2) Salutare tuum, ante faciem omnium populorum; lumen ad revelationem gentium. (*Ibid.*, 30, 31, 32.)
(3) Accipe puerum istum et nutri mihi. (*Exod.*, II, 9.)
(4) Omnium populorum... revelationem gentium. (*Luc.*, II, 31, 32.)

como una propiedad del género humano, á quien pertenece desde ahora; Vos lo habeis traido como un fruto dulcísimo de vuestras entrañas, y lo recibis como un haz de mirra muy amargo. Vos lo habeis criado hasta este dia para vuestro consuelo, y desde hoy lo criareis para vuestra afliccion. Vos lo recibis de mis brazos para ponerlo en manos de los judíos, Vos lo sacais del templo para acompañarlo al Calvario, Vos lo tomais del altar á fin de conservarlo para la cruz, Vos tendreis el consuelo de alimentarlo para tener el dolor de verle morir. De todos los cuidados que tomareis en su educacion, no recogereis otro fruto que una herida cruel, que os atravesará el corazon de parte á parte (1). Todos los pueblos cogerán el fruto de sus padecimientos, y su muerte les dará la vida (2).

¡Oh María! ¡María, tan llena de ternura y de amor! En vista de unas condiciones tan duras, ¿consentireis en volver á tomar vuestro Hijo de los brazos de Simeon? ¿Consentireis en criarlo para otros, habiéndolo parido para Vos? ¿Consentireis en ser su Nodriza, no siendo ya su verdadera Madre? ¿Consentireis en volverlo á tomar con la condicion de que sereis privada desapiadadamente de El? ¿Consentireis en hacer de vuestro Hijo la víctima y el rescate de vuestros hijos adoptivos? Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, pero tambien es vuestro verdadero Hijo. En virtud del de-

(1) Et tuam ipsius animam pertransivit gladius. (*Luc.*, II, 35.)
(2) Salutare tuum... ante faciem omnium populorum... revelationem gentium. (*Ibid.*, 30, 31, 32.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recho especial de propiedad que las leyes conceden á la madre sobre sus hijos, vuestro Hijo no puede en justicia ser destinado á la muerte sin vuestro consentimiento. El Padre Eterno ha dado ya el suyo y decretado el sacrificio. Pero Vos, María, ¿dareis tambien el vuestro, y sucumbireis por vuestra parte á ese decreto? Triste y dolorosa alternativa. Si Vos consentis, ¿qué será de vuestro Hijo? Y si Vos rehusais, desgraciados de nosotros, ¿qué nos va á suceder? Pero no, María no rehusa. Ella hubiera querido, dice San Buenaventura, ofrecerse por El y sufrir todos los tormentos y todas las penas que debian reducir á Jesucristo á un estado tan lamentable. Ella hubiera querido colocarse en su lugar. Mas supuesto que una víctima puramente humana no puede aplacar á la Justicia divina, porque el hombre, despues de su caida, no podia ser redimido sino por un Dios, María inclina su frente. Todo lo que se complace Dios en decretar, se complace Ella igualmente en aceptarlo. Ella aprueba, por consiguiente, el sacrificio de su Hijo por la salvacion del mundo (1). Ella acepta una ley tan dura, y lo mismo que la madre de Moises, se pone á alimentar á su Hijo como si no le quedase ya derecho alguno sobre El, como si no fuese ya su Madre, sino una mujer cualquiera (2).

(1) Si fieri potuisset, omnia tormenta quæ Filius pertulit, sustinuisset; et nihilominus placuit ei quod unigenitus suus pro salutate humanis generis offerretur. (*S. Bonav.*)

(2) Suscepit mulier, et nutrivit puerum. (*Exod.*, II, 9.)

Pero ¡qué imaginacion podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que le impone este cargo, que la generosidad de su amor para con nosotros le hace aceptar!

Jesucristo no morirá más que una sola vez en el Gólgota. María, desde este momento, dice San Bernardo, muere á cada instante en su corazon. Su vida es un tejido de dolorosas angustias y de temores, más crueles aun que la misma muerte (1). Las palabras proféticas de Simeon resuenan contínuamente en sus oidos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada constantemente en su corazon.

Un antiguo decia que no hay miseria más profunda ni angustia más dolorosa que la prevision cierta de las desgracias futuras. El alma experimenta entónces á cada instante el dolor de lo que sucederá en un momento (2). Cuando hay esperanza de que el acontecimiento funesto que se prevé podrá no suceder, queda siempre un consuelo, al que jamas renuncia un corazon afligido. María no puede entregarse á esta consoladora ilusion. Ella sabe que no son las vicisitudes humanas las que conducirán su Hijo al Calvario, sino los decretos inmutables de Dios. Ella sabe muy bien, Ella cree con una fe perfecta que todo lo que han anunciado los profetas respecto á los tormentos y á los opro-

(1) Moriebatur vivens, dolorem ferens morte crudeliorem. (*S. Bernard.*)

(2) Calamitosus est animus futura prescius, et ante miserias miser.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bios del Mesías se cumplirá hasta la última sílaba, y la viveza de su fe le hace considerar como presente lo que debe suceder en un tiempo lejano.

Esto que Ella cree, lo ve y lo siente; á cada instante experimenta el mismo dolor que le hará sentir el cumplimiento de la profecía. A cada instante tiene nuevos motivos de penas y nuevas causas de dolor.

Su cuerpo está en Belen, en Nazaret, en Egipto, mas su espíritu asiste contínuamente á la escena sangrienta del Calvario. Durante los treinta y tres años que precedieron al sacrificio de Jesucristo, está María como Abrahan en los tres dias que precedieron al sacrificio de Isaac. Ella no ve ya en su Hijo el Hijo de la promesa, sino el de los dolores. Ya le alimente con su leche, ya le estreche contra su corazon, ya le vea crecer en sabiduría, en gracia y en edad, el pensamiento de esta tierna Madre se fija involuntariamente en la cruel carnicería que harán algun dia de El. Ella piensa, Ella ve que aquellos miembros santos y delicados, aquel hermoso semblante, al que Ella no acerca sus labios purísimos sino con respeto, serán desgarrados por los azotes, destrozados con los golpes, manchados con las salivas, atravesados con los clavos y espinas, emponzoñados con la hiel, y suspendidos en el patíbulo más cruel y más ignominioso.

Desde entónces todas las tiernas miradas de su divino Hijo, todas las palabras que le dirige, todas las pruebas de respeto, de obediencia y de amor que recibe de El, son para esta tierna Madre otras tantas saetas que traspasan su corazon. A cualquiera parte que vuelva los ojos, todo le recuerda altamente las imágenes funestas, los terribles pormenores de la catástrofe de que será víctima Jesucristo. Todo le habla de sus tormentos y de su muerte. El nombre solo de su patria y de su nacion, que habia de tratar como criminal al que habia venido á salvarla, era para Ella un suplicio. Por todas partes no encuentra más que motivos de pesar y de tristeza, y estando su alma siempre ocupada de funestos pensamientos, su corazon está inundado de dolor y sus ojos de lágrimas.

¡Oh corazon afligido! ¡Oh corazon desolado de María! Decia á este propósito el beato Huberto de Casal. Ahora comprendo por qué los profetas han comparado vuestra afliccion á un mar inmenso de amargura; porque si las aguas dulces de los rios mudan de naturaleza y se hacen saladas y amargas cuando entran en el mar, del mismo modo todos los pensamientos, todos los objetos propios para alegraros y consolaros se encuentran absorbidos al entrar en vuestra alma, turbada por la tristeza, y se convierten en motivos de un dolor amargo al pasar por vuestro corazon, sumergido siempre en la afliccion (1). La presciencia cierta de la pasion de su Hijo es, pues, para María, dice el abate Ru-

(1) Facta est velut mare contritio tua, Beata Virgo; sicut flumina, quæ in mare refluunt, in amaritudines convertuntur; sic omnes cogitationes tuas mare cordis tui in amarum absorbebat. (*B. Hubert. à Casal.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perto, un martirio no interrumpido (1). Desde el momento en que lo ofrece en el templo, y que El se hace por lo mismo como una prenda destinada á servir de rescate por la salvacion de los hombres, puede decir María, con más razon que el Profeta, que se halla en el camino de un verdadero sacrificio. Su corazon ha llegado á ser como una víctima inmolada á cada instante, para renacer espontáneamente á un sacrificio nuevo. Su holocausto es un holocausto permanente y perpétuo. Por espacio de treinta y tres años se consuma á cada instante, y se renueva incesantemente, más cruel y más doloroso (2).

Esto es precisamente lo que nos manifiesta la fuerza y la vehemencia con que deseaba María nuestra salvacion. Sus penas se renuevan á cada instante; á cada instante renueva tambien María la firme resolucion y el deseo ardiente de sufrirlas. Su martirio se renueva contínuamente, y contínuamente renueva tambien María la ofrenda de su Hijo, que es la causa de él, para la redencion de los hombres, que debe ser su fruto.

El martirio de María tiene de particular respecto á otro martirio cualquiera, que el tiempo, que cicatriza las heridas y mitiga el dolor, produce en María un efecto contrario. El tiempo multiplica las heridas de su corazon y las hace más profundas, y su dolor más violen-

(1) Tu longum, præsciæ futuræ passionis Filii tui, pertulisti martirium. (*Rup. Abb.*)

(2) Propter te mortificamur tota die; æstimati sumus sicut oves occisionis. (*Psal.*, XL, III, 22.)

to y más agudo. Esto consiste en que cada dia que pasa la acerca más al Calvario y á todo cuanto debe sufrir allí, y cada paso que su Hijo da en la carrera de la vida es un paso que lo acerca al Gólgota. Este monte sangriento, que debe ver espirar al Hijo, se presenta á cada instante más cercano al espíritu de la Madre; á cada instante conoce Ella con más distincion y ve más claramente los misterios que el amor de Jesucristo consumará allí, y los actos de rabia infernal y de furor ciego y bárbaro que la perfidia y el odio de los judíos han de ejecutar. Sin embargo, estos pensamientos cada vez más dolorosos, estos presentimientos cada vez más funestos, léjos de debilitar en manera alguna el deseo que tiene María de ver á su Hijo sacrificado por nosotros, hacen este deseo cada vez más vivo, cada vez más impaciente, á medida que su dolor se hace más violento y más agudo. Cuanto más espantosa y más terrible se le presenta la escena del Calvario, tanto más apresura Ella con sus fervientes súplicas el momento en que debe realizarse. Su caridad es superior á sus penas; cuanto más sufre, tanto más ama.

Por consiguiente, la ofrenda de María no es de un solo instante, sino de todos los instantes. A cada momento experimenta Ella el dolor de todo lo que el Hijo ha de sufrir un dia y de todo lo que el corazon de la Madre padecerá por El y con El, y á cada momento lo aprueba y lo desea. A cada momento siente el terror que le inspira la muerte de Jesucristo, y á cada momento consiente en ella, la quiere y la pide. Si su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazon permanece siempre quebrantado por el sentimiento del vivo dolor con que le hirió por primera vez la profecía de Simeon, su espíritu permanece constantemente con las disposiciones generosas que la animaron cuando su primera ofrenda. Siempre sufriendo, pero siempre resignada; siempre saciada de amarguras, pero siempre dispuesta á todo; Ella no está un momento sin dolores, pero tampoco está un momento sin amor.

No fué, por consiguiente, una vez sola la que Ella nos dió su Hijo, no fué una sola vez la que experimentó los tormentos de la muerte, sino tantas veces como fueron los instantes que separaron los desgarradores y misteriosos acontecimientos del Calvario de las tiernas ceremonias del templo. Su ofrenda se multiplicó como su martirio, ó más bien, éste no es más que una sola ofrenda, que jamas fué olvidada, retractada ni interrumpida por espacio de treinta y tres años. Es un solo martirio, que en treinta y tres años jamas tuvo descanso ni consuelo. ¡Oh amor! ¡Oh dolor! Dolor el más intenso, amor el más vehemente. ¡Qué ofrenda! ¡Qué martirio! Martirio el más cruel, ofrenda la más generosa. El martirio de María es el más grande despues del de el Hijo de Dios, así como su amor, en la ofrenda que hizo por nosotros, es el más grande despues del de el Padre celestial. Su amor á nosotros no tiene modelo sino en el cielo, ni tiene su principio sino en el cielo. Y el mismo amor que animaba al Padre celestial obligó igualmente á la Madre terrena á dar y á sacrificar por nuestra salvacion su comun Hijo, que es Dios como su Padre. Por este don inefable, por esta permuta de inmensa bondad, el uno se hizo el verdadero Padre, y la otra la verdadera Madre de los hijos de los hombres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Los sentimientos maternales de María para con los hombres deben considerarse particularmente en el Calvario. María es la nueva Eva, como Jesucristo es el nuevo Adan. Relaciones misteriosas entre el paraiso terrenal y el Calvario. Era necesario que María se encontrase allí con Jesucristo. El sacrificio ofrecido por los padres de Sanson en su presencia fué una figura del sacrificio del Calvario, al que debian asistir el Padre eterno y María.

El amor de María al género humano y la generosidad de su ofrenda fueron, como el amor y la generosidad de Jesucristo, grandes, sublimes y heróicos durante la vida de su santísimo Hijo; mas en el momento de la muerte llegaron á su colmo y se elevaron al último grado de fuerza y de intensidad. Así es que puede decirse proporcionalmente de María, que habiendo amado á sus hijos adoptivos que estaban en el mundo, los amó en el fin sin límites ni medida (1). Si el Calvario es el lugar de su más cruel martirio, es tambien el teatro donde dió las pruebas más tiernas del amor más vehemente y donde acabó lo que habia principiado en el templo. Allí fué donde esta Mujer sublime, esta Madre llena de fortaleza y de amor consumó el sacrificio de su corazon, donde pagó generosamente el precio de su maternidad, y donde recibió de Dios el acta auténtica, el dominio pleno y la solemne investidura de ella.

(1) Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (*Joan.*, XII, 1.)

Mas ántes de entrar en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario conocer el fin por qué quiso el Señor que se encontrase allí, y el personaje que allí representaba.

El apóstol San Pablo nos enseña que el primer Adan es el tipo, el modelo, la figura y la profecía del segundo Adan, que es Jesucristo (1). En efecto, si el orígen de uno y otro Adan es diferente, supuesto que el primero, nacidó de la tierra, es terreno, y el segundo, descendido del cielo, es celestial (2), el segundo Adan retrató en su Persona con un espíritu totalmente diferente los diversos estados del primero. El se colocó en su lugar, cargó con sus pecados para expiarlos, con sus deudas para satisfacerlas, con sus maldiciones para destruirlas y con sus castigos para anularlos. El fué el orígen de toda justicia, como el otro lo habia sido de toda iniquidad. Con su sacrificio restableció todo cuanto habia destruido la desobediencia del primero. Jesucristo es, pues, el verdadero Adan, el Adan perfecto, el Adan por excelencia, el verdadero Padre que engendra á los hombres á la gracia y á la vida, como el primero los engendró á la desgracia y á la muerte. Mas si Jesucristo es, pues, el verdadero Adan, María es la verdadera Eva; porque, como dice San Juan Crisóstomo, María reparó todo lo que Eva habia destrui-

(1) Adæ primi qui est forma futuri. (*Rom.*, V, 14.)
(2) Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de cœlo, cœlestis. (I *Cor.*, XIII, 47.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, así como Jesucristo rescató y restableció todo lo que Adan habia enajenado y perdido (1). Así, pues, Adan y Eva, que nos perdieron, se nos presentan como dos imágenes vivientes, como las profecías de los dos grandes Personajes que debian salvarnos, y por un secreto maravilloso de la sabiduría y de la bondad de Dios, nuestra restauracion está figurada por los autores de nuestra ruina. ¡Cuán grande es, cuán sublime y maravillosa la economía de nuestra religion! ¡Cómo todo se une y combina en ella! El paraíso terrenal anuncia y figura el Calvario; el Calvario ejecuta lo que el paraíso terrenal no habia hecho más que figurar; y el primero sirve al segundo de luz en la explicacion de los grandes misterios que despues de cuatro mil años se cumplen en El. En el primero, misterios de iniquidad, de orgullo, de severidad y de muerte; y en el segundo, misterios de santidad, de humillacion, de misericordia y de vida. Una cruz se eleva en medio de la Sinagoga, porque un árbol se eleva en el paraíso terrenal; nuestra salvacion nace de un árbol, porque nuestra perdicion comenzó en un árbol. El demonio, que habia triunfado por el madero, es vencido por el madero. La materia misma que habia servido al mal se convierte en antídoto, y, como observa San Máximo, con muchos padres de la Iglesia, lo que habia producido el mal se convierte en remedio (1). Un Adan nos vuelve la vida, porque un Adan nos habia dado la muerte. Si el Hijo de Dios es clavado en la cruz y muere con la apariencia exterior de un pecador, descendiendo así hasta el último grado de envilecimiento, pues que no hay cosa más baja ni más vil que el pecado, es porque el hombre habia llevado su orgullosa mano hácia otra cruz con la pretension sacrílega de hacerse semejante á Dios, aspirando así al más alto grado de elevacion, pues que nada hay más grande que Dios, y que solo Dios es realmente grande. Adan pecó, dice San Agustin, extendiendo sus manos sobre el fruto prohibido; del mismo modo Jesucristo, para expiar el pecado, extendió sus manos sobre el madero de la cruz (2).

(1) Restauratur per Mariam quod per Evam perierat; per Christum redimitur quod per Adam fuerat captivatum. (*S. Joan. Chrisost., De Interd. Arbor.*)

Y si el odio del demonio asoció á Eva á la prevaricacion del primer Adan, la misericordia divina quiere asociar á María á la expiacion de Jesucristo, á fin de que los dos sexos, como dice San Bernardo, concurran á la reparacion del mundo, como habian concurrido á su ruina (3).

Eva al pié del árbol que da la muerte, exige, por

(1) In ligno crucifigitur, ut quia homo in Paradiso per arborem concupiscentiæ deceptus fuerat, nunc idem per arborem salvaretur, atque eadem materia quæ causa mortis fuerat, esset remedium sanitatis. (*S. Maxim.*)

(2) Adam peccavit extendendo manum ad lignum vetitum; sic Christus, ut peccatum hoc lueret, extendit manum ad lignum crucis. (*S. Aug.*)

(3) Congruum fuit ut adesse nostræ reparationi sexus uterque, quorum corruptioni neuter defuisset. (*S. Bernard.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consiguiente, y pide imperiosamente que María se encuentre al pié del árbol que da la vida. Porque si su Hijo debió colocarse en el lugar de Adan pecador, María ha debido colocarse en el de Eva pecadora. Ella debe ver con sus propios ojos el suplicio de Jesucristo y tomar parte en todos sus sufrimientos expiatorios, supuesto que Eva vió con sus propios ojos la caida de Adan y tomó parte en su rebelion. Y porque Adan pecó en presencia de Eva, Jesucristo parece que no puede ser crucificado ni morir sino en presencia de María; Jesucristo, de acuerdo con María, que concurre con una voluntad firme y generosa á la expiacion del pecado, debe hacerse cabeza de un pueblo de santos, porque Adan se habia hecho cabeza de un pueblo de criminales, en compañía de Eva, que con una voluntad plena y perfecta concurrió á la consumacion del crímen.

Aun cuando el Evangelio hubiera guardado silencio sobre este punto, al saber que Eva se encontraba al pié del árbol con Adan, y habia participado de su desobediencia, de su sensualidad y de su orgullo, nos hubiera sido permitido deducir con seguridad que María debió encontrarse tambien al pié de la cruz de Jesucristo, y participar de sus humillaciones, de sus tormentos y de sus oprobios.

Una israelita afortunada, que despues fué madre de Sanson, vivia en el dolor y en la afliccion porque á causa de su esterilidad no podia tener hijos. Ella ve un dia al ángel del Señor, que se le aparece de improviso. Contra toda su esperanza, le anuncia éste que muy pronto concebirá y parirá un hijo, que debe ser la gloria y la salvacion de Israel. Poco tiempo despues el ángel del Señor se le aparece de nuevo, y Manue, su esposo, por consejo del mismo mensajero celestial, quiere ofrecer en su presencia un sacrificio á Dios, que obra esta maravilla. El toma un cabrito de su rebaño, lo inmola y lo coloca en la hoguera, para que sea consumido en holocausto. El esposo y la esposa asisten á este sacrificio con un religioso silencio, con los ojos fijos en la víctima, cuando de repente ven al ángel, que se les habia aparecido en forma humana, elevarse en los aires y colocarse en medio de las llamas, como para ser tambien sacrificado y consumido como una nueva hostia. En vista de esto, creen que el que habian tenido por hombre era el ángel de Dios, ó tal vez el mismo Dios (1).

Por esta reunion de circunstancias se ve claramente que este pasaje y este sacrificio encierran cierta cosa misteriosa, figurativa y profética. En efecto, ¿cómo es posible no ver en las palabras de que se vale el ángel para anunciar el nacimiento de Sanson á una esposa estéril por naturaleza, la profecía de las palabras con que se anuncia el nacimiento de Jesucristo á otra Esposa estéril por amor á la virginidad?

Las palabras son en los dos pasajes casi las mismas.

(1) Et intellexit Manue Angelum Domini esse, et dixit ad uxorem suam... vidimus Deum. (*Judic.*, XIII, 21.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un ángel dice á la madre futura de Sanson: « A pesar de la esterilidad, que te hace incapaz de tener hijos, HÉ AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO, que será Nazareno de Dios, y librará á su pueblo de las manos de los filisteos» (1). Un ángel dice tambien á la Madre futura de Jesucristo: « No temas, María; aunque no conoces ni debes conocer varon, HÉ AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO por obra del Espíritu Santo. El será Santo, y se llamará el Hijo de Dios. Tú le llamarás Jesus, porque salvará á su pueblo de sus pecados» (2).

Observemos, en primer lugar, que el sacrificio de Manue se ofrece en campo raso y en el mismo lugar en que el ángel se apareció por segunda vez á su esposa (3). El sacrificio de Jesucristo se ofrece igualmente fuera de la ciudad (4). Manue toma con sus manos el cabrito que debe servirle de víctima (5), y el Padre eterno viste á su Verbo de un cuerpo humano, para hacer de El una víctima digna de Sí (6). Manue colocó

(1) Sterilis es et absque liberis, sed *concipies et paries filium*. Erit Nazaræus Dei... et ipse incipiet liberare Israel de manu Philisthinorum. (*Judic.*, XIII, 35.)

(2) Ne timeas, Maria... Virum non cognosco... Spiritus Sanctus superveniet in te; *Ecce concipies et paries filium*. Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei... et vocabit nomen ejus Jesum; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum. (*Luc.*, I, 31, 34, 35; *Matth.*, I, 21.)

(3) Sedenti in agro. (*Judic.*, XIII, 9.)

(4) Extra portam passus est. (*Hebr.*, XIII, 12.)

(5) Tuluit Manue hædum de capris. (*Judic.*, XIII, 19.)

(6) Hostiam noluisti, corpus autem aptasti mihi. (*Hebr.*, X, 5.)

la víctima sobre una piedra (1), y el Padre eterno quiso que Jesucristo fuese crucificado sobre la roca del Calvario. Y el ángel que, bajo una forma humana, se coloca en medio de las llamas, ¿qué otra cosa significa, dice San Agustin, sino el ángel del gran consejo, el Verbo eterno, que, bajo una forma de esclavo, ó bajo la humanidad de que habia de vestirse, no debia recibir sacrificios, sino ser El mismo el sacrificio (2)? Finalmente, volviendo al sacrificio de Jesucristo, es indudable que Manue y su esposa, asistiendo de pié y con la vista fija en la inmolacion de la víctima (3), son la figura del Padre eterno y de María, que el uno de una manera invisible, y la otra de una manera visible, como se verá despues, asisten al sacrificio de su Hijo comun, miéntras que se ofrece en el Calvario.

Mas ¿por qué quiere el Padre eterno que la Madre esté presente al sacrificio y á la muerte cruel de su Hijo? ¿Es necesario que sus miradas amorosas sean atormentadas por un espectáculo tan desconsolador, y que sus ojos vean correr por mil heridas una sangre tan amada? ¿Es necesario que sus entrañas sean desgarradas por esta escena de horror, y que su corazon sea cruelmente despedazado? ¡Ah! Procuraremos comprender bien un misterio tan profundo.

(1) Et posuit super petram. (*Judic.*, XIII, 19.)

(2) Quod stetit Angelus in altaris flamma, magis significasse intelligendum est illum magni consilii Angelum in forma servi, hoc est in homine, quem susceptúrus erat, non accepturum sacrificium, sed ipsum sacrificium futurum? (*S. August.*, quæst. 54.)

(3) Ipse autem et uxor ejus intuebantur. (*Judic.*, XIII, 19.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es muy claro que los designios de Dios fueron que María cooperase á la salvacion del hombre por su obediencia y su caridad, como Eva cooperó á su caida por su egoismo y su orgullo. Pero Dios quiso que por parte de María esta cooperacion fuese libre y voluntaria, así como el primer designio fué libre y voluntario por parte de Dios; el sacrificio del Hombre-Dios lo exigia así para ser en todo digno de Dios. Así como esperó el consentimiento de María para hacer que concibiese su propio Hijo, así tambien quiso que este consentimiento interviniese para inmolarlo, y que el amor de la Madre se uniese al amor del Padre celestial, para que de comun acuerdo nos diesen su Hijo comun, y lo sacrificasen por nuestra salvacion. María habia hecho ya la ofrenda de su Hijo desde el momento en que fué Madre, y la habia renovado en todos los instantes de su preciosa vida, así como este Hijo habia aceptado la muerte desde el momento de su encarnacion, y desde su nacimiento, como dice San Bernardo, habia comenzado la pasion de la cruz (1). Mas los dos lo habian hecho en el secreto de su corazon y en el silencio de su amor á los hombres. Se necesitaba, pues, que la aceptacion del uno y la ofrenda del otro se hiciesen públicas y solemnes. Consintiendo Jesucristo en ser crucificado públicamente, debia María dar tambien su consentimiento público para la consumacion de su sacrificio. Nada puede hacer conocer mejor la voluntad libre

(1) A nativitatis exordio passio crucis simul exhorta. (*S. Bernardus.*)

y absoluta con que la Madre concurre al sacrificio del Hijo, que la resignacion heróica, la constancia extraordinaria y la calma perfecta con que asiste á él. Lo que la justicia de Dios exige en estos momentos misteriosos, y lo que la obediencia del Hombre-Dios acepta, la docilidad y el amor de la Madre de Dios le hace tambien aceptar y querer (1).

(1) Ut in omnibus conformis esset Patri et Filio. (*S. Bernard.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI.

María, bien diferente de Agar, que no quiere ver morir á su hijo, debe ser espectadora de la muerte de Jesucristo. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su Hijo. Su actitud, muy diferente de la de Jacob cuando ve la túnica ensangrentada de José. Prodigio de la fortaleza de María.

Si se hubiera tratado de una madre como las demas, la caridad que condujo á las santas mujeres al Calvario debiera haber alejado de él á María. Lo que para los discípulos fué un acto de generosidad, podia parecer un rasgo de dureza en María. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no puede dar ningun socorro, y esto por temor de que la vista de una madre, sumergida en una afliccion profunda, aumente los tormentos del hijo, ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazon de la madre.

Por esta razon, Agar, sierva de Abrahan, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á la agonía por el ardor de la sed, se dice entónces á sí misma: «Si yo no puedo darle ningun socorro, ¿para qué lo he de tener en mis brazos? Si él debe morir infaliblemente, ¿qué necesidad hay de que mis ojos maternales se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte

cruel? ¡Ah! Yo no tengo corazon para ver morir á mi hijo» (1). Y diciendo esto, coloca al hijo al pié de un árbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta (2). Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al más amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor (3).

Tal fué la conducta de la madre de un simple hombre; pero la Madre de un Hombre que al mismo tiempo era Dios, no debia obrar así. Como Madre de Dios, tiene María obligaciones de que están dispensadas las demas mujeres, y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para María. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular, y por consiguiente, debe perderle tambien de un modo especial. Jesucristo no muere por necesidad como los demas hombres, y por consiguiente, María debia conducirse en esta muerte de diferente manera que las demas madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la Víctima que se sacrifica. Por esta razon debia María hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heróica, extraordinaria y maravillosa de María asistiendo á su

(1) Cumque consummata esset aqua... dixit. Non videbo morientem puerum. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(2) Abjecit puerum subter unam arborum, et abiit procul quantum potest arcus jacere. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(3) Et sedens contra, levabit vocem suam, et flevit. (*Genes.*, XXI, 16.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte. Apénas el único discípulo que en todo el discurso de la pasion de su divino Maestro no la ha perdido de vista, apénas San Juan hace saber á María que el juez inícuo que habia declarado solemnemente la inocencia de Jesus acaba de condenarle á muerte, y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de su cruz, camina hácia el Calvario, cuando Ella exclama: «¡Ya llegó el tiempo, ya llegó el dia, ya llegó la hora de los divinos misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere y la salvacion de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que Yo le vea terminar esa vida que Yo misma le dí» (1).

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros; cuando los pueblos corrian en pos de El, proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesus entró triunfante en Jerusalen en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; Ella se alejaba y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algun rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su Madre. Pero cuando este mismo Hijo va á terminar su vida en un patíbulo con la muerte más ignominiosa y más cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente sa-

(1) Videbo morientem puerum.

tisfaccion de ser tenida por la Madre afortunada de un Profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la Madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciar y á participar del suplicio de su Hijo es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo (1).

Ved aquí, pues, que abandona su soledad como la Esposa de los *Cantares*, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalen, impaciente por encontrar el amor de su corazon, que camina al suplicio (2). La ciudad está casi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hácia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María oye desde léjos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guia, pero lo que la guia todavía mejor y le señala el camino que debe seguir, es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caidas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia, y muy poco despues sale El mismo á su encuentro. Pero ¡ay! la profecía de Isaías se ha cumplido; ni aun siquiera le queda ya figura humana (3). Su frente, rodeada de una corona ignominiosa

(1) Videbo morientem puerum.
(2) Circuibo civitatem. (*Cant.*, III., 2.)
(3) Vidimus eum, et non erat aspectus. (*Is.*, I, III, 2.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y cruel de agudas espinas que, atravesando las sienes, dejaban ver sus puntas ensangrentadas; sus ojos, bañados en las lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalen, están tambien inundados de sangre; su rostro está lívido y desfigurado, su pecho está acribillado de heridas, y todo su cuerpo sajado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, va subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. ¡Oh encuentro! ¡Oh vista! ¡Oh espectáculo desgarrador para el corazon de una Madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno (1). ¿Qué hará, pues, María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sajado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripcion minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasion dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se ven todavía en el Calvario las ruinas de una iglesia, llamada en otro tiempo *Santa María del Pasmo*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la Amar-*

(1) Quan cum agnovisset pater, dixit: Tunica filii mei est, fera pessima devoravit Joseph; scissisque vestibus... lugens filium suum multo tempore... noluit consolationem accipere. (*Genes.*, XXXVII, 33, 34, 35.)

gura, porque, segun se dice, allí fué donde encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una situacion tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caida, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de María, que toda debia ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazon se partió de dolor, y que, por consiguiente, quedó algun tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razon.

Jamas se dominó tanto á Sí misma, jamas pareció tan magnánima ni tan sublime como en este instante, en que fué la más abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentran los del Hijo; ellos se miran mútuamente, sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una Madre enternece los corazones más duros, como dice San Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalen, á las que Jesucristo habia prohibido compadecerse y llorar por El (1). Y cuando, al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos, Ella era la única que no lloraba, la única que padecia con calma y con resignacion. Bien diferente de

(1) Multos etiam invitos ad lacrimas procurabat; omnes plorabant qui obviabant ei. (*S. Bernard.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jacob, no deja ver un movimiento, una señal, una palabra ni una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconvencion á la ingrata Sinagoga, que le devuelve su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que María se lo ha entregado. Ella no deja oir una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer, esto es, precipitarse á traves de la turba y penetrar hasta su Hijo, para estrecharlo contra su corazon y ofrecerle algun consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal, herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazon despedazado todas las angustias que la traspasan y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesus en silencio, como Abrahan acompañó, dice San Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio (1). Ademas, como Ella es la primera de los predestinados, es tambien la primera, añade un santo abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio ántes de su promulgacion, Ella es la primera que, segun el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificado (2).

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que

(1) Abraham Isaac, Maria comitabatur Filium. (*S. Ambros.*)

(2) Tollebat et Mater crucem suam et sequebatur eum, crucifigenda cum ipso. (*Guillelm. Abb., in Cant.*, 7.)

no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, María nos muestra tambien que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo, que en el camino andado por María es donde se encuentra á Jesus. Y en efecto, la turba gloriosa de esas vírgenes heróicas, que, segun la profecía de David, caminarán por las pisadas de María, encontrarán á Jesus, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á El, y El las acogerá, y en pos de María, su guia, seguirán al Cordero por todas partes (1). María, por consiguiente, á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroismo de su caridad, y los conduce y los guia por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra y prepara el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida.

(1) Adducentur Regi virgines post eam; proximæ ejus afferentur tibi. (*Psal.*, XLIV, 15.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

El pecado de Eva se consumó con los ojos y el corazon ántes de serlo con las manos. Sola la vista de los tormentos de su Hijo basta á María para participar de sus dolores. Moises, yendo á considerar la vision del Sinai, es la figura de María, que se dispone á contemplar la escena del Calvario.

Es necesario tener presente que el pecado de Eva no consistió sólo en haber comido del fruto prohibido. Antes que ella llevase su mano temeraria al funesto manjar, su pecado, aun cuando todavía no se habia manifestado exteriormente por la accion, estaba ya consumado en el desórden de los sentimientos del corazon. «Ved, en efecto, dice San Bernardo, esta mujer imprudente y orgullosa, que, engañada por las falaces promesas de la serpiente, va á colocarse al pié del árbol cuyo fruto le habia probibido Dios tocar. El precepto de Dios era sencillo, claro, terminante y confirmado con la más terrible amenaza. Considerar este fruto con complacencia, era mirar con placer el veneno que debia darla la muerte. ¿Por qué, pues, fija ella sus miradas sobre un objeto al que no le es permitido llevar la mano? ¿Por qué se detiene en echar sus miradas de complacencia sobre este objeto culpable en sí mismo? En vano se excusaria ella diciendo que la órden de Dios sólo prohibia comerlo, y no mirarlo;

porque si la vista no es la consumacion del pecado, es, sin embargo, su principio. Y en efecto, miéntras que la hermosura del fruto halaga su vista, el tentador se hace secretamente dueño de su corazon» (1).

Apénas Eva se expuso al peligro de pecar, cuando ya habia pecado. La Escritura dice que ella vió que la fruta era tan deliciosa al gusto, como agradable á la vista (2), es decir, como lo observan los intérpretes (3), que este fruto funesto se atrajo por su hermosura exterior, no sólo las miradas, sino tambien el corazon de esta mujer infiel, y que ella, no sólo se detuvo á considerarlo, sino que fijó en él su pensamiento y sus deseos (4). Ella considera su belleza con curiosidad, y al momento codicia su exquisito gusto; ella se apodera de él no sólo con los ojos, sino tambien con el espíritu y el corazon. Ella se alimenta con el deseo aun ántes de llevar á él la mano. Todo su espíritu se extasía en él aun ántes de que lo acerque á sus labios. Ella se deleita en él con una sensual avidez y una excesiva gula. Su imaginacion abulta las delicias que ella experimen-

(1) Quid tuam mortem tam attente intueris? Quid illud tam crebro vagantia lumina jacis? Quid espectare libet, quod manducare non lices? Oculos, inquis, tendo, non manum. Non est interdictum ne videam, sed ne comedam. Hoc, et si culpa non est, culpæ tamen indicium est; te enim intenta ad aliud, latenter interim in cor tuum serpens illabitur. (*De Gradib. Humilitat.*)

(2) Vidit igitur mulier quod bonum esset... aspectuque delectabile. (*Genes.*, III, 6.)

(3) Vid. à Lap. in hunc locum.

(4) Sua forma et pulchritudine Evam quasi detinebat in moroso sui intuitu et contemplatione.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tará al comerlo, y el bien grande y sublime que obtendrá despues de haberlo comido; es decir, una semejanza perfecta con Dios, y la ciencia completa y perfecta del bien y del mal (1). Ella siente ya en su paladar tal sabor y en su orgullo tal satisfaccion, que no encuentra diferencia alguna entre verla y cogerla, entre el goce puramente imaginario y las delicias reales del paladar (2). Despues de esto, no es necesario, dice un santo padre, que Eva alargue ya la mano. Con sus miradas solas ha bebido ya todo el veneno, se ha embriagado y se ha saciado de él. Antes de concurrir con la obra á la culpa de Adan, la ha consumado ya en su corazon con sus miradas y con su delectacion deliberada y culpable: y por lo que respecta á ella, ha cometido ya cuanto se necesitaba, no sólo para morir ella, segun la amenaza divina, sino para dar la muerte á todos los que nacerán de ella, y hacerse de este modo la madre infortunada de los muertos (3).

Por la misma razon no es tampoco necesario que María sea azotada y crucificada realmente con su Hijo para participar de sus tormentos y de sus oprobios; basta con que esté presente á ellos. Es suficiente que el espíritu de obediencia, de conformidad y de sumision á la voluntad de Dios conduzca á María al pié de la cruz, como el espíritu de oposicion á la voluntad

(1) Eritis sicut Dii scientes bonum et malum. (*Genes.*, III, 5.)

(2) Vidit, id est, curiosius et cum voluptate illecebrosa illud intuita est, et morose consideravit.

(3) Haurit virus peritura, et perituros paritura.

divina habia conducido á Eva al pié del árbol. Es suficiente que María permanezca al pié del árbol de la vida con un corazon humilde y sumiso, con un corazon traspasado de dolor y respetando los severos decretos de Dios, como Eva permanecia junto al árbol de la muerte con un corazon, víctima de un inmenso desórden, entregado á la concupiscencia y al menosprecio del precepto divino. Es suficiente que Ella se detenga, en un éxtasis de amargura, á contemplar las angustias de su Hijo, como Eva se habia detenido, en un éxtasis de sensualidad, á saborear las delicias del fruto prohibido. Es bastante que sus miradas maternales sean emponzoñadas con la vista del espectáculo más cruel y más desgarrador, como las de Eva fueron encantadas por la vista más agradable, más deliciosa y más seductora. Todo el horror y toda la amargura de los tormentos de su Hijo entrarán en su alma por sus miradas, así como toda la dulzura venenosa del fruto prohibido penetró en el corazon de Eva por sus ojos. Por consiguiente, sin experimentar en su cuerpo los ultrajes de la cruz, sentirá en su corazon todo el dolor, y será saciada y embriagada de él; lo que Ella le vea sufrir, lo sufrirá con El; y sin estar en la cruz con El, será, sin embargo, crucificada por El.

De este modo es, en efecto, como María va á asociarse á la inmolacion de Jesucristo y á participar de sus tormentos. El poder de la vista, decia San Cipriano, la consideracion atenta del suplicio de su Hijo será el instrumento cruel del martirio de esta tierna Ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre (1). Así es como Ella cooperará á la obra de nuestra salvacion; así es como alcanzará de Jesucristo el mérito y recibirá su recompensa, llegando á ser, por la vida que les dará, la Madre afortunada de esos mismos hombres de quienes Eva, por su orgullosa presuncion y su temeraria desobediencia, se hizo la madre infortunada, dándolos á luz para la muerte.

En tanto que el pueblo de Israel gemia en un duro cautiverio bajo la dominacion del rey de Egipto, Dios se manifestó á Moises sobre el monte Sinaí de una manera misteriosa. Este gran profeta ve desde léjos una zarza devorada por una llama vivísima, que la rodeaba y la quemaba incesantemente, sin consumirla (2). Sorprendido al ver un fenómeno tan extraordinario y tan singular, se dice á sí mismo: «Acerquémonos;» y al momento se adelanta para contemplar más de cerca esta grande y admirable vision (3). El se acerca, pues, á toda prisa; mas cuando llega al lugar del prodigio, la voz de un sér invisible le advierte que debe descalzarse por respeto, porque la tierra que pisa es santa y digna de veneracion (4). Este pasaje es una figura y una profecía del misterio del Calvario. Los Padres y

(1) Tam grave martirium sustinuit virtute oculorum suorum. (*S. Cipr.*)

(2) Apparuit... in flamma ignis de medio rubi, et videbit quod rubus arderet, et non combureretur. (*Exod.*, III, 2.)

(3) Dixit ergo Moises: Vadam et videbo visionem hanc magnam. (*Ibid.*, 3.)

(4) Solve calceamentum de pedibus tuis; locus enim in quo stas terra sancta est. (*Ibid.*, 5.)

los intérpretes están acordes en ver en esta zarza, que está rodeada de llamas, sin consumirse, el Verbo de Dios hecho Hombre; porque así como la zarza es espinosa, áspera, vil y despreciable, así tambien la humanidad que tomó el Verbo eterno no fué la humanidad de Adan inocente, sino la de Adan culpable, sujeta á todas las miserias, á excepcion del pecado; pobre, humilde y sumisa, como dice Cornelio à Lapide, al trabajo, á las tribulaciones y á los dolores (1). El fuego significa los dolores inmensos y los ultrajes sangrientos de que debe ser víctima esta santa humanidad, porque nada es más comun en la Escritura que emplear la figura del fuego para significar las tribulaciones, las persecuciones y los padecimientos. Mas este fuego de nuestros trabajos y de nuestras miserias, de que se ha vestido Jesucristo, no sólo no ha alterado su divinidad, sino que tampoco ha disuelto ni reducido á cenizas su santa humanidad, como parecia que debia suceder naturalmente, porque el santo de Dios, segun la profecía de David, no debia ver la corrupcion del sepulcro (2). Su nacimiento como Hombre no perjudica en nada la virginidad de su Madre, ni su muerte debia tampoco alterar en lo más mínimo la integridad de su cuerpo. Jesus en el Calvario fué colocado en el foco

(1) Ignis in rubo est Deus in carne, seu Verbum caro factum. Rebus enim spinosus, asper, humilis et vilis. Christi humanitatem significat, quam ipse sponte multis ærumnis et laboribus subjectam pauperem; humilem, despicabilem suscepit. (*Corn. à Lap.*)

(2) Nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem. (*Ps.*, XV, 10.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los más terribles tormentos; por consiguiente, prosigue el intérprete que acabamos de citar, el Verbo de Dios que se deja oir en la zarza es el mismo Verbo de Dios que está en la cruz (1). Esta vision, que Moises llama con razon la GRAN VISION, es, por consiguiente, el espectáculo verdaderamente grande, el prodigio de los prodigios y la escena única de un Dios en la cruz por la salvacion del mundo. Y esto es tanto más cierto, cuanto que el lugar en que Jesucristo fué crucificado se llama, por un efecto de la voluntad divina, LA TIERRA DE LA VISION; porque, en efecto, el Calvario forma parte del monte Moria, en el que mandó Dios á Abrahan sacrificar á su hijo Isaac, y fué indicado á este patriarca como la tierra de la vision por excelencia (2). De ahí nació, como nos lo advierte la Escritura, el proverbio que desde el tiempo de Abrahan quedó entre los hebreos: DIOS VERÁ EN EL MONTE (3); proverbio, dice San Jerónimo, que era á la vez una profecía y una súplica con que los hebreos protestaban en sus penas y en sus aflicciones que el gran socorro debia venir del monte, y que la tierra de VISION era tambien la tierra del socorro (4).

Mas si la vision misteriosa del Sinaí es la figura de la vision, más misteriosa aun y más augusta, del Calvario, Moises, que se apresura á acercarse para considerar al Dios oculto en las llamas de la zarza, es la figura de María, que se dispone á contemplar al Dios oculto en el seno de las humillaciones y de los tormentos atroces de la cruz.

(1) Verbum Dei in rubo est verbum in cruce; quia utrobique inter spinas. (*Cornel. à Lap.*)

(2) Videbo visionem hanc magnam. (*Exod.*, III, 13.)

(3) Vade in *terram visionis*. (*Genes.*, XXII, 2.)

(4) Vade usque hodie dicitur: in monte Dominus videbit. (*Ibid.*, 14.)

Cuando la cohorte inhumana llega al Calvario, la vision inefable que tantos PROFETAS DE DIOS habian anunciado en el espacio de cuarenta siglos, comienza á explicarse. Apresurémonos, dice entónces María, á ser testigo de esta vision tan dolorosa y aflictiva para Mí como preciosa para el mundo; vision en la que todo es grande, porque el Dios de misericordia manifestará al universo la grandeza de su amor por la grandeza de sus sufrimientos y de sus oprobios (1).

María concurre á este espectáculo misterioso, no sólo por su propia voluntad, sino tambien porque el mismo Dios, como ya hemos dicho, la llama y quiere que asista á él, para hacerla depositaria de su última voluntad, y de sus designios de misericordia respecto á la Iglesia. De este mismo modo llamó Dios á Moises á la vision del Sinaí, para revelarle los designios de su bondad sobre el pueblo que habia elegido. El llama á María, El exige su presencia, dice Ricardo de San Víctor, para que así como habia sido por su dureza un prodigio de virginidad y un modelo de vírgenes, fuese tambien por sus sufrimientos un prodigio de fortaleza y la

(1) In monte Dominus videvit. Proverbialis locutio qua in augusteis constituti utebantur Hebræi, auxilium expectantes. (*S. Hieron.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reina de los mártires, y para que de este modo reuniese en Sí el grado supremo de todos los privilegios, la belleza de la santidad de todos los santos, y fuese la primera en el mérito, así como era la primera en dignidad, por ser su Madre (1). El la llama, finalmente, dice el devoto Lasperg, y exige que esté presente, á fin de asociarse á todo cuanto iba á sufrir por los hombres, la que habia resuelto darles por Madre (2), y para que fuese en el Calvario la conductora del pueblo cristiano, como Moises fué en el Sinaí el conductor del pueblo hebreo.

Moises no se aproxima á la zarza misteriosa sino despues de haberse quitado por respeto el calzado, símbolo, dicen los intérpretes, de las pasiones humanas, de las afecciones terrenas y de los intereses temporales, de que debe despojarse el que quiera entrar á considerar los misterios de Dios (3). Del mismo modo María no se acerca al Calvario, tierra mucho más santa y más augusta, sino con un sentimiento profundo de religion, olvidando, por decirlo así, todos sus derechos y todos sus deberes de Madre de Jesucristo, para sostener la alta dignidad de Corredentora, así como Jesu-

(1) Voluit Filius ut universam Sanctorum multitudinem excederet Mater; et sicut appellatur Virgo virginum, ita appellaretur Martir martirum. (*Richard à S. Vict.*)

(2) Voluit Christus cooperatricem nostræ redemptionis adstare, quam constituerat nobis dare matrem. (*Lasperg.*)

(3) Ei qui accedit ad divina misteria deponenda esse calceamenta, idest, passiones et affectiones simul et rationes humanas et terrenas. (*Corn. à Lap.*)

cristo parece que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de María para mostrarse sólo como Redentor del mundo; y así como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demas hijos, así tampoco María se manifiesta en esta muerte como las demas madres (1).

Penetrada María de tales sentimientos, dignos de la presencia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y del corazon de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, exclama San Agustin; vision en que la piedad es atormentada en lugar de la impiedad; vision en que la sabiduría es mofada en lugar de la necedad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crímen, y la misma vida muere en lugar de la muerte (2).

Acerquémonos con el pensamiento á María en el Calvario. Ella va allí á contemplar los misterios y á

(1) Solvit calceamenta sua.

(2) Ecce pro impio pietas flagellatur, pro stulto sapientia illuditur pro mendace, veritas necatur, damnatur justitia pro iniquo, misericordia affligitur pro crudeli, pro misero repletur sinceritas aceto, inebriatur felle dulcedo, addicitur innocentia pro reo, moritur vita pro mortuo. (*S. August.*, serm. XLI.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros, por consiguiente, debemos detenernos á considerar, con los misterios y padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo más interesante, no hay recuerdo más augusto ni más digno de respeto, más tierno ni más devoto, dice San Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros (1).

(1) Veneranda et plena devotionis et lacrimarum memoria, recordari qualiter passa sit sancta illa anima gloriosa, suasque pertulerit de Christi morte angustias. (*S. Amad.*)

CAPÍTULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos, padecen más que si los sufriesen ellas mismas. La Cananea. La pasion de Jesucristo se hace por lo dicho la pasion de María. Ejemplos con que los Padres explican esta comunicacion de penas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su Hijo. María, sin ser puesta en la cruz, es crucificada con Jesucristo y muere espiritualmente con El.

Es propio del amor que se llama amor de amistad transformar, como observa Santo Tomas, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios (1). Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos, y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos; por consiguiente, cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males y padecemos en él y con él (2).

Este sentimiento, que es comun á todos los que tie-

(1) In amore amicitiæ amans est in amato, quantum reputa bona vel mala amici ut sua. (*S. Thom.*)

(2) Misericordia proprie est ad alterum, non autem ad se ipsum. Ita si sint aliquæ personæ nobis conjunctæ, ut sint quasi aliquid nostri, puta filii aut parentes, in eorum malis non miseremur, sed dolemus, sicut in vulneribus nostris. (*S. Thom.*, q. 30 à 1.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros, por consiguiente, debemos detenernos á considerar, con los misterios y padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo más interesante, no hay recuerdo más augusto ni más digno de respeto, más tierno ni más devoto, dice San Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros (1).

(1) Veneranda et plena devotionis et lacrimarum memoria, recordari qualiter passa sit sancta illa anima gloriosa, suasque pertulerit de Christi morte angustias. (*S. Amad.*)

CAPÍTULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos, padecen más que si los sufriesen ellas mismas. La Cananea. La pasion de Jesucristo se hace por lo dicho la pasion de María. Ejemplos con que los Padres explican esta comunicacion de penas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su Hijo. María, sin ser puesta en la cruz, es crucificada con Jesucristo y muere espiritualmente con El.

Es propio del amor que se llama amor de amistad transformar, como observa Santo Tomas, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios (1). Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos, y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos; por consiguiente, cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males y padecemos en él y con él (2).

Este sentimiento, que es comun á todos los que tie-

(1) In amore amicitiæ amans est in amato, quantum reputa bona vel mala amici ut sua. (*S. Thom.*)

(2) Misericordia proprie est ad alterum, non autem ad se ipsum. Ita si sint aliquæ personæ nobis conjunctæ, ut sint quasi aliquid nostri, puta filii aut parentes, in eorum malis non miseremur, sed dolemus, sicut in vulneribus nostris. (*S. Thom.*, q. 30 à 1.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energía y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser más atormentada y más afligida que si ella misma los experimentase, y para sufrir en la persona de su hijo más que sufre él mismo (1).

Ved esa mujer que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentándose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no sólo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fe á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Qué pretende? ¿Qué espera? ¿Cuál es el mal que la aflige? ¿Cuáles son las tribulaciones que la abaten? ¡Ay! Personalmente no tiene mal alguno; pero su hija única está poseida por el demonio, que la maltrata y la atormenta con crueldad (2). Esto basta; el amor maternal hace de la desgracia de la hija la desgracia propia de la madre. La hija está poseida del demonio; pero la pena y el dolor

(1) Parentes magis torquentur in filiis, quam in semetipsis. (*Erasm.*)

(2) Miserere mei, Domine fili David, filia mea male à dæmonio vexatur. (*Matth.*, xv, 22.)

de esta enfermedad corporal de la hija la experimenta la madre mucho más viva aun en su corazon. Nada, pues, habia más natural que pedir misericordia para sí misma, al pedir la curacion de su hija (1). San Isidoro de Pelusa añade que para un padre, y especialmente para una madre, es un suplicio mucho más duro y más cruel el de ver á los magistrados entregar su propio hijo á la muerte, que si fuesen entregados ellos mismos (2). Ved aquí por qué un uso constante y universal, dictado por la naturaleza y aprobado por la razon y la caridad, aleja á los padres cuando la justicia humana castiga de muerte á sus hijos. El mismo Dios, para mostrar cuán respetados deben ser entre los hombres estos miramientos tan naturales, tan legítimos y tan sagrados, quiso que se observasen aun con los mismos animales. El prohibió, en efecto, con severidad que el animal que debia servir de víctima fuese inmolado el mismo dia que sus hijos, es decir, á su vista, para no hacerle sufrir la muerte dos veces, en sí mismo y en sus hijos (3).

Por grande que fuese la avidez de Eva al contemplar con placer, y por decirlo así, al devorar con una mirada de gula y con toda la vehemencia del deseo el fruto prohibido, sin embargo, no pudo experimentar

(1) Miserere *mei*... filia mea male à dæmonio vexatur. (*Matheus*, xv, 22.)

(2) Parentibus acerbius est supplicium, cum filio exitium datur. (*S. Isidor. Pelusan.*)

(3) Sive illa bos, sive ovis, non immolabuntur una die cum fœtibus suis. (*Levit.*, xxii, 28.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda su funesta dulzura sino despues de haber comido de ella y haber hecho comer á su infortunado esposo. María, por el contrario, no necesita experimentar físicamente todos los dolores, todas las penas y las ignominias de Jesucristo para sentir toda su amargura. Ella es Madre, y el amor materno, dice San Bernardo, reproduce exactamente en su alma todas las angustias que la brutalidad de los verdugos y la atrocidad de los tormentos hacen sufrir al cuerpo de su Hijo (1). ¿Quereis saber lo que sufre María en su pasion? Considerad, dice San Buenaventura, lo que Jesucristo sufre en la suya, porque lo que Este sufre en Sí, el amor hace que lo sufra Aquella en El y con El. ¡Oh! ¡Cuán afligido y desolado fué el corazon de esta tierna Madre, este corazon, en el que se renovó y se repitió de una manera inefable, ay, digámoslo con su propio nombre, la carnicería cruel que hicieron en los miembros delicados y en todo el cuerpo adorable de su Hijo (2)!

De aquí nacen las magníficas imágenes y las bellas comparaciones á que recurren los padres y los doctores de la Iglesia para explicar esta correspondencia fiel, esta armonía perfecta entre los tormentos del cuerpo inmaculado de Jesucristo y los dolores del tierno corazon de María. Si dos cítaras están en una ar-

(1) Quod in carne Christi agebant clavi, in Virginis mente affectus erga Filium. (*S. Bernard.*)

(2) Quod Christus in corpore, tu, o beata Virgo! in corde perpessa es! (*S. Bonavent.*)

monía perfecta, basta tocar la una para que el sonido se reproduzca exactamente en la otra, por la vibracion simpática y por la oscilacion del aire. Tal es, exactamente, dice San Gregorio Niseno, la misteriosa concordancia y la dolorosa armonía con que los padecimientos del Hijo se repiten en el alma de la Madre (1). Cuando se encuentra un eco fiel, se oye la voz y las palabras del hombre repetidas en la parte opuesta con una exacta fidelidad en el sonido y aun en las expresiones; de este mismo modo sucede, dice Arnaldo, que no recibe Jesucristo un golpe ni una sola herida, que por una triste y dolorosa reciprocidad no se reproduzca en el corazon de María (2).

Todos los objetos colocados á la distancia proporcionada de un espejo de grandes dimensiones, se copian exactamente en él con toda la perfeccion de la figura y de los colores. De este mismo modo, dice San Lorenzo Justiniano, se repite la pasion de Jesucristo con todas sus circunstancias, toda su inhumanidad y su barbarie, en el corazon dulcísimo y purísimo de María (3).

Cuando un torrente furioso ha roto sus diques y ha abatido y derribado todo cuanto se oponia á su curso,

(1) Jesu dolente, dolebat et Mater. Erant duæ citharæ, quarum, una sonante, sonat altera, vel nullo pulsante. (*S. Gregor. Nissemses.*)

(2) Nullum ictum recipiebat Christi corpus, cui non tristis echo responderet in corde Matris. (*Arnald.*)

(3) Speculum passionis cor Virginis effectum est. (*S. Laurent. Justinian.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se extiende por los campos, y cuando con la abundancia de sus aguas ha llenado todos los lugares más bajos, se hincha, se eleva, inunda todos los contornos y acaba por replegarse sobre sí mismo. De este mismo modo, dice San Bernardo, este mar inmenso de amarguras, despues de haber inundado la santa humanidad de Jesucristo, se derrama fuera de El, inunda y sumerge en sus amargas ondas el alma de María, y despues de haberla saciado, vuelve con mayor impetuosidad sobre Jesucristo, á quien aflige cada vez más (1).

¿Y qué importa que María no se halle expuesta á los malos tratamientos y á los sangrientos ultrajes que hicieron sufrir á Jesucristo en la casa de Pilatos? Lo que no ha sufrido ni ha visto en el pretorio, lo conoce, lo ve, y por consiguiente lo sufre en el Calvario.

Finalmente, esta Madre tierna y desolada llega al lugar del suplicio con su Hijo anhelante y abrumado bajo el enorme peso de la cruz. Ella se pone á contemplarle de nuevo. Mas ¡oh vista cruel! ¡Oh espectáculo desgarrador! ¡Oh rostro divino, cuya vista causa la alegría y la felicidad de los santos en el cielo! ¿Dónde están ahora aquella frente serena, aquellos ojos vivos, aquellas dulces miradas, aquellas facciones admirablemente perfectas, aquel matiz esplendente y

(1) Tantus erat impetus passionis, ut Christo impleto, in Matrem confluueret patientem; qua similiter impleta, in Filium iterum redundaret. O ineffabilis reciprocatio! O dolor inexplicabilis! (*S. Bernard.*)

celestial, aquel prodigio de belleza inexplicable, aquella maravillosa mezcla de majestad y de dulzura, de santidad y de gracia, que encantaba y cautivaba todas las miradas, que subyugaba todos los corazones, que tenia suspensas las almas en un éxtasis de amor divino y en una fruicion misteriosa y celestial? ¡Ay! Todo lo que se admiraba en El de dulce, de suave, de prodigioso y de divino, todo se ha eclipsado y se ha extinguido (1). Su frente está pálida, su mirada está abatida, sus labios están cárdenos, sus mejillas santas están manchadas de salivas y surcadas de heridas; su cabeza adorable está rodeada cruelmente de una corona de espinas muy agudas. Sus puntas ensangrentadas asoman al traves de la frente, de los ojos y de las sienes, y manifiestan la horrible crueldad con que han sido clavadas y los tormentos que han debido causar al abrirse paso por unas partes tan delicadas y tan sensibles, y el dolor horrible que deben producir las que han quedado ocultas en el cerebro. La sangre que ha salido de ellas se ha cuajado en el augusto rostro. Ya no queda vestigio alguno de sus divinos atractivos ni de sus formas naturales para poderle conocer; ya no conserva siquiera la figura humana (2). ¡Oh espectáculo á propósito para romper los corazones más duros! ¡Oh vista á propósito para inspirar la compasion y el dolor! Las mujeres piadosas que le acompa-

(1) Mutatus est color optimus. (*Thren.*, IV, 1.)
(2) Non est species ei, neque decor: vidimus eum, et non erat aspectus. (*Psal.*, LI, 2.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñan no pueden sufrirla; en su amarga afliccion, sólo con lágrimas procuran mitigar el dolor que experimentan.

Si la vista lastimosa de Jesucristo produce tal impresion en el corazon de los discípulos, ¡cuál será la que produzca en el corazon amantísimo de María! ¡Ay! ¡Qué emocion tan profunda no debe sentir María en el momento en que el Hijo y la Madre se encuentran cara á cara y se miran mútuamente! ¡Qué temblor se apodera de todo su cuerpo, qué revolucion tan inexplicable en su sangre, qué sensacion tan incomprensible de dolor en su alma! La imágen visible que Jesucristo, cuando caminaba al Calvario, se habia dignado dejar de su santo rostro ensangrentado en el blanco lienzo de la Verónica, en recompensa de su religiosa compasion, es una figura de lo que obra entónces invisiblemente en el alma de María. En ella imprime, dice San Amadeo, de una manera mucho más expresiva, las facciones de su rostro en el estado lamentable en que se encuentra. La palidez mortal y la triste lividez que se ve de repente pasar del rostro del Hijo al de la Madre, atestiguan que los dolores y las heridas de este rostro sagrado se reproducen en el corazon de María (1). El abad Ruperto añade que las agudas espinas con que vió María tan cruelmente taladrada la cabeza adorable de Jesucristo, fueron las que más laceraron

(1) Pallidus vultus Christi exsanguem reddidit vultum Genitricis: ille carne, ista corde passa est. (*S. Amad.*)

su corazon y más vivamente lo traspasaron. Por esta razon, dicen los intérpretes, María es comparada en la Escritura á una rosa; porque, en efecto, en medio de las espinas de los dolores de su Hijo, que la rodean, es cuando Ella despliega los atractivos de un santo pudor, y esas llamas de caridad que la ponen sonrosada y encendida (1).

¡Mas, ay, que sus ojos maternales están reservados para sufrir tormentos todavía más crueles! A su presencia arrancan violentamente los verdugos á su Hijo sus vestidos, pegados ya á sus heridas, las renuevan y desgarran hasta lo vivo del modo más bárbaro. ¡Oh compasion! ¡Oh dolor! María ve aquel cuerpo adorable, que el Espíritu Santo habia formado de su sangre purísima. No está solamente herido, sino que es una llaga de los piés á la cabeza, sin haber en él parte alguna sana (2). Ella ve aquellas mismas heridas abiertas de nuevo, y en las marcas profundas de los azotes otras llagas más hondas y más profundas. Ella ve las carnes desgarradas y colgando á pedazos de la piel, los nervios rotos, los huesos descubiertos, y por todo su cuerpo manando la sangre de sus multiplicadas heridas. ¡Oh espectáculo desgarrador! ¡Oh espectáculo insufrible para el corazon de una madre! Entónces

(1) Maria fuit rosa inter spinas, quia quæcumque spinæ Filium, eodem et Matrem crucifixerunt et laceraverunt vulneribus condolentiæ et compassionis. (*Corn. à Lap.*)

(2) A planta pedis usque ad verticem (*capitis*) non erat in eo sanitas. (*Is.*, L, 6.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comprende todo el horror del suplicio inaudito á que habian sido entregadas aquellas tiernas y delicadas carnes en los azotes, y por una conformidad misteriosa experimenta todos sus tormentos, porque, como nos dice Arnaldo, á medida que esta trágica escena se presenta á su vista, descubre Ella sucesivamente los crueles insultos hechos á aquel cuerpo tan amado, y siente en su corazon una nueva herida (1). Toda la diferencia consiste, dice San Bernardo, en que respecto á Jesucristo las llagas están diseminadas en todo el cuerpo, y respecto á María el amor maternal las recoge, las reune y las imprime todas en el corazon (2).

Mas ya llegó el momento en que la hostia de Dios va á ser colocada en el altar para ser ofrecida en holocausto: Jesucristo va á ser puesto en la cruz. Los verdugos lo empujan y lo tienden, insultándolo amargamente, sobre el instrumento del suplicio; en él lo extienden con la ayuda de cuerdas y lo sujetan con enormes clavos, y su Madre oye con sus oidos el ruido terrible de los martillos y el horroroso crujido de los huesos que se dislocan. Ella ve con sus ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus piés, y los duros clavos que por medio de hondas heridas se abren paso al traves de los músculos y de los nervios rotos, y la sangre que sale á torrentes, que brota por

(1) Quot læsiones in corpore Christi, tot vulnera in corde Matris. (*Arnald.*)

(2) Singula vulnera per ejus corpus dispersa, in uno corde sunt unita. (*S. Bonav.*)

todas partes y que la riega á Ella misma. Ella, en fin, ve cumplirse por todas estas circunstancias la profecía que anunciaba que Jesucristo seria pisado y aprensado como la uva en el lagar, y que su sangre preciosa seria derramada hasta la última gota (1).

En seguida elevan el árbol de la cruz, depositario de una prenda tan amada, y lo dejan caer rudamente en el agujero que le está preparado, y María oye crujir los huesos á un choque tan violento; Ella ve la dilatacion de las llagas de los piés y de las manos, Ella ve aquellas llagas rasgarse y alargarse, Ella ve aquel cuerpo sagrado, santuario de la inocencia, tabernáculo de la Divinidad y modelo de toda pureza, expuesto á la risa universal. A esta vista, dice San Jerónimo, el amor maternal obra en María lo que el furor ciego de los judíos ejecuta en la Persona de Jesucristo, y todos los golpes del martillo, todas las llagas y todos los clavos que desgarran y dislocan los miembros santos, y todos los tormentos que despedazan la carne sagrada de su Hijo, los renueva y los reproduce este amor en el alma de María (2). Así, pues, este amor es para María, dice Arnobio, la espada que la hiere y el verdugo que la crucifica (3). Y San Agustin añade que los clavos y la cruz fueron comunes á los dos; que el Hijo

(1) Torcular calcavit solus. (*Is.*, LXIII, 3.)

(2) Quod vulnera, quod clavi, quod ictus Christi carnem rumpentes, totidem Mariæ animam verberantes. (*S. Hieron.*)

(3) Gladio doloris vulnerabatur spiritu, crucifigebatur affectu. (*S. Bernard.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y la Madre fueron clavados en la misma cruz (1). ¡Ah, dice San Bernardo, no nos detengamos en las apariencias, sino penetremos en la realidad de las cosas! María estaba corporalmente al pié de la cruz, mas espiritualmente estaba en la cruz (2). María no se contenta con echar ciertas miradas fugitivas sobre esta escena de horror, de crueldad y de sangre; Ella la contempla inmóvil, Ella la considera en todos sus profundos detalles, Ella la penetra con toda la vivacidad de la inteligencia más ilustrada y con todo el vigor de la imaginacion más pura. Ella se coloca con el espíritu en la situacion lamentable de su Hijo; Ella fija su pensamiento en los tormentos crueles de que es víctima su humanidad santa, y se los apropia; Ella se los representa y se los pinta tan vivamente, que experimenta, en cierto modo, en todas las partes de su cuerpo lo que Jesucristo sufre en todas las partes del suyo; Ella siente la amargura de sus angustias como si las sufriese Ella misma. Así es que su cabeza está atravesada de espinas, sus manos y sus piés taladrados con los clavos, todo su cuerpo cubierto de heridas, y todos sus miembros heridos sobre el patíbulo de la cruz; así es que experimenta en cierto modo todo el ardor de la sed que le devora y la amargura de la hiel que le emponzoña, las humillaciones que recibe por los insultos

(1) Crux et clavi Filii fuerunt et Matri. Christo crucifixo, crucifigebatur et Mater. (*S. Aug.*)

(2) Ubi stabas? Numquid juxta crucem? Imo et in cruce. (*S. Bernard.*)

de los hombres y el dolor que le causa el abandono de su Padre. Así es que palidece con El, que se queja, que se agita cuando se acerca su última hora, que la agonía y la muerte son comunes á los dos, y que dividen entre Sí el instrumento del suplicio (1). Si no muere con El, no es para Ella un consuelo ni un alivio en sus penas; por el contrario, el tormento que sufre por esto es mucho más cruel. En efecto, puede decirse de María al pié de la cruz lo que Alberto el Grande decia de Jesucristo en el huerto de las Olivas: que sufre un dolor tan agudo y tan intenso, que sin un milagro, hubiera sido más que suficiente para causarle la muerte, sumergiéndola en un océano de tristeza (2). Ella hubiera querido mil veces, dice San Bernardino de Sena, colocarse en lugar de su Hijo, sustituirle en la cruz y morir por El (3); mas no pudiendo una víctima puramente humana satisfacer á la Justicia divina, no le era permitido morir en lugar de su Hijo; pero al ménos deseaba ardientemente morir con El, y como dice Arnaldo, unir al sacrificio invisible de su corazon, lleno de amor, el sacrificio visible de su carne purísima (4). Si, pues, Ella no sufrió esa muerte que separa del cuerpo un alma que no quisiera abandonarlo,

(1) Imo et in cruce cum Filio cruciaris. (*S. Bernard.*)

(2) Tristitiam quamdam habuit idoneam, quæ mortem afferret, nisi Deus miraculo sustentasset. (*Albert. Magn.*)

(3) Infinities, si potuisset, se morti pro Filio tradidisset. (*S. Bernardin. Senen.*)

(4) Optabat ipsa ad sanguinem animæ, et carnis suæ addere sanguinem. (*Arnald.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrió, sin embargo, esa que se llama *segunda muerte*, y que, como observa San Agustin, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que queria separarse de él (1).

Este segundo género de muerte fué para María, añade San Amadeo, mucho más doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo, no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía y un fuego interior que atormenta, que abrasa y consume; es una muerte peor que todas las muertes (2). María, por consiguiente, dice San Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, Ella muere viviendo, Ella muere de no poder morir, Ella vive una vida más penosa que la muerte. ¡Muerte la más misteriosa y la más inefable despues de la de su Hijo! Jesus muere, pero sólo en el cuerpo; María muere, pero sólo en el corazon (3).

(1) Prima mors animam nolentem pellit à corpore, secunda mors animam nolentem tenet in corpore. (*S. Aug.*)

(2) Inter hæc Dei Genitrix consternabatur animo; quia ibi mœror, ibi dolor, ibi agonia, ibi estus animi, ibi incendia, ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur, et mortis angustia tolleratur. (*S. Amad.*)

(3) Moriebatur vivens, vivebat moriens, nec mori poterat quia vivens mortua erat... ille etiam mori corpore potuit, ista etiam commori corde non potuit. (*S. Bernard.*)

CAPÍTULO IX.

La crucifixion de Jesucristo causa á María un dolor inmenso, que Ella sufre con una fortaleza sobrehumana. De este modo concurre á la expiacion del pecado, como Eva habia concurrido á su consumacion. Historia de Respha, esposa de Saul; figura de este misterio.

El martirio del tierno corazon de María no puede expresarse ni concebirse. San Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo (1).

Es verdad que nada de lo que ve sufrir á su Hijo es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus más pequeñas circunstancias, y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea más viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazon la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en Ella la conmocion más violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entónces más ancha y más profunda. Lo que su corazon presagiaba le parece más espantoso que lo que

(1) Opus fortitudinis, Christo moriente et Matre aspiciente exhibitum est. (*S. Amad.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrió, sin embargo, esa que se llama *segunda muerte*, y que, como observa San Agustin, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que queria separarse de él (1).

Este segundo género de muerte fué para María, añade San Amadeo, mucho más doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo, no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía y un fuego interior que atormenta, que abrasa y consume; es una muerte peor que todas las muertes (2). María, por consiguiente, dice San Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, Ella muere viviendo, Ella muere de no poder morir, Ella vive una vida más penosa que la muerte. ¡Muerte la más misteriosa y la más inefable despues de la de su Hijo! Jesus muere, pero sólo en el cuerpo; María muere, pero sólo en el corazon (3).

(1) Prima mors animam nolentem pellit à corpore, secunda mors animam nolentem tenet in corpore. (*S. Aug.*)

(2) Inter hæc Dei Genitrix consternabatur animo; quia ibi mœror, ibi dolor, ibi agonia, ibi estus animi, ibi incendia, ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur, et mortis angustia tolleratur. (*S. Amad.*)

(3) Moriebatur vivens, vivebat moriens, nec mori poterat quia vivens mortua erat... ille etiam mori corpore potuit, ista etiam commori corde non potuit. (*S. Bernard.*)

CAPÍTULO IX.

La crucifixion de Jesucristo causa á María un dolor inmenso, que Ella sufre con una fortaleza sobrehumana. De este modo concurre á la expiacion del pecado, como Eva habia concurrido á su consumacion. Historia de Respha, esposa de Saul; figura de este misterio.

El martirio del tierno corazon de María no puede expresarse ni concebirse. San Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo (1).

Es verdad que nada de lo que ve sufrir á su Hijo es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus más pequeñas circunstancias, y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea más viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazon la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en Ella la conmocion más violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entónces más ancha y más profunda. Lo que su corazon presagiaba le parece más espantoso que lo que

(1) Opus fortitudinis, Christo moriente et Matre aspiciente exhibitum est. (*S. Amad.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia podido prever; el hecho es superior á su prevision; sus temores se han quedado inferiores á la realidad. La escena, pues, tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresion viva y punzante de la sorpresa. Parece, pues, que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazon; pero no es así. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razon ó explicacion de la profecía, ni ahora en el Calvario hace oir una sola queja por su cumplimiento. Su temor entónces no fué inquieto, ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado y su resignacion por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan sólo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana (1). Su afliccion llega á su colmo, y sin embargo, Ella no da un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo, su ánimo no se abate; Ella está en pié, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor (2).

¡Gloria y honor al sexo femenino! Añade San Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesus huyen vergonzosamente, esta Mujer fuerte, á

(1) In tanta adversitate posita nec resolvit pudorem verecundiæ, nec amisit vigorem constantiæ. (*S. Amad.*)

(2) Nec dolor excusit lacrimas, nec animum pœna dejecit. Stabat sublimissima quadam animi magnanimitate. (*Ibid.*)

pesar de ser su Madre, permanece á pié firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en Ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fe. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldicion ni de venganza. Su corazon está colmado de amargura, y su semblante está impasible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. ¡Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La más pura, la más delicada y la más tímida de todas las vírgenes, es la más paciente, la más magnánima y la más heróica de todas las mujeres (1).

De este modo la flaqueza de Eva en el paraíso terrenal debia encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; así como la sensualidad de Adan encuentra, no sólo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adan no está solo al pié del árbol para consumar el pecado, ni Jesucristo tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisface por el pecado. Eva fué la cómplice y la compañera del primero en su orgullo, en su sensua-

(1) Discipulis fugientibus, cunctis recedentibus viris, in gloriam totius feminei sexus inter tot præssuras Filii sui constanter ipsa sola stabat in fide Jesu firma, et pulchre stabat, ut decet pudicitiam virginalem. Non se laniebat in tanta amaritudine, non maledicebat, non murmurabat, nec hostium vindictam à Deo petebat; sed stabat disciplinata, verecunda Virgo, patientissima, lacrimis plena, doloribus immersa. (*S. Anselm.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lidad y en su placer, y María fué la compañera en sus padecimientos, en sus humillaciones y en sus dolores. Salmeron observa que entre la figura y el objeto figurado no hubo más diferencia sino que en el paraíso terrenal la mujer fué la primera que se colocó al pié del árbol funesto, que cogió y comió la fruta que la emponzoñó y la dió la muerte; que ella fué quien la presentó al hombre, asociándolo así á su muerte y á su pecado; miéntras que en el Calvario, el Hombre fué el primero que cogió y gustó el fruto amargo de la cruz, haciendo despues participante de él á la Mujer; así, pues, la culpa principió por la mujer, y el Hombre tomó la iniciativa en la satisfaccion (1).

Eva habia podido pecar sin Adan, pero María no puede expiar el pecado sin Jesucristo. Jesucristo solo es Dios, solo es santo é inocente por su naturaleza y su esencia. Su sacrificio solo, sus padecimientos solos son de un valor infinito, y tiene la virtud de expiar las culpas de otros, sin tener nada que expiar en Sí mismo. La satisfaccion, pues, debia comenzar por Aquel que por Sí solo era capaz de cumplirla. María se asocia á esta satisfaccion, porque es necesario que al pié del árbol que nos salva se encuentre una Mujer con el

(1) Ut ruina ex eo secuta est, quod mulier, ad lignum scientiæ accedens, comedit, ad proinde mortua est, et viro tradidit in mortem ad edendum; ita hic è contrario vir primo de ligno amaro crucis gustavit et feminæ gustandum præbuit. Et uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio à duobus, Christo et Maria proficiscitur. (*Salmeron.*)

Hombre nuevo, así como se encontraba una mujer con el hombre viejo al pié del árbol que nos perdió (1).

Siendo, pues, llamada María á participar de los tormentos de su Hijo por un fin tan noble, desempeña el cargo que Dios le confía, de cooperar á nuestra redencion, con la misma firmeza que Eva manifestó en el cumplimiento del que le habia confiado el demonio, de cooperar á nuestra ruina. En vano procuran alejar á María. Cuanto más la rechazan, tanto más se acerca al árbol de la cruz. Ella no dirige sus miradas ni su pensamiento sino al tierno objeto que está pendiente de la cruz. Ella no cesa un solo instante de devorar con avidez la amargura que, por medio de la vista, inunda su corazon. Y así como Eva permanecia en pié, inmóvil y atenta, con su espíritu y su corazon absortos en la contemplacion de aquel árbol que fué la causa de la catástrofe del mundo, así tambien, dice San Ambrosio, María, con la vista fija é inmóvil como su Persona (2), tiene su espíritu y su corazon absortos en Jesus crucificado. Con ojos religiosos y compasivos recorre una á una todas las heridas, bebe hasta la última gota y se embriaga de sus dolores; despues los medita, los contempla y los aprueba, se complace en ellos y forma de ellos sus delicias; hace una ofrenda de ellos, conociendo que son la fuente inagotable de

(1) Uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio à duobus, Christo et Maria, proficisceretur. (*Salmeron.*)

(2) Stabat. (*S. Ambros.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la gracia y los títulos auténticos de la redencion del mundo (1).

Cuando quitaron á Respha, esposa de Saul, los dos hijos que habia tenido de este príncipe, y los entregaron á los gabaonitas para ser crucificados, no se dice que esta madre infortunada hiciese resistencia, ni acusase el decreto cruel que la privaba de un modo tan bárbaro del fruto de sus entrañas, del báculo de su vejez. Sólo se dice que cuando estas dos desgraciadas víctimas fueron crucificadas en el *monte, en presencia del Señor*, su madre desconsolada corrió al lugar del sacrificio, extendió sus vestidos de luto sobre una piedra y permaneció allí inmóvil al pié del patíbulo de donde pendian los objetos de su ternura, espectadora animosa de aquella horrible escena. Despues que recogió sus últimos suspiros, permaneció allí durante el estío, absorta en una tristeza profunda y un silencioso dolor, ocupada en guardar aquellos caros despojos y defenderlos de la voracidad de los animales (2).

Más ¿qué pudo inspirar á aquella madre infortunada una resignacion tan heróica y un dolor tan justo y tan profundo? Fué indudablemente el conocimiento que te-

(1) Expectabat piis oculis Filii vulnera, per quæ sciebat hominibus redemptionem futuram. (*S. Ambros.*)

(2) Tulit rex duos filios Respha... quos genuerat Sauli... dedit eos in manus Gabaonitarum, qui crucifixerunt eos in monte coram Domino... Tollens autem Respha... cilicium, sustravit sibi supra petram ab initio messis donec stillaret aqua... et non dimisit aves dilacerare eos per diem, neque bestias per noctem. (II *Reg.*, xx, 8, 9, 10.)

nia de que el mismo Dios habia exigido aquellas víctimas para expiar la sangre derramada injustamente por la raza cruel de Saul, y de que la muerte violenta de sus hijos inocentes seria la salvacion del pueblo y pondria fin al hambre que por espacio de tres años desolaba el país (1).

¿Y quién no conoce que esta lúgubre historia es una profecía muy clara del sacrificio de Jesucristo? El santo, el puro é inocente Hijo de María es inmolado para expiar los pecados de la raza de Adan, como los hijos inocentes de Respha fueron sacrificados por los delitos de la raza de Saul. Estos son crucificados en el monte de Gabaá en la presencia de Dios (2). Jesucristo es crucificado en el monte Calvario, en la presencia del Padre celestial, y por un decreto suyo. La muerte de los hijos de Respha debia poner fin al azote que desolaba á Israel, y la muerte del Hijo de María debia hacer cesar las calamidades que afligian á todos los pueblos, y reconciliar el cielo con la tierra. Respha se consuela de la pérdida de sus hijos al pensar en los beneficios que deben resultar de ella á su pueblo. María sufre con valor sobrehumano el suplicio de Jesucristo, pensando en los beneficios que van á resultar de él al mundo entero. La Escritura guarda silencio acerca de las demostraciones exteriores de dolor á que debió

(1) Facta est fames... tribus annis jugiter. Et consuluit David oraculum Domini. Dixitque Dominus: Propter Saul et domum ejus sanguinem, quia occidit Gabaonitas. (II *Reg.*, xx, 1.)

(2) Crucifixerunt... coram Domino. (*Ibid.*, 9.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abandonarse naturalmente la madre de aquellos dos hombres en una circunstancia tan lamentable; y esto es sin duda para indicarnos que ninguna demostracion exterior de dolor debia alterar la resignacion perfecta de la Madre de Dios, y que Ella debia asistir en persona á este gran sacrificio con la calma heróica que debe distinguir á un alma como la de María, profundamente sumisa á la voluntad de Dios, y á un corazon como el suyo, penetrado de la caridad más generosa por respecto á la vida espiritual de los hijos de los hombres.

Así, pues, léjos de oponerse á la dolorosa crucifixion de Jesucristo, se une con la voluntad y con el afecto al amor del Padre, que la ha decretado, y á la obediencia del Hijo, que se somete á ella voluntariamente (1). Ella se une á esta crucifixion de una manera tan perfecta, dice San Anselmo, que, si fuera necesario, concurriria de un modo activo, presentaria Ella misma los clavos, prepararia los martillos y ofreceria las cuerdas para atar á su Hijo al patíbulo y colocar la Víctima en la hoguera, como hizo Abrahan cuando se disponia á sacrificar á su hijo Isaac, segun veremos despues. Porque no puede imaginarse que una virtud como la de María, virtud que comienza donde acaba la de los santos, y que reune en sí todo lo más sublime y más perfecto que se encuentra repartido entre todos los santos; no puede imaginarse, repito, que cuando se trata de inmolar á su propio Hijo, no tuvie-

(1) Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (*Philip.*, II, 7.)

se la prontitud, la fortaleza y la grandeza de alma de Abrahan (1).

Santa Matilde añade que no sólo estaban enjutos los ojos de María, y su fortaleza era invencible como la de Abrahan, sino que con una especie de satisfaccion, como convenia á la obediencia perfecta de la Madre de Dios, destinó su Hijo á la cruz, de acuerdo con el Padre eterno, para que fuese inmolado por la salvacion del mundo (2).

(1) Ita divinæ voluntati conformis erat, ut si opportuisset ad implendam voluntatem Dei, ipsa Filium in cruce posuisset, atque obtulisset: neque enim minoris fuit obedientiæ quam Abraham. (*S. Anselm.*)

(2) Gaudens Filium suum pro mundi salute voluit immolari. (*S. Mechtil.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X.

El combate que se traba en el corazon de María entre el amor á la vida de su Hijo y el amor á la salvacion de los hombres, figurado por la lucha de los dos gemelos en el seno de Rebeca. Generosidad con que Ella da al segundo amor la preferencia sobre el primero. Su fortaleza admirable durante la agonía de su Hijo; Ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redencion del mundo. Pintura sublime que hace San Pablo del Calvario; papel importante que en él representa María. La madre que en el juicio de Salomon cede á su rival su propio hijo para no verle morir, es una figura de este misterio.

La muerte de un hijo único, decia un antiguo escritor, es un golpe tan violento, un dolor tan agudo y una herida tan cruel, que quita las fuerzas, abate el valor, desmiente la prudencia y eclipsa la reflexion. En una circunstancia tan desconsoladora, una imágen de profunda tristeza se eleva del fondo del corazon, marchito por el dolor, y suspende en cierto modo el ejercicio de la razon. El espíritu, así turbado, queda sin guia, abandonado á su propio dolor, y se busca en vano á sí mismo, sin poderse encontrar. El no es ya dueño de dominar un sentimiento tan violento ni de sostener una pérdida tan grande, sin dejar conocer exteriormente su afliccion, léjos de poder mirarla con calma. Pues bien, jamas se vió un hijo único más digno que Jesucristo, jamas se vió una madre más tierna que María. Por esta razon, dice San Bernardo, jamas la muerte de un hijo debió ser más dolorosa ni más desgarradora para el corazon de una madre (1). La vehemencia de su amor fué la medida de la vehemencia de su dolor; y como jamas existió un amor más tierno, más fuerte ni más vehemente, tampoco existió un dolor más agudo, más profundo ni más intenso (2).

Pero á la impetuosidad de este amor á un Hijo que es su Dios, siente María oponerse en su corazon otro amor, no ménos impetuoso y violento, hácia los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan en el corazon que los contiene, como los dos gemelos luchaban en el seno de Rebeca (3). Lo que un amor busca, el otro lo huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece. No se puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. Sus intereses son contrarios, así como sus objetos son diversos. María no puede pedir la salvacion de los hombres sin querer la muerte de su Hijo, ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la perdicion de los hombres. Querer la salvacion del mundo y la muerte de su Hijo es una cosa muy dolorosa; querer la vida de su Hijo y la perdicion del mundo es una cosa muy cruel. ¡Qué guerra, qué lucha, qué combate de dos amores vehementes en un mismo corazon (4)!

La esposa de Isaac, no pudiendo ya sufrir la guerra

(1) Non fuit talis filius, non fuit talis mater, non fuit dolor tantus. (*S. Bernard.*)

(2) Quanto dilexit tenerius, tanto vulnerata est profundius. (*Ibid.*)

(3) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Genes.*, XLV, 22.)

(4) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que estos dos gemelos se hacian en su seno, se abandona á los gemidos, á los sollozos y á las lágrimas. ¡Ah, decia ella, si yo me habia de ver reducida á este estado, si habia de costarme tan caro concebir hijos, cuánto mejor me hubiera sido no verme en estado de llegar á ser madre (1)! ¡Con cuánta más razon no podia exclamar María de este modo: ¡Ay! ¿De qué me ha servido concebir el Verbo de Dios, si debia verle con mis propios ojos sufrir una muerte tan cruel? ¿De qué me ha servido ser la más dichosa de todas las mujeres, si debia verme la más afligida y la más desolada de todas las madres (2)?

Pero no; si Rebeca, instruida por un oráculo divino de que, segun los decretos de la Providencia, el mayor de sus hijos debia de servir al menor (3), dió á aquel la preferencia en su amor (4), María, por su parte, sabe que Dios, como el mismo Jesucristo lo ha declarado, decretó que su Hijo serviria á los hijos de los hombres y seria sacrificado por su salvacion (5). Ella no se queja, Ella no llora por la crueldad de su suerte; Ella consiente en que el último de sus hijos se eleve sobre el primero, en que su propio Hijo por naturaleza sirva á los que sólo lo son por adopcion y sea

(1) Si sic mihi futurum erat, qui necesse fuit concipere? (*Génesis*, XLV, 22.)
(2) *Ibid.*
(3) Major serviet minori. (*Ibid.*, XXV, 23.)
(4) Rebecca diligebat Jacob. (*Ibid.*, 28.)
(5) Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam in redemptionem pro multis. (*Matth.*, XX, 28.)

víctima por la salvacion de ellos. En su corazon, presa del abatimiento, de la tristeza y de la division, el amor de la salvacion del mundo obtiene la preferencia sobre el amor de la vida de Jesucristo. Y este deseo de la salvacion del mundo adquiere sobre Ella tal imperio, tal preponderancia y tal fuerza, que sobrepujando, por decirlo así, al deseo de la vida de Jesucristo, le hace sufrir, dice un santo padre, la muerte de Jesucristo con una especie de gozo secreto, en consideracion á la salvacion de los hombres (1).

Pero la muerte de su Hijo no es un acontecimiento instantáneo; esta muerte ignominiosa y cruel es precedida de una agonía igualmente cruel y dolorosa. El cielo y la tierra parece que conspiran de comun acuerdo para amargar los últimos momentos del Hombre-Dios. Desde lo alto de la cruz, en la que Jesus está bárbaramente clavado como en un patíbulo cruel, en medio de los tormentos más atroces, de las angustias interiores más desgarradoras, eleva hácia el cielo la voz de su afliccion y el grito de su dolor, como para pedirle un consuelo que la tierra le niega. ¡Ay, Padre santo, justo y misericordioso, Vos no reconoceis ya á vuestro Hijo! Por otra parte, el infierno despliega contra el Señor crucificado todo su furor: escribas y fariseos, pueblo y magistrados, judíos y romanos, todos se recrean cruelmente en esta escena de dolor, y en los arrebatos de su odio ciego y de su goce feroz, pro-

(1) Tanta fuit Mariæ charitas, ut quasi gaudenter sustinuerit mortem Filii propter salutem generis humani.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes y en burlas amargas, despechados de ver que la mansedumbre de Jesucristo es mayor que la barbarie de ellos, que por lo mismo no tiene límites, y de que El es más paciente para sufrir, que ellos inhumanos y bárbaros para atormentarle. María, que se encuentra allí, oye los sangrientos ultrajes y los insultos sacrílegos que hacen á un Dios que es su Hijo, y á un Hijo que es su Dios.

Al traves de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida, contempla Ella aquel cuerpo sagrado, cubierto de llagas, débil y sin fuerzas, desfigurado por los tormentos y atravesado con los clavos; Ella ve sus labios cárdenos, sus mejillas descoloridas, sus ojos apagados y cargados por el sueño de la muerte, y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Ella escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su santa humanidad desolada, y á punto de entregar en medio de los tormentos su alma sumergida en el dolor y la afliccion. Y María siente, á su vez, que el amor reproduce y repite en el fondo de su corazon las angustias interiores que abaten el espíritu y los tormentos atroces que desgarran los delicados miembros de Jesus. Así lo piensan la mayor parte de los padres, con San Bernardo (1).

Sin embargo, Ella no vuelve el rostro, Ella no apar-

(1) Quod Christus in corpore, beata Virgo in corde perpessa est. (*S. Bernard.*)

ta la vista de esta escena trágica, de este objeto de dolor; pero, hecha superior á Sí misma, dice un intérprete, manifiesta en la actitud firme, majestuosa é inmoble de su Persona, toda la elevacion y la nobleza de su alma, y se eleva hasta Dios. Colocada entre la admiracion y el dolor, entre la compasion y el amor, permanece absorta en la contemplacion del gran misterio de la bondad de un Dios crucificado por la salvacion del hombre (1).

La vista de un hijo, y de un Hijo tal, agonizando, sumergido en un océano de oprobios, de amarguras y de tormentos, es dolorosa, es cruel, es insoportable para una madre. Mas la religiosa atencion de esta Madre se fija más bien en el fin á que se dirige el sacrificio de su Hijo que en el rigor de los medios que se emplean para llevarlo á efecto, y las ventajas inmensas que deben resultar de él al género humano casi le hacen olvidar los agudos dolores que Ella misma siente, y complacerse en ellos (2).

Entre tanto San Juan gime, la Magdalena se deshace en lágrimas; aquel tiene el corazon de un discípulo, y ésta el de una hija. María tiene el corazon de una madre, pero Ella es Madre de Dios, y por consiguiente sostendrá con honor esta dignidad tan sublime. Ella ama á Jesus como á su Hijo, pero le ama

(1) Corpore excelsa, animo excelsior spectans et admirans magnum pietatis sacramentum, Deum in cruce. (*S. Bernard.*)

(2) Lætabatur dolens quod sacrificium offerebatur in redemptionem omnium. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucho más como á su Dios. Ella le ama como El quiere ser amado. El Padre y el Hijo no sólo son el objeto, sino tambien la regla y el modelo de su amor. Su amor es ciertamente el más natural, el más legítimo, el más vivo y el más ardiente, pero tambien es el más puro y el más elevado de todos los amores; él está ennoblecido por la santidad y la majestad del principio de donde procede, él está marcado con el sello de la divinidad del Padre, de quien Ella es Hija, de la divinidad del Hijo, de quien Ella es Madre, y por lo mismo es en todo conforme al uno y al otro (1). Su amor, por consiguiente, rehusa manifestarse en el exterior por medio de los gemidos, y consolarse por medio de las lágrimas; él domina y hace callar todos los sentimientos naturales, en consideracion á las disposiciones sobrenaturales (2).

Ademas, en tanto que todas las criaturas gimen á vista de los insultos y de los tormentos que sufre el Criador; en tanto que la naturaleza, turbada y consternada, suspende el curso de sus leyes y amenaza volver á la nada; en tanto que el sol mismo, horrorizado, se oscurece en medio del dia y rehusa alumbrar un crímen tan enorme; en medio del luto general y del trastorno universal, sola María, absorta más bien en la consideracion de la caridad divina, cuyo ejemplo tiene á la vista, que en el acontecimiento trágico que

(1) Ut in omnibus conformis esset Patri et Filio.

(2) Amor Dei in ea tantum prævaluit, ut omnem humanum affectum devinceret.

la priva de su Hijo, asiste inmóvil á este espectáculo desgarrador, en una actitud majestuosa, con una tranquilidad heróica y una resignacion perfecta (1). En medio de tantas angustias como inundan su corazon, permanece en una actitud tan majestuosa, en un recogimiento tan profundo, en un silencio tan religioso, que deja estupefactos á todos cuantos saben que Ella es la Madre del Hombre que muere enclavado en la cruz (2).

Pero si sus labios guardan silencio, no sucede lo mismo á su corazon. A medida que la muerte de su Hijo se aproxima, la intensidad de su dolor se aumenta; pero con su dolor crece tambien su amor. Cuanto más sensible es para Ella el sacrificio de su Hijo, tanto más ardientemente desea que se consume; y cuanto más profundamente es herido su corazon, tanto más inflamado está de amor. En medio de las llamas y de los accesos de la caridad santa, de la caridad celestial que del corazon mismo de Dios desciende al alma de María, se vuelve Ella al Padre celestial y le dice: «Padre justo, Padre misericordioso y clemente, no mireis lo que Yo sufro. Yo soy Madre, es verdad, y Vos sabeis la guerra que mi amor hace dentro de mi corazon; pero ¿no sois Vos igualmente su Padre? El es el fruto de mis entrañas; pero ¿no es tambien la imágen de

(1) Omni creatura in morte Filii gemente, ipsa sola cum Divinitate immovilis.

(2) Stupebant omnes qui noverant hujusmodi hominis matrem, quod etiam in tantæ angustiæ pressura silentium servaret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas; pero ¿no están en El tambien todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido Hijo; pero ¿no le amais Vos tambien como á vuestro Hijo predilecto? Sin embargo, Vos le abandonais; ¡pues bien! ¡Yo le abandono tambien! Vos no le perdonais; Yo tampoco le perdono. Vos le condenais; Yo le condeno tambien. Sí; que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que Vos lo quereis, hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y salve á los hombres (1).

¡Ved aquí, pues, que el mismo grito de muerte contra Jesus inocente se eleva, no sólo del corazon, lleno de rabia y de furor, de los fariseos, sino del corazon, lleno de ternura y de amor, de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre Santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesus por odio á Jesus, y Esta pide tambien la muerte de Jesus, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crímen enorme que los pierde, y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

¡Ay, en el Calvario todo es grande, sublime, majestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la ma-

(1) Crucifige, crucifige eum. (*Luc.*, XXIII, 21.)

no despiadada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece El mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvacion del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevacion de sus manos (1), con el incendio de su corazon, del cual se elevan hácia el cielo, como un perfume delicioso, los más tiernos suspiros de amor (2); con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo (3).

Por otra parte, el Padre eterno no sólo se halla presente de una manera especial en el Calvario, segun la expresion de San Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos, que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose, en consideracion á El, con el mundo. El Padre eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfaccion que recibe de Jesucristo (4), y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer (5).

Parece que despues de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo, no es así, dice San Ambrosio; despues del espectáculo de un Dios que expía los pe-

(1) Elevatio manuum. (*Psal.*, CXI, 2.)
(2) In odorem... incensi. (*Num.*, XXVIII, 6.)
(3) Cum clamore... et lacrimis... pro sua reverentia. (*Hebr.*, v, 7.)
(4) Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. (II *Cor.*, v, 19.)
(5) Non reputans illis delicta ipsorum. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavía una cosa que puede excitar nuestra religiosa admiracion y enternecernos, á saber, el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre asiste á este misterio y toma parte en él (1). María, colocada entre estos dos Personajes, se asocia á los sentimientos de Uno y Otro: Ella confirma, aprueba y suscribe, Ella coopera y contribuye á todo cuanto el Uno y el Otro hacen por nuestra salvacion. Ella toma al Hijo por regla de su obediencia, y en El y con El se somete á los decretos rigorosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en El y con El condena y abandona al Hijo por la salvacion del mundo (2).

Nosotros tenemos tambien en el libro tercero de los *Reyes* una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvacion.

Dos mujeres se presentan un dia ante el rey Salomon, disputándose un niño, que cada una de ellas dice que es su hijo. ¿Qué hace el sabio monarca para saber cuál de estas dos mujeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un cuchillo, y que allí, en presencia de las dos rivales, se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de

(1) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis. (*Colos.*, II, 14.)

(2) Stabat non degeneri spectaculo mater.

ellas (1). Es muy justo, responde entónces una de las dos mujeres; es muy justo que se divida este niño, que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfaccion de poseerle (2). Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecia el niño. Mas, por el contrario, la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el sér, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pié, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortífero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazon el golpe que va á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecucion de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho más que al mismo que ha de ser víctima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor y sus entrañas conmovidas por la compasion (3), y en un arrebato de ternura maternal se levanta para detener el brazo del ejecutor. «No, no, exclama; no, por piedad; no seais tan bárbaro que asesineis á mi hijo; dadlo más bien á la otra mujer, yo consiento en ello. Yo quiero más bien verme privada de él, que verle morir en mi presen-

(1) Afferte mihi gladium... dividite... infantem vivum in duas partes; et date dividiam partem uni, et dividiam partem alteri. (III *Reg.*, III, 24, 25.)

(2) Illa dicebat: nec mihi, nec tibi sit; sed dividatur. (III *Reg.*, III, 26.)

(3) Commota sunt viscera super Filio suo. (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia (1). — Mujer generosa, prosigue entónces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Lleváosle, pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre: porque primero lo engendrásteis con vuestra sangre, y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte» (2).

Este pasaje tan tierno y tan patético es la figura de un misterio, todavía más tierno, que María consuma al pié de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra Madre.

Esta mujer generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival, y María cede tambien voluntariamente el suyo al odio de los judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, exclama al pié de la cruz: «Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo vuestro» (3). La mujer del tiempo de Salomon cede á la inícua pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María, por el contrario, consiente en la muerte de su propio Hijo para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide; mas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de*

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem vivum, et nolite interficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Ait rex: Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

(3) Date illi infantem. (*Ibid.*, 26.)

El. La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su Hijo, somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene más que un hijo; en lo figurado, María tiene dos: Jesucristo, su Hijo único segun la naturaleza, á quien Ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes Ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal: ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto: Ella se priva del uno por salvar al otro, Ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella mujer afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un Hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera Madre. Y en efecto, así como Salomon, á vista de la heróica generosidad de aquella mujer, le dice: «Recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo» (1); así tambien el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su tribunal, dice á María: «Mujer, recibid en la persona de Juan á todos los hom-

(1) Date huic infantem vivum... hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos» (1). Espada formidable de la Justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, ¡suspendeos! Divino Juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra Madre, que os lo suplica encarecidamente. Vedla cómo al presenciar la muerte de su Hijo único, se inmola en El y con El, y nos da ese Hijo por precio de nuestra salvacion (2).

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que Ella era nuestra verdadera Madre.

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem... et nolite interficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

CAPÍTULO XI.

El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicacion de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicacion al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina.

No podrá jamas admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta Madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas para la redencion de los hijos de su corazon. No debe, pues, parecernos extraño ni inconducente que San Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que San Pablo escribió con relacion al Padre eterno, á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO ÚNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACION DE TODOS (1). Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos, sin embargo, tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre eterno, la obligó á eje-

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradivit, illum. (*Rom.*, VIII, 32.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos» (1). Espada formidable de la Justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, ¡suspendeos! Divino Juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra Madre, que os lo suplica encarecidamente. Vedla cómo al presenciar la muerte de su Hijo único, se inmola en El y con El, y nos da ese Hijo por precio de nuestra salvacion (2).

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que Ella era nuestra verdadera Madre.

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem... et nolite interficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

CAPÍTULO XI.

El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicacion de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicacion al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina.

No podrá jamas admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta Madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas para la redencion de los hijos de su corazon. No debe, pues, parecernos extraño ni inconducente que San Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que San Pablo escribió con relacion al Padre eterno, á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO ÚNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACION DE TODOS (1). Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos, sin embargo, tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre eterno, la obligó á eje-

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradivit, illum. (*Rom.*, VIII, 32.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cutar este acto de una bondad inaudita é incomprensible.

Pero, no sin misterio, en el pasaje de San Pablo que San Buenaventura aplica con tanta razon á María, hablando el apóstol del exceso de caridad que obligó á Dios Padre á sacrificar á Jesucristo por nuestra salvacion, se valió de estas expresiones: No perdonó á su propio Hijo (1). Estas expresiones tan enérgicas y tan tiernas al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abrahan despues del sacrificio de Isaac: en efecto, á este santo patriarca se dijo: Tú no has perdonado á tu hijo único (2). Por consiguiente, al decir el apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abrahan, quiso darnos á entender que entre estas ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una union y una relacion de sentimientos, así como hay en ellos una semejanza de expresiones; que el uno es la profecía y el otro la realidad, el uno la imágen y el otro el prototipo, el uno la copia y el otro el original, y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesucristo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jesucristo, Abrahan, que le sacrifica, es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de San Pablo sean alusivas directamente al Padre Eterno, que parece figurado por Abrahan, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamante unida con

(1) Proprio Filio suo non pepercit. (*Rom.*, VIII, 32.)
(2) Non pepercisti filio tuo unigenito. (*Genes.*, XXII.16.)

el deseo, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donacion que quisieron hacernos de su propio Hijo, y supuesto que esta noble Criatura es como el representante y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que El quiere y obra invisiblemente en el cielo, no es dudoso que en Abrahan, que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer, no sólo la figura de la generosidad invisible del corazon de Dios, sino tambien la de la generosidad visible del corazon de María. Ademas, supuesto que en el sacrificio de Abrahan se trata de su obediencia, de su fe y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abrahan tiene, por consiguiente, más puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es con respecto á Ella la figura más expresiva y más verdadera. Examinemos, pues, en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos cómo se encuentra en ella indicado, no sólo el mérito de María en la ofrenda é inmolacion de su Hijo, para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino tambien su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admiremos cómo, dos mil años ántes de cumplirse el misterio que hemos explicado, se encuentra en Ella expreso y casi divinamente retratado. (1)

Dios dice en efecto á Abrahan: «Toma á tu hijo Isaac, á quien amas, ve con él á la tierra de la vision, y allí sacrifícamelo en holocausto perfecto sobre uno

(1) Prop. 1. Dolores de María en la pasion de t. 2. Obediencia y caridad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los montes que Yo te mostraré» (1). Cada palabra de esta órden severa expresa, como observa San Ambrosio, una circunstancia nueva, que debe hacer más difícil y más doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre, y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazon en un tormento cruel. Se exige de él que sacrifique, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo (2); no á un hijo cualquiera, sino al que más ama y de quien es más amado (3). Esto no es suficiente aun: no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava, sino al de la mujer libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condescendencia, sino al del mérito; al hijo que Abrahan ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente, á su primogénito, á su hijo único (4).

No sólo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino tambien que lo ofrezca en sacrificio; es decir, que despues de haber visto con sus propios ojos espirar al hijo á quien haya degollado

(1) Tolle filium tuum... quem diligis Isaac; et vade in terram visionis; atque ibi offeres eum in holocaustum super unum montium quem mostravero tibi. (*Genes.*, XXII, 2.)

(2) Tolle filium tuum. (*Ibid.*)

(3) Quem diligis. (*Ibid.*)

(4) Non sinit otiosum esse affectum patris; à principio stimulat pietatis aculeis. Non satis putavit dixisse filium; adjungit quem diligis. Nec otiose addivit nomen sancti, Isaac eum quem suscepisti de uxore unicum in senectute, tanquam fidei tuæ præmium; ex promissione Dei, non conjugis fœcunditate, ex qua alium sperare possis. (*S. Ambros.*, *De Abraham*, lib. I, 8.)

con su misma mano, le vea tambien consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado (1). ¡Mandamiento terrible, prueba delicada, precio funesto! Dice San Amadeo. El espíritu de Abrahan se turba, sus entrañas se conmueven y su corazon se hiela de espanto (2). Sin embargo, su fe no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmiente ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no lo rehusa; cuanto más duro es el mandato, tanto más pronta es la obediencia (3).

En el templo da Dios igualmente á María una órden semejante por boca de Simeon. Los decretos de Dios, le dice éste, destinan á vuestro Hijo, que veis aquí, á la contradiccion y á la muerte. Vos misma, ¡oh Madre! Vos debeis criarle para este fin doloroso, Vos debeis acompañarle al sacrificio, Vos debeis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancará la vida atravesará vuestro corazon con un agudo dolor (4). Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazon de una tierna madre, María inclina su frente, se resigna, se somete, y principia á mirar á su Hijo

(1) Offeres eum in holocaustum. (*Genes.*, XXII, 2.)

(2) Spiritu passus est Abraham, quando jussus Isaac paterno pertentabatur affectu, et ab imis visceribus pietate nati movebatur. (*S. Amad.*)

(3) Agebat tamen nihilominus injunctum opus, impinger executor. (*Ibid.*)

(4) Ecce positus est in signum cui contradicetur; et tuam ipsius animam doloris gladius pertransibit. (*S. Luc.*, II, 34.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como una víctima, y lo educa sólo para el Calvario.

Desde el momento en que se mandó el sacrificio de Abrahan hasta el de su ejecucion pasaron tres dias. Por espacio de estos tres dias la imaginacion de Abrahan retrocede contínuamente, espantada ante el pensamiento de que muy pronto va á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar, pero Abrahan muere á cada momento en su corazon. El no puede mirarle ni pensar en él sin sentir su corazon desgarrado por la consideracion de que él mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la prediccion hecha solemnemente á María del sacrificio de Jesucristo hasta su consumacion, y durante todo este tiempo el corazon de María está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un dia, al inmolar al Hijo, atravesar tambien á María.

El dolor de Abrahan crece á medida que ve acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acrecentamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Cuanto más afligido se siente, más prisa se da á cortar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio (1).

El martirio de María se hace cada vez más intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado cuanto ántes el holocausto de su Hijo se hace tanto más vivo

(1) Cum concidisset ligna. (*Genes.*, XXII, 3.)

de dia en dia, cuanto más agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicacion de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret; mas cuando su Hijo va á Jerusalen para ser allí crucificado, abandona su soledad, y camina en pos de El para no abandonarle hasta despues de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios, por la salvacion del mundo.

Cuanto más se profundiza en esta figura misteriosa, más luminosos se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. ¿Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando tambien sobre sus hombros el leño de la cruz, al que debe ser enclavado? ¿Cómo es posible acordarse de Abrahan que, lleno de fe, aunque inundado de amargura, sigue á su hijo, encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Moria, sin pensar en María, que penetrada de la idea de los misterios más sublimes, y sumergida en su dolor, triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su Hijo, abrumado bajo el peso de su cruz y subiendo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? ¿Qué más puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Moria, indicado á Abrahan para la inmolacion de Isaac, es una vasta montaña, dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixion de Jesucristo. Este es tambien el lugar, y sea dicho de paso, en el que, segun la tradi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion constante de los hebreos, Abel, Noé y Melquisedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abrahan, expresaba uno de los diversos caractéres que debia reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caractéres principales son cuatro: el primero, que este sacrificio debia ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre, y esta circunstancia está expresada en el sacrificio de Isaac; el segundo, que debia ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, Sacerdote de su víctima y Víctima de su sacerdocio, y esta circunstancia se halla indicada en el sacrificio de Melquisedec; el tercero, que debia consumarse por la envidia de los judíos, sus hermanos, y esta circunstancia está figurada en Abel; el cuarto, en fin, que debia ser ofrecido por la reconciliacion del cielo con la tierra, del hombre con Dios, y esta circunstancia se halla simbolizada en Noé. ¡Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios más sublimes de los hijos de los hombres, y finalmente por el sacrificio por excelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre fijos en tí, y que mi corazon esté siempre unido á tí, supuesto que de tí nació un dia la gracia que se esparció por el mundo, y que de tí espero tambien mi salvacion y los auxilios para conseguirla (1).

(1) Levavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi. (*Psal.*, CXX, 1.)

La Escritura refiere que Abrahan acompañaba á su víctima, llevando en una mano el cuchillo que debia inmolarla, y en la otra el fuego que debia consumirla (1). Pues bien, el cuchillo que hiere á Jesucristo y le da la muerte es su obediencia (2), y el fuego que le consume es su amor á los hombres (3); y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos, pues que, representando de una manera visible á su Padre invisible, aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes trasportes, acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvacion de los hombres, manifiesta María y hace públicos y solemnes los grandes sentimientos de obediencia y de amor, á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que él mismo debe servir de víctima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura, por lo mismo, de Aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció El mismo á ella (4), y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos más vehementes de verse cuanto

(1) Ipse portabat in manibus ignem et gladium. (*Gen.*, XXII, 6.)
(2) Factus obediens usque ad mortem. (*Philip.*, II, 8.)
(3) Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (*Ephes.*, V, 8.)
(4) Oblatus est quia ipse voluit. (*Is.*, LIII, 7.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ántes inundado en su sangre (1). El recibe despues con gozo la órden que María, en nombre del Padre celestial, le da con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos, de comun acuerdo, ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvacion del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazon de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado, y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abrahan de atarle sobre el altar que él habia levantado (2), para significar que el verdadero Isaac, aun cuando debia morir entregando voluntariamente su vida (3), debia, sin embargo, ser asegurado con clavos al altar de la cruz, á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecia en nombre y en expiacion del hombre pecador. Y permaneciendo María espectadora inmóvil de la crucifixion de su Hijo, la aprueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abrahan; esto fué como si Ella misma con sus maternales manos hubiera atado la Víctima.

No era costumbre colocar la víctima en el altar ántes que hubiese sucumbido bajo el cuchillo del sacerdote, y sólo despues de su muerte era cuando debia ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fué

(1) Baptismo habeo baptizari, et quomodo coractor usque dum perficiatur. (*Luc.*, XII, 50.)

(2) Cum alligasset filium suum, posuit super altare. (*Genesis.* XXII, 9.)

(3) Ego pono animam meam. (*Joan.*, X, 17.)

colocado vivo en el altar del sacrificio ántes de ser inmolado. Esta circunstancia era tambien necesaria para hacer la figura más semejante al objeto figurado, el cual, segun la voluntad del Padre celestial, significada y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debia ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Despues de haber terminado Abrahan todos estos preparativos, ménos necesarios para consumar la inmolacion que para dar á la imágen una conformidad más perfecta con su original, extiende la mano, desenvaina el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal, y de repente un frio glacial corre por todos sus huesos, su corazon palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmola dos víctimas, dice San Pedro Crisólogo: la vida preciosa del hijo y el corazon afligido del padre. Abrahan se inmolaba á sí mismo en la persona de Isaac (1). En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abrahan es perfecta, la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habian hecho por la disposicion de sus almas todo cuanto se les exigia. La mano es detenida cuando el corazon nada tiene ya que sufrir (2).

Mas esto, que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan sólo con las disposicio-

(1) Immolabat sese in filio. (*S. Petr. Chrisolog.*)

(2) Non extendas manum tuam super puerum. (*Gen.*, XXII, 12.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes del corazon era como María debia ofrecer su Hijo, y este Hijo debia ofrecerse á Sí mismo, sino que esta obra debia consumarse tambien exteriormente. El antiguo Adan, el Adan pecador, el viejo hombre, á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debia ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al jóven Adan, al Adan justo, al Adan nuevo. Armada María del heroismo de su resignacion, del fervor de su caridad y del deseo de ver consumada la salvacion del mundo, amenaza tambien y hiere con golpes terribles á su Víctima hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella espira en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres, y Esta se inmola por lo mismo con su Hijo (1). Su sacrificio, dice San Amadeo, fué mucho más doloroso que si Ella se hubiera sacrificado á Sí misma; porque la vida de su Hijo, víctima de su inmolacion y causa de su dolor, le era más amada, sin comparacion, que la suya propia (2).

Pero si Abrahan fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que María sufrió en la oblacion de su Hijo, fué igualmente figura de la ámplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber consentido Abrahan en

(1) Immolabat sese in Filio. (*S. Petr. Chrisolog.*)

(2) Maria torquebatur magis quam si torqueretur ex se, quoniam supra se incomparabiliter diligebat id, unde dolebat. (*S. Amad.*)

sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera Madre del pueblo cristiano.

En efecto, apénas se terminó el sacrificio de Abrahan, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: «Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme no has perdonado á tu hijo único, Yo te juro por Mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar» (1).

María igualmente, por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la ámplia recompensa de su sacrificio. En la actitud más bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y le dice: «Mujer, desde ahora hé ahí tu hijo (2). Este hijo es único, porque toda la congregacion de los fieles, la Iglesia, no formará más que un solo cuerpo, cuya cabeza soy Yo. Pero al

(1) Per memetipsum juravit, dicit Dominus, quia fecisti hanc rem, et non pepercisti filio tuo unigenito propter me; benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas cœli, et velut arenam quæ est in littore maris. (*Genes.*, XXII, 16, 17.)

(2) Mulier, ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. Hé ahí pues, oh Mujer, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que Yo te prometo y te doy como un solo Hijo.»

¡Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abrahan le habia ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le habia dicho, y cuenta las estrellas, si puedes; pues bien, sabe que tu posteridad será igualmente numerosa (1). Yo te daré un hijo de Sara, Yo le colmaré de bendiciones; naciones y reyes nacerán de él (2). Mas la ejecucion y el cumplimiento de esta promesa se referia al sacrificio del hijo que le estaba prometido, y la bendicion que debia multiplicar su descendencia no debia bajar del cielo hasta tanto que Abrahan hubiera dado esta prueba admirable de su fe maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María, de hacerla Madre afortunada de la Iglesia, le habia sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, «Bendita entre todas las mujeres» (3), aludia ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que Ella tendria, al concebir uno, supuesto que añade que la generacion de este Hijo seria eterna, así como su reino no tendria fin (1). Pero respecto á María el cumplimiento de estas profecías está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que Ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

(1) Suspice cœlum et numera stellas, si potes... sic erit semen tuum. (*Genes.*, xxv, 5.)

(2) Ex Sara dabo tibi filium, cui benedicturus sum, eritque in nationes, et reges populorum orientur ex eo. (*Ibid.*, xvii, 16.)

(3) Benedicta tu in mulieribus. (*Luc.*, i, 28.)

Nada parecia á primera vista más opuesto á la promesa de una numerosa posteridad, que el sacrificio de Isaac, que debia ser el padre de ella. Y sin embargo, el cumplimiento de esta profecía dependia del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abrahan hubiera vacilado en inmolar á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esta tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavía vírgen, le hace fecundo. Por un hijo que se expone á perder, adquiere una multitud de ellos; por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero, y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podia hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecia más opuesto al cumplimiento de las magníficas promesas que el ángel hizo á María de la numerosa posteridad de su Hijo, del establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de El en un infame patíbulo. Sin

(1) Et regnavit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. (*Luc.*, 32, 33.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

embargo, el profeta le habia dicho: «El no verá multiplicarse su descendencia hasta la posteridad más remota, sino despues de haber sufrido voluntariamente la muerte por el pecado» (1). María, por consiguiente, no verá germinar este grano de trigo escogido y divino, que su tierra vírgen ha producido; Ella no lo verá multiplicarse en una fecunda é inmensa cosecha de hijos, de los que Ella será tambien Madre, sino bajo la condicion, declarada ya por Jesucristo, de que este grano precioso muera, sea quebrantado y colocado por Ella en las entrañas de la tierra (2). Así pues, María, por un Hijo que no perdona, que ofrece y que inmola, adquiere, en la persona de San Juan, tantos hijos cuantos son los hombres por quienes se sacrifica en los trasportes de su caridad (3).

Finalmente, para que no pueda dudarse que la bendicion de una posteridad todavía más numerosa fué prometida á María, el mismo San Pablo observa que Dios no dijo á Abraham: «Yo bendeciré *tus descendencias*,» como si esta bendicion hubiera debido ser comun á todos sus hijos, sino *tu posteridad*, *tu descendencia*, la sola posteridad de Isaac; y la posteridad á que Dios hacia alusion es Jesucristo (4).

(1) Si posuerit pro peccato animan suam videbit semen longævum. (*Is.*, LIII, 10.)

(2) Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. (*Joan.*, XII, 24, 25.)

(3) In Joanne intelligimus omnes, quorum Maria per charitatem effecta est mater.

(4) Abraham dictæ sunt promissiones et semini ejus. Non dicit: Et seminibus, quasi in multis, sed quasi in uno. Et semini tuo, *Qui est Christus*. (*Galat.*, III, 16.)

La fecunda posteridad de que Abrahan fué padre por medio de Isaac es, pues, la verdadera profecía de la posteridad numerosa de que María fué Madre. Si, pues, la fecundidad y la posteridad de Isaac son la profecía de la fecundidad y de la posteridad, mucho más noble y mucho más extensa, de Jesucristo, es claro que la bendicion concedida á Abrahan en la persona de Isaac es la figura de la bendicion, mucho más preciosa, concedida á María en la Persona de Jesucristo. Y así como Abrahan no obtiene esta bendicion, que le hace el padre de tantos pueblos, sino por medio del sacrificio de Isaac, María tampoco adquiere esta bendicion, que la hace Madre de tantas gentes, sino por medio del sacrificio de Jesucristo. Luego su maternidad sobre la posteridad de Jesucristo, su Hijo, es al menós tan real, tan justa y tan fecuuda, como la paternidad de Abrahan sobre los descendientes de Isaac ó sobre los israelitas.

Abrahan, al inmolar á Isaac, su hijo único, fué tambien una figura de Dios Padre, que quiso que Jesucristo, su Hijo único, fuese inmolado por nosotros. Pero María se asoció á la caridad inmensa del Padre celestial, y de acuerdo con El quiso darnos á su Hijo Santísimo. Su maternidad, pues, tiene un orígen mucho más elevado y mucho más noble, un título más augusto y más santo, supuesto que procede de la pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ternidad misma de Dios sobre nosotros. Los dos, por un acuerdo admirable de generosidad, de misericordia y de amor, abandonaron y entregaron á la muerte su propio Hijo; ellos entregaron este Hijo, nacido, segun su doble naturaleza, de la sustancia respectiva del Uno y de la Otra, para adquirir de este modo hijos adoptivos. Los dos ofrecieron un valor infinito para adquirir esta adopcion; los dos la adquirieron legítima y realmente. Nosotros hemos nacido verdaderamente del amor de los dos, y debemos mirar á María como nuestra Madre, lo mismo que miramos á Dios como nuestro Padre (1).

El apóstol San Pablo creia tener un derecho sagrado á ser mirado como padre de los cristianos convertidos por él, cuando les decia: «Yo os he engendrado en Jesucristo al predicaros el Evangelio» (2). Pero ¿cuánto más derecho tiene María á ser mirada como nuestra verdadera Madre, supuesto que, aunque no nos anunció el Evangelio, nos dió, nos ofreció y sacrificó al Autor del Evangelio, á Aquel de quien proceden todas las gracias del Evangelio?

No debemos, pues, contentarnos con decir, como Tobías, que somos hijos de los santos (3); debemos decir tambien que somos hijos del Santo de los santos y

(1) Filii Dei (*et Filii Mariæ*) nominamur et sumus. (I *Joan.*, III, 1.)

(2) In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. (I *Cor.*, IV, 15.)

(3) Filii sanctorum sumus. (*Tob.*, VIII, 5.)

de Aquella que fué enriquecida superabundantemente con la santidad, es decir, hijos de Dios y de María.

Y supuesto que en el órden de la gracia descendemos de Dios y de María tan realmente como de nuestros padres terrenos en el órden de la naturaleza, y que, por otra parte, esta filiacion es infinitamente más noble, más sagrada y más importante, debemos tener el mayor cuidado en cumplir respecto á nuestros Padres celestiales las obligaciones que la ley nos impone respecto á nuestros padres terrenos. Debemos, pues, creer que con respecto á Dios y con respecto á María se nos ha dicho igualmente: «Honra y respeta á tu padre y á tu madre» (1). Este precepto con respecto á nuestros padres naturales, no sólo contiene la obligacion de estimar y venerar sus personas, sino que nos impone tambien el deber de respetar su nombre y su descendencia en nosotros mismos. Luego con mucha más razon debemos respecto á nuestros Padres celestiales, no sólo manifestarnos sumisos y obedientes, sino respetar tambien y hacer respetar en nosotros la cualidad de hijos de Dios y de María, aborreciendo todo cuanto pudiera, á la faz del cielo y de la tierra, á los ojos de los ángeles y de los hombres, degradar este carácter augusto y empañar un nombre tan bello.

Siendo nosotros una descendencia celestial y divina, como dice San Pablo (2), debemos guardarnos de

(1) Honora patrem tuum et matrem tuam. (*Exod.*, XX, 12.)

(2) Genus ergo cum simus Dei. (*Act.*, 17, 29.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mancillar nuestro orígen espiritual y celestial con una conducta mundana y terrena. Penetrados del sentimiento de la dignidad de nuestro orígen, debemos mirar con un santo desprecio y aborrecer con un santo orgullo las bajezas de la vanidad, los cuidados excesivos de los intereses temporales, las satisfacciones sensuales que no están en armonía con los miramientos que debemos á nuestra posicion santa y divina, con la inocencia, la pureza y la santidad que ella nos impone; satisfacciones que nos degradan y nos hacen descender, no sólo hasta el hombre, sino aun más abajo del bruto. Cuando un hombre se hace notar en el mundo por la elevacion de sus sentimientos, la finura de sus modales, la dignidad de su proceder y la generosidad de sus actos, se infiere con razon la elevacion de su orígen y la nobleza de sus ascendientes. Por consiguiente, vosotros debeis perfeccionar, dice Jesucristo en el Evangelio, vuestra conducta y vuestro corazon, vuestras acciones y vuestros sentimientos de tal manera, que todos puedan colegir vuestro orígen celestial y divino (1).

¡Oh! Si nos penetráramos bien de esta grande idea: *¡Yo soy hijo de Dios, y Dios es mi Padre! ¡Yo soy hijo de María, y María, la misma Madre de Dios, es tambien mi verdadera Madre!* ¡Qué pensamiento tan dulce, tan tierno y tan agradable por una parte, y tan

(1) Stote ergo vos perfecti sicut et Pater cœlestis perfectus est. Ut sitis filii Patris vestri. (*Matth.*, v, 48, 45.)

capaz por la otra de ennoblecernos á nuestros propios ojos, y de alejarnos de todo aquello que es abyecto, vergonzoso y degradante!

En segundo lugar, nosotros debemes á nuestros Padres celestiales la ternura y el amor. El amor se paga con el amor. Ellos nos engendraron por amor, por un amor maravilloso é inefable, que les hizo sacrificar á su propio Hijo por nuestra salvacion (1). Nosotros debemos, pues, pagarles con nuestro amor. Ellos sacrificaron por nosotros todo cuanto tenian de más amado y de más precioso, su propio Hijo; y nosotros debemos, cuando la ley divina lo exija, sacrificarles nuestras pasiones, nuestra voluntad, nuestros apetitos culpables, los objetos que más nos interesan, aunque nos sean tan amados como nuestros propios hijos. Es verdad que no hay relacion alguna entre estas víctimas; porque ¿qué relacion puede haber entre el Hijo de Dios, que fué sacrificado por nosotros, y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios, nuestro tierno Padre, y María, nuestra amorosa Madre, se darán por satisfechos. Ellos no exigirán más de nuestra miseria y de nuestras flaquezas; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les habremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.*, III, 16.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don más rico, no nos rehusará, dice San Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con María, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, ¿cómo podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, ¿no se obligaron expresamente á darnos todo lo demas (1)? Sí; Dios y María, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion, en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos, pues, con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra Ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la más sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios, nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á María, nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante El su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su Sierva (2), es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se

(1) Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum; quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? (*Rom.*, VIII, 32.)

(2) Salvum fac filium ancillæ tuæ. (*Psal.*, LXXV, 16.)

llamó su Sierva (1). Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nuestras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es ménos tierna ni ménos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario.

(1) Ecce ancilla Domini. (*Luc.*, I, 38.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

Jesucristo quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomprensibles á María, cuyos sufrimientos se hicieron, por lo mismo, extremos é incomprensibles. De aquí se deduce la grandeza de su amor á Jesucristo. Caractéres y orígen de este amor, que es el principio de la pasion de María; amargura y rigor de esta pasion. El Rey de los mártires llamó á María al pié de la cruz, para que fuese la Reina de los mártires. Salomon y Betsabé son una figura de este misterio.

Ya hemos visto cómo la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á María. Ya hemos dicho cómo sintió Ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavía un poco á examinar la extension y la intensidad de las penas que María sufrió. Es necesario notar desde luégo que María no es una Madre como otra cualquiera, sino una Madre que tiene á un Dios por Hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para Ella la causa de los más acerbos dolores, así como fué tambien el orígen de los más grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de

Dios, hecho Hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el príncipe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado, y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al ménos la comun opinion de los Santos Padres, de los doctores y de los intérpretes; opinion que la Iglesia ha consagrado en cierto modo, por la manifestacion que de ella hace en el oficio de la cruz y en el de la pasion.

Pero si esta razon es verdadera, no es la única por que quiso ser crucificado el Redentor del mundo. San Atanasio, como lo refiere Cornelio à Lapide, afirma que Jesucristo eligió la muerte de cruz como el remedio más oportuno, como la expiacion más natural de la concupiscencia, que todos habiamos contraido por el primer pecado, y que es el orígen funesto y la fuente emponzoñada de todos los demas (1).

Esta opinion parece está apoyada en la autoridad de San Pablo, que dice: «Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo quiso crucificar, y crucificó verdaderamente, en Sí mismo nuestro hombre viejo para la

(1) Crux est expiatio et remedium concupiscentiæ ex peccato Adæ contractæ, quæ fons et origo est omnium peccatorum. (*S. Athanas., De Incarn. Verbi.; à Lap., in Matth.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destruccion del cuerpo de pecado» (1). Pues bien, este hombre viejo y este cuerpo de pecado no son otra cosa que la concupiscencia, que se extendió hasta nosotros por consecuencia del pecado.

Para conocer la relacion que la concupiscencia del hombre puede tener con la muerte de Jesucristo en la cruz, es necesario observar que la concupiscencia es esa levadura funesta que corrompe toda la masa, ese veneno sutil y violento que se manifiesta en todas partes, que vicia, altera y deteriora al hombre, que por medio de los sentidos y de las pasiones ejerce sobre él el más terrible imperio. Hija del primer pecado, engendra á su vez y se reproduce en todos los pecados. Todos los pecados están representados en ella y por ella, así como todos se cometen en ella y por ella. Habiéndose encargado el Hijo de Dios de satisfacer, no sólo por el primer pecado, orígen de la concupiscencia, sino tambien por todos los pecados de los hombres, que son sus consecuencias, debió tener presente con especialidad la concupiscencia, que los comprende á todos, que los representa á todos, y á quien San Pablo llama muy lógicamente *el cuerpo de pecado*. El debió preferir un género de suplicio en el que este cuerpo de pecado y la concupiscencia fuesen condenados, castigados y vulnerados en todas sus ramas. Pues bien, el género de muerte más á propósito para este fin era ciertamente el de la cruz; porque, si la concupiscencia en-

(1) Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati. (*Rom.*, VII, 6.)

cierra en sí todos los pecados, la cruz tambien, como dice Cornelio à Lapide, hace sufrir todos los tormentos. Ella es á un tiempo mismo un puñal que hiende las manos y los piés, un potro que extiende y disloca todos los miembros, un garfio que desgarra, una bestia feroz que devora y despedaza, un fuego que rodea al hombre, lo abrasa y lo consume lentamente (1). Por esta causa, dice el mismo autor, sufrió Jesucristo todo cuanto es posible sufrir, todos los tormentos que han sufrido los mártires (2); el suplicio, en fin, que convenia á Aquel que queria satisfacer por las culpas de todos los pecadores. Aquel que era la santidad misma, la inocencia por esencia, habia cargado voluntariamente con la odiosa responsabilidad de todos los crímenes; por consiguiente, El se hizo el Hombre de todos los pecados, y segun la enérgica expresion de San Pablo, se hizo en cierto modo el pecado mismo (3). Del mismo modo, por su cruz, se hizo el Hombre de todos los dolores, de todas las miserias y de todos los padecimientos; El se hizo el dolor mismo, la miseria misma y el padecimiento por excelencia (4).

La concupiscencia, efecto y causa á un tiempo mis-

(1) In cruce omnium pœnarum genera concurrunt. Crux enim manus pedesque secat ut gladius, corpus distendit ut eculeus, lacerat ut ungula, laniat ut bestia, urit ut focus, adeoque lento quasi igne hominem assat et necat. (*Corn. à Lap.*)

(2) Quare Christus omnium Martirum tormenta sensit. (*Ibid.*)

(3) Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit. (II *Cor.*, V, 21.)

(4) Virum dolorum et scientem infirmitatem. (*Is.*, LIII, 3.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo del pecado, se habia propagado desde un principio por la culpa de los dos sexos, y habia sido despues para los dos sexos un gérmen y una ocasion de pecado. Los dolores y los sufrimientos del Hombre-Dios hubieran sido más que suficientes para expiarla, como la expiaron en efecto; sin embargo, para que la figura fuese completa exteriormente, quiso el Redentor que los dos sexos concurriesen á esta grande expiacion, á esta condenacion solemne; quiso que al lado de Jesus, *el Hombre de dolores*, se hallase tambien *la Mujer de dolores*, es decir, María, y que los padecimientos inefables del uno se comunicasen de la manera posible al otro.

Y bien, ¿qué entendimiento podrá jamas comprender, qué lengua podrá explicar jamas los tormentos del Hombre-Dios en la cruz? Su cuerpo es inocente, santo, puro y sin mancha; el nuevo Adan fué formado, lo mismo que el antiguo, de una tierra vírgen, de una carne extraña al desórden de la concupiscencia y del pecado; sin embargo, El tiene un verdadero cuerpo humano, compuesto de carne y de sangre, supuesto que lo tomó por los hombres, sus hijos, que, como observa el apóstol, están compuestos de carne y de sangre (1). Mas, como estos hombres son pecadores, esta carne, á fin de poderlos representar, es semejante á la carne de pecado (2); es decir, pasible, mortal, enfer-

(1) Quia pueri communicaverunt carni et sanguini, et ipse similiter participavit eisdem. (*Hebr.*, II, 14.)
(2) In similitudinem carnis peccati. (*Rom.*, VIII, 3.)

ma, como la carne del hombre despues de su caida, y por lo mismo, representa muy bien exteriormente nuestro *viejo hombre*, nuestra concupiscencia, el *cuerpo de pecado*. La justicia de Dios la aflige y la castiga, imponiéndole penas severas, debidas tan sólo á la carne pecadora, infestada por la concupiscencia y por la iniquidad. La concupiscencia tiene tres ramas principales: el amor de los bienes sensibles, el orgullo y la voluptuosidad; todas tres son castigadas y expiadas en esta carne, por un despojo absoluto, por los oprobios de todo género y los tormentos más atroces. Así como la concupiscencia infesta todo el cuerpo, sin dejar parte alguna exenta del desórden del pecado, así tambien el patíbulo en que Jesucristo es colocado pone todo su sagrado cuerpo en un horrible tormento, y no deja parte alguna de él que no le haga sentir un dolor particular. Sus ojos no encuentran más que objetos de compasion ó de horror, sus oidos no oyen otra cosa que insultos ó blasfemias, su frente es atravesada por las espinas, su lengua atormentada por la hiel, su cuerpo suspendido y asegurado con enormes clavos. La cruz, en que están extendidos violentamente sus sagrados miembros, disloca los huesos, dilata los músculos, rompe los nervios, y desgarra y destroza tambien las entrañas. Ni aun las partes más internas, ni aun la médula de los huesos está exenta de tormento. Jesus no experimenta otra cosa que dolor, dolor el más agudo y el más refinado, dolor universal, que le rodea y le penetra por todas partes, que le desgarra, le ator-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menta y le consume, y que le hace, en fin, el hombre de dolores, porque quiso recibir la forma del hombre de pecado.

¡Qué estado tan violento, qué situacion tan cruel para la humanidad santa del Salvador! Con mucha razon nos decia por la boca de un profeta: «¡Oh vosotros, todos los que me veis clavado en esta cruz, contemplad lo que sufro, y podreis decir despues si hubo jamas entre los hombres uno que fuese tratado con tanta crueldad, y si hay un dolor que pueda compararse al mio!» (1).

Observemos tambien que Jesucristo sufre todo esto en presencia de María, y que no sólo ve Ella, sino que calcula y penetra el exceso incomprensible de tantos padecimientos. Así como Ella es la Persona que se encuentra más próxima á la cruz, así tambien es la Criatura á quien esta cruz atormenta y aflige más cruelmente.

¡Misterio profundo de la sabiduría y de la justicia divina en el órden de la gracia! Los tormentos de María están en proporcion de su dignidad, de su virtud y de sus privilegios. Llena de gracias y Madre de Dios, excede en dignidad á todo lo que no es Dios. Ella se halla colocada, por decirlo así, en los límites de la creacion; Ella ha agotado todos los privilegios que una simple criatura es capaz de recibir; más allá de Ella no hay más que lo infinito y lo increado. Ella es,

(1) O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus! (*Thren.*, I, 12.)

dice San Agustin, la obra maestra del poder divino; superior á Ella no hay más que el que la formó (1). Esta es precisamente, dice San Amadeo, la medida de sus padecimientos. Así como no hay criatura alguna que, por el esplendor de sus privilegios y el mérito de sus virtudes, se haya aproximado más al Dios hecho hombre, ninguna tampoco se aproximó más á El por la multitud de los tormentos y la intensidad de los padecimientos (2).

No hay tormento alguno, no hay dolor ni padecimiento que pueda compararse á los tormentos, á los dolores y á los padecimientos de Jesucristo. De la misma manera jamas hubo en el mundo, añade el mismo padre, una pasion que pueda compararse ni aun remotamente á la pasion de María, exceptuando la de su Hijo (3). Con mucha justicia exclamaba el Profeta en su inspiracion: «¡Oh Vírgen incomparable! ¡Oh Hija desolada de Sion! ¡A quién podré comparar la inmensidad del dolor que ha quebrantado y destrozado vuestro corazon, sino á un mar inmenso y sin límites!» (4).

¡Ay! En María todo es misterio profundo, misterio

(1) Opus quod solus artifex supergreditur. (*S. Aug.*)

(2) Præ cunctis Sanctis fuit Christo vicinior, non tantum in odore unguentorum, sed in multitudine dolorum; non solum in gaudio consolationum, verum etiam in abundantia passionum. (*S. Amad.*)

(3) Nulla huic similitudo, nulla ad tantum mœroris acerbitatem accedit comparatio. (*S. Amad.*)

(4) Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, Virgo, filia Sion?... Magna est velut mare contritio tua. (*Thren.*, II, 14.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

impenetrable. Su concepcion inmaculada es un misterio, su virginidad purísima es un misterio, la abundancia de gracia es en Ella un misterio, y su dignidad eminente de Madre de Dios es un misterio. Así pues, concluye San Amadeo, el dolor de su corazon al pié de la cruz es tambien un misterio inexplicable é incomprensible (1). San Bernardino de Sena va todavía más léjos, pues asegura que ninguna inteligencia humana ni aun angélica ha podido jamas comprender ni explicar la violencia de la pasion de María; pero que, como Ella la dividió con Jesucristo, Jesucristo es el único que la comprendió, y que así como sola la Madre penetró, en cuanto era posible á una criatura, los padecimientos de su Hijo, así tambien este mismo Hijo es el único que comprendió los padecimientos de su Madre y conoció toda su intensidad (2).

Procuraremos, sin embargo, formar una idea de la grandeza de su amor, porque su dolor en la pasion de Jesus fué proporcionado á su amor á Jesus, y la vehemencia de este amor fué, dice el mismo padre, la materia que sirvió de pábulo á sus sufrimientos (3). Si, pues, el amor fué la medida de su dolor, examinemos, como dice Cornelio à Lapide, cuánto fué lo que Ella

(1) Effugit omnem sensum, humanos intellectus exsuperat concepta de passione Nati tristitia. (*S. Amad.*)

(2) Tanto dolore compasa est Virgo, ut inexplicabile sit linguæ angelicæ; et solus Jesus dicere potuerit, qui solus potuit maternos penetrare dolores. (*S. Bernard. Senen.*)

(3) Quo magis diligebat, plus doluit, et magnitudo amoris attulit fomenta passionis. (*S. Bernard. Senen.*)

amó, á fin de poder deducir cuánto fué lo que sufrió (1).

Es cierto en primer lugar que la sensibilidad y el afecto está en la mujer en proporcion de la delicadeza de su complexion y de la pureza de su corazon; esta es la razon por qué las personas delicadas, las mujeres puras, y sobre todo las vírgenes, tienen un temple de alma de una sensibilidad y de una amabilidad exquisita; ellas aman con un ardor vehemente y una ternura indecible. Y bien, jamas hubo complexion alguna más delicada, más graciosa ni más noble que la de María, la criatura más perfecta de todas las que, exceptuando la humanidad santísima de Jesucristo, han salido de la mano creadora de Dios, en quien la delicadeza de las facciones, la perfeccion de las formas y la excelencia de los órganos, lo mismo que la dulzura exquisita de sus sentimientos, no sólo no fueron alteradas por el pecado original, sino que fueron embellecidas y perfeccionadas por los atractivos de la gracia y por toda la riqueza de los dones celestiales, de que fué colmada por la mano de Dios desde el momento de su concepcion. ¡Qué pureza, pues, qué candor, qué belleza podria igualar á la suya, que eclipsa con su esplendor la pureza misma de los ángeles, y que atrae sobre sí las miradas y las complacencias de Dios (2)! ¡Espejo purísimo de la integridad virginal, que ningun aliento pro-

(1) Ut scias quantus fuerit dolor, cogita quantus fuerit amor. (*Corn. à Lap.*)

(2) Virginate placuit. (*Corn. à Lap.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fano empañó jamas (1)! ¡Carne inmaculada, siempre bella, siempre pura (2)! ¡Vos sois la que con vuestro candor agradasteis de tal modo al Verbo eterno, que quiso arraigarse en Vos y vestirse en Vos de una forma humana (3)! ¡Paloma de Dios, amiga de Dios, hermosa de Dios, lirio purísimo de los valles misteriosos (4)! Vos sois la que hicisteis germinar en vuestro seno la flor de Nazaret que se recrea entre los lirios de vuestra virginal pureza (5); y que cuando le concebisteis, os hizo en cierto modo más pura, más cándida y más vírgen que os encontró. Por consiguiente, si jamas hubo una vírgen más pura ni más bella que María, jamas hubo tampoco un corazon más dulce, un alma más tierna, más sensible, más afectuosa ni más amante que la suya. Y si Ella fué la más perfecta de todas las vírgenes, tambien fué la más abrasada de amor, y por lo mismo fué, dice San Lorenzo Justiniano, la más desolada y la más afligida de todas las madres (6).

Ademas, María habia concebido sin concurso alguno humano, y habiendo suministrado su sangre purísima la materia de que el Espíritu Santo formó la humani-

(1) Speculum sine macula. (*Sap.*, VII, 26.)
(2) Tota pulchra est. (*Cant.*, IV, 7.)
(3) In utero radices egit. (*Tertul.*)
(4) Amica mea, columba mea, formosa mea, lilium convalium. (*Cant.*, II, 1, 10.)
(5) Qui pascitur inter lilia. (*Cant.*, II, 16.)
(6) Quanto dilexit tenerius, tanto vulnerata est profundius. (*S. Laurent. Justin.*)

dad santa de Jesucristo, la carne de Jesucristo es la misma carne de María (1). Por esta razon María, como dice Cornelio à Lapide, fué más Madre de Jesucristo que las otras madres lo son de sus hijos. María fué en cierto modo su Padre y su Madre á un tiempo mismo, supuesto que el Verbo eterno recibió de Ella sola la sustancia que los demas hijos reciben de su padre y de su madre (2). María, por consiguiente, añade el mismo autor, ama mucho más á Jesucristo que las madres más tiernas han amado y amarán á sus hijos; el amor que para los otros hijos se encuentra dividido entre el padre y la madre, se encuentra unido en María; y así como Ella desempeñó para con Jesucristo el ministerio de Padre y de Madre, Ella tiene tambien respecto á El el amor de Padre y de Madre (3). Considerad tambien, dice San Amadeo, que las otras madres conciben sin saber el sexo ni las cualidades futuras de sus hijos. Ellas conciben sin reflexion y como por casualidad; ellas se ven obligadas á decir lo que la madre de los Macabeos decia á sus hijos: « Yo no sé de qué manera aparecisteis en mi seno; vosotros fuisteis forma-

(1) Caro Christi, caro Mariæ. (*S. Laurent. Justin.*)
(2) Beata Virgo magis fuit parens Christi quam sint aliæ matres suorum filiorum; nan ipsa in solidum fuit pater et mater Christi, quia ab ea Christus accepit omnem suam substantiam, quam alii non à sola matre, quam patris sed etiam à patre accipiunt. (*A Lap. in Luc.*)
(3) Consequenter amor inter Christum et matrem longe major fuit, quam sit inter alias matres et filios; adeoque amor qui intra patrem et matrem dividitur, in Virgine unitus et collectus fuit, quia ipsa tan matris vices subivit. (*A Lap.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos en él sin que yo lo supiese ó tuviese conocimiento alguno de ello» (1). María, por el contrario, ántes de concebir en su seno purísimo al Verbo eterno de Dios, supo por el ángel quién era el que iba á concebir, es decir, el Hijo unigénito del Padre, el mismo Hijo de Dios, y sobre esto le pidió su consentimiento. Por consiguiente, éste fué un Hijo á quien Ella habia conocido, á quien habia querido y á quien habia elegido ántes de verle, y por lo mismo lo amaba más que todas las madres aman á sus hijos (2). Si, pues, no hubo jamas hijo alguno concebido del modo que lo fué Jesucristo, prosigue San Lorenzo Justiniano, si jamas hubo una madre que engendrase de la manera que María, jamas hubo tampoco un amor más grande ni un dolor más intenso (3). San Buenaventura dice en términos más lacónicos: «Así como jamas hubo en el mundo un Hijo más amado, así tampoco hubo jamas un dolor agudo, más vivo ni más amargo» (4).

De ahí nace la especie de dificultad en que se encuentran los Padres cuando buscan palabras propias para expresar los padecimientos de María. Santo Tomas, con su precision teológica, se contenta con decir

(1) Nescio qualiter in utero meo apparuistis. (II *Mach.*, VII, 22.)

(2) Quæ enim mater dilexit filium suum ut ista? Non enim fortuito concepit, ut ceteræ mulieres. Sed Unicus Patris pia electione et gratuita bonitate matris visceribus influxit. In hoc est unde magis diligebat. (*S. Amad.*)

(3) Non fuit talis filius; non fuit talis mater; non fuit tanta charitas; non fuit dolor tantus. (*S. Laurent. Justin.*)

(4) Nullus dolor amarior, quia nulla proles charior. (*S. Bonaventuræ.*)

que los dolores de María fueron superiores á todos los que pueden experimentarse en esta vida (1). Pensamiento profundo en su aparente sencillez; es, en efecto, como si hubiera dicho que, así como María recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que una simple criatura puede recibir en esta vida, así tambien sufrió todo lo que una simple criatura es capaz de sufrir en este mundo.

Esta es tambien la opinion de San Amadeo, que afirma que, así como la santidad reunida de todos los hombres virtuosos no igualaria á la santidad sola de María, así tambien todos los dolores y todos los padecimientos reunidos de todos los hombres afligidos y desconsolados no igualarian á su dolorosa pasion (2).

Finalmente, de todo lo dicho deduce San Bernardino de Sena una consecuencia que á primera vista puede parecer una piadosa exageracion, pero que en el fondo es de una rigorosa verdad, refiriéndola á la inmensidad de los dolores del Hijo, y á la inmensidad del amor que hace á su Madre partícipe de ellos; dice, pues, que si los dolores que María sufrió en el Calvario se repartiesen entre todas las criaturas sensibles, ninguna podria sostener una sola porcion de ellos sin morir (3).

(1) Dolor Virginis fuit maximus inter dolores presentis vitæ. (*S. Thom. Aquin.*)

(2) Omnes dolores mundi si essent simul conjuncti, non essent tanti, quantus dolor gloriosæ Mariæ. (*S. Amad.*)

(3) Tantus fuit dolor Virginis, ut si inter omnes creaturas quæ pati dolorem possunt, dividerentur, omnes subito interirent. (*S. Bernard. Senen.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y si este mar de amargura, encerrado en su tierno corazon, le dejó la vida, siendo así que, dividido entre todas las criaturas, seria más que suficiente para causarles la muerte en el acto, esto no sucedió ni pudo suceder sin un grande y estupendo milagro. La pasion de María fué toda interior; Ella fué del carácter y de la naturaleza de la que puso á Jesus en agonía y le hizo sudar sangre en el huerto de las Olivas. Aquel espíritu de fuerza sobrenatural que sostuvo la vida del Hijo y le hizo no sucumbir bajo el peso de su profunda tristeza, capaz por sí sola de dar la muerte (1); aquel mismo espíritu conserva la vida á María en el Calvario y le libra de sucumbir bajo el peso de sus mortales angustias. Y ¡cosa admirable! el mismo Dios por quien Ella sufre, la sostiene en su dolor; por El sufre Ella sus tormentos, y en sus tormentos no vive más que por El (2).

Mas no debemos admirarnos del rigor inaudito é incomprensible de los tormentos que Jesucristo y su Madre Santísima sufrieron en el Calvario, si consideramos la malicia inaudita é incomprensible de Adan y Eva en el paraíso terrenal. Lo mismo en sus cuerpos que en sus almas, todo obedecia á la concupiscencia; por consiguiente, en el alma y en el cuerpo de Jesucristo y de su Madre todo debia ser inmolado á la ca-

(1) Tristis est anima mea usque ad mortem. (*Matth.*, XXVI, 38.)

(2) Non crediderim Dominam te potuisse stimulos tantos, cruciatus, quin vitam amitteres, sustinere, nisi ipse spiritus Filii tui te confortaret. (*S. Bernardin. Senen.*)

ridad. En aquellos fué todo sensualidad de la carne y perversidad del corazon; en Estos todo debia ser un tormento terrible para el alma y para el cuerpo. En aquellos el desórden del pecado fué inmenso; en Estos la pena debia ser inmensa, lo mismo que la satisfaccion que dieron por la culpa. Y así como Eva, por su infidelidad, se hizo en Adan y con Adan la reina de los apóstatas, así tambien María, por el rigor de sus padecimientos, se hizo en Jesucristo y con Jesucristo la Reina de los mártires (1). Es necesario ver tambien con cuánta razon y justicia conviene este título á María por todo lo que sufrió por nosotros en el Calvario.

La Escritura dice del antiguo Salomon que, despues de haberse sentado en su trono, hizo colocar otro junto al suyo, é hizo sentar en él á su derecha á Betsabé, su madre (2). Esta es una figura de lo que el verdadero Salomon, el Rey pacífico, hizo en el Gólgota. La cruz es, segun la profecía de David, el trono verdadero, desde el que principió Jesucristo á conquistar al mundo y á reinar en él (3). Las espinas son su corona, los clavos su cetro, la sangre de que está cubierto su cuerpo, que es todo una pura llaga, la vestidura y el manto real que le sirven de adorno. Tales son las extrañas insignias de soberanía que recibió de la pérfida Sinagoga, su madre desnaturalizada, en medio de las igno-

(1) Regina Martirum. (*Letan. Lauretan.*)

(2) Et sedit supra thronum suum; positusque et thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus. (III *Reg.*, II, 19.)

(3) Regnavit à ligno Deus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minias y de los tormentos; estas son, sin embargo, las insignias de su verdadera Majestad, de su verdadera gloria y de su verdadera grandeza, y el dia en que se adornó con ellas fué tan precioso para su corazon como penoso para su carne santísima. Este es el dia por el que suspiró su tierno corazon con una impaciencia indecible; este dia es para El el de una alegría indecible, porque en él celebra sus nupcias misteriosas con la Iglesia. Talas son, al ménos, las palabras con que se habla de él en el *Libro de los Cantares* (1). Mas en un dia tan solemne y tan glorioso para El no quiso sentarse sin su Madre en el trono de sus tribulaciones. El quiso que Ella fuese colocada tambien á su derecha y que dividiese con El su honor y su dolor.

¡Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fe, que son los únicos que pueden apreciarlo! ¡Adan y Eva pierden al pié del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado sobre todos los séres, y Jesucristo y María reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adan y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesus y María, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. ¡Gloria adquirida por la ignominia! ¡Grandeza, fruto de dolor! El Rey de

(1) Egredimini et videte, filiæ Sion, regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua, in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus. (*Cant.*, III, 11.)

los mártires hace reflejar tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa majestad, colocada en el exceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con El (1). Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazon de su Hijo se comunica al alma de María, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos y de sus angustias (2).

(1) Positus est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus. (III *Reg.*, II, 19.)

(2) Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate. (*Psal.*, XLIV, 10.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Continuacion de la materia precedente. Circunstancias particulares del martirio de María. Llanto de David por la muerte de Absalon. Fortaleza admirable de María, figurada por la fortaleza de la madre de los Macabeos. Explicacion de esta figura.

El martirio de esta majestuosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero ¿deberemos creer por esto que son para Ella ménos sensibles y ménos dolorosos? Es necesario recordar aquí, dice á propósito del asunto que nos ocupa San Amadeo, que hay dos especies de martirio: uno público y otro privado, uno manifiesto y otro invisible, uno corporal y otro espiritual (1). Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu, y son aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa más sensible aun que los padecimientos corporales (2). Tal fué el martirio de Abrahan miéntras se preparaba á inmolar, segun la órden que habia recibido de Dios, lo que más amaba

(1) Sciendum est duo esse genera martirii: unum in manifesto, aliud in occulto; unum patens, aliud latens; unum in carne, aliud in spiritu. (*S. Amad.*)

(2) Carne sancti Apostoli et Martires passi sunt: spiritu vero Sancti illi, qui quid passione carnis durius in suis spiritibus passi sunt. (*Ibid.*)

en el mundo: su hijo Isaac (1); y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba más que á su propia vida, sufrió un martirio mucho más doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo (2).

El martirio de María al pié del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir, todo espiritual é interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; Ella dividió con su Hijo su pasion y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias tales como jamas las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra (3). «Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; María sufre y muere con El. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con El su martirio, y que su corazon fué desgarrado por el mismo dolor que El sufrió. Y miéntras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina (4). Las espadas,

(1) Spiritu passus est Abraham, quando jussus est Issaac filium suum, quem unice diligebat, immolare. (*S. Amad.*)

(2) Vir iste supra carnem passus est, quia filium, quem carne propria plus amabat, offerre non distulit. (*Ibid.*)

(3) Hoc patiendi genere gloriosa triunfans venerandæ cruci dominicæ passionis inhæsit; hausit calicem; bibit passionem; et torrente doloris potata, nulli unquam similem potuit perferre dolorem. (*Ibid.*)

(4) Alii Sancti moriendo pro Christo, hæc commoriendo cum Christo, martir fuit et commartir Christi. Illorum corporale, Ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores» (1).

Cuanto más amaban á Jesucristo los mártires, ménos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de El. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormentos atroces de sus cuerpos, como expresaban San Márcos y San Marcelino (2). María, por el contrario, sufre tanto más al ver sufrir á Jesus, cuanto es mayor su amor; y su martirio es tanto más duro, cuanto que debe terminar para Ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesus. El Hijo que padece es el mismo Dios á quien Ella adora, y la grandeza de su amor, léjos de mitigar su dolor, como observa San Bernardo, no hace más que aumentarlo, irritarlo y hacerlo más vivo y más intenso (3). ¿Qué importa que se le perdone á Ella, si ve espirar en medio de atroces tormentos

riæ spirituale martirium. Martires suo, hoc est humano sanguine, sed Maria Filii, id est, Dei sanguine rubebat. (*Guillelm.*)

(1) Instrumentum martirii ejus fuit ipse Christus. (*Guillelm.*)

(2) Nunquam tan jucunde opulati sumus, cum hæc libenter pro Jesu Christi amore perferimus. (*Ibid.*)

(3) In aliis martiribus multitudo amoris dolorem lenivit; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit. (*S. Bernardinus.*)

á un Dios que es su Hijo? Ella le ama incomparablemente más que á Sí misma. «No puede, por consiguiente, comprenderse, no puede expresarse, dice San Anselmo, el rigor de su martirio; porque Ella fué mucho más dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo que por la muerte que Ella misma hubiera podido sufrir por El» (1).

Está escrito de David que, habiendo oido la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalon, se abandonó á una tristeza profunda, y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir: «¡Oh hijo mio Absalon! ¡Absalon, hijo mio! ¿Por qué no he muerto yo en tu lugar? ¿Por qué me he librado yo de la muerte miéntras tú la recibias? ¡Oh hijo mio Absalon! ¡Absalon, hijo mio!» (2).

Pues bien, si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que habia atentado contra la corona y contra la vida de su padre, ¿con cuánto más ardor no desearia María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene al mismo Dios por Padre, y que El mismo es Dios? En el exceso de su justo dolor repetiria Ella, arrebatada por un deseo

(1) Quale autem illud martirium fuerit, exprimi non potest adeo tamen durius fuit, ac si ipsa occideretur; quia plus Filium diligebat, quam seipsam. (*S. Anselm.*)

(2) Contristatus itaque rex... et flevit; et sic loquebatur vadens: Fili mi... quis mihi tribuat ut ego moriar pro te, Absalon fili mi, fili mi Absalon! (II *Reg.*, XVIII, 33.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucho más ardiente: «¡Oh Jesus, Hijo mio; Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesus mio! Supuesto que se necesitaba una víctima, ¿por qué no me ha sido dado serlo Yo? ¿Por qué no he sido Yo crucificada en tu lugar? ¿Por qué no te han perdonado á Tí, y me han dado á Mí la muerte? ¡Oh Hijo mio Jesus! ¡Oh Jesus, mi amado Hijo!» (1).

No deben causarnos sorpresa los pensamientos enfáticos de que se valen los Santos Padres cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre. San Basilio nos dice, en efecto, que María excedió tanto á todos los mártires en la vehemencia de sus padecimientos, cuanto el sol excede á los demas planetas en la abundancia de su luz (2). San Jerónimo, por lo mismo que el martirio de María fué interior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que Ella debe ser considerada como más que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazon, miéntras que su cuerpo está en los tormentos; y María, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazon atravesado y desgarrado (3). San Ildefonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podria representarse un martirio horrible y espantoso, pero que este martirio no daria

(1) O Jesu fili mi, fili mi Jesu! Quis mihi tribuat ut moriar pro te, Jesu fili mi, fili mi Jesu! (*S. Anselm.*)

(2) Virgo universos martires excedit tantum, quantum sol reliqua astra. (*S. Basil.*)

(3) Plus quam martir fuit; nam alii Sancti passi sunt in carne, Maria in anima. (*S. Hieron.*)

ni aun una pequeña idea del de María (1). Finalmente, San Anselmo asegura que no sólo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparacion de los padecimientos de María (2).

No puede, por consiguiente, imaginarse una cosa más grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazon de María... «Mas no, no nos engañamos, dice San Amadeo; sobre los padecimientos de María hay todavía una cosa más grande y más admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. ¡Cáliz misterioso de aflicciones, más amargo que la muerte! Sin embargo, María lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una Mujer sostenida por la gracia pudo sufrir sola lo que todos los hombres unidos no hubieran podido sufrir; Ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La Mujer venció al hombre, y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, así como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir (3).

La historia sagrada nos ofrece en la valiente madre

(1) Parum est Mariam in passione Filii tam acerbos dolores pertulisse, ut omnium martirum collective tormenta superaret. (*S. Ildefons.*)

(2) Quidquid crudelitatis inflictum corporibus martirum leve fuit, aut potius nihil in comparatione tuæ passionis. (*S. Anselm.*)

(3) Hausit poculum amarius ipsa morte; et quod hominum genus ferre non posset, adjuta divino munere femina valuit sustinere. Vicit sexum, vicit hominem, et passa est ultra humanitatem. (*S. Amad.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella ve con sus propios ojos á sus siete hijos, á quienes amaba tiernamente y aun más que á sí misma, sufrir, uno despues de otro, los tormentos más crueles y la muerte más atroz: porque les cortaron las extremidades de los piés y de las manos, les cortaron la lengua, les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos, les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo, y así mutilados, acabaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos más crueles. Ni la historia sagrada ni la profana ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamas los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo más cruel; jamas el corazon de una madre fué traspasado por un dolor más vivo. «No debe, pues, llamarse á esta mujer magnánima, dice San Agustin, mártir una sola vez, pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religion y la ley de Dios en medio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso (1), sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto (2). Como ella los amaba á todos, fué atormentada en cada una de ellos ántes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetia cada vez en su

(1) Novissime post filios consummata est mater. (*S. Aug.*)
(2) Septies martir fuit. (*Ibid.*)

corazon la horrible carnicería que veia hacer en cada uno de sus hijos» (1). Mujer admirable sobre toda expresion, como dice el texto sagrado. Madre verdaderamente extraordinaria, heróica y digna del homenage y de la veneracion de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no sólo tranquila, sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo dia (2). Y bien, léjos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida, uno despues de otro, del modo más bárbaro, su espíritu se regocijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduría divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atencion especial á sufrir religiosamente y á morir con valor (3). Ved con cuánta ternura y con cuánta fuerza se dirige su maternal elocuencia al más jóven, al más débil de sus hijos; ved cómo le ruega y le conjura, le insta y le persuade: «¡Hijo mio, le dice, amado y tierno hijo mio, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mio, de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado

(1) In omnibus passa est, quia amabat omnes. (*S. Aug.*)
(2) Supra modum autem mater mirabilis, et bonorum memoria digna, quæ pereuntes septem filios sub unius diei tempore conspiciens bono animo ferebat. (II *Mach.*, VII, 20.)
(3) Singulos illorum hortabatur... repleta sapientia, et feminæ cogitationi masculinum animum inserens. (*Ibid.*, 21.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criarte y hacerte llegar á la edad que tienes» (1). Mas ¿qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? ¿Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrílegas sugestiones del tirano? El tirano lo cree así y se atreve á lisonjearse de ello, y por esta causa recurre á la mediacion de la madre para hacer caer al hijo en la apostasía (2).

Mas esta madre heróica teme mucho más por la fe de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme más la apostasía que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la religion más alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo, que podria hacerle vacilar; por esta razon le invita con lágrimas y con las expresiones de un amor tan tierno á seguir el ejemplo de sus generosos hermanos y á morir mártir ántes que vivir impío, á temer á Dios y á despreciar los verdugos (3).

Pero ¿dónde ha adquirido esta generosa madre tal grandeza de alma? ¿Quién ha podido inspirar á una mujer, á una madre, un valor tan extraordinario? La

(1) Fili mi, miserere mei, quæ te in utero novem mensibus portavi, et lac triennio dedi, et alui, et in ætatem istam perduxi. (II *Mach.*, VII, 27.)

(2) Vocavit rex matrem, et suadebat ei ut adolescenti fieret in salutem. (*Ibid.*, 25.)

(3) Ut non timeas carnificem istum, sed dignus fratribus tuis effectus particeps suscipe mortem. (*Ibid.*, 29.)

esperanza firme é incontrastable, dice la Escritura, que ella habia puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habian de producir, no sólo en sus hijos, que eran las víctimas, sino tambien en todo el pueblo, que recogeria el fruto de ellas (1). Por esta causa el último de sus hijos decia al morir: «Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendrá una fuerza de expiacion en presencia del Dios todopoderoso. Nosotros somos unas víctimas por las que será satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nacion» (2).

Y ¿quién no ve en este ejemplo de sublime fortaleza, de generosidad extraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho más noble, de una generosidad todavía más extraordinaria y de una piedad mucho más perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera ve á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no ve más que á uno solo; pero este Hijo único de María, no sólo vale más que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente más que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es tambien Hijo de Dios. María, pues, le tenia un amor ma-

(1) Propter spem quam in Deum habebat. (II *Mach.*, VII, 20.)

(2) Ego... animam et corpus meum trado... invocans Deum maturius genti nostræ propitium fieri... In me vero et in fratribus meis desinet Omnipotentis ira, quæ super omne genus nostrum juste superducta est. (*Ibid.*, 37, 38.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yor que el amor reunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya lo hemos hecho notar, segun la doctrina de los Padres, su corazon fué más dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazon de todas las madres que han sido espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinidad de hijos.

Por lo demas, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María, por causa de Jesucristo, su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa ménos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignacion de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que va á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nacion por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvacion de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad (1). María piensa ménos en el acontecimiento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa San Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que va á ser aplacada por la inmolacion de su Hijo; este pensamiento de la redencion del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo (1). La madre de los Macabeos, léjos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á servir de víctimas expiatorias para un objeto tan noble, desea ardientemente y llama con la mayor alegría el momento en que ha de consumar esta grande expiacion con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada tambien como sus hijos (2). María, dice San Ambrosio, léjos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia misma, es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse Ella misma con El; por esta razon, dice el mismo San Ambrosio, procura excitar contra Sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor (3). Finalmente, la madre de los Macabeos, dice San Agustin, se hace más fecunda al entregar sus hijos á la muerte que cuando les dió la vida; porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que con-

(1) In me... et in fratribus meis desinet Omnipotentis ira, quæ super omne genus nostrum juste superducta est. (II *Mach.*, VII, 28.)

(1) Expectabat piis oculis Filii vulnera, ex quibus noverat hominibus redemptionem futuram. (*S. Ambros.*)

(2) Novissime autem post filios et mater consumpta est. (II *Mach.*, VII, 41.)

(3) Maria sese persecutoribus offerebat. (*S. Ambros.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

firma en la verdadera religion con el ejemplo de su heróica virtud (1). María igualmente se hace una Madre más fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en El y con El se hace Madre de todos los cristianos (2). ¡Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! ¡Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres.

(1) Fœcundior virtutibus quando filii passi sunt, quam fœtibus, quando nati sunt. (*S. Aug.*)

(2) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium mater diceretur et esset. (*Rup.*)

CAPÍTULO XIV.

Al someterse Jesucristo á la pena que Dios habia impuesto á Adan, quiere que María se someta tambien á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demas mujeres, *de parir con dolor*, experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en el eden: el pecado que Adan cometió y el castigo en que por él incurrió, la culpa y la pena.

Materialmente no hubo más que un pecado, pero moralmente este pecado fué complejo; fué un semillero de pecados, porque de parte del hombre hubo *rebelion manifiesta y desobediencia* al precepto de Dios; hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio, que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios, que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que sólo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo, finalmente, un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar más bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

firma en la verdadera religion con el ejemplo de su heróica virtud (1). María igualmente se hace una Madre más fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en El y con El se hace Madre de todos los cristianos (2). ¡Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! ¡Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres.

(1) Fœcundior virtutibus quando filii passi sunt, quam fœtibus, quando nati sunt. (*S. Aug.*)

(2) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium mater diceretur et esset. (*Rup.*)

CAPÍTULO XIV.

Al someterse Jesucristo á la pena que Dios habia impuesto á Adan, quiere que María se someta tambien á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demas mujeres, *de parir con dolor*, experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en el eden: el pecado que Adan cometió y el castigo en que por él incurrió, la culpa y la pena.

Materialmente no hubo más que un pecado, pero moralmente este pecado fué complejo; fué un semillero de pecados, porque de parte del hombre hubo *rebelion manifiesta y desobediencia* al precepto de Dios; hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio, que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios, que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que sólo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo, finalmente, un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar más bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

castigo. Los dos culpables, Adan y Eva, fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior, que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente, incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte, todavía más funesta, del alma; en la enemistad de Dios, y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos, que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros, que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores (1). La mujer fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor (2).

El Hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia, en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso, no sólo expiar la culpa,

(1) Maledicta terra in opere tuo. In laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. In sudore vultus tui vesceris pane. (*Génesis*, III, 17, 19.)

(2) Mulieri quoque dixit: Multiplicabo ærumnas tuas et conceptus tuos; in dolore paries filios; et sub viri potestate eris; et ipse dominabitur tui. (*Ibid.*, 16.)

sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para expiar el pecado se hace obediente, se humilla y sufre toda clase de dolores, porque Adan habia desobedecido, se habia llenado de orgullo y se habia abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía más semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el órden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir, la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella no le produce otra cosa, como El mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente, El quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir, la conversion de las almas, que El llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por excelencia (1).

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola excelencia y la dignidad de su sacrificio, expió los pecados del mundo, quiere, sin embargo, que María se asocie á este sacrificio expiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraíso terrenal. El quiere, no sólo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la expiacion de la culpa, sino que tambien sufra la pena. Y como, ademas

(1) Ege cibum habeo manducare, quem vos nescitis... Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV, 32, 34.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la pena comun á los dos culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adan como hombre, quiere tambien que María tome sobre Sí y experimente la pena impuesta á Eva como mujer. Ved aquí por qué la Madre de Dios, que á nadie reconocia superior á Sí, excepto á Dios, que es su Hijo, se sometió á su santo esposo, que no era más que un simple hombre, y estuvo sujeta á él de la manera más humilde y más perfecta, y ademas de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor (1).

El apóstol San Juan, en su *Apocalípsis*, habla del prodigio singular de una mujer misteriosa rodeada del esplendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus piés sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros y sufria horribles tormentos para dar á luz el fruto que llevaba en su seno (2).

Pues bien, San Agustin afirma que esta Mujer extraordinaria es María, que María fué verdaderamente revestida del esplendor del Sol de justicia, que tomó en Ella carne humana y reposó en su seno; que El adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció, y que Ella huella con sus piés inocentes la luna, es decir, la in-

(1) Sub viri potestate eris. In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)
(2) Et signum magnum apparuit in cœlo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim. Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 1, 2.)

constancia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero ¿cómo puede decirse tambien de María que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de María es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir, que parió sin dolor (1)? Oigamos sobre este particular un pasaje elocuente y sublime del santo obispo Amadeo. «María, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y así como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor, no habiendo causado en Ella el parto alteracion alguna, así como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) Ella hubiera concebido con una satisfaccion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor, y el fruto que una ignominiosa satisfaccion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor y con los dolores más agudos» (2). «¡Oh bella y noble prerogativa de María! Con-

(1) Maria fuit expers maledictionis Evæ, quia peperit sine dolore. (*S. Thom.*, 3, p. 9, 30.)
(2) Peperit eum salva virginitate, quia salvo pudore concepit. Peperit inviolata, quia illibata suscepit. Et quia in delictis non concepit, absque dolore peperit; nullum habens in conceptione

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tinúa el santo obispo. Ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfaccion. Despues de haber concebido á su Hijo permanece Vírgen, y despues de haberle dado á luz queda más pura. Todo fué divino en este parto inefable: el Hijo que nació fué divino, la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz» (1).

Ved aquí, pues, prosigue el mismo padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María del parto de Eva: Eva parió en la corrupcion, y María en la pureza; Eva parió en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia: porque Eva parió al esclavo, y María al Señor; Eva al culpable, y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendia asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asisten al de María para servirle. Evá en su parto tiene el espíritu lleno de espanto y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se ve colmada, por la virtud

contagium, nullum passa in partu dissidium. Si enim (quod nefas est cogitare) in carnis voluptate conciperet, procul dubio in partu doleret. Hinc est quod usque hodie filiæ Evæ in dolore pariunt, et quod cum dulcedine excipiunt, in magna carnis amaritudine profundunt. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(1) Nec in carne delectata, nec carne cruciata, et in conceptione virginior et in partu extetit sanior: obstetricante illa manu, de qua ait Psalmista: Fiat manus tua ut salvet me. (*S. Amad.*, homil. 4.)

misma de Dios, de un santo gozo y de la alegría más pura (1).

Si, pues, María fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demas mujeres cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor (2); si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo habia concebido sin mezcla alguna de concupiscencia, ¿cómo nos la representa el discípulo amado, y nos la manifiesta bajo la figura de una madre víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso (3)?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el Primogénito de una familia compuesta de muchos hijos (4). Pues bien, si es de fe que María no concibió ni parió segun la carne más que un solo Hijo, que es Jesucristo, es necesario que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos (5).

Ved aquí, pues, en María dos generaciones y dos partos: el uno corporal y el otro espiritual, el uno en

(1) Eva parit corrupta, Maria in corrupta peperit; Eva in dolore, Maria in salute; Eva in vetustate, Maria in novitate; illa peccatorem, ista justificantem à peccato. Evæ parturienti draco insidiatur; partuit Mariæ ab angelis ministratur. Evam parturientem tremor cordis occupat; parientem Mariam virtus divina lætificat. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(2) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(3) Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 2.)

(4) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)

(5) Carnales nullos habeat beata Virgo præter Christum, ergo spirituales habeat necesse est.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Belen y el otro en el Calvario, el uno de su carne purísima y el otro de su eterno corazon, el uno segun la naturaleza y el otro segun el amor, el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios (1), y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generacion del Padre eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generacion de Eva, que no da á luz más que hombres pecadores. Así, pues, en esta segunda generacion no da á luz María más hijos que los mismos de Eva; por consiguiente, no los pare sino con la misma condicion; es decir, que así como Eva no da á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare tambien en el dolor. Cuando San Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que sólo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazon por los padecimientos, y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion (2).

(1) Quod ascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. (*Luc.*, I, 35.)

(2) Clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XI, 2.)

Jesucristo sufrió en su Persona, y esto de una manera tanto más dolorosa cuanto fué más espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente experimentó en Sí misma, y de una manera tanto más sensible cuanto era más espiritual, la pena impuesta á la mujer, de parir en el dolor (1). La sentencia pronunciada contra Adan, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le produciria más que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su extension sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporcion de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que, al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasion de Jesucristo, experimenta los dolores que no experimentó al dar á luz á su Hijo inocente (2). Pero esto no es bastante, prosigue San Bernardo, porque no sólo experimentó Ella en su parto misterioso del Cal-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(2) Quos dolores partus effugit pariens, illos tempore passionis sustinuit. (*S. Joan. Damasc.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vario los dolores que debió sufrir en el de Belen, si hubiera parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entónces fué dispensada, lo sintió mil veces más fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion (1). San Bernardino de Sena, que es, entre todos los doctores, el que más ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pié de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de Madre de los cristianos á costa de sus dolorosas angustias; porque María, al darnos á la luz, á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural; sufrimientos y tormentos inauditos, pues que de todas las criaturas animadas, la mujer es la que más sufre en el parto. Y la razon es clara: debiéndonos María parir á todos, debia sufrir particularmente por todos (2).

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de

(1) Nunc solvisti, Virgo, cum usura, quod in partu non habuisti à natura. Dolorem pariendo Filium non sentisti, quem millies replicatum, Filio moriente, passa fuisti. (*S. Bernard.*)

(2) Maria doluit in morte Filii, et acerbos pertulit cruciatus, ut ipsis omnium fidelium mater constitueretur; quia omnium matrum collective dolores adæquavit, omniumque parturientium cruciamenta in hac conspiraverunt matrem. (*S. Bernardin. Senen.*)

María. En efecto, Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto (1). No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que sólo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser Madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque sólo Dios podia hacer que una Vírgen fuese madre permaneciendo vírgen y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos, que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel (2). El Hijo de María es Jesucristo, que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace Salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por excelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion (3). El hijo de Raquel valia por sí solo más que todos los hijos de Lia; porque ¿qué hubiera sido, no sólo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho más que todos los hijos de las demas madres; porque ¿qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María, que los salvó de la esclavitud del pecado y de

(1) Virum non cognosco. (*Luc.*, I, 34.)
(2) Inde pastor egressus est, lapis Israel. (*Genes.*, XLIX, 24.)
(3) Pastor bonus, lapis angularis. (*Joan.*, X, 14; *Ephes.*, II, 20.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la muerte? Pero lo que conduce más á nuestro propósito es que apénas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que éste no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó *José*, que significa *union y acrecentamiento* (1); despues exclamó ella en un rapto profético: «Dios hará de manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo» (2).

Jesus igualmente es para María la prenda y la garantía de otro hijo, pues que, hablando de su parto, se dijo que habia dado á luz á su HIJO PRIMOGÉNITO (3), lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel, y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ¡ay! ¡Qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos y el de los dos primogénitos de las dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el más leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del más puro gozo, y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los más santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se ve reducida á la más dolorosa agonía (1). Por esta razon Raquel le llamó *Benoni*, ó *el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió (2). El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazon tormentos inmensos, en el momento en que Ella le parió en el Calvario; es, por consiguiente, el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida.

(1) Filius acrescens Joseph. (*Genes.*, XLIV, 22.)
(2) Vocavit nomen ejus Joseph, dicens: Addat mihi Dominus filium alterum. (*Genes.*, XXX, 24.)
(3) Peperit Filium suum primogenitum. (*Matth.*, I, 25.)

(1) Ob difficultatem partus... Egrediente autem anima præ dolore et imminente jam morte; vocavit nomen filii sui Benoni, id est filius doloris mei. (*Genes.*, XXXV, 17, 18.)
(2) Mortua est... Rachel. (*Ibid.*, 19.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XV.

Jesucristo y María nos dieron á luz en el Calvario á la vida de la gracia, así como Adan y Eva en el paraíso terrenal nos engendraron para el pecado. Cumplimiento de la profecía de Isaías, que anunciaba que una mujer daria á luz á todo un pueblo. Explicacion de la palabra *Eva*. Cuando Adan dió á Eva, despues de su pecado, el título de *madre de los vivientes*, se refirió principalmente á María; este título tuvo en Ella toda su realidad. El nombre de Eva, tomado literalmente, es tambien una figura y una profecía de las palabras que Jesus dirigió á María desde la cruz. Deberes que resultan para los cristianos del misterio que se ha expuesto y explicado en esta obra.

¡Cuán grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz, y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre (1). Nuestra salvacion procede, pues, de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo órden de providencia y de gracia,

(1) Sed nova creatura. (*Galat.*, VI, 15.)

y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adan y con Adan junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz (1).

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que, derramada sobre la tierra, hace germinar, como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que, sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores, porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo, en el que nuestro *viejo hombre* es crucificado, expía el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta, en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldicion, para ser bendecidos de nuevo, y mueren, para renacer á una nueva vida; debemos, repito, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Le pertenecen, en primer lugar, porque, como dice San Agustin y el venerable Beda, el Verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María (2). En segundo lugar, porque la recibió de Ma-

(1) Sicut in Adan omnes moriantur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. (1 *Cor.*, XV, 22.)

(2) Caro Christi, caro Mariæ. (*S. Aug.*) Carnem non aliunde, sed materna traxit ex carne. (*V. Bed.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría sin mezcla alguna de carne extraña. En tercer lugar, porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnacion, y Ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María, por consiguiente, no sólo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con El, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino tambien porque este cuerpo, en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte, es todo de María; por esta razon todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvacion procede de que esta carne, verdaderamente humana, está sustancialmente unida en Jesucristo á la Persona divina del Verbo, y que en El y por El es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfaccion de un valor infinito, digna, por lo tanto, de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la Persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad, en la cual se ofrece, lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien, esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; Ella la alimentó con su leche, Ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obediencia; la generacion espiritual que se obra por esta

carne divina se remonta, por consiguiente, hasta Jesucristo, y al mismo tiempo hasta María: hasta Jesucristo, que ofrece el sacrificio y le da un valor infinito, y hasta María, que fué la que suministró la víctima.

En el paraíso terrenal Adan pecó más gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es, pues, el que se trasmite á todos los hombres. Mas este pecado, que todos cometimos en Adan, que todos recibimos de Adan, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva habia cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese (1), y por lo mismo, el pecado de Adan es tambien el de Eva. Aunque el pecado de Adan sea propiamente el que nos causa la muerte (2), esta muerte, sin embargo, procede de la cooperacion y de las manos de Eva. Ved aquí por qué Jesucristo padece en el Calvario más que María; y como El padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debia nacer de El, en cualidad de una Cabeza y de un Padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia, que hemos obtenido en Jesucristo y que recibimos de Jesucristo, la mereció El mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razon el sacrificio de Jesucristo es tambien el de María. Y aunque solo Jesu-

(1) Tulit... deditque viro suo, qui comedit. (*Genes.*, III, 6.)
(2) In quo omnes moriuntur. (I *Cor.*, XV, 22.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristo sea propiamente el que nos engendra y nos vivifica (1), sin embargo, esta vida nos viene tambien por la cooperacion y por las manos de María.

Mas ¿qué hace María en el Calvario, en pié é inmóvil junto á la cruz? ¡Ay! Ella participa de los sufrimientos y de la generacion misteriosa de Jesucristo; en El y con El, dice San Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos da á luz para la vida (2).

Así, pues, Adan en el misterio de iniquidad que nos da la muerte tiene una compañera, y Jesucristo tiene otra Compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María, no sólo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopcion, sino que tambien lo está á los crueles tormentos del Hijo eterno en su generacion. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el sér, no sólo del amor del Padre y de los sufrimientos del Hijo, sino tambien de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera Madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adan y del orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razon las palabras que Dios pronunció contra Eva, *Tú parirás en el dolor*, son á un tiempo mismo una ley y un misterio, una condenacion y una profecía. Desde este instante los padecimientos

(1) In Christo omnes vivificabuntur. (I *Cor.*, xv, 22.)
(2) Erat magno dolore parturiens. (*S. Bernard.*)

son una condicion inevitable para ser madre, no sólo en el órden de la naturaleza, sino tambien en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino á precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir (1). Eva, que no se hace madre de los hijos del hombre sino sufriendo en su cuerpo los dolores más agudos, es la figura de María, que para ser Madre de los hijos de Dios sufre en su corazon los tormentos más atroces y más intensos (2).

Entónces fué cuando se cumplió á la letra el prodigio estupendo que el profeta Isaías habia anunciado en los términos pomposos que le sugeria su admiracion: ¿Quién ha visto jamas, quién ha oido referir jamas un acontecimiento tan singular y tan extraordinario? ¡Cómo es posible que un solo dia, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente de un solo parto! Sin embargo, así es como Sion ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay más aun: el parto ha precedido á la concepcion, y ántes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto (3).

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)
(2) Erat magno dolore parturiens. (*S. Bernard.*)
(3) Quis audivit unquam tale? Et quis vidit huic simile? Nunquid parturiet terra in die una, aut parietur gens simul, quia parturivit et peperit Sion filios suos? Antequam parturiret, peperit; antequam veniret partus ejus, peperit masculum. (*Is.*, LXVI, 7, 8.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y bién, ¿cuál es esta misteriosa Sion, que de un solo parto engendra y se hace Madre de un pueblo entero? ¿Cuál es en este pueblo el que nace de repente, á un tiempo mismo, como sin haber sido concebido; que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que ve la luz aparece en toda la fuerza de la edad viril? ¿Es posible no reconocer á María en esta Sion, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que, apénas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus apóstoles y de sus mártires?

¡Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pié de la cruz! Reconozcamos que, despues de Jesucristo, debemos á Ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo, su primogénito, tuvo su tumba, nosotros, sus hijos segundos, tenemos la cuna. Donde El muere, nosotros nacemos; pero renacemos por Ella, porque Ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda, mas el pueblo que Ella parió es innumerable (1).

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adan lo es de Jesu-

(1) Erat magno labore parturiens. (*S. Bernard.*)

cristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel á Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de *Eva*, en el lenguaje original de los hebreos, significa *viviente*, *vivificante*, ó simplemente *vida*, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea *havo* ó *hava*, y del imperativo *have*, que significa *vivid* ó *vivid muchos años*. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los latinos, entre los que la palabra *ave* es una salutacion, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de Eva ó de *viviente* ó de *madre de los vivientes;* este nombre tan grande, tan noble y tan glorioso, fué dado á la primera mujer por Adan, su esposo, despues de la prevaricacion de esta mujer infortunada, y despues que, en castigo de su pecado, habia ella oido de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable; porque apénas habia acabado el Criador de decir á Adan: *Tú eres mortal y tú morirás*, cuando volviéndose Adan hácia Eva, le dice: *Tú eres la vida* (1).

Pero ¡qué extraño contraste se verifica! Exclama San Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir, tan-

(1) (Dixit Deus) pulvis es, et in pulverem reverteris. Et vocavit Adam nomen uxoris suæ, Eva: eo quod mater esset cunctorum viventium. (*Genes.*, III, 19, 20.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to en el órden corporal como en el órden espiritual; sin embargo, en estas circunstancias es cuando Adan le da el nombre grande de Eva, es decir, de *vida* ó de *viviente*. Eva por su pecado acaba de causar una revolucion espantosa en toda la naturaleza; ella ha traido la muerte, no solamente sobre sí, sino tambien sobre su esposo y sobre toda su posteridad (1); por consiguiente, desde este momento nos da á luz para la muerte; y sin embargo, entónces es cuando Adan la llama *madre de todos los vivientes*. ¿Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oidos de Eva la palabra de *muerte*, le dirija Adan un saludo, un deseo de *vida* (2)?

Es indudable, dice el mismo doctor, que al hablar así Adan á la primera Eva, tenia presente á la segunda, es decir, á María. A esta segunda Eva fué á quien él dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola *vida y Madre de todos los vivientes*. Este nombre sólo se dió á Eva por enigmas y por figura; pero literalmente y en la realidad se dirigió á María (3).

¡Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! ¡Apénas el

(1) Per peccatum mors. (*Rom.*, v, 12.)

(2) Illa (Eva) mater viventium vocata est postquam audivit: Terra es, et in terram reverteris; et mirum est quod post transgressionem hoc magnum cognomen habuit. (*S. Epiphan., hæres.* 78.)

(3) Beata mater Dei Maria per Evam significabatur, quæ per ænigma accepit ut mater viventium vocaretur... Per ænigma mater viventium appelata est. (*S. Epiphan., hæres.* 78.)

hombre consuma su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdon! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza, y en la mujer que está á su lado ve Adan la figura de otra Mujer semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador, enemigo de Dios, se hace un profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hácia el árbol santo de la cruz. Allí ve por una parte al Adan celestial, al Adan inocente y fiel, que se coloca en el lugar del Adan terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que éste ha merecido, expía su pecado, se sacrifica y sufre la muerte (1). Por otra parte ve á María asociada á los padecimientos de Jesucristo, y que en El y con El engendra los hijos de la nueva alianza; él ve el número de sus hijos, ve su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva, que concibe en el pecado, que pare para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el in-

(1) Agnus occisus ab origine mundi. (*S. Epiphan., hæres.* 78.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fierno, y á la que ningun otro nombre conviene mejor que el de *madre infortunada de los muertos*, saluda desde léjos á María, que concibe á los hombres para la gracia, que los pare para la inmortalidad, que multiplica sus hijos para poblar el cielo, y á la que, por consiguiente, el nombre de Madre afortunada, de Madre dichosa de todos los vivientes, conviene propia y literalmente (1).

Mas ved aquí el modo con que los misterios del Calvario son, no solamente anunciados, sino tambien puestos, por decirlo así, en accion, y representados en el paraíso terrenal cuatro mil años ántes que se cumpliesen. Despues que Adan incurrió en la muerte, despues que Eva fué condenada á las molestias y á los dolores del parto, cuando uno y otro principiaban á experimentar los efectos funestos de su condenacion respectiva, Adan proclama á Eva *madre de los vivientes*. Pues bien, esto es lo que sucede precisamente en el Calvario. Jesucristo muere allí, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra Adan, y María pare en el dolor, cumpliendo la sentencia pronunciada por Eva; entónces es cuando el verdadero Adan se vuelve hácia la verdadera Eva, la *Madre de todos los verdaderos vivientes*. Porque en el momento en que, designándole á San Juan, le dice: MUJER, HE AHÍ TU HIJO, es como si le hubiera dicho: Mujer, ¿ves á Juan, que está presente? El es puro, él es santo, él es fiel, él es viviente

(1) Vocavit Adam nomen uxoris suæ, Eva: eo quod mater esset cunctorum viventium. (*Genes.*, III, 20.)

con la vida de la gracia. ¡Pues bien! Hé ahí precisamente cuáles son los hijos de que te haces Madre en este momento: hijos puros, santos, fieles, VIVIENTES. Los clavos que desgarran mi carne, atraviesan tambien tu corazon; tu alma participa de los sufrimientos de mi cuerpo. Por tu afliccion profunda has entrado conmigo en sociedad de penas y de tormentos; participa tambien conmigo de la recompensa. Tú has sufrido por Mí; sé fecunda conmigo. Los hijos que reciben el sér de Mí, lo reciben igualmente de Tí. Ellos te pertenecen por la misma razon que me pertenecen á Mí. Tú los has dado á luz con tu dolor, como Yo con mis llagas y mi sangre. Hé ahí, pues, que ya han nacido esos hijos queridos; hé ahí el tipo y el modelo en la persona de Juan; Yo soy el Redentor, Tú eres la Madre (1).

La salutacion que Adan dirige á Eva, el título que le da de *madre de los vivientes*, es, pues, la prediccion de la maternidad preciosa de María, y repetida como por un eco fiel, resuena en el Calvario. Allí es en efecto donde el verdadero Adan constituye y declara á María Madre, especialmente de aquellos que son fieles como San Juan; Madre de los hombres purificados con la sangre del Hijo de Dios y vivificados por su muerte, Madre de los verdaderos hijos (2).

Aunque la exclamacion de Adan, al dirigirse á Eva, sea eminentemente misteriosa y profética, y aunque,

(1) Ecce filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)
(2) Et vocavit nomen uxoris suæ, Eva. (*Genes.*, III, 20.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como ya lo hemos hecho notar con San Epifanio, tenga ella su sentido real y completo en un porvenir lejano, tiene tambien una significacion inmediata y un sentido para el presente. Este sentido, aun cuando sea ménos noble y ménos importante que el primero, no por eso es ménos verdadero, ménos legítimo ni ménos real. Adan, pues, al profetizar la maternidad de María, quiso tambien proclamar la de Eva; porque si María debia ser la verdadera *Madre de los vivientes* que nacerian del segundo Adan, del Adan celestial, no es ménos cierto que Eva debia ser madre de los vivientes que habian de nacer del primer Adan, del Adan terreno. Y no sólo por una vez la llama *Eva*, sino que forma su nombre de esta magnífica palabra, y en adelante no debe ella ser distinguida ni llamada sino por este nombre. Este nombre no es arbitrario y comun, sino propio y particular de ella sola; él está fundado en la cualidad y en la condicion misma de la persona que lo recibe. Es un nombre característico, que no conviene más que á ella; es un nombre que no puede recordar ni pronunciar la persona que lo lleva, sin acordarse de la dignidad de que se halla investida; es decir, que Adan quiere, no solamente que su esposa se considere á sí misma como la *madre de los vivientes*, sino que sea considerada, reconocida y honrada bajo esta cualidad por todos sus descendientes. Esto fué como si hubiera dicho á su posteridad: Vosotros, todos los que nacereis de mí y me mirareis como vuestro padre, considerad que no descendeis de mí sino por medio de

Eva. Ved, pues, en ella la madre universal, la madre comun (1).

Lo que Adan dijo implícitamente en el paraíso con respecto á Eva, lo dijo Jesucristo explícitamente en el Calvario con relacion á María. Despues de haber mostrado á María sus hijos en la persona de San Juan (2), muestra tambien á San Juan ó á sus hijos la Persona de su Madre en María (3).

¡Cuán clara es y cuán sensible la consonancia y la armonía del lenguaje de uno y otro Adan! El uno designa á Eva como la madre comun de todos los hombres que nacerian de él en el órden de la naturaleza (4), y el otro designa á María como la Madre comun de todos los hombres que habian de nacer de El en el órden de la gracia (5). Al lado de estos dos padres, que engendran, el uno en el pecado y el Otro en la justicia, el uno un pueblo de réprobos y el Otro un pueblo de justos, ved aquí dos mujeres, ved aquí dos madres con las que cada uno de ellos divide la accion generadora de su respectiva descendencia, dividiendo los honores de la paternidad; y sin embargo, los dos dan á sus mujeres el título magnífico de *madre*, y de este título forman su nombre propio, su nombre distintivo y característico, que anuncia toda su dignidad y

(1) Mater cunctorum viventium. (*Genes.*, III, 20.)
(2) Ecce Filius tuus. (*Joan.*, XIX, 26.)
(3) Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. (*Ibid.*, 27.)
(4) Mater cunctorum viventium. (*Genes.*, III, 20.)
(5) Ecce mater tua. (*Joan.*, XIX, 27.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toda su grandeza (1), y este nombre, que ellas deben llevar, es tomado de lo que ellas son en sí. Todos los hombres que nacen para la tierra, nacen de Adan por Eva; no hay, pues, nombre alguno más adecuado que el de *madre de los vivientes*, que se le ha dado. Todos los hombres que han de nacer para el cielo, nacerán de Jesucristo por María; no hay, pues, título más exacto que el de *madre de todos los fieles*, que se le ha dado igualmente.

Estas consideraciones son tan instructivas como nobles y elevadas. Al manifestar lo que Jesucristo y María hicieron por la salvacion de los demas, publicamos altamente lo que debemos nosotros hacer por la nuestra. Ya hemos visto cómo se sometió Jesucristo, para salvarnos, á la pena impuesta á Adan, *de adquirir el pan cotidiano con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente*, y cómo María, para cooperar á esta misma salvacion, se sometió igualmente á la pena impuesta á Eva, *de dar á luz sus hijos en el dolor*. Este ejemplo nos manifiesta, mejor que cualquiera otra instruccion, la necesidad en que nosotros, hijos de Adan y Eva, estamos de cultivar la tierra ingrata de nuestro corazon para arrancar de ella las malas yerbas, las tristes espinas de las pasiones culpables y de las afecciones profanas, de que es tan fecunda; de remover este suelo con aplicacion, de regarlo con nuestros sudores, luchando incesantemente con nosotros mismos, velando contínuamente sobre nosotros, orando sin cesar para asegurarnos el pan de la gracia, que es la vida del espíritu, y producir, como nos lo advierte el Espíritu Santo, no un alimento defectuoso, sino un alimento sólido y durable, que nos fortifique para la vida eterna (1). Todo esto nos costará sin duda alguna mucha fatiga, mucho trabajo, muchos padecimientos y tal vez una agonía de sangre, porque la Escritura nos dice que debemos agonizar por nuestra alma (2), y que alguna vez hay necesidad de luchar con nosotros mismos hasta derramar sangre (3). Mas el ejemplo de María, que nos dió á luz en medio de los dolores más agudos y de las más crueles angustias, nos dice que los sufrimientos son una ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazon al Verbo divino por medio de la fe, y á conservarle por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos (4). ¡Y qué! ¿Pudo Jesucristo hacerse el Hombre del dolor, pudo María hacerse la Reina de los mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? ¿Es posible que me tenga yo mismo ménos amor que me han tenido Ellos, y que me

(1) Mater cunctorum viventium. Ecce mater tua. (*Genes.*, III, 20; *Joan.*, XIX, 27.)

(1) Operamini, non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. (*Joan.*, VI, 27.)

(2) Agonizare pro anima tua. (*Eccli.*, IV, 33.)

(3) Nondum enim usque ad sanguinem restitistis. (*Heb.*, XII, 4.)

(4) Qui verbum Dei spiritualiter auditu fidei concipere et in suo corde parere et alere studuerint, in dolore pariant. (*V. Bed.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y María hicieron por mí? ¿Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesus y á María cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

¡Divinos Personajes, que, unidos á una misma cruz fuísteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! ¡Ah! ¡Haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! ¡Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes Vos, oh Jesus mio, sois el Esposo, y Vos, oh tierna María, sois la Madre! ¡Ah! ¡Haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazon! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la más tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido, animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisicion del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos da derecho á la posesion de la vida eterna (1).

(1) Non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. (*Joan.*, VI, 27.)

FIN.

ÍNDICE.

PÁGS.

PRÓLOGO. 1

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO. — El valor de las mujeres que acompañan á Jesus crucificado es una prueba de su divino poder y de su autoridad. Actitud sublime de María y de San Juan al pié de la cruz. Palabras que les dirige Jesucristo. 9

CAP. II. — Explicacion literal de estas palabras de Jesucristo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo;* y de estas otras á San Juan: *Hé ahí tu Madre.* Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José. Figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado. 17

CAP. III. — Cualidades de una mujer, y en particular de una madre. Su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres, en el órden espiritual, no pueden existir sin una madre. 28

CAP. IV. — Jesucristo debió comprendernos en la donacion que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida, al parecer, de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte. 37

CAP. V. — Dificultad que hay para conciliar la realidad de la filiacion de San Juan con la nuestra. Se responde á esta dificultad con la regla más recibida sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos, y se confirma esta regla con varias interpretaciones de los Padres. . . 47

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y María hicieron por mí? ¿Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesus y á María cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

¡Divinos Personajes, que, unidos á una misma cruz fuísteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! ¡Ah! ¡Haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! ¡Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes Vos, oh Jesus mio, sois el Esposo, y Vos, oh tierna María, sois la Madre! ¡Ah! ¡Haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazon! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la más tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido, animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisicion del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos da derecho á la posesion de la vida eterna (1).

(1) Non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. (*Joan.*, VI, 27.)

FIN.

ÍNDICE.

PÁGS.

PRÓLOGO. 1

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO. — El valor de las mujeres que acompañan á Jesus crucificado es una prueba de su divino poder y de su autoridad. Actitud sublime de María y de San Juan al pié de la cruz. Palabras que les dirige Jesucristo. 9

CAP. II. — Explicacion literal de estas palabras de Jesucristo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo;* y de estas otras á San Juan: *Hé ahí tu Madre.* Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José. Figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado. 17

CAP. III. — Cualidades de una mujer, y en particular de una madre. Su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres, en el órden espiritual, no pueden existir sin una madre. 28

CAP. IV. — Jesucristo debió comprendernos en la donacion que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida, al parecer, de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte. 37

CAP. V. — Dificultad que hay para conciliar la realidad de la filiacion de San Juan con la nuestra. Se responde á esta dificultad con la regla más recibida sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos, y se confirma esta regla con varias interpretaciones de los Padres. . . 47

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cap. VI. — Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos. Su aplicacion á las palabras que Jesucristo crucificado dirigió á María y á San Juan. Oscuridad de estas palabras cuando sólo se entienden en el sentido inmediato. No se comprenden bien, ni parece que tienen una exactitud rigorosa, sino en tanto que se descubre tambien en ellas el misterio de nuestra adopcion. 57

Cap. VII. — La nueva alianza fué celebrada, lo mismo que la antigua, en forma de testamento. Formalidades y sustancia del testamento de Jesucristo en el Calvario. El destino de María para que sea nuestra Madre forma parte de él y es su complemento. 80

Cap. VIII. — El amor que Jesucristo nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su Madre. Con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos, y pone el sello á la obra de la redencion. 90

Cap. IX. — Pasaje importante de Orígenes sobre estas palabras: *Mujer, hé ahí tu hijo*. Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesucristo, y esta union principió en el Calvario. Siendo Jesucristo Hijo de María, los fieles unidos á El se hicieron en el Calvario, en El y con El, hijos de María. Ni los judíos ni los herejes conocen este misterio, y ¡cuán desgraciados son por esto! Privilegio de los católicos, que formando ellos solos la verdadera Iglesia, tienen á María por verdadera Madre. 96

Cap. X. — Continuacion de la materia precedente. El testamento de Abrahan. Los hijos de Agar y de Cétura fueron una figura de los judíos y de los herejes. Isaac fué una figura de la Iglesia. La conducta de Abrahan fué una figura de la de Jesucristo. 109

Cap. XI. — Dios, á diferencia de los hombres, cuando elige á una persona para un cargo cualquiera, la hace, por lo mismo, apta para desempeñarlo. Al conferir á María la dignidad de Madre de los hombres, le dió tambien el corazon y el afecto de madre. 122

Cap. XII. — Sentimiento de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesucristo le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresion profunda que las palabras de Jesucristo hicieron en su corazon, animado por tales disposiciones. Amor que hicieron nacer en él para con nosotros. . . . 128

Cap. XIII. — Cómo ejerció María en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce contínuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de misericorcia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título. 135

Cap. XIV. — Al decir Jesucristo á María: *Hé ahí tu hijo*, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre. Del mismo modo, al decir á San Juan: *Hé ahí tu Madre*, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial respecto á María. Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y su veneracion á María. Esta conformidad no puede ser efecto sino de la palabra omnipotente de Jesucristo, de la infusion y de la permanencia de su espíritu en la verdadera Iglesia. 146

Cap. XV. — El culto de María, la devocion á la Madre de Dios es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor; al blasfemar de las prácticas católicas respecto á María, se creen sabios, y no son otra cosa que insensatos; se dicen ilustrados, y viven en tinieblas. 157

Cap. XVI. — Las palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu hijo*, recuerdan naturalmente estas palabras de Pilatos: *Ved ahí el Hombre, ved ahí vuestro Rey*. Circunstancias de esta declaracion de Pilatos. Su significacion, y la relacion que tiene con el título de la cruz. Explicacion de este título, y su armonía con las palabras de Jesucristo. Todo el Cristianismo está contenido en este título y en estas palabras. Cuáles deben ser los verdaderos hijos de María. 167

SEGUNDA PARTE.

Capítulo primero. — Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopcion. Las dos pertenecen á Dios, que por naturaleza es Padre de su Verbo, y por adopcion es Padre de los hombres. El Padre eterno asoció á María á la una y á la otra. 183

Cap. II. — Sólo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. El sacrificio de su Hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion. Dios consintió en él, y de este modo se hizo rigorosamente nuestro Padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion del mundo, y de este modo se hizo rigorosamente nuestra Madre. 192

Cap. III. — La ofrenda que María hace de su Hijo, debe ser considerada en todas sus circunstancias particulares del tiempo y del lugar. Principiada esta ofrenda en secreto en el momento de la Encarnacion, se manifiesta en público el dia de la Purificacion. Profecía de Simeon, y generosidad de la aceptacion de María. Desde este momento comienza á ser nuestra Madre. 203

Cap. IV. — Historia de la madre de Moises, figura y profecía de las disposiciones con que María vuelve con su Hijo del templo. Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de Jesucristo. Generosidad y constancia de su ofrenda y de su amor para con nosotros. Nuevos títulos de su maternidad respecto á los hombres. . . . 211

Cap. V. — Los sentimientos maternales de María para con los hombres deben considerarse particularmente en el Calvario. María es la nueva Eva, como Jesucristo es el nuevo Adan. Relaciones misteriosas entre el paraíso terrenal y el Calvario. Era necesario que María se encontrase allí con Jesucristo. El sacrificio ofrecido por los padres de Sanson en su presencia fué una figura del sacrificio del Calvario, al que debian asistir el Padre eterno y María. 224

Cap. VI. — María, bien diferente de Agar, que no quiere ver morir á su hijo, debe ser espectadora de la muerte de Jesucristo. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su Hijo. Su actitud, muy diferente de la de Jacob cuando ve la túnica ensangrentada de José. Prodigio de la fortaleza de María. 234

Cap. VII. — El pecado de Eva se consumó con los ojos y el corazon ántes de serlo con las manos. Sola la vista de los tormentos de su Hijo basta á María para participar de sus dolores. Moises, yendo á considerar la vision del Sinaí, es la figura de María, que se dispone á contemplar la escena del Calvario. 242

Cap. VIII. — Las madres, en los males que suceden á sus hijos, padecen más que si los sufriesen ellas mismas. La Cananea. La pasion de Jesucristo se hace, por lo dicho, la pasion de María. Ejemplos con que los Padres explican esta comunicacion de penas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su Hijo. María, sin ser puesta en la cruz, es crucificada con Jesucristo y muere espiritualmente con El. 253

Cap. IX. — La crucifixion de Jesucristo causa á María un dolor inmenso, que Ella sufre con una fortaleza sobrehumana. De este modo concurre á la expiacion del pecado, como Eva habia concurrido á su consumacion. Historia de Respha, esposa de Saul; figura de este misterio. . 267

Cap. X. — El combate que se traba en el corazon de María entre el amor á la vida de su Hijo y el amor á la salvacion de los hombres, figurado por la lucha de los dos gemelos en el seno de Rebeca. Generosidad con que Ella da al segundo amor la preferencia sobre el primero. Su fortaleza admirable durante la agonía de su Hijo; Ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redencion del mundo. Pintura sublime que hace San Pablo del Calvario; papel importante que en él representa María. La madre que en el juicio de Salomon cede á su rival su propio hijo para no verle morir, es una figura de este misterio. 276

Cap. XI. — El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicacion de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicacion al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina. . . 291

Cap. XII. — Jesucristo quiso ser crucificado para hacerse el Hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomprensibles á María, cuyos sufrimientos se hicieron, por lo mismo, extremos é incomprensibles. De aquí se deduce la grandeza de su amor á Jesucristo. Caractéres y orígen de este amor, que es el principio de la pasion de María. Amargura y rigor de esta pasion. El Rey de los mártires llamó á María al pié de la cruz para que fuese la Reina de los mártires. Salomon y Betsabé son una figura de este misterio. 314

Cap. XIII. — Continuacion de la materia precedente. Circunstancias particulares del martirio de María. Llanto de David por la muerte de Absalon. Fortaleza admirable de María, figurada por la fortaleza de la madre de los Macabeos. Explicacion de esta figura. 332

Cap. XIV. — Al someterse Jesucristo á la pena que Dios

habia impuesto á Adan, quiere que María se someta tambien á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demas mujeres, *de parir con dolor*, experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio. 345

Cap. XV. — Jesucristo y María nos dieron á luz en el Calvario á la vida de la gracia, así como Adan y Eva en el paraíso terrenal nos engendraron para el pecado. Cumplimiento de la profecía de Isaías, que anunciaba que una mujer daria á luz á todo un pueblo. Explicacion de la palabra *Eva*. Cuando Adan dió á Eva, despues de su pecado, el título de *madre de los vivientes*, se refirió principalmente á María; este título tuvo en Ella toda su realidad. El nombre de *Eva*, tomado literalmente, es tambien una figura y una profecía de las palabras que Jesus dirigió á María desde la cruz. Deberes que resultan para los cristianos del misterio que se ha expuesto y explicado en esta obra. 358

FIN DEL ÍNDICE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS